

LA NATURALEZA DE LA RIQUEZA

Teoría económica complementaria



Alberto C. Sigales

Versión 09-A4- no corregida
Montevideo - Setiembre de 2003

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o método, conocido o por conocer, sin autorización por escrito del autor.

**Cualquier interesado puede comunicarse con el autor a través
del correo electrónico del
Centro INDEV:**

indev@adinet.com.uy

*Este libro está dedicado a
toda mi familia, que sigue creciendo,
en un sentido no numérico específicamente.
Pero en una manera muy especial
está dedicado a todas aquellas personas
que perdieron sus vidas encontrando otras,
durante toda la historia del hombre,
en la continua lucha despareja por
una vida mejor, más justa, más humana.
En fin, para todos aquellos que persiguieron
la ya alcanzable utopía.*

ÍNDICE

Asuntos preliminares	6
Introducción	15
Una sinopsis	18
Definiciones ineludibles	31
El ciclo económico	40
Un ejemplo ilustrativo	53
Los servicios	67
Llamémosle indev	68
El artificio místico	72
Dinero, maldito dinero	76
Indevaluable, previsible, constante, consecuente	86
El 'capital' es la riqueza	105
El trabajo y el salario	115
La competencia y el mercado, oferta y demanda	125
Importación y exportación	127
La propiedad y otros valores	148
El Estado	154
A modo de epílogo	156
Agradecimientos	163

Lo que sigue es la letra de una canción escrita en catalán por Joan Manuel Serrat. Él es mi amigo, casi mi hermano, aunque él no lo sabe. Está traducida por él mismo en un recital que nos regaló a todos en el Estadio Centenario de Montevideo, en un momento muy particular. Él volvía del purgatorio en el que lo habían puesto los dictadores militares, junto con otros tantos, por tener la osadía de decir, entre otras cosas, lo que nos dice y lo que nos deja la canción:

SERIA FANTASTIC

Sería fantástico que yo estuviese equivocado
Y que el water no estuviese ocupado.
Que hoy hiciera un buen día,
Que me dejara un buen pedazo.
Que San Pedro no cantara ni aunque le pagasen.
Sería fantástico que no hubiese nada urgente
No pasar nunca de largo y servir para algo
Ir por la vida sin cumplido
Llamando las cosas por su nombre
Cobrar en especies y sentirse bien tratado
Y mearse de la risa... y echar a volar todas las palomas
Sería todo un detalle, todo un síntoma de urbanidad
Que no perdiesen siempre los mismos
Que heredasen los desheredados.
Sería fantástico que ganase el mejor
Y que la fuerza no fuese la razón
Que se instale en mi barrio el paraíso terrenal
Que la ciencia fuese neutral
Sería fantástico no pasar por el tubo
Que todo fuese como está mandado y que no mande nadie
Encontrarse como en casa en cualquier sitio
Poder ir distraído sin correr peligro
Sería fantástico que todos fuéramos hijos de Dios
Sería todo un detalle, todo un gesto por tu parte
Que coincidiéramos, te dejaras convencer
Y fueses como yo siempre te imaginé.

"...Eso, más o menos, es lo que viene a contar este manojito de sueños".

Estas palabras son el resumen del contenido del escrito. Nosotros lo describiríamos de esa manera si tuviéramos la capacidad y la poesía del Nano. Naturalmente, no las tenemos.

ASUNTOS PRELIMINARES

Hoy hay solamente dos sistemas económicos en pugna.

El socialismo, aún joven, sigue su camino de aciertos y errores, pero ha demostrado que sus objetivos alcanzables, realizables, los está alcanzando, realizando. Paso a paso, en repecho y contra vientos huracanados. Contra la crítica de los quietos, continúa andando. Va aprendiendo y está abierto a corregir errores y confirmar aciertos. Este escrito solamente le propone a él un punto de vista diferente, sin que por ello necesite renunciar a sus principios. Los mismos motivos, exactos, que nos empujan a analizar críticamente el capitalismo, nos evitan tener que estudiarlo.

Todo estudio crítico-económico actual que merezca esa definición debe estar entonces dedicado al capitalismo. Este es el sistema dominante por estos lados del mundo y es, a su vez, el que la realidad ha demostrado que no es "eficiente" ni es el mejor, como su "merchandising" quiere hacernos creer. Para sus seguidores, existe el enorme reto de manifestar sus "bondades" luchando contra la realidad –la cruda realidad- que demuestra continuamente dos cosas: la incapacidad del capitalismo de cumplir con lo que dice quiere cumplir, y la de sus feligreses, que intentan torcer esa realidad para adaptarla a los principios del sistema que defienden. Este que eligieron es un trabajo duro, difícil, peligroso. Pero se lo facilitan las posibilidades materiales que tienen de hacerlo, el apoyo logístico, el aparato burocrático montado con ese fin. Además cuentan y usan la fuerza como última "razón".

La alimentación, la vivienda, la salud, la educación, el trabajo, necesidades materiales, básicas, e imprescindibles de la humanidad, no integraron nunca las categorías "fundamentales" del capitalismo. Después de la renuncia a continuar existiendo que hizo la Unión Soviética, único escollo con posibilidades de enfrentamiento similares que se interpuso al capitalismo, este vivió su momento de esplendor: dominó el mundo, salvo contadas y ejemplarizantes excepciones. Pero, como la vida lo demuestra, esas necesidades siguen existiendo y no hay competencias ni lucros ni ofertas ni mercados ni demandas capaces de eliminarlas. Nunca hubo ni habrá solución definitiva, en el capitalismo, para estas necesidades, a pesar de las "explicaciones" transitorias e incoherentes de sus economistas. En él, hay gente que comete delitos con el objeto de ir presos, como última posibilidad de obtener comida. Niños que mueren por enfermedades curables. Ancianos que duermen sin sueño a la intemperie. Naturaleza destruida irremediadamente. Una enorme cantidad de brazos y cerebros desperdiciados para la producción y el consumo, simplemente en aras de obtener más lucro y más ganancias para las minorías que ha beneficiado tal sistema económico (la crematística). Nada hay más contradictorio, más ilógico y más injusto.

Para los que no somos sus seguidores su crítica se nos hace más fácil. Apoyándonos en la ventana, señalando el exterior y diciendo: "Miren, observen, vean lo que nos ha dejado el capitalismo" ya nos alcanza para no tener que construir todo un edificio de demostraciones sobre lo falso de esas "bondades". Además, contamos con la crítica científica previa y actual de otros hombres, mucho más capaces que nosotros, preclaros, que ya lo han descrito

de manera suficientemente nítida, concisa, irrefutable. Por ambas razones, no necesitamos malgastar pólvora en chimangos, ni hacer llover sobre mojado.

Estas faltas graves del capitalismo nos han hecho interesarnos en la posibilidad de cumplir con una tarea determinada, específica. Esa labor no es fácil: encontrar un nuevo punto de vista económico que nos de la certeza de vivir mejor en un mundo mejor. Como se ve, no es poca cosa, aunque consideramos haberlo logrado. Este libro es el inicio de una zaga que convalidará esa nueva visión de la economía.

Nuestra intención objetiva no es analizar o criticar al capitalismo. Tampoco es reiterar conceptos ya demostrados (caso de la plusvalía, por ejemplo). Nosotros estamos haciendo conocer un nuevo punto de vista, una nueva forma de ver la economía, basándonos en el descubrimiento de una ley natural, que utilizamos como método. Con dicho descubrimiento hemos dejado de considerar los hechos sociales como hechos diferentes de los naturales.

Pero lo que en realidad nos resulta difícil es llegar a toda la gente a la que tenemos que llegar. No porque nos falten comprobaciones de lo que diremos, no porque nos falten cerebros o manos capaces de llevarlas a cabo, no porque necesitemos construir una teoría en la que apoyarnos. Todo lo contrario.

Nos resulta difícil llegar a la gente porque tenemos que vencer los obstáculos que los interesados en mantener las cosas como están nos colocan continuamente. Los medios de comunicación de masas, por ejemplo, son de su propiedad y esa característica hace que nuestro acceso a ellos esté vedado, o como mucho, filtrado, dejando pasar sólo lo que ellos quieren que pase. "Hoy, un país pertenece a quien controla los medios de comunicación", dice Umberto Eco y nosotros lo compartimos.

El vencer los prejuicios y supersticiones arraigados en la gente, se nos torna un suplicio inacabable. La imposición de la ideología capitalista utiliza hoy valores "religiosos", irracionales, ingresados por ósmosis desde la propia familia y aumentado por la educación toda, que nunca ha dejado de estar en sus manos. Se nos hace difícil el luchar contra la costumbre. Nos sucede como a Copérnico o Galileo que sabiendo tener la razón científica tuvieron que luchar contra la sinrazón mística, y el infundado miedo de la gente al "más allá".

La demostración científica es definitiva para las mentes abiertas, inútil para las obtusas. Porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver.

La fe en un dogma no admite contradicciones, ni pruebas, ni modificaciones. Si no puede contra la realidad, hará que ésta se "adapte" a sus requerimientos.

La historia de la Iglesia Católica está llena de "adaptaciones" de este tipo. De esa historia ellos tomaron ejemplo. Ante cualquier contradicción primero la niegan rotundamente, excomunión de por medio. Y si un "dios africano" se niega a desaparecer lo transforman en un "santo católico", mimetizándolo entre los demás. Las fiestas "paganas" del solsticio de invierno

estaban tan arraigadas en la población, que la Iglesia tuvo que modificar finalmente la fecha de nacimiento de Jesús para que coincidiera con ella... Miren hasta el punto que son capaces de llegar.

Otro camino que toman es "elevar" cualquier discusión a un plano metafísico tan alto, que nos impide conectarlo con la realidad. Les es conveniente, porque la realidad es una herramienta en la que nosotros nos apoyamos y con la que ellos no cuentan. Aparece entonces la discusión de la sexualidad de los ángeles, la invención de un lenguaje impenetrable, o simplemente la obligada imposición de aceptar lo que ellos dicen o atenernos a ser incluidos en el "eje del mal". Usan otros caminos, y ninguno de ellos excluye a los demás.

Debemos ser conscientes de que poseen esas armas y que las utilizarán. Nosotros nos apoyamos en la verdad científica, pero no tenemos los elementos materiales que nos hacen falta para popularizarla. No utilizaremos la palabra vulgarizar; nos resulta despreciable. Por lo tanto, este es el trabajo que nos queda por hacer. Es nuestra intención hacerlo. Y para ello necesitamos y solicitamos el apoyo de quien entienda tal urgencia.



El estudio de la relación del hombre con la naturaleza –es decir, consigo mismo- se ha basado en la economía. Y ésta ha sido el soporte de toda ideología. Sus conclusiones, las de la economía, nos afectan a todos en todo sentido, porque ha sido la herramienta que creamos para "ver" tal relación, la cual engloba un sin fin de disciplinas científicas, como la sociología o la ecología, por dar sólo dos ejemplos. Si negamos de antemano –como lo hacen ellos- la existencia e incluso la forma de esa relación, no podremos estudiarla científicamente, esto es, por encima de la voluntad, las creencias o los intereses del hombre, sino que justamente estaremos viendo al hombre desde un punto de vista místico, "veremos" lo que queremos que se "vea", lo que necesitamos que se "vea", no lo que salta a la vista. Así ellos tratan de explicar, por ejemplo, que la naturaleza está al servicio del hombre, y no como lo indica la realidad, que él forma parte de ella y es, en sí, ella misma. En vez de hacer de la economía una ciencia la han convertido en una teología. Que se empiece a llamar ciencia es una de nuestras tareas: mostrar cuán de relacionado está el hombre, a través de su actividad vital –el trabajo y el consumo- con la "pachamama", consigo mismo. Esto mismo es la economía, la cierta, la verificable, la que la humanidad implora.

Para lograrlo debemos responder a una pregunta fundamental; ¿la actividad vital del hombre es el trabajo o el consumo? ¿El hombre se alimenta, se abriga, se educa, se cura, mediante el consumo o mediante el trabajo? Ninguna de las dos separadamente, ambas conjuntamente. Nadie puede negar, usando la razón, esta verdad; sin embargo muchos –ya demasiados- no lo han hecho de esa manera. Hay un dicho popular, que por tal es sabio de toda sabiduría, que dice: *"se trabaja para vivir, no se vive para trabajar"*. Sin embargo hasta ahora todas las teorías económicas nos han hecho creer lo

contrario. Por ejemplo, dice Engels: *“La contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista reviste la forma de antagonismo entre el proletariado y la burguesía”*. Esta verdad indiscutible nos habla de las dos clases antagónicas que se generan en el estudio de la producción y la apropiación capitalista, pero nada nos dice de las clases que se conforman como consumidoras, que son las que fundamentan la existencia de la producción. ¿Acaso toda producción no tiene por meta el ser accedida por y accesible para el consumidor? ¿Qué le sucede a una empresa que produce y no vende, sea capitalista o socialista, o de un sistema aún inexistente? Entonces, si el consumidor es tan o más importante, si lo fundamental es *“trabajar para vivir y no vivir para trabajar”*, ¿cuál ha sido el motivo de estudiar, sí concienzudamente, sí abundantemente, las formas de la producción y sus consecuencias, pero olvidándose de las formas del consumo y su inocultable imprescindibleidad? Todos se han dedicado al estudio sobre quién puede obtener mejor poder adquisitivo, mayor cantidad de dinero, en fin, mejores medios de consumo, pero no estudian de dónde ha provenido ese dinero y cuál es la razón final de poseerlo: el dinero no tiene otro fin que el de satisfacer por su intermedio las necesidades del hombre, en su rol de consumidor. La teoría de Friedman habla mucho sobre el consumidor pero no dice nada; menos aún sobre la importancia de su papel en la economía.

¿Por qué las distintas teorías sociológicas “occidentales” dividen las clases o estamentos sociales según su poder de compra? ¿Cómo explican la división social en clase alta, clase media y clase baja? La explican según el ingreso, según la cantidad de dinero que pueden utilizar como medio de consumo. Y si quitamos a un lado por inservibles a los avaros y mezquinos que integran cualquiera de ellas ¿con qué objeto utilizaría cada una de esas “clases” ese dinero?

Esto ha sucedido porque la economía siempre pecó del mismo pecado: creer que la riqueza es sola y únicamente un producto del trabajo humano y que tiene por fin un beneficio representable en dinero, cuando el fin de la economía debe ser la satisfacción de todas las necesidades del hombre –las vitales y las otras- en su papel de consumidor, y que la producción humana, la que cumple el hombre en su otro papel, el de trabajador o productor, es sólo una de las distintas partes integrantes de la riqueza total que la humanidad puede acceder, crear y transformar, no sólo para beneficiarse monetariamente a través de ella, sino para alcanzar el bienestar individual y colectivo, y para que esa producción sea alcanzable a la mayor cantidad posible de hombres. Todos los hombres somos consumidores.

Debemos afirmar, enfáticamente, que cada hombre es un consumidor. Y lo es simultáneamente a productor; pero sólo si tiene la suerte de ser esto último... Sólo si tiene la posibilidad de poseer y mantener un empleo u otra forma autorizada de *“ganarse la vida”*. Pero aunque no tenga esa suerte, igualmente debe sobrevivir; alimentarse, abrigarse, cuidar su salud, etc. Y esto es consumo. El hombre adulto es consumidor antes de ser productor; más claro aún: es consumidor antes de ser hombre. Los niños son pura y exclusivamente consumidores. No obstante esta evidencia, las distintas economías –y las demás disciplinas sociales- estudian al hombre en su faceta productiva.

De todo esto se desprende que hubo y hay dos tipos de estudiosos de la economía, los que la estudian desde la realidad –los científicos-, y los que la hacen desde la metafísica –los místicos-. Es fácil diferenciarlos. Éstos son los que dicen “no hay leyes históricas inmutables que describan la evolución de los sistemas económicos y de las sociedades humanas”. Tal aseveración es, en sí misma, una falacia, un misticismo, puesto que, además de ser falsa en su contenido es falsa en su forma. Intentan imponer por “ley” la inexistencia de leyes. La interdependencia del hombre y la naturaleza es una ley inmutable. La producción de bienes nace desde lo natural, así como las necesidades primarias que ellos satisfacen, otra ley inmutable. El ordenamiento jurídico, que es la forma que se dá a sí mismo cualquier tipo de sistema económico, es una creación artificial, es un producto humano, no natural, parcial, incompleto. Está, por tanto sujeto a errores; es falible y mejorable: otra ley inmutable.

La observación de los principios de cualquier sistema económico anterior nos demuestra que todos han adolecido de ubicar en su verdadero lugar esa relación íntima del hombre con la naturaleza, a pesar de la necesidad material innegable de la obtención de sus recursos y su sustento únicamente por intermedio de ella. Y no sólo como productores, sino principalmente como consumidores, como ya se ha dicho. Nuestro descubrimiento afirma que los hechos sociales (estudiados mediante las llamadas ciencias sociales, tal como lo es la economía) no son diferentes de los hechos naturales: es más, dice que *son* hechos naturales. Todos los sistemas han sido abstractos, místicos, alejados de la realidad: en una palabra, *primitivos*. Así es como sus ideólogos se basan para afirmar la existencia de esa “ley”, que dice que no existen leyes universales para las disciplinas sociales, incluida la economía. Usan la misma lógica que usa la zorra de la conocida fábula de Esopo “La zorra y las uvas”...

Como está dicho más arriba no haremos que llueva sobre mojado: lo demostrado por otros, demostrado está. No tocaremos la “posición” de los economistas místicos más que como crítica a sus *creencias* o para contraponerla con la nuestra. En cambio, hemos estudiado profundamente las posiciones, a veces divergentes y otras muy divergentes, de los economistas científicos y hemos descubierto una importante cosa: olvidaron el estudio concreto de *la naturaleza del dinero*, de su por qué, su utilidad, su cometido, y principalmente de la función económico-social e incluso biológica, del consumo. Esta última simplemente la ignoraron.

A pesar de utilizar el método científico en la mayoría de sus estudios, continuaron utilizando la definición de moneda dada por los metafísicos, muy lejana en el tiempo, en las arcaicas épocas en que el hombre inventó el dinero, cuando toda la humanidad explicaba su propia existencia y su relación con la naturaleza desde un punto de vista mágico, bajo un orden divino creado por un “algo” suprahumano e indiscutible, “ser” al que se le atribuyó –como tantas otras cosas- la propia invención del dinero; ¡como si este no fuera un artilugio de exclusiva responsabilidad humana!. Los economistas científicos no lo fueron para nada en este tema.

Quienes estudiaron más profundamente el capitalismo (principalmente Carlos Marx y Federico Engels), no llegaron al fondo del estudio del dinero, a pesar de que este interviene directamente en todas las relaciones económicas

del hombre: el propio objeto que estudiaban se los ocultó. Y no sólo ello, sino que además no contaron con los cambios que se produjeron durante el siglo XX, donde el dinero perdió todo respaldo material –dejó de ser una mercancía– y pasó a ser un ente abstracto, aunque siguió manteniendo la característica fundamental de ser un objeto con acceso exclusivo para un grupúsculo. Y es en esta “propiedad” en exclusiva sobre dicha “mercancía” que el capitalista basa su derecho sobre cualquier otro tipo de propiedad; incluso sobre la naturaleza y los frutos de ella, como por ejemplo, la propia humanidad.

En un principio nosotros tratamos de llegar al fondo del estudio del dinero, más como hipótesis inicial, como un punto de partida para su posterior estudio definitivo, que como una teoría acabada. Y lo hicimos. Pero las propias circunstancias derivadas de ese estudio (encontrarnos de pronto en una nebulosa, en un callejón sin salida) nos llevaron a la necesidad de construir, no ya una hipótesis, sino una teoría –la aquí propuesta–, con algunos pasos muy firmes dados en su concreción.

No decimos que ésta sea una teoría acabada, con el objeto de dejar una abertura posible a cualquier otro descubrimiento que, probablemente, pueda habérsenos escapado. Pero no tenemos duda de que, así como está, su contenido es suficiente. Trataremos entonces de mostrar y relatar, de la forma más sencilla posible, los pasos que fuimos dando, para que tenga un alcance amplio, abierto y general, sin que exista la necesidad de “intérpretes” de ella, que seguramente no profundizarán nunca en sus nuevos postulados, puesto que la mayoría de estos se contraponen con lo que hoy se “sabe y se enseña” sobre economía.

Porque mientras estudiábamos “bajo el microscopio” las propiedades del dinero y su función con lo que conocíamos como economía, había “algo” que no encajaba. Se nos ocurrió levantar un poco la mirada y descubrimos una enorme contradicción: la forma y el sentido en que la humanidad ha estudiado y ha visto *el proceso de producción de bienes* ha sido erróneo, a pesar de haber sido ése su único tema de estudio. Descubrimos que *el orden* en que tal proceso se ejecuta en la naturaleza no coincide con el orden impuesto por todas las teorías y leyes de la economía hasta ahora aplicadas; es más, nos saltó a la cara que este ciclo se conforma en un *orden contrapuesto* al común y equivocadamente aceptado. Esta nueva realidad y su análisis nos llevó, obligatoriamente, a aumentar el campo de estudio hasta alcanzar la totalidad de la economía, tal como hoy la conocemos, y notamos que ésta se contradice continuamente consigo misma –algo no novedoso– sino, especialmente, con el antedicho descubrimiento, lo que a su vez explica y demuestra las contradicciones internas del orden jurídico que ella crea y soporta. Desde allí se sacaron las conclusiones que se describen en la mayor parte de este escrito. Entre ellas una en especial, la que nos permite demostrar objetivamente la existencia real del antes declarado “imposible” crecimiento económico ilimitado.

Adelantemos otras tres de esas conclusiones:

- el trabajo del hombre no consiste únicamente en la extracción de materia prima, su manufactura o industrialización y por último su comercialización, sino que consta de otra etapa más, aún más

necesaria que cualquiera de esas otras y que, además, forma y conforma la principal actividad del hombre: es la etapa de reposición

- no se necesita, nunca, de un “capital inicial” para comenzar una actividad cualquiera, sino que éste ya existe previamente a ella en cantidad más que suficiente: la conjunción del objeto de esa actividad y la actividad misma es, de por sí, ese “capital”. Según sea cómo se lo tome, se lo use y se lo transforme, es que se generará un tipo diferente de resultado, positivo o negativo, beneficioso o perjudicial, principalmente, según se cumpla o no con la etapa de reposición
- la propiedad sobre los medios de producción no explica por sí sola la existencia de clases antagónicas, sino que la explica, principalmente, la “propiedad” sobre el dinero (entiéndase como posibilidad de acceso a él) y cualquiera de las demás otras formas que su condición admite; es el único medio de consumo que existe en la actualidad.

Dice el Dr. Juan Carlos Martínez Coll sobre una organización social aún no alcanzada: *“Muchos confiamos en que ese sistema futuro satisfaga nuestros más íntimos anhelos de solidaridad, cooperación y equidad, que permita la desaparición del hambre, la miseria y la marginación y que todo ello sea compatible con el respeto a los derechos humanos y el impulso a la creatividad individual”*. Le faltó agregar la necesidad de una libertad absoluta, de una independencia definitiva y de una democracia verdadera, para que sus palabras se acerquen un poco más a lo que estamos proponiendo. Porque sabemos que hemos hallado ese sistema.

Como a los hombres nos encanta poner etiquetas a todo, se podría caracterizar a esta teoría como pre-socialista o post-capitalista. Pero como en realidad ambos nominativos con sus respectivos prefijos “distanciarían” nuestra teoría de ambas, de una similar manera -pues sería “intermedia” a esos dos sistemas-, le dimos la calificación de “complementaria”: *complementaria a y complementaria de ambos sistemas*, que, como dijimos al comienzo, son los únicos que hoy existen. No obstante, tiene ciertas particularidades básicas propias que la diferencian notoriamente de ambas.

La particularidad diferencial esencial es que basa todos sus preceptos en un hallazgo, en un descubrimiento, que lo utiliza como una hipótesis, como un fundamento, como una verdad inicial de valor universal. Lo usa como método de estudio. No adapta ese hallazgo a las teorías antedichas, sino que construye otra estructura teórica a partir de él; es una teoría original derivada de tal descubrimiento.

Sentimos la obligación de explicitar, de la manera más clara posible, que esta teoría no es, definitivamente, la tristemente famosa “tercera vía”. Quizá sea más aproximado ubicarla en lo que Rodney Arismendi llamó como *democracia avanzada o avanzar en democracia*, aunque es bastante más que ello. Quizá, sin falsas modestias, esta sea la “otra vía”, la que se diferencia totalmente de las demás. Al comienzo dijimos que sólo hay dos sistemas económicos en pugna. Éste que estamos proponiendo puede ser considerado,

inicialmente, como un tercero. Pero cuando se lo comprenda a cabalidad se verá que es otro, porque posee un conjunto de tesis, principios y preceptos derivados, verificables, que aquellos ni siquiera consideran.

Y así, pues, si no se llega a profundizar concienzudamente en sus principios, en sus postulados y las conclusiones que se derivan de ellos; si no se llega a entenderlos cabalmente, podrá tener enemigos de ambos "lados". Por el contrario, si se estudia con atención y se proyectan sus posibilidades, sabemos que esta propuesta contará con muchos que la respaldarán, sin importar la "ideología" de origen que ostenten. Podemos decir que no hubo teoría que aplicara más cristianismo en sus fundamentos, más justicia social en sus principios, y mayor libertad en su aplicación que la que estamos proponiendo.

Las conclusiones a que se arriban por su intermedio son asombrosas. Porque se contraponen y elimina una enorme cantidad de conceptos anteriores.

Los que no la entiendan –o creen que no es útil para sus propios intereses- nos tildarán de *herejes* por proponer e impulsar mediante las palabras de este escrito un cambio radical del concepto de dinero, ese antiguo dios.

Esos pocos nos dirán que *no tiene fundamento* la demostración del descubrimiento del verdadero orden del ciclo económico y de que, por lo tanto, los anteriores órdenes son falsos.

Nos dirán que es *acientífica* la confirmación empírica plena, aditiva a las ya conocidas, pero diferente, una demostración cabal que se suma a ellas, de que toda teoría económica basada, mantenida y soportada en la existencia de clases antagónicas es antinatural e injusta.

Nos dirán que es *indemostrable* la confirmación de que la existencia de clases antagónicas y su lucha está apoyada en la propiedad relegante y excluyente sobre el dinero, el único medio de consumo que el hombre inventó, y que de esa forma las propias clases son artificiales, un invento humano.

Nos dirán que es *de locos* afirmar y confirmar que el bienestar general depende únicamente del poder adquisitivo de la totalidad de los seres humanos, sin distinciones de ningún tipo, y que ése es el dato clave que hace funcionar la economía.

Nos dirán que se opone a la *evolución* toda teoría, como ésta, que confirme que no es el más fuerte sino el más apto el que sobrevive, como en verdad lo demostró Darwin.

Nos dirán que es *irracional* el aseverar que la relación de los hombres con la naturaleza y entre sí no se conforma de jerarquías sino de igualdades, tanto en derechos como en responsabilidades.

Nos dirán que es *ineficiente* porque no permite la especulación, la apropiación de riqueza de otros mediante el perjuicio y sin la posibilidad de justificarla, que es el fundamento de la explotación del hombre -y de la naturaleza- por el hombre mismo.

Nos dirán que se opone a la *democracia* la desaparición del dominio y predominio que una minoría menor que la más pequeña ejerce sobre la enorme mayoría.

Nos dirán que se opone a la *libertad* esta nueva demostración –aditiva a las anteriores- de que la libertad no se obtiene comprándola, sino que es uno de los derechos humanos más elementales, sin la cual nada es económicamente posible.

Pero por sobre todo, por encima de todos estos pataleos infantiles, estará la “seria” acusación de que somos terroristas, sediciosos o guerrilleros. Oponerse al orden establecido siempre conlleva esa acusación. Le pasó a Simón, a Artigas, a Washington, a Zapata, a Gandhi, al Che... Para nosotros el ser incluidos en esa lista sería un honor, inmerecido. Será algo así como aquel “gordo” que una vez recibió Jorge Lanata, que en vez de ridiculizarlo lo enalteció.

Se nos acusará de todo esto y más porque lo más importante, lo esencial que supone la aplicación de esta teoría, es la posibilidad cierta de alcanzar la independencia económica definitiva, que es su mejor logro. Y esto es muy riesgoso para el “establishment”, porque sus integrantes conocen que conjuntamente con ella vienen la independencia económica, la política, la tecnológica, la cultural...

Hablamos de independencia en su real sentido etimológico: no depender, ser autónomos, ser autosuficientes. Y que esto no quiere decir, absolutamente, despreciar las relaciones internacionales.

La profunda comprensión de las nociones, principios y objetivos que describiremos en los siguientes apartados, creará un puente entre ambos lados del abismo que separa la dependencia total de la emancipación definitiva.

Esta teoría está cimentada en cuatro columnas: una, en que el trabajo no es una mercancía; dos, en que el dinero tampoco es mercancía; tres, en el ciclo económico natural; y cuatro, en que la última etapa del ciclo es una etapa de reposición.

Habrá oposición a ella. No será tarea fácil. Pero no sólo debemos hacerla conocer sino lograrlo.

Trataremos de explicarla, también, de una manera popular, accesible, clara, corriendo el riesgo -preasumido- de ser reiterativos. Es más, seremos reiterativos. Porque hemos tenido la experiencia de que a muchas personas de diferentes niveles les ha resultado difícil desentrañarla. Han pasado por una etapa de incredulidad, otra de dudas y otra de fervor.

Utilizaremos, en lo posible, las escasas herramientas que poseemos, siempre, para eliminar todas las dudas. Las siguientes páginas quieren ser, entonces, comprensibles para todos. Ojalá podamos.



INTRODUCCIÓN

Este escrito no sólo trata sobre lo que su título nos indica, sobre la naturaleza de la riqueza, sino que también trata sobre la riqueza de la naturaleza. Ambas formas de describir el contenido de esta tesis integran una unidad. Estudiamos la conformación de la riqueza y vimos que ésta sólo se origina de la naturaleza, confirmando así un aserto muy antiguo; casi tan antiguo como su omisión, su olvido y su abandono. Únicamente desde ella extraemos, transformamos, creamos y reponemos riqueza, desde la que se forma nuestra propia riqueza y de la que nosotros mismos formamos parte. Es la naturaleza dialéctica de la riqueza, la riqueza dialéctica de la naturaleza.

Dijimos que el tema original nació de la necesidad que tuvimos de investigar la naturaleza del dinero, desnudándolo de todo ropaje, descubriéndolo. Lo primero que vimos es que, en sí mismo, no tiene nada de natural: ha sido un invento del hombre. Al verlo "desnudo" se nos apareció una imagen de una fealdad extrema, indigna de su fama. Que no sólo podría haberse hecho mejor antes, o mejorarlo ahora, sino que no está cumpliendo con la función que se propuso su invención. Esto es lo más grave.

A partir de allí investigamos la implementación de un nuevo sistema monetario, que fuera más apto a los requerimientos actuales de la humanidad. Que tuviera un respaldo concreto, que realmente representara algo tangible, verificable, perceptible, para que su uso tenga un significado y un valor precisos. Basados en la premisa fundamental de que el dinero no fuera un fin en sí mismo sino un medio, un efectivo patrón de medida para todas las actividades del hombre. Porque el concepto de que el dinero es un fin en sí mismo es un concepto cierto históricamente, cuando materialmente era un bien en sí, cuando la moneda era una mercancía real: el oro o la plata. Hoy, ese concepto es falso. En los sistemas actuales el dinero no es una mercancía pues no posee ninguna de las características que la definen, por lo que el dinero no puede ser un fin en sí mismo. Eso es lo nuevo.

Pero no sólo debe ser un nuevo sistema monetario, de creación humana y por lo tanto artificial, transitorio y perfectible (como el actual y todos los habidos), sino que también debe estar relacionado con la riqueza cimentadora de la vida humana, la que nos alimenta, nos abriga, nos protege, nos desarrolla como hombres y como seres vivos. Es decir, con la naturaleza. En ella debe fundamentarse. Porque es la única forma de ver y reconocer la realidad: la interrelación e interdependencia de la actividad del hombre con el mundo que lo contiene y rodea. Esa forma de ver es única porque está (debe estarlo) por encima de los intereses o las creencias del hombre: un sistema monetario debe apoyarse sobre lo material. Así es como pierde, como cualquier otra propuesta que pretende ser científica, su sobrenaturalidad.

Y la realidad nos indica que esa relación entre el hombre y su ambiente tiene una jerarquía opuesta a la que se tuvo hasta hoy: con la naturaleza por encima y alrededor del hombre. Es decir, la naturaleza no está al servicio del hombre sino que éste forma parte de aquélla: debe considerarla como lo hace a sí mismo. Llegados a este punto nos dimos contra un muro impenetrable; si

la actividad del hombre debe estar en armonía con la naturaleza ¿por qué el hambre? ¿Qué es lo que falla? Observando al mundo vimos que (exceptuando los daños generados por la actividad del hombre) los demás seres sobreviven sin problemas mayores. La naturaleza es pródiga con ellos, ¿por qué no con nosotros? Y descubrimos la misma acotación anterior: por la actividad del hombre, es decir, la producción de los bienes necesarios y su proceso.

La "pachamama" nos indicó así que el proceso productivo tenía que ser, necesariamente, diferente al que nosotros estamos utilizando, distinto al que consideramos como cierto. Supusimos esa posibilidad y descubrimos que esa relación del hombre con la naturaleza se conforma de un ciclo impuesto por ella, no por nosotros, y con un orden diferente al que siempre supusimos. Vimos que ése ciclo debe ser cumplido necesaria y obligatoriamente por la humanidad en la aplicación de todo proceso productivo. Vimos que la producción no es un fin en sí misma, sino que tiene como meta el que su fruto llegue a ser consumido. Consumido y repuesto.

Esa es la parte integrante fundamental de este escrito. La comprensión cabal del funcionamiento de ese proceso cíclico es imprescindible. Además, no es difícil de entender, porque su reconocimiento y la importancia de su función son empíricamente demostrables. Su existencia es certeza: lo demostraremos en un apartado dedicado a él exclusivamente.

En esa hipótesis se basa toda la obra. El autor reconoce a priori que ella podría contener desaciertos o inexactitudes en sus detalles, debidos exclusivamente a faltas propias, pero sabe que lo dicho aquí en sus partes fundamentales es absolutamente verificable. Porque ésta no ha sido ninguna inspiración divina, ni revelación milagrosa. Es una conclusión humana, perfectible pero no desacertada.

Debemos agregar que, para su comprensión, se necesita la redefinición total, revolucionaria, definitiva de la mayoría de los conceptos actuales de economía; del abandono de sus imprecisiones e indefiniciones. Y a la inversa, este nuevo concepto de economía necesita de la renuncia de todo aquello que no haya exigido la comprobación experimental de sus principios. Necesita, de quien quiera comprenderlo, de su ubicación en la realidad, pues se basa en ella, no en creencias ni en deseos ni supersticiones. No deriva de una "experiencia" mística ni precisa de ella.

Hoy existen algunos pocos países, lamentablemente pocos, aquellos que no integran el mundo capitalista, que han alcanzado por otros medios los cambios iniciales, principales, imprescindibles que en ella se proponen (la eliminación del hambre, la salud y la enseñanza accesibles, etc.), aunque aún no han conseguido el logro de otros muchos. Quizá no tengan urgencia de ello, pero la tendrán, por lo que esta teoría les podrá ser útil. Ciertamente, ha de entenderse, esta propuesta se dirige a esos mismos objetivos que ellos van alcanzando, pero por otros caminos, más amplios y rectos, y con otros horizontes, mucho más abiertos.

Se está proponiendo una forma diferente de "ver" la economía, una forma basada en la materia, científica. A través de ella se llega a una enorme variedad de conclusiones nuevas, algunas de las cuales eran consideradas imposibles por otras teorías. Pero no queremos dar una síntesis general

académica, como las que se han utilizado hasta ahora en la economía, pues sería complicada de digerir y accesible solamente para aquellos pocos que posean la paciencia suficiente en examinarla. Nos proponemos que se la vaya tomando por partes, analizándola paso a paso. Así podremos cumplir con el objetivo de hacerla comprensible para la gran mayoría.

No lo dice su título en forma explícita, pero esta teoría pasó a tener (en un momento dado y por encima de la voluntad del autor), el carácter de “otra” teoría, distinta, diferente, original, por lo que la reiteración de su contenido se nos ha transformado en una necesidad, descuidando voluntariamente la corrección de su forma.

Para ello, hemos dividido el libro en diferentes capítulos que pueden ser leídos en un orden diferente al dado. Porque los preceptos básicos se repiten en todos ellos.

Esta es una teoría macroeconómica y monetaria. Algunos de sus capítulos están dedicados a describir sus postulados monetarios, en tanto que otros tocarán temas más generales sobre economía, incluyendo, obviamente, algunos relacionados directamente con los de la teoría monetaria propuesta.

El sistema monetario de ésta teoría, hay que decirlo, no es lo fundamental que se propone, sino sólo una de las conclusiones que se derivaron del descubrimiento principal: *el estricto orden del ciclo económico que existe en la naturaleza, compulsorio para el ser humano, en todo sentido, por encima de sus creencias o deseos. No es un orden impuesto por la inteligencia o el interés de algunos hombres o por una clase social o por el Estado, sino que es un orden impuesto por la naturaleza, es una ley natural, rigurosa, que no podemos torcer. Así como cuando empezamos a contar aprendemos que el tres está después del dos y este después del uno, y aunque somos capaces de imaginar un orden “natural” distinto, la empecinada realidad –más terca aún que nosotros mismos- nos convence de cuál es el orden verdadero.*

Con el perdón de Lavoiseir, podemos decir sin ningún temor que hemos “deflogistado” la economía. Le hemos quitado todos los conceptos derivados de la especulación metafísica o del delirio místico. Hemos comprobado que, al decir de Eduardo Galeano, estábamos viendo al mundo patas arriba.

El capítulo siguiente contiene una síntesis general de lo que se expondrá. En un primer momento pretendimos ubicarlo al final del libro, pero concluimos en que es más útil colocarlo donde ahora está, para irnos sumergiéndonos lentamente en estas aguas desconocidas, piedra por piedra, paso a paso. No obstante, aconsejamos su relectura una vez concluido el libro. Ayudará de esa manera a tener una visión más acabada y precisa de la teoría, en su completitud.



UNA SINOPSIS

Durante toda la historia no ha existido ningún sistema económico que haya resuelto el problema principal de la humanidad: la satisfacción de todas, absolutamente todas, las necesidades materiales del hombre. Y todas las necesidades materiales, es seguro, se pueden satisfacer. (La definición de necesidad que utilizamos se deriva de ése concepto básico: una necesidad económica es la falta de algo que otros poseen; por lo tanto, ya existe la forma de satisfacerla.)

¿Es que, acaso, el hombre no ha luchado siempre –y sigue luchando- en la búsqueda de la satisfacción general? ¿Es que, para ello, todo su trabajo acumulado fue –y es- insuficiente? ¿Es que acaso todas sus energías empleadas con ese fin, todos sus esfuerzos han sido –y son- en vano? ¿Es que acaso el hombre no tuvo –ni tiene- suficiente capacidad como para tan siquiera eliminar el hambre, su necesidad primordial?

Si esto fuera cierto sería mejor para el mundo que el hombre dejara de existir. Sería mejor que les dejara a los animales y a los vegetales el disfrute de la vida, porque éstos han demostrado que pueden sobrevivir utilizando las escasas herramientas que la naturaleza les ha brindado, a la inversa del hombre, que no ha sabido utilizarlas a pesar de poseer muchas y mejores.

Pero no debe ser así. La realidad indica que no hay ser vivo con más capacidad de adaptación a la naturaleza y con más aptitudes de adaptarla a ella misma, que el hombre. Es más, es el único que ha podido alcanzar esta última posibilidad.

Nota: Voluntariamente descartamos de nuestra consideración como posible herramienta para lograr estos fines fundamentales al tan manido “avance tecnológico”, aunque nada nos obliga a hacerlo. La gran mayoría de los países se ven impedidos de emplearlo, por lo que su uso para abatir la pobreza y el hambre, por ejemplo, es un imposible práctico. Esto se debe a que sus dueños exigen colocarlos en el faltante principal del que adolecen los países pobres: lo ubican como integrantes del capital. El de ellos.

Ese “capital” faltante –el conocimiento- es insuficiente (un logro a alcanzar) para la mayoría de los países del “tercer mundo”; para el resto de los países “pobres” es una capacidad que ya tienen y generan, pero que aún no pueden utilizar en beneficio propio (por razones económicas, fundamentalmente: lo que llaman falta de “competitividad” en retribuciones). Para los que hoy no poseen tal “capital” (los que no generan técnicos), podrán alcanzarlo más tarde o más temprano, pues no hay duda de que no existe diferencia de capacidad de razonamiento o inteligencia entre los habitantes de cualquier país; es más, en todas las ramas del conocimiento los países “ricos” contratan técnicos y científicos provenientes de los países subdesarrollados. Lo que abruma a los países pobres (a todos ellos) es única y exclusivamente una dificultad económica, que no les permite mantener a los técnicos que crea o perfeccionar la educación para “producirlos”. Esta dificultad es la que nos proponemos eliminar. Y aseguramos que mediante éste descubrimiento podemos superarla, definitivamente.

Sabemos, porque lo vemos cotidianamente, que si toda la capacidad del hombre (en su carácter social, naturalmente) se vuelca en pro de cualquier objetivo, por imposible que parezca (el vencer al hambre por ejemplo), no sólo es capaz de hacerlo sino que, aseguramos, podrá hacerlo. Ya podría haberlo hecho, podría hacerlo ahora mismo, mediante los sistemas que hoy se aplican. Si lo quisiera.

¿Cuál fue el motivo de que el hombre no haya podido lograr esa meta tan ansiada, tan necesaria, tan justa? Porque *poder hacer* debe acompañarse de *querer hacer*. La capacidad productiva nunca ha sido tan potente ni tan redituable. Las comunicaciones nunca han sido tan variadas y rápidas. Las demás variables a considerar son todas accesibles, todas alcanzables, todas posibles. Por ese motivo podemos aseverar que la pregunta no debe hacerse con el verbo *poder*; debe hacerse usando el verbo *querer*.

El capitalismo nunca, hasta ahora, se lo ha propuesto, porque el vencer la pobreza, el vencer el hambre, es hoy totalmente posible, tanto en términos productivos como en la distribución de esa producción. Pero es un negocio no tan beneficioso o tan redituable como lo es el servicio fúnebre, por ejemplo. Los hambrientos no tienen un poder adquisitivo tal que pueda corresponderse con su propia necesidad de consumo, ni con la ambición de los productores de alimentos. En ése sistema económico se da una regla: los más necesitados son los menos possibilitados. Nos han hecho creer que esa regla es "natural"; que esa contradicción existe y que es irreversible: nos han hecho creer que es una condición sine qua non; "siempre ha sido así", dicen. Pero una vez que reconocemos que tal "afirmación" es una falsedad, podemos deducir muchas certezas a partir de ella. Solamente nombraremos la que dice que la enorme *capacidad productiva* que la humanidad ha alcanzado no fue correspondientemente acompañada con una similar *capacidad de consumo*, con un poder adquisitivo real y consecuente, que les permita a los hambrientos el acceso a los alimentos; y (sin tener en cuenta la posibilidad de ambiciones desmedidas) que les permita a sus productores vender mayor cantidad y al precio necesario. El ciclo nos muestra fehacientemente que esa falta de correspondencia no tiene ni tuvo fundamento de tipo alguno: ni económico, ni racional, ni natural, ni religioso. No tuvo fundamento.

Es más, y aunque nos salgamos un poco del tema, esa certeza nos confirma otra: la demostración cabal de que es totalmente falsa la "ley de la oferta y la demanda". Y en esta ley es que se basa el sistema de "mercado libre". Hoy existe una enorme capacidad productiva y su correspondiente oferta de comestibles (como nunca antes), mientras que en los países del "tercer mundo" hay una enorme demanda de ellos, como tantas veces, antes y ahora; como siempre. ¿Dónde está esa ley? Se sabe empíricamente que esa ley, cimiento del capitalismo, es que la oferta *depende del precio* que los demandantes están dispuestos a pagar y que éste debe –forzosamente– corresponderse con las dos ansias de que abusan los productores: la ambición desmedida por el lucro, y el interés en lograrlo más fácil, más rápido y menos trabajosamente (crematística aristotélica). Usan como explicación muy forzada y contradictoria, la "necesidad" de la disminución de los costos; éstos inevitablemente son mayores, siempre que se quieran aumentar las ventas. No obstante, igualmente se deduce (y se demuestra) que la demanda depende del

poder adquisitivo. Pero en el capitalismo, un poder adquisitivo que sea suficiente para cumplir con tales exigencias, es una posibilidad exclusiva de un grupo pequeñísimo, el que -¡ vaya coincidencia!- no pasa hambre. Para nuestra teoría, derivada directamente del ciclo económico, el precio, la oferta, los costos, la producción y la demanda dependen exclusivamente del poder adquisitivo de la población en su conjunto, como benefactora de la economía. Ésa es la ley. La capacidad de consumo se debe (y es posible) hacerla corresponder con la capacidad productiva.

Antidogma: La "ley" de la oferta y la demanda es una ilusión. La demanda es dependiente del poder de compra, de la oferta y de su precio: ésa es la ley.

La *demanda* en el capitalismo, al igual que el *precio*, dependen –sólo si el poder adquisitivo de la población es alto- exclusivamente de la *oferta*. Si los empresarios capitalistas quieren vender más cantidad, venderán, utilizando estas dos herramientas de su exclusiva propiedad: oferta y precio. Si quieren aumentar sus beneficios, los aumentarán; si quieren bajarlos, cosa difícil, los bajarán. Si quieren aumentar o disminuir la oferta o los salarios lo harán. Les importa un rábano la opinión o la necesidad de los demandantes, sólo su propio lucro. El ciclo económico no les permite tal posibilidad, porque con él no existe tal "ley" de la oferta y la demanda.

Ahora, si el poder adquisitivo es bajo, no podemos siquiera hablar objetivamente de "demanda". Estaremos hablando solamente de demanda de justicia distributiva.

Por supuesto que hay más conclusiones, razones y certezas que las expuestas, para demostrar que siempre fue posible eliminar la pobreza y que no se lo ha querido. No nos extenderemos en ellas, puesto que no le agregaremos más sombras y grises oscuros al cuadro negro de esa historia económica del hombre. No tiene sentido, para nosotros, acostarnos a observar, lamentándola, la negativa realidad de la actividad humana. En vez de ello, debemos enfrentarla y revertirla; por ahora, solamente afirmaremos que podemos eliminarla.

Cuando hablemos de un poder de compra justo (algo que a muchos les parecerá indefinible) estaremos hablando de justicia en términos económicos. En este escrito demostraremos que no sólo es definible, sino que es posible alcanzar un justo poder adquisitivo para todos los hombres, sin distinciones de ningún tipo, sin exigencias relegantes, sin títulos de propiedad; sólo alcanza con "comprobar" que se está vivo. Lo aseveramos porque demostraremos que es posible el desarrollo económico ilimitado.

En el socialismo se ha vencido al hambre. Incluso se hizo mucho más que vencerlo. Pero le falta "algo": sus pobladores no cuentan con el suficiente y merecido poder adquisitivo, con una verdadera capacidad de compra y la posibilidad de usarla. No sufren de necesidades materiales vitales, pero adolecen de muchas de las que no lo son, esto es, sufren de un tipo de pobreza económica que no les permite saciar necesidades más superfluas o gustos o caprichos.

Podemos empezar aseverando rotundamente que el principal error cometido por las distintas teorías ha sido –y lo sigue siendo- el uso generalizado y dogmático de errores conceptuales, no materiales. No son

errores producidos por cambios generados por la naturaleza, externos a la voluntad del hombre. Ni siquiera son errores de cálculo sobre datos verdaderos, sino cálculos casi correctos sobre datos erróneos; no son errores atribuibles a "algo" que esté por fuera de la humanidad. Han sido errores humanos de observación, de toma y manejo de datos equivocados y de las conclusiones necesariamente desacertadas a que arribó la propia humanidad. Pueden ser atribuibles a la ceguera por ignorancia de la mayoría, a la falta de escrúpulos de los pocos capaces de vislumbrarlos y hasta por la interesada mezquindad de una minoría, menor aún que la más pequeña, que fue "favorecida" por esos errores, y que voluntariamente los mantiene, si es que alguna vez pudo o quiso reconocerlos.

La invención del dinero fue la invención de la cuadratura de la rueda, y obstinadamente aún la utilizan todos los hombres, sin distinciones entre los dos diferentes sistemas económicos que existen.

Otro error absurdo es que el proceso económico en ciclos de la actividad humana, directamente, no se lo vio, o se lo ha visto cabeza abajo. La visión, el espejismo de que todo hecho económico empieza en la "siembra" ha sido el error principal, el desatino primordial, la equivocación original. Ha sido el error base de todos los demás; por ejemplo, el de la "definición" indefinida del propio dinero. "Si quieres cosechar debes sembrar", dicen, y nuestro sentido común parece indicarlo de esa manera, falsamente. Porque esa aparente aseveración nos oculta qué cosa es lo que sembramos; las semillas que sembramos no son más que el resultado de una cosecha anterior. La naturaleza nos indica que "si quieres sobrevivir debes cosechar". Toda construcción teórica de toda estructura económica se ha fundamentado en aquella falacia; esas teorías han sido cimentadas en arena movediza, en suelo blando, y por lo tanto ninguna ha soportado mantenerse en pie; ninguna ha logrado satisfacer las necesidades materiales, básicas o no, de todos y cada uno de los hombres, sin distinciones.

En ésa equivocación se ha fundado la idea de que el capital nació en la acumulación de la producción sobrante, sin tener en cuenta que necesariamente el motivo de ello es que hubo una distribución insuficiente de esa abundancia, y que ésta no fue nunca una causa natural sino una decisión humana, cuyo resultado fue la generación de necesitados que no pudieron acceder al consumo de esa producción. Por eso hubo un "sobrante". No existe un sobrante: existe una apropiación injustificada de lo cosechado, una expropiación de la riqueza social. La acumulación originaria del capital se ha basado en el hambre de la gente. Al acumularse el "sobrante" (al no consumirse o volverse a sembrar lo cosechado) no se cumplió la "deuda" adquirida con la naturaleza y con el hombre.

En el espejismo de que el proceso productivo empieza por el final, por la siembra, se basa la peregrina idea de que el sector propietario del dinero originado con y por dicha acumulación (las clases privilegiadas), se hacen "imprescindibles" por ser el sector poseedor de ese "sobrante" y que por ello son el sostén de toda la economía. En esa falsedad se basa la existencia de una minoría que posee un poder adquisitivo abundante, el medio de consumo, razón del capital, mientras otros sufren de su escasez. Con esa diferenciación

comenzaron las distinciones de clase: la existencia de una clase de gente con riqueza excesiva y de otra clase de gente con necesidades insatisfechas; en él se soporta la existencia de la lucha de clases; la separación de la humanidad en clases no ya diferentes sino antagónicas. Donde la existencia de una es la razón de la existencia de la otra. Y la explicación de este efecto la basan en la misma causa: el poseer y su opuesto, la abundancia y la escasez, la propiedad y su falta.

Así, la teoría capitalista concluyó equivocadamente, a todo lo largo de su historia, que si se logra que ese minúsculo grupo de personas que conforman su capa más adinerada esté satisfecho, el resto podrá estarlo también, más tarde o más temprano, aunque no posean más que necesidades y necesidades de más. Esa misma historia, sin embargo, ha demostrado que todo esto ha sido y es falso de toda falsedad, puesto que esta minoría ha sido y es cada vez más pequeña y cada vez más enriquecida, a pesar de que el número de seres humanos y el de su capacidad de producción han sido multiplicados varias veces. No hubo una correspondencia entre la capacidad productiva y la capacidad de consumo. Ésta se ha concentrado y reconcentrado en ese grupúsculo. En el capitalismo hay mucha producción pero no hay a quién vendérsela. Esta afirmación nos demuestra otra: la especulación se torna más redituable que la producción y su consumo, especialmente en el capitalismo neoliberal.

La propiedad sobre el medio de consumo hace que el capitalista merezca ese nombre. No solamente por las posesiones que se pueden adquirir por intermedio del dinero y que éstas mismas se utilicen para aumentarlo y concentrarlo –su uso como lo que llaman “medio de producción”–, sino por ser de facto una propiedad en exclusiva, inaccesible para la mayoría absoluta de la humanidad, a pesar que ni siquiera se objeta la función social del dinero y el carácter social de su “propiedad”.

Debemos aseverar que el poseer (la propiedad sobre el dinero y todo lo que éste permite), no es ningún “pecado” si es alcanzada por todos, absolutamente todos, los hombres. Es más, debe necesariamente ser accesible a todos, para eliminar así la miseria, la pobreza, el hambre. Y esto se puede lograr al concretar lo abstracto que tiene su origen, basándolo en una fórmula matemática, independizándolo de las clases sociales, generalizándolo, socializándolo. Así se elimina, de hecho, la existencia de clases que lo posean y otras que no lo posean. La socialización de su propiedad (algo que ni siquiera en el capitalismo se discute) es la tarea que nos queda por hacer: la tarea de implantar el indev, el dinero del ciclo económico.

En el socialismo se ha concluido, también en error, que la falta está en el efecto y no en la causa: han creído que el problema está –casi excluyentemente– en la propiedad sobre los medios de producción. Esto, dentro del capitalismo, es algo muy cierto e inocultable. Más aún, es cierto dentro de todos los sistemas de clases antagónicas. Pero es el *efecto*, es la consecuencia generada por una *causa* anterior. La realidad indica que el motivo de todos los males de la mayoría de la humanidad está en la condición de propiedad y uso sobre el medio de consumo, sobre el dinero; tal propiedad es la causa y el origen de todos los otros medios de carácter económico. El

dinero da la posibilidad (mediante su uso como *medio de pago*, es decir, su uso para la compra y venta) de adquirir y poseer los medios de producción; así es usado para generar más dinero. De allí se induce que el capitalista es capitalista antes de poseer el medio de producción. *La propiedad sobre el medio de consumo es lo que lo hace capitalista.*

Los teóricos del socialismo no notaron, además, que el dinero ha sido -y hasta ahora sigue siéndolo- un instrumento abstracto, inmaterial, indefinido. Incluso lo es el dinero socialista. Al haber aceptado como cierto que la moneda es una mercancía más, como cualquier otra, han cometido un error fatal, porque ésa es una característica propia y requerida del dinero propio de las clases privilegiadas. Fue un error tan inexcusable y tan grave como considerar al trabajo también como mercancía; la fuerza de trabajo no se vende en sistemas donde no existen clases antagónicas, donde no existe una clase que pueda "comprar" para sí la capacidad de trabajo de los diferentes, ni existe otra que necesite "venderse" para poder subsistir.

El ciclo nos asegura que la definición precisa sobre la propiedad de los medios de producción no sólo no es fundamental para la propuesta que estamos exponiendo, sino que es absolutamente prescindible, despreciable; aunque a través de ella se mantengan las características subrayadas por los clásicos, sean del capitalismo como del socialismo. Para el ciclo económico es indiferente que el propietario de un medio de producción sea un solo individuo o lo sea el propio Estado, o cualquiera de las posibilidades intermedias a éstas. Lo que realmente importa es que se reconozca la existencia del ciclo económico y se cumpla con él, y que se utilice una moneda con las características del indev, puesto que ambos hacen que cada uno de los hombres tenga la posibilidad de adquirirlo todo, y el derecho inalienable de propiedad sobre lo que adquiriera. Ya no importa quién posee qué cosa, sino que todos puedan acceder a todas.

Si se le da al dinero un significado concreto, medible, comprobable, haciendo así que no sea accesible sólo para una minoría (ubicándose a sí mismo por encima de los intereses de clases o de grupos); si se reconoce definitiva y universalmente que ha dejado de ser una mercancía; que es un patrón o sistema de medida y comparación (tal como el metro o el kilogramo); si se le da una definición matemática a su valor (a través de una fórmula de resultado inobjetable y de fácil comprensión), el dinero se vuelve indevaluable, impidiendo así que el interés malicioso de ciertos grupos o los "pases mágicos" que los "justifican", puedan modificarlo a su antojo.

¿Puede imaginarse el lector una moneda indevaluable y todo lo que esa simple condición nos puede permitir? Sólo con la eliminación definitiva de la especulación ya alcanza para valorarla; pero también desaparecen la inflación y la deflación. Existen muchas otras ventajas derivadas de esa condición.

No existe filosofía que niegue que el objeto de toda actividad humana (entre ellas la economía) debe ser el saciar las necesidades de los que las sufren (por ejemplo, la necesidad de un médico ante una dolencia). En tanto que la lógica indica que no se hace necesario para aquellos pocos que las puedan tener resuelta y colmada (una persona sana no está necesitando un médico): aunque el mejor ejemplo es la propia economía. Por lo tanto, toda

acción económica debería dirigirse a darle a los necesitados la posibilidad y la certeza de que dejen de serlo. De esa manera, la economía debería hacer que todo necesitado (un consumidor en potencia) pudiera llegar a ser un consumidor auténtico. Se debe reconocer que esto sólo puede lograrse a través del aumento de su poder adquisitivo, del crecimiento de su ingreso. Y no olvidemos algo fundamental: todos somos un consumidor, incluso los integrantes de esa minoría que no sufre necesidades. Así, tal aumento del poder de compra adquiere el carácter de derecho universal; pierde entonces el carácter de dádiva o limosna. Es la devolución de la expropiación original realizada a la naturaleza y a la humanidad. Ése derecho (lo aseguramos) puede realizarse sin necesidad de otras expropiaciones entre humanos. Los medios materiales para cumplirlo existen sobradamente. Lo único que aún falta es el reconocimiento pleno de que todos los hombres (y no sólo los necesitados) tenemos ese derecho por el simple hecho de vivir. Y, económicamente, vivir es trabajar y consumir, acciones ambas que mueven y permiten la economía: que son las dos actividades que crean, transforman y dan uso a la riqueza.

Se alcanza reconociendo que sin esa doble actividad, tanto sea cuando toma la forma de trabajo productivo o sea en la forma de ingreso que permite el consumo de lo producido (y que son una unidad dialéctica: uno es la medida y la razón de ser del otro) nada sería posible, ninguna economía de ningún tipo sería posible. Es más, la vida no sería posible. Sin ellos ni siquiera habría una clase poseedora, no necesitada, privilegiada. Esto nos asegura que todo hombre es merecedor de tal derecho de recibir una distribución equitativa de la riqueza social por el simple hecho de haber nacido: así, ese derecho es un derecho natural.

Ya dijimos que estos principios básicos son aceptados y perseguidos o anhelados (honestamente o no) por todas las filosofías, ideologías, creencias y religiones que ha habido en la historia de la humanidad. Han sido los sueños irrealizados de la historia del hombre. Pero sabemos también que dichos principios nunca han sido aplicados, objetivamente, en la vida real. Hasta ahora. Más adelante veremos que pueden ser aplicados y disfrutados.

Ésta aseveración se apoya en un descubrimiento, alejado de todo misticismo o deseo; está por fuera de toda voluntad, mala o buena y de toda emoción. Debemos asegurar que ese descubrimiento es lo realmente importante, sustancial, trascendente, desde donde nacen todas y cada una de éstas aseveraciones tan "quiméricas". Es ver el verdadero ciclo económico.

Hemos descubierto que en realidad toda actividad humana que produzca un objeto (tangible o no), con el fin de ser consumido o usufructuado, forma y conforma un proceso cíclico económico que se inicia necesariamente con la extracción por parte del hombre de la riqueza natural de la zona que habita, y que termina forzosamente en la reposición de ésa riqueza extraída, para que así pueda iniciarse otro ciclo similar. Este axioma tan simple, casi obvio, no ha sido tomado como hipótesis básica en ninguna de las teorías económicas que han existido. Las pocas que se le aproximaron (como es el caso de las economías que hoy existen), lo han hecho en un orden inverso al real, por lo que nunca pudieron entenderlo (y menos aplicarlo) tal como es.

El hombre continuamente ha tomado prestado de la naturaleza esa riqueza original, como el imprescindible "capital inicial", con que ha comenzado, construido, soportado y mantenido todo hecho y acto económico a lo largo de la historia. Y no sólo utiliza esa riqueza original en forma directa para su propio bien (algo que siempre hizo), sino que puede y debe aumentarla, continuamente, a través de su propia actividad (es lo que resta por hacer en las teorías primitivas). Aunque ya no sólo para su único beneficio, sino también para el mantenimiento y el mejoramiento del medio ambiente que habita y comparte con otras especies. Después de extraída esa riqueza, el hombre debe hacer todo lo posible por reponerla de alguna manera, y así poder seguir explotándola, para no destruirla irreversiblemente.

Cuando ha cosechado su trigo, lo ha vuelto a sembrar, reponiéndolo otra vez, con la meta de volverlo a extraer en el futuro y en mayor cantidad. Así se cierra el ciclo propio del trigo, iniciándose otro. Sucede igual con cualquier otra actividad que se relacione con la producción.

Cuando sus minas de oro se agotaron, o las consideró insuficientes (algo que sucedió demasiado habitualmente) invadió a sus vecinos para expropiárselo, por el simple hecho real de que le es imposible reponerlo mediante su propio trabajo. El hombre es incapaz de reponer (al menos por ahora) los "recursos no renovables" que utiliza.

Lo mismo (exactamente lo mismo), sucede con cualquier actividad productora de bienes. Dicho de otra manera: toda actividad productiva humana válida (no destructiva, no negativa), nace con el objeto de ser consumida; para ello debe cumplir un ciclo natural externo a la voluntad del hombre, que se conforma por las etapas de extracción, producción, comercialización y reposición de la riqueza que existe (natural o creada), en ese orden y como una unidad. Eso es lo nuevo: es ver el ciclo económico tal como es.

Veremos que el cumplimiento de ese ciclo es la única condición indispensable, ineludible, obligatoria, para alcanzar el bienestar de toda la humanidad; sin distinciones de raza, creencia, sexo o clase. Es más, para ese ciclo sólo existe una clase: la de los seres humanos. Todos los hombres cumplimos el rol de consumidores y reponedores (consumidores-reponedores), y a su vez, todos debemos cumplir el rol de productores y reponedores, (productores-reponedores), de la riqueza natural. Ésta debe ser extraída y repuesta, consumida y repuesta.

La siembra no es el inicio del ciclo, sino que es su final: con ella se repone una parte de la riqueza original previamente apropiada, utilizada y destruida por la actividad humana, y es ella misma (la siembra), una forma incompleta, insuficiente, escasa, de la reposición total que se adeuda. Ella es sólo una de las dos formas que se tiene para restaurar la quita realizada. Ésta es la demostración evidente de que nunca existió un "sobrante", puesto que no puede "sobrar" lo que aún se adeuda.

La otra forma es el consumo de lo que se produjo. La destrucción de la naturaleza tiene por fin el ser consumida. El poder de consumir o poder de consumo, es lo que hace posible alcanzar tal fin, se basa en él y es él mismo: es en sí el poder adquisitivo o poder de compra. Además, al generalizarse ese

poder (al socializarse), adquiere la particularidad de ser lo contrario de lo que se ha llamado "consumismo", que tiene por característica el ser exclusivo de un grupo privilegiado.

La producción de bienes para el consumo o el usufructo necesariamente utiliza, transforma y destruye distintos tipos de insumos (además de la materia prima básica), a lo largo del ciclo productivo, que sólo pueden ser repuestos al ser accedidos por el consumidor al que están dirigidos; éste es quien paga o financia todo el proceso productivo. Al consumir un bien se cumple con la otra de las dos formas (indispensables ambas), que tiene la etapa de reposición; y todo ser humano es un consumidor-reponedor. Por haber cumplido y para poder cumplir en forma fehaciente con esta otra forma de la etapa de reposición de la riqueza original destruida, todo hombre como consumidor tiene todos los derechos sobre lo que la humanidad produce; incluido el derecho de propiedad sobre ese bien, pues ése fue y es el objetivo de haberlo producido. Pero principalmente ha de tener el derecho de poseer un ingreso en cantidad suficiente que le permita cumplir sin "relativas insuficiencias" con ese rol de consumidor-reponedor. Como cada habitante es un productor-reponedor y un consumidor-reponedor, todos y cada uno tenemos el derecho de propiedad sobre lo producido, y el derecho de obtener un ingreso suficiente para alcanzarlo.

Esa conjunción de derechos es la que explica, genera y avala la propiedad social sobre el medio de consumo; éste es el dinero en su forma indevaluable: el indev, la moneda del ciclo económico natural.

El ciclo económico nos enseña dos realidades concluyentes: una, que una distribución justa de la riqueza no sólo es una obligación moral sino una necesidad económica; dos, que la economía del ciclo no sólo obliga a realizar esa distribución sino que la hace totalmente posible. Hay en el libro un capítulo exclusivo dedicado al ciclo económico.

Nos deja claro también que no hay producción ni reposición de riqueza sin trabajo y que éste no es otra mercancía.

Una actividad cualquiera no es mercancía: es acción, es movimiento; no se crea ni se destruye. La actividad del hombre es una forma especial -o una especie- de energía natural, que en términos sociales nunca se detiene, nunca descansa. Por lo tanto, si definimos al trabajo del hombre como otro tipo de energía, concluimos que de ninguna manera es un "objeto útil, provechoso o agradable que proporciona a quienes lo consumen un cierto valor de uso o utilidad", es decir, una mercancía.

Hemos utilizado el principio de la conservación de la energía, que nos dice que aunque la energía puede transformarse no se puede crear ni destruir. Vemos así que es totalmente aplicable a la actividad vital, productiva y consumidora, del hombre, y a su vez, que no cumple con los requisitos de la definición de mercancía.

Debemos decir que esa afirmación no es arbitraria: la energía, definida científicamente, es la capacidad de un sistema físico para realizar un trabajo; la materia posee energía como resultado de su movimiento o de su posición relativa con las diferentes fuerzas que actúan sobre ella. Esta definición puede

ser aplicada perfectamente al trabajo social o la fuerza del trabajo; la actividad humana es otra de las formas de la energía. Su unidad de medida no es el ergio o el julio, es el indev, puesto que el ingreso o salario del hombre que trabaja es la forma en que se reconoce y se da valor a esa actividad. Vemos que el indev es el patrón que usamos para medirla, tal como el julio (o joule) lo es para otros tipos conocidos de energía.

Esta conclusión borra de un plumazo los conceptos que se manejan cotidianamente en las teorías económicas en aplicación. Para la sociedad capitalista el trabajo es una mercancía que se utiliza como medio de producción de otras mercancías. Sin embargo, la naturaleza nos indica claramente que cualquier actividad (entre ellas la productiva) necesita no sólo de un empuje inicial (energía) para quitarla del reposo, para activarla, para hacerla producir, sino que la necesita para mantener el movimiento. Un telar transforma una energía cualquiera (el movimiento de un brazo humano, la tracción animal, la electricidad, etc.) en movimientos mecánicos para producir tela. Allí es cuando esa máquina comienza a trabajar, y continúa haciéndolo mientras está en movimiento, mientras transforma energía. Lo mismo sucede con la actividad de un agricultor, la de un oficinista o la de un programador de computadoras. La diferencia está en que, para el ciclo económico (y para cualquier mente sana) el hombre en sí no es una máquina, no es un objeto más, ni individual ni socialmente considerado. El imaginar al trabajo del hombre como mercancía lo que hace es justamente eso: colocar al ser humano al mismo nivel que las máquinas, que las cosas inanimadas. Lo cierto es que, históricamente, el hombre y su actividad principal dejaron de ser "mercancías" con la desaparición de la esclavitud, único sistema económico donde el hombre "es" una cosa.

Así, el ciclo económico nos dice que el trabajo, definitivamente, no es una mercancía. La imagen de un buey tirando de un arado, o la de un caballo arrastrando un carro, nos da la idea concreta de lo que significa la capacidad o la fuerza de trabajo. Exactamente lo mismo sucede con el trabajo físico del hombre (como cuando un obrero hace una zanja) sin importar la herramienta que utilice. Objetivamente, no podemos considerar esa fuerza como una "mercancía". Pero la idea de que su fuerza de trabajo no es una mercancía es muchísimo más clara al considerar el trabajo humano creativo, cuyo resultado puede ser tangible o no, pero que ciertamente es generador de riqueza nueva, que antes de esa actividad no existía.

Además, mientras que en el capitalismo el consumo de mercancías que realiza un trabajador es el costo de producción de su fuerza de trabajo, el ciclo económico nos indica que en la realidad sucede exactamente al revés: todo trabajo productivo tiene por fin la creación de una mercancía para que ésta sea adquirida por el consumidor, con el objeto de mejorarle su existencia, es decir, su propia vida. Es indiferente si esa persona trabaja o no, si es burgués o proletario, si es un niño o un anciano, si es hombre o mujer; en fin, sin importar ninguna diferencia. El objeto de cualquier actividad humana es el mantenimiento y el mejoramiento de la vida, propia o ajena; no lo es por sí misma sino por ése resultado. La producción de mercancías es importante, pero es sólo una de las actividades del hombre.

Mostramos así que naturalmente (esto es, por encima de las ideologías o los intereses del hombre) existe un ingreso individual mínimo, un ingreso indispensable para el mantenimiento de la vida biológica y social de cada ser humano y quienes lo rodean, y que -a la inversa de todo lo aceptado hasta ahora-, debe representar y ser la cifra fundamental de la economía. Porque el poder adquisitivo de la gente es el termómetro que utiliza el ciclo económico para medir la salud de su economía: hemos dicho que el objeto de esta ciencia es la satisfacción de necesidades, el bienestar del hombre. Esa cifra, el ingreso mínimo indispensable para lograr el bienestar, ha de ser la unidad de un nuevo patrón de la medida de la actividad creadora y transformadora del hombre, que sirva como base real y medio real de todo cálculo económico; ha de ser la unidad de la moneda. La unidad del indev.

Como no es posible ejecutar ningún razonamiento ni ninguna tarea científica sin herramientas precisas, afirmamos que el dinero, tal como ha sido usado y definido hasta hoy, no ha cumplido con el fin que el ciclo le exige. Ni permite cumplirlo. El dinero debe tener una nueva definición, y no parece haber otra que la que estamos exponiendo: el nuevo medio de consumo, el indev, se soporta en la magnitud de la riqueza natural y artificial del país que lo utiliza, y su valor, concreto, es función del número de sus habitantes, de su necesidad de consumo y de la actividad fundamental que ellos realizan: el trabajo. Utilizaremos todo un capítulo para no sólo profundizar en su definición, sino para darle una forma matemática a su contenido.

Toda unidad de medida que el hombre utiliza puede ser considerada como arbitraria si no se comprende o comparte el punto de vista en que ésta se basa. La historia de la invención del metro como unidad de medida de la distancia es característica de esa posible arbitrariedad. Podríamos poner muchos otros ejemplos de ello, pero nuestra intención es aseverar que la unidad concreta en la que se apoya el indev puede también ser acusada de arbitraria, si no se comparte el motivo en que su definición se basa. Quizá tenga más oposición que la arbitrariedad de dividir el día en veinticuatro horas y no en diez o en veinte, puesto que incide directamente en intereses creados. No obstante haber anotado esa puntualización, trataremos más adelante de explicarla con fundamentos suficientes, no sólo científicos, rigurosos, "de laboratorio", sino también democráticos, como para que no sea considerada arbitraria por la mayoría de los hombres y, sobre todo, para que nadie se sienta relegado de ella.

Nuestro medio de consumo se posa sobre esa cifra fundamental, el ingreso mínimo vital y natural, que permita una vida digna, una vida de bienestar; debe necesariamente estar relacionado con la cantidad de seres humanos de un país, sin importar edades o sexos, y con la riqueza del territorio que ellos habitan. Por dos razones fundamentales: primera, porque todo hombre (sin importar ni considerar diferencias reales o imaginarias), es un consumidor, y segunda, porque el hombre, como cualquier otro ser o cosa, puede existir y sobrevivir solamente si es capaz de obtener sus materiales indispensables desde y en su propio ambiente, sin dañarlo y sin agotarlo. Porque si así no fuera, no tendría sentido vivir ni la posibilidad de sobrevivir en, con y desde ese espacio que ha elegido.

Con esta propuesta aseguramos la desaparición de la pobreza económica y todo los sufrimientos que de ella se derivan. Es seguro que es necesaria, aunque quizá no sea suficiente. No podemos asegurar lo mismo sobre las "otras" pobrezas que existen, lamentablemente. La puesta en práctica nos dirá cuántas de ellas están realmente relacionadas a la pobreza, a la falta de oportunidades, a la desigualdad; y cuántas de ellas forman parte de la naturaleza humana. Pero creemos que, por ahora, con eliminar la pobreza económica daremos un paso enorme hacia la concreción de un sin fin de soluciones.

Hay dos maneras de leer esta propuesta, una correcta y otra que podríamos calificar de limitada. Una de ellas es considerarla como una mejora del sistema capitalista. Para explicar dicha manera debemos tener en cuenta que ese sistema favorece a una clase de personas, en tanto perjudica a otro grupo de ellas. La manera más obvia de mejorar a ese sistema es haciendo que esta clase perjudicada se convierta en integrante de aquella otra, y la forma de hacerlo es dándole a la clase perjudicada el mismo poder adquisitivo de la favorecida; pero, para no cometer el mismo error original del capitalismo, sin perjudicar a esta última. Quizá forzando en demasía la imaginación, se podría decir que sólo podríamos mejorarlo al transformar a todos en capitalistas. Pero al hacer eso estaríamos negando la hipótesis desde la que arrancamos: el capitalismo necesariamente persiste en función de la existencia de esas dos clases antagónicas.

El capitalismo sobrevive gracias a la lucha de dos clases diferentes, opuestas, contradictorias; la existencia de una es la explicación de la otra, tal como son entre sí la luz y la sombra. La observación sin emociones del ciclo económico, nos muestra que cada ser humano cumple dos roles; en uno, en su papel de productor, se mantienen las diferencias individuales; en otro, en el rol de benefactor, se eliminan todas las diferencias. Y estos dos roles no dividen a los hombres en clases opuestas, sino que son dos "estados de oscilación", dos "cuantos" que asume un mismo hombre, en una "frecuencia" voluntaria, que sólo él ordena. El ciclo no sólo demuestra la eliminación de esa contradicción entre grupos (la eliminación de las clases), sino que la hace imprescindible para lograr un funcionamiento propio efectivo: para el ciclo económico no existen hombres más benefactores que otros. Por lo tanto, ver la teoría a través de ojos capitalistas no es la mejor manera de comprenderla.

Ésa es la manera insuficiente o limitada de interpretar esta teoría. No obstante, entendemos que puede ser utilizada como forma de asirse a ella, de comprenderla, de aprehenderla. No sólo para los autoproclamados capitalistas y sus teóricos, sino también para aquellos que han visto que dicho sistema no es tan bueno como dicen, pero que, concientemente o no, aún continúan valiéndose de sus conceptos y utilizando sus principios.

La forma correcta de interpretar y entender esta tesis (de captarla en plenitud), es considerarla como una nueva teoría económica, distinta, diferente. Pero para ello se necesita del olvido de todos esos conceptos y principios que se manejan en el capitalismo y sus variantes, adquiridos desde el aprendizaje de la economía primitiva. Para ingresar a ésta teoría habría que asumir en forma plena, parafraseando la frase que colocó Dante Alighieri a las

puertas del infierno: “abandonar todo prejuicio o preconcepto aquel que entre”.

Por ejemplo, dicen los teóricos capitalistas: *“las familias poseen los factores necesarios para la producción —la tierra, el trabajo y el capital— y los ponen a disposición de las empresas; a cambio de ellos percibirán las rentas: alquileres a cambio de la tierra, sueldos y salarios a cambio del trabajo, beneficios o intereses a cambio del capital”.*

Por el contrario, el ciclo económico natural nos hace decir que la naturaleza posee todo lo necesario para el mejoramiento de la vida del hombre (mediante la producción y el consumo), y esa riqueza la pone a disposición de la humanidad. Esta última puede y debe beneficiarse de todo lo disponible, a través, únicamente, de lo que ella puede aportar: el trabajo, que no es una mercancía más sino una forma de energía natural, cuya función principal e ineludible es reponer a la naturaleza la destrucción que el hombre le hace, con los mayores beneficios y mejoras que todo el conocimiento adquirido a lo largo de la historia pueda aportar, con el objeto de que esa riqueza sea accedida por todos los hombres, sin distinciones de especie alguna, y sin que se la agote. Que no sólo importa la producción sino también su consumo.

Que nada de esto es dependiente del dinero sino que el dinero es dependiente de todo esto.

Por boca del ciclo nosotros hablamos sobre los seres humanos en general. No hablamos de clases ni de sexos, sino de humanidad; no hablamos de edades ni funciones, sino de habitantes; no hablamos de razas ni religiones, sino de hombres; no hablamos de creencias, sino de conocimientos.



DEFINICIONES INELUDIBLES

Ahora comenzamos con las definiciones imprescindibles que se necesitan para lograr una cabal comprensión de lo que se quiere exponer, y porque cualquier ciencia como tal, exige definiciones precisas. Estas definiciones han de entenderse como propias de la economía, aunque parezcan que la sobrepasan. Son abiertas, no exhaustivas, pero inmodificables en su concepto fundamental, no por capricho del autor, sino porque su propia naturaleza así lo obliga.

Llamamos naturaleza -o pachamama, sin rozar lo religioso que pueda tener esta palabra tan del sur y tan clara (*)-, en un nuevo sentido económico, a una zona específica, delimitada geográfica, temporal y políticamente, que comprende un ambiente ecológico, pasado, presente y futuro. Puede ser una comarca, una provincia, un estado, un país, el planeta, la galaxia, el universo, según el caso. Es, talmente, como un "ser" colectivo, no deificado ni suprahumano. Por razones exclusivamente práctico-históricas, del momento en cuestión, es necesario darle una ubicación en el tiempo -pero es atemporal en sí misma-, y puede ubicarse en algún lugar específico -un país o nación-, pero puede ser cualquier lugar, puede serlo el planeta Tierra.

Llamamos riqueza a la totalidad de sólidos (la tierra, suelo y subsuelo) y fluidos (aire, aguas) de dicha pachamama. Son riqueza también todos los compuestos, orgánicos (animales, vegetales) e inorgánicos (minerales en general), todo tipo de energía (luz, calor), toda cosa o ser, todo objeto que se ubica temporal y espacialmente en dicha pachamama. Se desprende que no existen propietarios individuales de esta riqueza y que ella es el "capital" inicial en que la economía se basa y que todo lo mueve.

Desde esa riqueza, por ella, con ella y hacia ella transcurre la vida. No es ni debe ser, por tanto, considerada un recurso ni un medio ni un fin, en algo exterior a la vida, sino en parte integrante de ella, y que puede transformarse para hacer que la vida sea mejor. La propia humanidad forma parte de esa riqueza, pues la humanidad es naturaleza. La vida es la mayor riqueza.

De esa manera, al ser riqueza la vida misma, es riqueza también su disfrute y es perjudicial el mal uso de ella. Segar durante el proceso económico una vida extra humana (una brizna de trigo, un árbol, un animal) tiene por fin mejorar la vida del hombre.

La riqueza es única, pero puede diferenciarse según su origen en riqueza natural y riqueza artificial o racional. Aquélla es la producida por la naturaleza propiamente dicha, y ésta es la producida por la actividad del hombre, por el

(*) Pachamama, en la mitología inca, representa a la Madre Tierra: el término aymará pacha designa, sucesivamente, un momento del cosmos, este mismo cosmos, un lugar y la tierra nutricia. Pachamama madura los frutos, multiplica el ganado, evita heladas y plagas, da suerte en la caza. Ayuda también a las tejedoras y los alfareros. Madre de los seres humanos y de los cerros, sus templos, llamados apachetas, son montones de piedras en los bordes de los caminos o en las encrucijadas. Su apariencia física es la de una mujer india, muy baja, de cabeza y pies grandes, que lleva sombrero de ala ancha y enormes sandalias u hojotas. Sus animales característicos son un perro negro, que la acompaña; una serpiente, que le sirve de lazo; y un quirquincho o mulita.

trabajo. Son dos maneras contrapuestas, contradictorias, de relacionarse con la riqueza de la pachamama. Los animales o los vegetales, por ejemplo, la pueden transformar únicamente de manera natural.

La humanidad en cambio lo puede hacer mediante ambas, de forma interdependiente y mutuamente necesarias. La recolección de frutos para consumo inmediato es un ejemplo de la relación económica natural. Con ella (con la recolección o extracción), comienza un ciclo natural, el de la riqueza o ciclo económico. Ambas formas demuestran que en el fondo toda riqueza es natural. Porque repetimos, la riqueza es una sola.

Definimos como artificial, en puro sentido económico, a la transformación, por la mano del hombre, de algo natural en algo no natural. Así, lo artificial es derivado de lo natural. Es "hijo" de la naturaleza: ella es su madre y el trabajo del hombre es su padre.

Sólo la propia naturaleza –erupciones volcánicas, inundaciones, sequías, el hombre mismo, huracanes, etc.- puede destruir y, a la vez, reponer esa riqueza. El uso de ella por parte del hombre, cuando la explota artificialmente, debe finalizar con la reparación del daño y concluir ese ciclo productivo con un resultado positivo o, como mucho, igualado, en el momento que tenga que rendirle cuentas. La actividad humana propiamente dicha se mide según esta reparación, según cumpla con la terminación del ciclo iniciado.

El hombre no domina la naturaleza ni ella está puesta a su servicio, sino que es el único animal que puede hacer reversible el proceso destructivo que conlleva su actividad vital, que sucede en ella y que de ella depende. Los animales, diría Lavoisier, ni la crean ni la destruyen, sólo la transforman. Ningún integrante vivo de la naturaleza, de su riqueza, puede ser considerado mercancía; ni se compra ni se vende. Sólo lo producido por la mano del hombre puede tener esta característica, que incluye también la producción artificial de seres vivos, animales o vegetales.

El hombre primitivo, cazador recolector, transformaba la riqueza sin destruirla; utilizaba la forma natural de relacionarse con ella: la extracción gratuita y sin daño (en sentido económico) y por tanto, sin la necesidad de su reposición. El proceso artificial moderno, social, racional, de producción, hace que esa riqueza se destruya definitivamente, ni siempre ni nunca irreversiblemente, con o sin transformación. El hombre como productor, por tanto, tiene la posibilidad de destruir y la obligación –con la pachamama y así consigo mismo- de reparar el daño que produce, de reponer la riqueza que toma y consume: de reconocer que no es gratuita. Tiene la obligación de cerrar el ciclo que él comenzó.

Toda producción humana tiene por función esencial el ser consumida, sin importar la diferenciación de su origen entre esas dos formas de relacionarse con la pachamama. Pero la forma de producción social (la actual, la que utiliza lo que llaman la división del trabajo) es la única que necesaria y forzosamente debe llegar al hombre como consumidor, debido tanto al cometido de dicha función esencial como por la forma destructiva en que ésta se genera.

El valor económico de la riqueza artificial o racional (la producida por la humanidad), su significado, razón y sentido, se obtienen desde y en ese estado

social, no individual, que contiene y se conforma del trabajo de éste. En especial de aquel que la repone, pues es el único trabajo que contiene valor social; valor que es concreto, medible, calculable, fácilmente traducible a números.

En el proceso de producción de un bien, el hombre toma prestado de la naturaleza parte de su riqueza, no gratuitamente, dañando a aquella y destruyendo a ésta como tal, generando así una deuda. A partir de ese momento la riqueza natural destruida pasa a ser materia prima, no natural. De allí su desarrollo: *lo natural es transformado en artificial*. En la tala de árboles, sea para producir leña o madera, el árbol ha dejado de ser riqueza natural para pasar a ser materia prima, riqueza artificial. El árbol ya no existe como tal, sólo quedan madera y desperdicios. Todo trabajo humano se realiza sobre objetos que fueron naturales pero que ya no lo son. La pesca por ejemplo, consiste en destruir vida marina para transformarla en otra cosa –alimento, aceites, artesanías, etc-. Un pez al morir por la mano del hombre se transforma en pescado.

Llamamos vida, en un sentido puramente económico, a la riqueza principal de la naturaleza. La terminación natural de una vida es una transformación de riqueza; es una etapa más de ambas. En cambio, la terminación no natural de una vida es una pérdida irreparable, un cataclismo. Cualquier terminación no natural de vida es pura destrucción, es perjuicio, es ruina. La muerte de un ñu por una manada de leones es una transformación natural de riqueza, es una muerte que genera vida. La caza de animales sin un fin transformador –que sólo lo logra el consumo- es perjuicio puro. El hombre es el único ser que comete este crimen, y el único que puede y debe enmendarlo.

El aumento de vidas es aumento de riqueza. El mantenimiento de la vida es mantenimiento de la riqueza. El mejoramiento de la vida es mejoramiento de la riqueza. Vemos así que el concepto de riqueza es social.

Toda la vida del hombre es productiva. No podemos definir la actividad del hombre tal como se ha hecho hasta hoy, en que se considera al ser humano como un eterno empleado de un patrón eterno. Cada hombre como productor tiene su propia finalidad social, su propia vocación y capacidad particular para cada una de las incontables tareas que la humanidad puede realizar. No existe un trabajo que sea más trabajo que otro.

Un animal o un vegetal cualquiera –en realidad toda cosa- no es un productor ni consumidor, sino que de por sí sólo y por definición de ella, es riqueza. Exceptuado el hombre moderno, ningún ser vivo es un productor o trabajador. El hecho de formar parte de la naturaleza convierte a todo ser en un objeto del principal derecho: el de la vida. En tanto que formar parte de la humanidad hace que ese principal derecho conlleve además el agregado de dignidad. Aquel derecho elemental adquiere otra particularidad cuando nos referimos al hombre, pasando a ser el derecho a una vida digna.

No existen derechos por encima de esos naturales. Por ejemplo, para la humanidad no existe derecho que esté por encima de los llamados derechos humanos; los derechos humanos son aquellos derechos que se obtienen al nacer y que se mantienen durante toda la vida. Definimos a éstos, sólo en

sentido económico, como el derecho a una vida digna; una vida que tenga asegurada su alimentación, su salud, su educación, su esparcimiento, su vivienda, su libertad, su independencia, su dignidad... alcanzables a través de un ingreso mínimo de magnitud suficiente. Ese ingreso pasa a ser entonces un derecho humano. Por ello a ese ingreso mínimo fundamental también le llamaremos 'ingreso natural'.

Llamamos perjuicio a toda actividad humana que destruye riqueza y que no cierre el ciclo de ésta -o ciclo económico-. Se logra mediante: el consumo de lo producido (la reposición de lo consumido) y la restitución de lo destruido (la resiembra), únicas formas de devolver el "préstamo". La destrucción o apropiación de riqueza natural o artificial sin reparación es apropiación de riqueza sin culminación del ciclo que la generó. Es apropiación indebida: no cierra su ciclo, no devuelve el "préstamo". Aquel "sobrante" que explicaba la acumulación originaria queda visto como simple especulación. Mientras haya especulación habrá perjuicio, mientras haya un desempleado habrá perjuicio, mientras haya una enfermedad incurable habrá perjuicio. El perjuicio económico producido por la apropiación de la riqueza artificial sin su reparación se define como una falta social; toda la sociedad es la responsable, por permitirlo.

Definimos que el valor de la riqueza está determinado por la satisfacción cuantitativa del trabajo social necesario para producir y reponer y, conjuntamente, por el nivel de necesidad de consumo que esa producción satisface.

El valor de una riqueza de fácil reposición es menor que el de otra de más difícil reposición. Todo valor de reposición está dado por la cantidad de trabajo social contenido en él, más, si cabe, el valor de irreparabilidad, esto es, el valor derivado del perjuicio ocasionado, calculable a su vez por el trabajo social que se necesitará para suplirlo, en el futuro, de alguna manera. Existe un tipo especial de uso de la riqueza, ineficiente por perjudicial, que es la extracción de los llamados "recursos no renovables". Para atenernos a las definiciones dadas, debiera decirse riqueza no reponible (el petróleo por ejemplo) pues su reposición será imposible o tan costosa que su explotación se hace ineficiente, haciendo necesaria la toma de riqueza mediante otro tipo de actividad menos perjudicial (el biocombustible, por ejemplo) cuyo costo de reposición es mucho menor. Así, un posible perjuicio se transformará en un real beneficio. Existe también la posibilidad de que, al cierre de su ciclo económico propio, la creación de riqueza artificial sea mucho más beneficiosa que la destrucción de riqueza natural, por lo que los beneficios para la humanidad o para la naturaleza serán tales que harán perder su calificación de perjudicial.

El costo traducible a cifras de una riqueza se calcula a través de su costo de reposición, de reparación, nunca el de extracción. La siembra es reposición, la cosecha es extracción, el valor económico de ésta está dado por el costo de aquélla. La meta u objetivo inicial es aumentar siempre el volumen de reposición, aumentando así la riqueza; es devolver el "préstamo" con "intereses", siempre y cuando este hecho no genere un perjuicio. No se debe llegar al punto en que dicho aumento de la producción genere un daño

(ecológico por ejemplo), sino a uno inferior. Una vez alcanzado ese máximo de productividad los valores de reposición y de extracción han de ser iguales.

Hasta ahora se ha entendido –erróneamente- que el precio de un “recurso no renovable” está dado por su costo de extracción. Por ejemplo, el petróleo de la península arábiga es más barato que el venezolano o el argentino, pues su extracción es más fácil. Sin embargo, la calidad de riqueza no reponible es igual en cualquiera de esos y de todos los países productores. Para la pachamama y por lo tanto para toda la humanidad, el costo de ellos es el mismo: inalcanzable. Porque el hombre es incapaz de reponerlo (por ahora) mediante la única herramienta de que dispone para hacerlo: el trabajo.

La explotación que genere la imposibilidad de reposición, la irreparabilidad, conlleva una enorme responsabilidad al ser humano, por lo que si se hace inevitable el explotarla, la decisión de llevar a cabo esa destrucción debe ser respaldada, necesariamente, por todos los involucrados de la zona en cuestión. Su grado de inevitabilidad no puede ser resuelto por unos pocos, por más funciones ejecutivas que estos pocos cumplan.

Llamamos productor, como término absoluta y únicamente aplicado a la economía, a todo ser humano en edad productiva, cualquiera sea su actividad, por intermedio de la cual produce o crea un bien como objeto, tangible o no, que mejora la existencia de su mundo, su comunidad y la suya propia. Porque: la esencia del hombre es el conjunto de las relaciones sociales. Todo productor es generador indirecto de nueva riqueza, racional o natural, cuya razón de ser es el consumo. Así, la personalidad del hombre está determinada por las relaciones sociales en general y las de producción-consumo en un lugar primordial.

Definimos edad productiva como la edad en la que un productor ejerce tal actividad. Un bebé es un productor dentro de la actividad que pueden ejercer los bebés. Un anciano es un productor dentro de la actividad que pueden ejercer los ancianos. Estos ejemplos extremos se muestran porque ellos, al crear bienes intangibles o no, también son capaces de mejorar la vida del mundo, de la comunidad y la propia. Son también, como todo hombre, productores de riqueza y consumidores de ella.

Toda la vida del hombre es productiva. No podemos definir la actividad del hombre tal como se ha hecho hasta hoy, en que se considera al ser humano como un eterno empleado de un patrón eterno, individual o colectivo, público o privado. Cada hombre como productor tiene su propia finalidad social, su propia vocación y capacidad particular para cada una de las incontables tareas que la humanidad puede realizar. No existe un trabajo que sea más trabajo que otro.

Un animal o un vegetal cualquiera –en realidad toda cosa- no es un productor ni consumidor, sino que de por sí sólo y por definición de ella, es riqueza. Exceptuado el hombre moderno, social, ningún ser vivo es un productor o trabajador. El hecho de formar parte de la naturaleza convierte a todo ser en un objeto del principal derecho: el de la vida. En tanto que formar parte de la humanidad hace que ese principal derecho conlleve además el agregado de dignidad. Aquel derecho elemental adquiere otra particularidad, pasando a ser el derecho a una vida digna.

No existen derechos por encima de esos naturales. Por ejemplo, para la humanidad no existe derecho que esté por encima de los llamados derechos humanos; los derechos humanos son aquellos derechos que se obtienen al nacer y que se mantienen durante toda la vida. Definimos a éstos, sólo en sentido económico, como el derecho a una vida digna; una vida que tenga asegurada su alimentación, su salud, su educación, su esparcimiento, su vivienda, su libertad, su independencia, su dignidad... alcanzables a través de un ingreso mínimo de magnitud suficiente. Ese ingreso pasa a ser un derecho humano. Por ello a ese ingreso mínimo fundamental también le llamaremos 'ingreso natural'.

El objeto de cualquier actividad económica de un ser humano es la producción de un bien que satisfaga una necesidad, propia o ajena. El objeto de ese bien no puede considerarse, entonces, como un intermediario para la obtención un beneficio o ganancia para quien lo produce o lo genera, sino como una obligación de la sociedad para con el que lo está necesitando; porque la eliminación definitiva de toda necesidad es la meta de la actividad humana productora y productiva: es el fin de la economía. Mientras un hombre adolezca o sienta una necesidad, la humanidad entera es la responsable por esa falta. Y si no la satisface, tanto la economía (como herramienta que se ha dado a sí misma para alcanzar ese fin), como los propulsores o impulsores de ella, quedan en evidencia de su inutilidad, de su incapacidad y se hacen carentes de dignidad. El ser humano es dignificable, es digno, es dignidad.

Definimos un bien económico como un objeto que suple una necesidad y que ocupa un lugar en el espacio y/o un momento en el tiempo. A la calidad de ocupar un lugar en el espacio se le llama tamaño; a la calidad del momento que ocupa en el tiempo se le llama durabilidad: existen, en términos humanos, objetos durables y perecederos, permanentes o instantáneos. Cualquier fruta es perecedera, cualquier edificación es durable.

Definimos ingreso como todo beneficio representable numéricamente, medible matemáticamente, verificable económicamente, que únicamente se obtiene y se alcanza al completarse definitivamente el ciclo económico que le atañe. Por su intermedio se satisfacen las necesidades materiales en general, entre las que se destaca el aumento del propio ingreso. No existe beneficio de ningún tipo, ni individual ni social, si el ciclo económico en el que está involucrado no se concluye correctamente, no se cierra completamente.

Pero si se alcanza a cumplirlo, no sólo se logran beneficios sociales significativos, sino la posibilidad del enriquecimiento individual. Cada ser humano recibirá un ingreso doble: el ingreso natural y los beneficios propios derivados de su actividad.

El objeto de la actividad humana, de toda la sociedad humana (dado y medido a través de la economía), no es el estudio de cómo generar ganancias o dividendos, sino que es la obligación de saciar las necesidades materiales de la humanidad, lo que le da su valor. Especialmente de aquellas que no pueden ser satisfechas de una manera natural, sino mediante lo producido artificialmente en el cumplimiento del ciclo económico. Entre ellas se encuentra el propio ingreso. La economía debe colmarlas sin generar perjuicios. Primero debe saciar las necesidades, después saciará lo gustos y por último los

caprichos, inclusive. Repetimos: ese objeto se alcanza únicamente cuando la actividad del hombre se ha realizado mediante el cumplimiento del ciclo, que definiremos en un capítulo aparte.

Las necesidades, en un sentido más general, son aquellas faltas que son imprescindibles, en primer lugar, para mantener viva y sana a una persona. Posteriormente, las que se necesitan para mejorar esa vida con todas las seguridades y comodidades que pueda y deba producir la propia sociedad. Necesidades, específicamente, son aquellas cosas, materiales o no, que unos hombres poseen y disfrutan en tanto otros sufren su carencia.

La necesidad de un bien es lo que lo hace útil. Dicho de otra manera: la utilidad de un bien se la da la necesidad que exista por él, que es una propiedad intrínseca del bien. Es por ese motivo que se lo produce: para existir como objeto de consumo o usufructo.

El conocimiento en general -la ciencia, la técnica, la tecnología-, forma parte de la riqueza de la pachamama. No es monopolio de nadie, es monopolio de todos. No integran el "capital", sino la propia naturaleza en su aspecto humano. Todo conocimiento, toda creación, todo invento se basa en una cadena de conocimientos anteriores que no nace en él, ni en él terminará. Esa es la infinita cadena del avance de la humanidad; su último eslabón, es cierto, nos parece el más importante, pero todos lo son de igual manera. El fruto derivado del conocimiento es útil, en sentido social, si facilita la vida del hombre o su actividad, individual o colectivamente. Un artilugio de la técnica – la robótica, por ejemplo- no es más que una herramienta de uso, como tantas otras. La sustitución de trabajadores por robots debe ser prohibida mientras hayan desempleados, y promovida cuando no exista tal falta social o necesidad general. No solamente para aumentar la productividad, sino especialmente, para aumentar el bienestar del hombre.

Lo que se conoce hasta hoy como consumidor final (o simplemente consumidor, en el sentido económico común del término), es uno de los dos papeles fundamentales del hombre en la economía; es tan importante como el de trabajador. En verdad es aún más importante, porque cada habitante es un consumidor, sin importar si ejerce un trabajo o no. Todos somos él, todas las cosas económicas son él, toda actividad existe por y para él. Un bebé es un consumidor, un anciano también. El consumidor entrega parte del fruto de su vida social e individual –el salario, sus ingresos- a cambio del bien que necesita y que le ofrece la sociedad por intermedio de su ciclo económico.

Desde él (únicamente desde él) se obtienen todos los beneficios individuales y colectivos que se distribuyen a lo largo y ancho de ese ciclo. Su función como consumidor aumenta la riqueza automáticamente y sin generación de costos, perjuicios o pérdidas. Él y sólo él hace que la economía y la destrucción de la riqueza natural tengan razón de ser: es quien le da valor (valor social cuantitativo) al bien producido. La economía y sus herramientas – la contabilidad, la estadística, etc.- se deben utilizar desde el punto de vista del consumidor y no desde otro. Por todos esos motivos, y desde ahora, pasa a llamarse benefactor, con un sentido puramente económico.

Desde el punto de vista de la sociedad toda, el bien que se está produciendo va, en sí mismo, generando riqueza, cuyo valor máximo es el

precio de venta final: su *costo social de producción*. Éste se transforma, en el momento de pagar su monto el benefactor, en riqueza social.

De esa manera, el costo social de producción (que no encarna ningún beneficio, ni general ni particular) se transforma en un valor social (en beneficio social) sólo por obra del benefactor.

Cada benefactor es propietario de todo bien que adquiera y que haya sido producido mediante el cumplimiento del ciclo económico, puesto que el cumplimiento de ese hecho es el que le otorga aquel derecho y el que lo hace inalienable. A él estuvo y está dirigido.

Porque para el ciclo, el fin de sacrificar una vaca no es el obtener ni el intercambiar ganancias con esa muerte. Ni siquiera es el de obtener carne como mercancía. El fin de esa muerte (como lo es la siembra, la tala, la pesca, etc.) es llegar al benefactor para que éste, al consumirla como alimento, la transforme en energía, la transforme otra vez en vida, y así, conjuntamente con la crianza de nuevos vacunos, cerrar el ciclo económico, transformando una destrucción de riqueza en su creación y su reposición. Ésta se alcanza a través del consumo que ejecuta el benefactor y la "resiembra" que realiza el productor, en una única conjunción de ambas. Se destruyó una vida para reponer vida. Ése es el fin del sacrificio.

La crianza de animales para obtener una mercancía mediante su muerte, (o para ser utilizados vivos como mascotas o instrumentos), forma parte de la producción humana, artificial; es una destrucción con reposición, lo que indica que no es perjudicial para la pachamama ni para la economía. Cuando se los sustrae a la naturaleza, cuando son silvestres o salvajes, es cuando se genera un perjuicio irreparable.

El desequilibrio entre destrucción de riqueza y su reposición puede ser negativo o positivo, tangible o intangible, según el caso. Debiera ser siempre desequilibrio positivo para que haya aumento de riqueza; o equilibrio propiamente dicho, para que no haya pérdida de ella. Cuando es negativo se genera perjuicio. El equilibrio y el desequilibrio positivo son los únicos que cumplen con el ciclo económico. De allí que ninguna guerra es beneficiosa; toda guerra, y todo lo que se relaciona con ella, es perjudicial. De allí también que todo avance en la ciencia es beneficioso, porque aumenta el conocimiento de la humanidad, otra riqueza natural.

Un robo es un perjuicio siempre, porque por su intermedio un individuo o grupo se apropian de ganancias sin que repongan la riqueza que las generó: es la apropiación indebida de la riqueza generada por otros. La especulación es otro perjuicio por ésa misma razón: apropiación de ganancias sin generación o reposición de riqueza. La toma de ganancias sin generación o sin reposición no es trabajo, es delito. Sólo la culminación del ciclo iniciado es lo que garantiza que no haya perjuicio. Para el ciclo todo perjuicio económico es una falta, una infracción, un delito.

La humanidad tiene una manera principal –por su magnitud- de reponer la riqueza natural que destruye con sus actividades: mediante la creación de la riqueza artificial en sus innumerables formas, que sólo puede realizarse a través del trabajo (todo acto productivo o reponedor). Además, por su

intermedio y su conclusión, un productor se transforma en benefactor. Un mismo hombre mientras trabaja es un productor, mientras consume es un benefactor, y éste es quien finaliza el proceso productivo o ciclo que aquél inició. Toda la humanidad, sin exclusiones, es productora y benefactora, alternativa y simultáneamente.

Definimos el trabajo justamente de esa manera; al haberse convertido en un componente inseparable de la vida humana, es toda actividad que genere un objeto -tangible o no- que aumenta la riqueza de la sociedad humana, integrante y conformadora de la naturaleza, o de ésta directamente. Todo trabajo es consumidor de vida, todo trabajo es productor de vida. Vida y trabajo siempre se han medido de la misma manera: mediante el tiempo. Pero la vida no se conforma solamente de trabajo. También tiene horas de descanso, de diversión, de aprendizaje, etc. Tiene horas de sueño en ambos sentidos: el sueño de dormir y el sueño de soñar. Por lo tanto, la vida tiene dos características principales, no excluyentes de otras: la vida es actividad, pero hay una vida socialmente activa y otra que no lo es. Además, el trabajo -que es la actividad social más importante para la economía- no contiene en sí una parte inactiva: el trabajo es una actividad social permanente; es una acción continua, es energía en incesante transformación. Por lo tanto no puede ser medida (en términos sociales) mediante el tiempo; la unidad de medida del trabajo social que utiliza el ciclo económico es el *indev*; el medio de consumo, el patrón de medida de la riqueza. Otra vez: la vida es la mayor riqueza.

El trabajo social consiste en crear, transformar y reponer riqueza. De allí que el trabajo puede existir solamente dentro del ciclo económico. Éste es quien lo constituye y le da su definición.

Es muy fácil notar al trabajo como la actividad que realiza el agricultor o el obrero. Pero el estudio del ciclo nos muestra que la actividad deportiva también lo es; lo es la música o todo arte; lo es la medicina o toda ciencia. Repetimos: el trabajo es cualquier actividad que crea, transforma y repone cualquier tipo de riqueza. El trabajo es actividad. Definitivamente debemos descartar el concepto común, y equivocado, que se tiene de trabajo: no es un medio para ganarse la vida, es en sí la vida misma. El ciclo económico nos dice claramente que todo hombre debe tener garantizadas sus necesidades básicas, sin importar si está empleado o no: nos dice que no hay que ser empleado para llamarse trabajador.

Porque no es necesario crear objetos concretos o definidos para considerar la actividad que los produjo como único trabajo que el hombre realiza. El propio acto social de trabajar es intangible, impalpable. Hemos definido al objeto de cualquier actividad de un ser humano como la producción de un bien que puede ser intangible. La característica fundamental que le otorga el carácter de bien a ése producto, es la posibilidad de satisfacer una necesidad, propia o ajena, es decir, social. Un escritor, un deportista, un actor, una persona que realiza asistencias sociales, un pensador o investigador, etc., sin duda alguna también son trabajadores. No es necesario tener patrones para ser un trabajador.

Por definición, las personas que no realizan ninguna actividad son las únicas que no trabajan, y es necesario conocer el motivo de esa inactividad,

para que la sociedad pueda solucionar el problema (cuando ella es la responsable) o simplemente comprenderlo, captarlo, cuando no lo es.

El trabajo dependiente (un empleo, por ejemplo) alcanzará tal grado de justicia, de humanismo, de naturalidad y de libertad que puede llegar a ser considerado como un pasatiempo bien retribuido y no como un suplicio insufrible por quien lo realiza, porque cada individuo ya tiene satisfechas sus necesidades básicas; solo trabajaría por aumentar su ingreso y por simple gusto. La explotación del hombre por el hombre (donde cada uno es un "recurso no reponible") queda de hecho eliminada.

Definimos al dinero, a grandes rasgos, como un patrón de medida de la riqueza social total (la suma de la riqueza natural y de la artificial, generadas mediante el trabajo). Él no es la riqueza, tal como el metro no es la distancia, ni el termómetro la temperatura.

El concepto de escasez es clave en la economía de "libre mercado". Pero el ciclo define a la escasez como falta de riqueza, como falta de previsión, como perjuicio. Porque ella misma es, de por sí, la demostración práctica de la ineficiencia de la economía y de sus ejecutores. Demuestra la ineptitud de sus responsables y, en especial, de sus ideólogos. Utilizar la escasez como explicación de la propia economía es una incoherencia, un dislate, un absurdo. El ciclo nos dice que hay que preverla, evitarla y derrotarla.

Así, queda definida la abundancia como aumento de riqueza, como existencia de trabajo, como fruto y fin de la previsión, como inteligencia. Es el cumplimiento efectivo del ciclo económico; es su razón de ser. Hay que alcanzarla siempre.

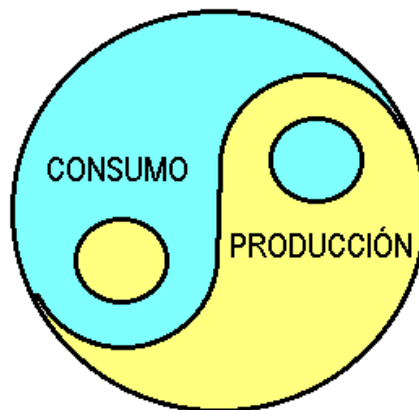
A través del cumplimiento del ciclo económico haremos posibles la libertad y la liberación, la igualdad y la justicia, la solidaridad y el enriquecimiento. Todo dentro de la independencia real y definitiva.



EL CICLO ECONÓMICO

La naturaleza de la riqueza –como producción y consumo, social o individual, de bienes o mercancías- está conformada por un proceso cíclico, totalmente dependiente de la capacidad de trabajo social del hombre, capacidad que es una actividad intencional y es la energía que mueve y empuja dicho proceso. Solamente se genera, se restituye y se aumenta riqueza si la humanidad cumple ese ciclo dado por la naturaleza. Así, mediante el cumplimiento efectivo y completo de ese proceso, es que se distribuye, entre todos los integrantes involucrados, la riqueza que se usa, se crea y se repone.

La riqueza original que se toma de la naturaleza del lugar donde nos toca vivir es la que nos permite iniciar nuestras actividades productivas, las que tienen por fin producir bienes que serán consumidos o usufructuados, y así alcanzar en definitiva nuestro bienestar. El resultado de la actividad humana, (las mercancías o bienes producidos) tienen objeto de ser, razón y sentido, solamente, si son accedidas por el benefactor. Además de ser éste el objeto de todo acto económico, respaldado por la anterior aseveración, el benefactor es quien paga todos los costos de cualquier actividad, a la vez que transforma los costos sociales en beneficio general.



La actividad del hombre

Nota: la actividad humana no se conforma únicamente de tareas productivas, sino una conjunción inseparable (dialéctica) de producción y consumo. El diagrama estilo "yin-yang" intenta representar esa unidad. Es una unidad de contrarios: no existe consumo sin producción, pero tampoco puede existir una producción (económicamente racional y efectiva) sin el consumo de ella.

El fruto del trabajo social moderno, la creación o producción de un bien cualquiera, se realiza a través de ese ciclo natural; y siempre es destructivo. El ciclo debe comprenderse y cumplirse en un orden necesario e ineludible para que la relación del hombre con su mundo (con la pachamama y consigo mismo), esté plasmada y sea realmente creadora y productora, creativa y productiva, permitiéndole el acceso a un desarrollo ilimitado. De otra manera no puede cumplir con ninguno de sus fines; la ruptura de este ciclo en cualquiera de sus puntos, por su característica destructiva, representa o representará un daño irreversible a la naturaleza (que no puede ser

subsanado, quizá, durante generaciones), ni con el desarrollo que la actividad humana presupone. Ya veremos que, para que tanto la sociedad humana como la naturaleza toda sean beneficiadas, cada uno de los ciclos iniciados deben cerrarse, completarse, consumarse.

Lo descubrimos con la ayuda de las hormigas. A estos insectos habitualmente se los representa como los grandes trabajadores del mundo animal. Incluso hay quienes les dan una conformación "social" similar a la humana, con diferentes "clases" y con distintas "especialidades". Ellas, tal como el hombre, siembran. En lo profundo de su "ciudad" siembran un tipo de hongos que es su único alimento; así, cumplen algo parecido a una producción social y hasta parece que también "dominarán" la naturaleza. Pero ésa no es la "labor" por la que se les reconoce como sacrificadas trabajadoras, sino que adquirieron tal fama por aquel esfuerzo enorme que realizan en la superficie, aquel que todos conocemos y que consiste en la "cosecha" de hojas o similares, que son utilizadas como una materia prima indispensable para la producción de ese único alimento; utilizan un "capital inicial" tomado de la riqueza natural, externo a ellas; no generado por ellas. Si no fuera por esta "cosecha" original el hormiguero no sobreviviría. Ellas también cumplen un ciclo económico (indiscutiblemente natural) que tiene un orden establecido; aunque, como todo integrante del reino animal, no lo concluyen, esto es, no reponen la extracción original. Es un ciclo simple que consiste en la extracción de riqueza natural y la siembra de hongos, con su posterior recolección y distribución. Ésta distribución no se realiza según "clases" sociales, ni "especialidades" productivas, ni "propiedades", ni diferencias de ningún tipo. Y es natural que así sea: toda su actividad está dirigida a satisfacer la necesidad principal, la básica, del hormiguero: a mantener la vida. Ellas tampoco tienen la necesidad ni la obligación de reponer lo quitado, pues la acción extractiva que realizan no es irremediamente destructiva; la propia naturaleza (de la que ellas forman parte) es la encargada de la necesaria reparación.

La actividad humana es siempre destructiva; aunque puede y debe no ser irreversible. La riqueza natural (la pesca, la minería, la ganadería, la agricultura, la silvicultura, etc.) es la única fuente verdadera de riqueza; el hombre transforma esa riqueza, y durante ese proceso, efectúa una destrucción real de ella. Cuando ese proceso se ejecuta sobre la riqueza mayor de la naturaleza (la vida) la destruye definitivamente. A veces, y sólo a veces, ha reparado lo destruido, y sólo cuando su acción se ha realizado en forma racional y económicamente productiva (en la agricultura y en la ganadería, por ejemplo), cosa que voluntariamente no siempre ha hecho (la pesca es un buen ejemplo). Cuando el proceso se realiza sobre riqueza natural sin vida (la extracción de minerales, por ejemplo) también la destruye definitivamente: el hombre es incapaz de reponer lo extraído; ejecuta un proceso de destrucción irreversible sobre la naturaleza.

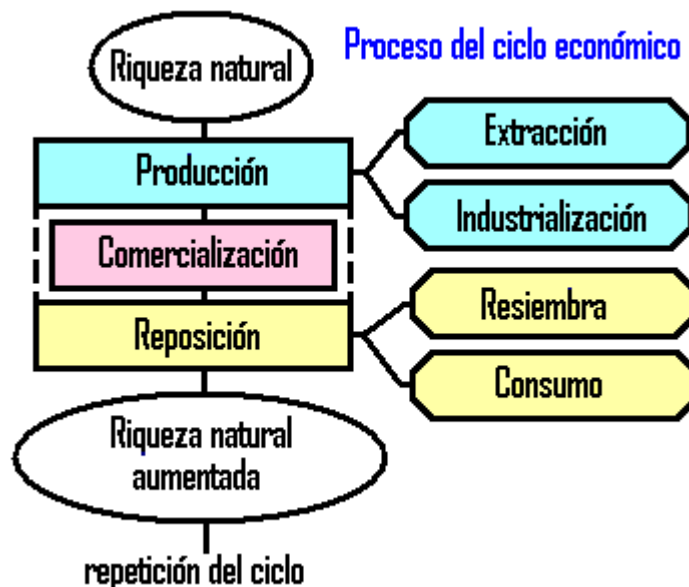
El accionar humano también cumple un ciclo casi idéntico al de las hormigas; excepto que su actividad necesita cumplir con una tarea extra para que adquiera un carácter económico efectivo; el ciclo económico humano consta así de una etapa más: el hombre está obligado a completarlo mediante la reposición de lo que ha extraído. Sólo el hombre moderno (el que ha vivido durante y posteriormente a la revolución industrial, especialmente el actual) puede y debe hacer la reparación, pues la naturaleza es incapaz de reponer lo extraído a la misma velocidad con que el hombre lo destruye.

Entonces, el ciclo económico natural que corresponde a la humanidad se conforma de tres etapas bien diferenciadas: producción (extracción e

industrialización), comercialización y reposición o reparación. Así es toda actividad que realmente transforma, crea y no agota la única riqueza a la que puede acceder para su propio bien: la riqueza de origen natural.

En la vida real se suceden recursivamente -sin solución de continuidad- un número incalculable de ciclos similares para cada diferente tipo de bien producido y un número inmenso de ciclos idénticos para cada uno de los mismos tipos de bien. Pero como todos esos procesos son similares, generalmente hablaremos, en su forma singular, de ciclo económico.

Desde el trabajo del hombre que produce tomates para el consumo social (para su venta en el mercado), hasta aquel producto social más elaborado (un computador, por ejemplo) todo se produce a través de ese proceso cíclico. A su vez lo conforman, es decir, se auto relacionan dialécticamente: no existe actividad (productiva y beneficiosa) fuera del ciclo, no existe ciclo económico sin ese tipo de actividad. La apropiación de ganancias generadas por otros (hurto, estafa, especulación, etc.) no es una actividad productiva ni reponedora, no cumple un ciclo; es una "ocupación" que no cumple con el ciclo económico que la involucra, por lo tanto, es perjudicial. Y todo perjuicio es, al menos, una infracción.

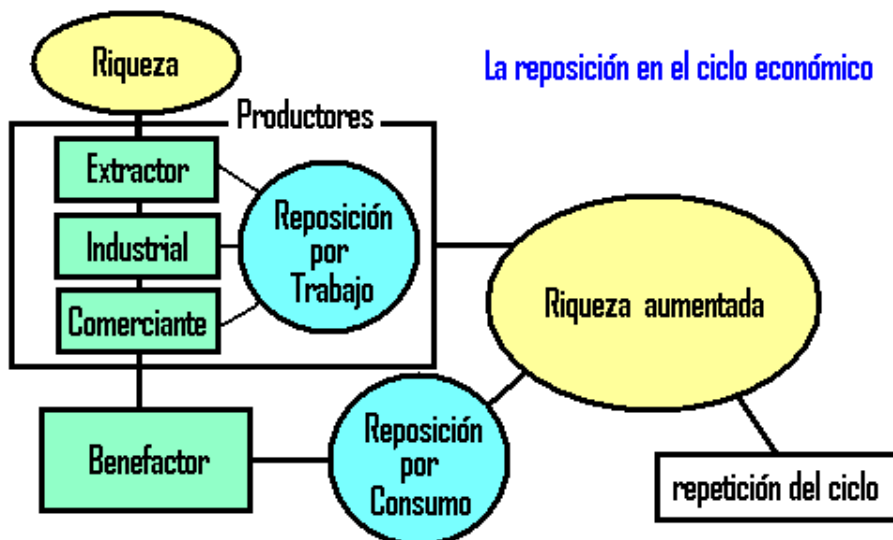


El trabajo conocido como intelectual –el arte por ejemplo- también conforma y se conforma de estas etapas, aunque éstas no sean tan claramente perceptibles. Aun la producción familiar para consumo propio se conforma de un ciclo, donde se evita la etapa de comercialización: aquí el productor y el benefactor son la propia familia. No obstante, si esa producción es realizada constantemente, también conlleva destrucción, por lo que necesariamente también debe cumplir con la etapa de reposición: si la familia quiere seguir cosechando, debe reponer rápidamente lo extraído. No se siembra para cosechar; se siembra por haber cosechado.

Así, esas tres etapas a veces se diferencian en forma evidente, en otras se mimetizan, según la actividad a la que nos refiramos. En cada una de ellas, tomándolas de a una, actúa la totalidad de los integrantes de la sociedad. Todo ser humano interviene de alguna manera en la producción social, todo ser humano, forma parte de la comercialización, toda la sociedad, sin excepciones,

forma parte y es responsable de la reposición, que también es social. Por lo tanto, toda la humanidad, sin distinciones de ninguna especie, es la que transforma la riqueza natural en riqueza social; toda ella es la creadora y transformadora de riqueza; y la que recoge sus frutos, la que debe recibir igualitariamente su distribución; porque ella misma es el fin de su actividad. Es la que debe disfrutar de sus beneficios, sin distinciones de género alguno, como sucede en la "sociedad" de las hormigas.

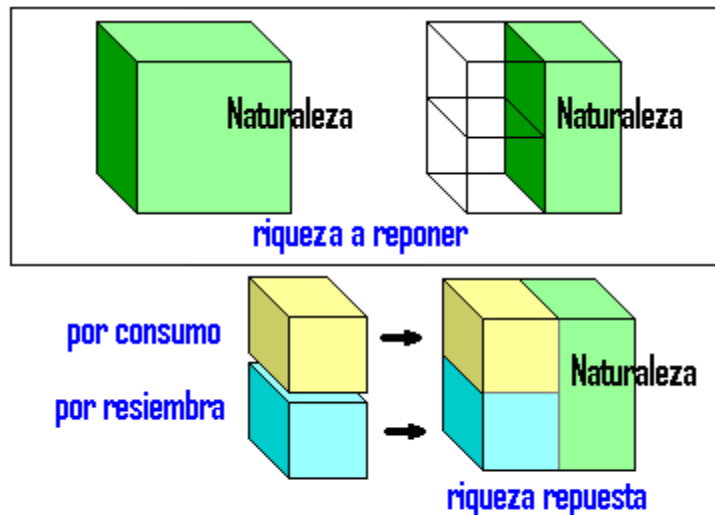
La producción es la primera etapa del ciclo y es totalmente artificial en su forma y contenido. Mediante ella se le agregan diferentes valores a los bienes que se van produciendo: se agregan costos y beneficios. En una palabra, se agrega riqueza racional. La ejecuta la actividad humana a través del trabajo; en ella no interviene en absoluto la naturaleza más que en su forma de ser humano. La materia prima que se usa, se transforma o se consume en esta etapa, fue (pero ya no es) un producto natural: por definición es un bien artificial. Esta etapa consta de dos partes: la extracción y la industrialización. Puede contener, si se quiere, una subetapa pseudo-productiva: la de los servicios (éstos se definen en un capítulo propio).



La producción en su forma extractiva es la etapa que inicia el ciclo y que, ella misma, comienza con la toma en consignación, con la toma en préstamo (un anticipo que no es gratuito) por parte del hombre productor, de la riqueza que existe en la naturaleza, de la que todos y cada cosa formamos parte, destruyéndola como tal, y transformándola en *materia prima* –tiempo de la cosecha, por ejemplo-. Este es el momento en el que adquiere un valor nuevo: el instante en el que "nace" el precio y las ganancias. Ese precio recién nacido es entonces la suma de costos y beneficios. Su magnitud es perfectamente calculable a través del costo total que se generó cuando hubo que reponer la misma cantidad de la riqueza natural destruida –la anterior "cancelación" del préstamo, la "siembra" anterior-, más los valores que se le agregan por motivo de los insumos de la propia actividad del productor y del merecido beneficio de éste: la retribución de su trabajo. Todo productor obtiene un beneficio (que no es el único que recibe) derivado de su actividad productiva.

Si la materia prima producida, por cualquier causa, no llegara a pasar a las siguientes etapas, el ciclo nos indica que se produce un perjuicio, un daño,

que no podrá ser revertido sin costos quizá enormes, costos que, en última instancia, los pagará el productor extractor, ya que por un lado, la naturaleza no podrá ser retribuida normalmente, y por otro lado, el benefactor no la accede, ni puede así pagar su costo de producción. El daño es evidente, ya que hubo una destrucción definitiva de riqueza sin haberse alcanzado el objetivo de esa destrucción que es el llegar al benefactor; sin haberse cerrado el ciclo. El trabajo del productor extractor -y el de la sociedad- consiste, justamente, en esto: reposición de la riqueza y pasar esa materia prima a las etapas siguientes.



Las dos formas de la reposición

Si así lo requiere el bien final -la mercancía-, la etapa productiva continúa cuando la materia prima se transforma en un producto, mediante la ejecución de otros diferentes métodos artificiales (fabricación, elaboración, manufactura, etc.), en los que también se agrega a su precio otra riqueza racional (costos y beneficios). Suele dársele el nombre de industrialización. Esta etapa también destruye riquezas varias; por ejemplo, en forma de energía consumida o en forma de desperdicios no reponibles; todo aquello que integra lo que llaman insumos o costos relacionados al proceso industrial. El trabajo, tanto del productor de esta etapa como el de la sociedad, consiste en la elaboración del producto y en la minimización de dichos perjuicios, además de la cuota parte de la reposición que le corresponda. Esta etapa aumenta el precio del producto que se originó en la etapa extractiva: aumenta el costo social de producción. Es evidente que no todas las materias primas deben pasar por ella necesariamente.

Si el producto (nombre que le damos al bien que se crea en esta etapa) no llega a la siguiente, se genera un perjuicio ya irreparable: la materia prima que se destruyó en el transcurso de este proceso, no tiene forma de ser repuesta y, además, no será alcanzada por el benefactor. El costo de este perjuicio lo sufrirá directamente el propio productor de esta etapa, e indirectamente el de la etapa anterior, la naturaleza y con ellos toda la economía.

La segunda etapa es la comercialización. Es la etapa en que el bien extraído o el producto -según el caso particular- se transforma en mercancía

propriadamente dicha. En ella, al bien en venta se le ha agregado toda la riqueza artificial (todos los costos y beneficios), cuya suma conforma lo que se llama precio, que será pagado en su totalidad por el benefactor. Con esta etapa se cumple el fin principal y motivo fundamental de todo el ciclo que involucra a cada mercancía: alcanzar al benefactor y ser accesible por él.

Por dos razones diferentes es fundamental que la mercancía sea alcanzada por benefactor: una, porque repone, al consumir, una parte (y sólo una parte, aunque fundamental) de la riqueza necesaria para la conclusión del ciclo, y otra, porque él entrega parte del fruto de su vida, de su propia actividad social (en la forma de dinero, de indev), a cambio de esa mercancía. Ésta acción que él realiza (la compra) es lo que explica todo y cualquier proceso económico; en especial la reposición antedicha, pero también la obtención de los beneficios de cada uno de los productores de las diferentes etapas del ciclo. Es el momento en que el costo de un producto (que es un costo social) se confunde con el precio (de cancelación individual); es el momento en que todas sus partes se unen y se convierten, para el benefactor, sólo en costo, en costo puro: por eso el producto ya es mercancía, y por eso *el precio de venta de cualquier mercancía es su costo social de producción*.

Un productor que por motivos de su actividad necesita adquirir una mercancía que no consume en provecho propio, sino que la utiliza como insumo de su actividad productiva, cumple un papel parecido al de un benefactor en el ciclo económico propio de aquella mercancía. Pero como ésta formará parte de una nueva mercancía, aquél costo será agregado al de ésta, por lo que su ciclo se alargará, y su verdadero benefactor será el comprador final. Éste es realmente su consumidor.

El benefactor al consumirla, la transforma en algún tipo de elemento integrante de la naturaleza, devolviéndola a ella, reponiéndola, y de esta manera, cumple con su parte del cierre del ciclo. Es una forma que no completa el ciclo, pero que también es elemental. A su vez, mediante el pago que éste realiza, se permite a los productores (mediante la apropiación de sus beneficios) la cancelación de aquel "préstamo" inicial y la obtención del merecido ingreso derivado de su labor.

Todo bien producido ha de ser alcanzado por el benefactor (consumido o usufructuado según su carácter) para que la humanidad y la naturaleza no sufran un daño irreparable, pero principalmente, para que se cumpla con el objeto de toda esa actividad y el de la propia economía.

Nota: Debemos hablar de la intermediación. Es una infraetapa prescindible del ciclo y que en realidad no lo integra, ya que el bien producido puede pasar a la siguiente etapa sin que necesariamente tenga que pasar por ésta. En ella no se agrega ningún valor al bien, sino que por el contrario, se le agregan solamente costos; no recibe nueva riqueza artificial alguna. Generalmente el intermediario obtiene la mercancía ya terminada por y desde el productor anterior, en estado de ser accedida en forma inmediata por el benefactor, y, sin que la consuma o la utilice, él la agiotiza, la inflaciona, o sea, le aumenta el precio de venta, el costo de compra, sin invertir, quizá, un mínimo de trabajo en mejorarla. Es la etapa de la especulación pura: es productivamente negativa, aunque no perjudicial. No repone riqueza, tampoco la destruye, pero se apropia de ella sin haberla generado y sin reponerla, lo que está definido como apropiación indebida de ganancias. Sucede más por costumbre que por una necesidad real. Generalmente es el

interés de los productores, sólo a veces el del benefactor, el que hace que esta subetapa exista: nunca es el interés de la economía. Deberá formar parte de la actividad de los productores que integran estas dos etapas (que puede ser un único productor, el mismo siempre) o debe desaparecer, cuando se llegue al punto en que no sea ya "necesaria" su función. Cuando la economía se haya adaptado, lo suficiente a esta nueva forma que estamos proponiendo; al cumplimiento del ciclo que se está describiendo.

En el ciclo económico nos muestra que la carne o la madera que ingresan al proceso productivo, no son ya productos naturales: son materia prima, materia muerta. Son artificiales, ya que en su transformación de algo natural a algo artificial, intervino necesariamente la mano del hombre, la mano del productor. El ciclo nos dice que naturales son los vacunos y los árboles, que no son creación humana y que no forman parte del ciclo de la carne o de la madera. Natural es la energía vital que se produce al consumirlos y natural es la devolución, fruto de la etapa de reposición. Es cierto que la reposición se logra por intermedio del trabajo social, pero en definitiva es la naturaleza la encargada de concretarla. El hombre sólo siembra las semillas, la naturaleza es quien las hace vivir.

Así se define la tercera y última etapa del ciclo, la reposición de la riqueza extraída, producida y consumida. En ella sucede la restitución, por parte del hombre, de la riqueza natural destruida, la reparación total del daño. Tiene una doble faz: la que realiza el productor al volver a sembrar, y la que realiza el benefactor al consumir el bien producido.

En resumen, el ciclo económico comienza con la apropiación (en forma de préstamo) que se realiza a la pachamama –la cosecha, por ejemplo- y finaliza con la devolución de tal préstamo –la resiembra y el consumo-. Ésta es la única forma de ver el verdadero orden en que el ciclo económico ocurre, no de otra manera.

Y si no se cierra un ciclo abierto, esto es, si la quita a la naturaleza o el bien producido no llegan al benefactor, o el productor de cualquier etapa abandona el trabajo antes de completarlo, no se produce la necesaria reposición de riqueza en cantidad suficiente para equilibrar la extracción, para "saldar la deuda" adquirida con la naturaleza.

Para terminar de cerrar el ciclo es imprescindible, como mínimo, la reposición total de la riqueza extraída. Pero inicialmente es conveniente el aumentarla. Esta reposición se conforma de dos partes mutuamente necesarias, incompleta la una sin la otra. Pueden darse en un orden cualquiera, no específico, pero ambas deben ser cumplidas obligatoriamente, para que no exista un perjuicio a la naturaleza y un daño evidente a la economía. Lo que implicaría que todo el trabajo realizado haya sido sea en vano.



Lo vemos mejor con un ejemplo concreto. Supongamos una persona –física o jurídica- que de alguna manera (no es necesario hacerla explícita) obtiene un campo. Dicha persona tiene la intención de explotarlo en la producción de maíz, pero observa dicho campo y, sorprendido, ve que en él

hay muchas hectáreas de trigo casi prontas para la cosecha. Él no sabía de su existencia, pero acepta sin resquemores la realidad. Fue favorecido con un regalo, con un premio, con una riqueza que no esperaba. Llega el momento de la cosecha y la realiza. Vende el trigo a un molino, como materia prima para la producción de harina. Es cierto que esa persona intentará sacar el máximo provecho del trigo que recibió, deseará venderlo al máximo precio, pero no le interesará demasiado si su deseo no es alcanzado. Lo vende al precio que le ofrecen (el que, mediante el cumplimiento de lo que proponemos, nunca será menor que el justo), y así dedicarse a la plantación de maíz, que es su actividad elegida. Comienza entonces el proceso de preparar la tierra para la siembra del maíz, teniendo ya un "capital" inicial con el que no contaba. Su empresa nació fructíferamente gracias a una cosecha.

El ciclo nos enseña que todo proceso productivo comienza con la extracción de una parte de la riqueza natural. Es una toma destructiva, depredadora y deliberada de riqueza, de la que se apropia el productor, adquiriendo éste un "capital" que, por las características de ésa apropiación, se adeuda. Es un préstamo que necesariamente debe ser devuelto, debe ser repuesto, especialmente para poder continuar con su tarea. Si nuestro amigo productor de maíz hubiera llegado a un campo virgen, necesariamente tendría que haber quitado las malezas, los árboles o cualquier otro elemento que le impidiera sembrar el maíz directamente. La naturaleza los puso ahí y ahí están, como si fueran el trigo, y serán extraídos del suelo, "cosechados" como si fueran el trigo. Que el hombre no le dé el mismo valor a uno que al otro, no indica que para la pachamama no lo tenga. De una manera u otra se le ha quitado una porción a la riqueza que es de todos y de la que todos formamos parte.

El recorrido de ese trigo por todo el ciclo económico lo mostraremos más adelante. Diremos ahora que al consumir el producto derivado del trigo (el pan, por ejemplo), el benefactor devuelve a la naturaleza –que es él mismo– una parte importante, (aunque sólo una parte), de aquella riqueza original.

El ciclo de esa explotación agrícola será definitivamente cerrado cuando el señor siembre el maíz, y espere que éste se vea crecer verde y saludable siguiendo el curso dado por la naturaleza, sin su intervención directa. Allí, económicamente hablando, la pachamama habrá sido repuesta, y con esto la economía y la sociedad saldan su deuda. Entre tanto, la humanidad ha obtenido sendos beneficios.

Así es como se explica, por ejemplo, por qué para el hombre –no para la naturaleza– tiene más valor el trigo que la maleza, o el oro que el maíz. Para la pachamama todo lo que la conforma tiene el mismo valor: el máximo, pues es su propia razón de ser.

Para reponer la riqueza extraída, *que es la actividad principal de todo productor* (la siembra del trigo, por ejemplo), él tiene que realizar un esfuerzo especial, que no sólo implica su propio beneficio y su propio riesgo, sino que implica a todos los integrantes del ciclo económico del trigo. Completar un ciclo económico no sólo concierne al trabajo del productor directamente involucrado –el agricultor que lo cosecha y lo siembra–, sino que también se debe tener en cuenta que desde el benefactor provinieron directa o indirectamente (a través

de los demás productores del ciclo) las porciones correspondientes de beneficios de ese productor extractor y de todos los productores de las diferentes etapas que lo conforman. ¿Cómo se resiembraba el trigo si la cosecha anterior no reeditó beneficios? ¿Desde dónde provienen esas ganancias? Proviene, todas, del benefactor; éste no sólo cumple directamente su cuota de reposición al consumir el pan (la mercancía), sino que él es quien "financia" todo el proceso.

Después, el productor extractor completa la reposición de lo extraído mediante su actividad principal, que se comprende como la preparación previa a la siembra y la siembra misma. Él corre el riesgo de plagas, de sequías, de inundaciones, de plagas, etc. antes de cosecharlo y llevarlo al molino, riesgo que tiene un costo extra, y que no concierne solamente al agricultor; concierne a toda la sociedad. Ésta interviene a través del benefactor, que es ella misma. Todo productor siempre se encargó, y seguirá encargándose, de agregar ese costo extra al precio de lo que produce y vende.

En cambio la maleza se repone sola, naturalmente, sin necesitar de la intervención humana, por lo que su costo de reposición es nulo -a no ser que la explotación hecha por el hombre haya terminado con la fertilidad del suelo-. Lo mismo que con el trigo sucede con el maíz o con cualquier otra riqueza que el hombre pueda y sea capaz de reponer.

Pero con el oro (o con cualquier riqueza no reponible) la situación no es la misma. No existe la posibilidad, al menos por ahora, de que el ser humano reponga el oro extraído. Ese es el motivo de por qué históricamente este elemento, para el hombre, tiene más valor que el maíz, más que el trigo o la maleza. *Su costo de reposición es tan elevado que no existe forma de alcanzarlo.* Este ejemplo muestra una de las conclusiones fundamentales derivadas del estudio del ciclo económico: *no es la escasez de un bien lo que le da su valor, es el costo de reposición de éste bien lo que lo evalúa.* Si en el futuro se encuentra una forma de crear el oro artificialmente (para regocijo de los alquimistas), su costo de reposición será medible, probable, comprobable, lo que hará que ese costo sea accesible. Pero como sólo la nada se obtiene de la nada, esto dependerá de la materia prima que sea utilizada para tal fin: quizá sea de tan difícil reposición como la de aquél.

La minería en general, como integrante de ese grupo de actividades humanas que no reponen la riqueza extraída, se relaciona a un ciclo económico inconcluso: los ciclos de esas características son perjudiciales. Generalmente, y según el caso, sólo se cumple la función reponedora del benefactor, aunque muchas otras veces tampoco ocurre esa necesaria posibilidad. Quizá una de sus futuras tareas complementarias sea el reciclado de la misma o de otra materia prima que reponga de alguna manera la riqueza destruida.

Nota: Aunque no sea comprensible ni creíble, tanto ecológica como económicamente hablando, debemos agregar a ese grupo de actividades perjudiciales la propia pesca industrial. Es imprescindible que se dedique desde ya a la resiembra de lo extraído (algo totalmente posible), para así cumplir con su ciclo económico, hoy por hoy también inconcluso.

Todo proceso productivo finaliza con la reparación del daño a la naturaleza. Aquí llegamos al punto fundamental, el que garantiza el desarrollo

ilimitado. El trabajo de la humanidad tiene valor y sentido en función de la obligatoria necesidad de devolver a la naturaleza la riqueza de ella extraída y destruida por la actividad del hombre y de la dificultad o facilidad con que ésta se realice. Los costos de reparación del daño son los costos de cada ciclo económico para cada uno de los bienes producidos por el hombre, y sólo se pagan mediante el trabajo social (la verdadera actividad colectiva), y el consumo, conjuntamente, que es la auténtica actividad del hombre tomado individualmente. Y esta es otra demostración de que lo finalizan, de que no lo comienzan. *El cumplimiento efectivo de la finalización del ciclo es lo que genera todos los beneficios y todos los derechos que la humanidad pueda obtener desde y sobre lo por ella producido. Si este no se concluye, repetimos, todo el trabajo ha sido en vano.*

Vemos así que el recorrido que realiza cualquier bien producido a través de su propio ciclo económico (el recorrido en el que va adquiriendo costos de cualquier tipo) va en una única dirección; en tanto que el dinero utilizado para adquirirlo y los beneficios que desde él obtienen todos los productores inmiscuidos en ese ciclo, lo recorre en dirección opuesta. El ciclo tiene dos sentidos: uno, el sentido dado por y desde el productor, *el sentido de los costos*; dos, el sentido dado por y desde el benefactor, *el sentido de los beneficios*. Desde esta observación se llega a la certeza, por ejemplo, de que los beneficios de todo productor no pueden ser considerados por ellos como *costos* a rebatir, o sea, los costos de los productores están dados en el sentido o dirección dado por ellos mismos y nunca en la dirección dada por el benefactor. Los costos *se agregan* en el sentido dado por el productor, los beneficios *se obtienen* en el sentido dado por el benefactor, opuesto a aquél.

Todo bien mientras recorre su ciclo va cambiando de estado económico ininterrumpidamente hasta alcanzar al benefactor, cambios que pueden ser medidos en su magnitud, usualmente utilizando como medida una moneda. Desde el punto de vista del benefactor (que es el punto de vista de la economía), sufre un continuo agregado de costos; desde el punto de vista de cada productor se le van agregando valores (gastos y utilidades); desde el punto de vista de la sociedad toda ese bien en sí mismo va generando riqueza, cuyo valor máximo es el precio de venta final: su costo social de producción. Éste se transforma, en el momento de pagar su precio el benefactor, en riqueza social.

El ciclo de construcción de una vivienda, por ejemplo, se cierra cuando ésta sea habitada: si tal condición no se da, el ciclo no está cerrado, puesto que no ha satisfecho la necesidad de haberla construido. Una casa en buen estado y deshabitada, así como una casa habitada pero en ruinas, son perjudiciales a la economía: una porque cuando, al ser nueva y estar deshabitada, no está siendo usufructuada por el benefactor –ese fue el fin de construirla–, la otra porque al estar en ruinas y habitada no es una construcción correcta, no cumple una verdadera reposición, no colma la satisfacción de la necesidad por la que se construyó; de nada sirve construir una vivienda que no cumpla correctamente su función o para que esté vacía. Sólo una construcción finalizada correctamente y habitada conforma la riqueza artificial y así pasa a integrar la riqueza total de una zona. Todo bien pasa a

formar parte de la riqueza total cuando es usufructuado (como en el ejemplo anterior de la vivienda), por el benefactor.

La conclusión de una construcción cualquiera –una vivienda, una ruta, un hospital- no finaliza el ciclo, pues aún no se cumple el objetivo para el que fue levantada: ser accedida por el benefactor usufructuante de ella, el haberle satisfecho esa necesidad. Allí es cuando su costo es transformado en beneficio y pasa a integrar la riqueza total.

Terminar el trabajo no concluye el ciclo que lo involucra. La conclusión de cualquier trabajo se alcanza al finalizar el bien que por su intermedio se ha creado, sea cuál sea su tipo, lo que no implica la finalización del ciclo que lo inmiscuye. La razón de su producción o creación se consigue al ser accedido por el benefactor: allí finaliza realmente el ciclo. *El ciclo que conforma la producción de un bien cualquiera finaliza únicamente al llegar al benefactor.*

Por ese motivo se llega a otro concepto fundamental derivado del estudio del ciclo económico. El beneficio económico real sólo se obtiene desde el consumo o usufructo por parte del benefactor del bien producido. Eso es lo que justifica todo el proceso destructivo, productivo y reparador, pues el benefactor es el único integrante del ciclo que realmente paga los costos de su producción y el que tiene la capacidad de devolver a la naturaleza parte de su riqueza extraída, cuando ésta ya adquirió la forma final de mercancía. Es quien devuelve a la naturaleza una parte de la producción artificial, social, y lo hace en forma automática y natural.

Es quien genera todos los beneficios económicos de los productores, es quien entrega a cambio de ese producto una parte de su actividad vital –de su vida- en la forma de dinero, de indev, mediante el cual se pagan todos los costos incluidos, los beneficios que se distribuyen, como salario, entre todos los productores del ciclo, en el que puede incluirse él mismo; da al ciclo el sentido de los beneficios, el sentido de las ganancias. De aquí se concluye que, si el bien no alcanza al benefactor (o no es accedido por él, sea por el motivo que sea), todo el proceso de su producción ha sido en vano, pues ya no sólo la naturaleza no será repuesta en su totalidad, sino que todo el trabajo utilizado en la producción del bien habrá sido infructuoso, y ningún productor recibirá el dinero mediante el cual, primero, repone los insumos de su actividad y, segundo, obtiene sus propios beneficios.

De esa manera, podemos asegurar que ningún hombre en su papel de productor puede considerarse propietario del bien que ha producido (solamente lo tuvo en una especie de consignación mientras este recorre la etapa que le corresponde del ciclo) pues ese bien no finaliza su propio ciclo hasta ser adquirido por el benefactor. El productor poseerá la porción de beneficio que integra el precio de venta de éste, que solamente viene desde el orden de los beneficios, cuando sea adquirido por el benefactor. En cambio cada hombre en su papel de benefactor –papel que cumple también todo productor- es el único que tiene todos los derechos sobre ese bien, al adquirirlo.

El ciclo económico contiene dentro de sí la razón fundamental de toda la actividad humana, y es en sí mismo esa razón: extracción, industrialización, comercialización y la reposición en sus dos formas, la que repone el productor, que puede considerarse como una reposición *directa pero no automática*, y al

ser el bien accedido por el benefactor quien lo repone *indirecta y automáticamente*, y ,según la naturaleza del bien, esta reparación podrá tener la forma de consumo propiamente dicho o la forma de usufructo del bien. Así se conforma, en un sentido económico general, el objeto y el fin del trabajo de la humanidad. Es la naturaleza de la riqueza.

En síntesis: toda producción de bienes o mercancías tiene por objeto el ser alcanzada por el benefactor, para que éste satisfaga una necesidad específica mediante su consumo o usufructo. Su costo social de producción (que comprende todos los costos y beneficios generados en dicho proceso productivo) se representa en su precio de venta. Éste es transformado de costos social en beneficio social por el consumidor, de allí que sea el benefactor de la economía.

Ese proceso productivo tiene un carácter cíclico, el que puede dividirse en diferentes fases o etapas, las que, en forma íntegra, cumplen todos los bienes producidos por el hombre; por lo tanto, una mercancía es el resultado de su ciclo productivo o, dicho de otra manera, *sólo es mercancía aquel bien generado mediante dicho proceso*.

Así se demuestra que lo que el dinero representa no es mercancía, y que el trabajo tampoco lo es. Esta conclusión (entre otras) da por tierra con los postulados esenciales de las economías primitivas, que basaban su estructura teórica en dichas falacias.

Una demostración por el absurdo

Pongamos como hipótesis que el trabajo es una mercancía como las demás y estudiemos su ciclo económico paso a paso.

Su etapa extractiva no existe. La riqueza natural generadora del bien básico que estamos estudiando es el hombre, por lo tanto la materia prima de dicha mercancía (la "cosecha" de un trabajador) no se obtiene a través de la destrucción de una riqueza natural (no es una extracción) ni puede tener entonces el carácter de artificial (esta situación ya nos obliga a reconocer que no es necesaria su reposición). Es más, el nacimiento de un trabajador (sea tomado como el nacimiento de un niño o como la "creación" de un trabajador propiamente dicho) no sólo no es una destrucción de riqueza natural sino que es un aumento de ella. La mercancía que estamos estudiando (el trabajo) sólo la puede generar un hombre en vida, por lo que tampoco es materia prima, es decir, sin vida y artificial. "Todo trabajo humano se realiza sobre objetos que fueron naturales pero que ya no lo son" por lo que su propio trabajo no puede ser considerado como una materia prima.

No obstante, seguiremos con el absurdo: supongamos al trabajo como "materia prima".

Su etapa industrial podría ser considerada como el proceso educativo, la enseñanza que un hombre recibe para transformarse en un "producto", en una materia prima mejorada, en un bien reformado con costos y beneficios agregados. Este concepto puede ir de maravillas con las premisas de la economía primitiva, pero se da de nariz con el hecho práctico de que la educación es un integrante de los derechos fundamentales del hombre, cuyo generador responsable es la sociedad toda y no un productor o un grupo de ellos. (La educación es uno de los derechos humanos en los que no se interviene como productor o benefactor, sino como hombre). Para desgracia de nuestra absurda hipótesis (y no sólo de ella), no puede existir la producción industrial (artificial) de trabajadores, porque ella es natural.

Igualmente, supongamos que el trabajo es un "producto" artificial, una "materia prima" con valores agregados.

Su etapa de comercialización puede interpretarse como las relaciones que comúnmente llaman "mercado laboral", donde se compra y se vende tal mercancía. Es la única etapa que efectivamente cumpliría el trabajo como mercancía, y por ende, con la teoría primitiva. Aunque en realidad el ciclo nos dice que la forma de pagar el precio de dicha mercancía no se corresponde con el de las demás. Su pago no lo realizaría el benefactor sino otro productor de la misma etapa (el patrón), quien es el que se sirve de ella (quien se "satisface" con ella); así cumple con el requisito del ciclo de ser retribuida a través de los beneficios que ella misma genera. Esto no sólo demuestra la existencia de lo que se reconoce como plusvalía, sino que confirmaría la existencia de la explotación del hombre por el hombre. (Tal aseveración contradice a la propia teoría primitiva).

A pesar de las anteriores etapas ya contradicen la hipótesis, continuemos con la suposición absurda de que el trabajo es una "mercancía".

La última etapa, la de reposición, como ya vimos, tampoco existe: no se puede reponer lo no extraído. Ni siquiera existe la posibilidad abstracta de imaginarlo.

De aquí llegamos a concluir que el trabajo es, según el ciclo económico, una "mercancía" que no cumple con los requisitos necesarios para serlo. Se puede asegurar entonces que la definición de mercancía no abarca al trabajo, o que el trabajo no es una mercancía.

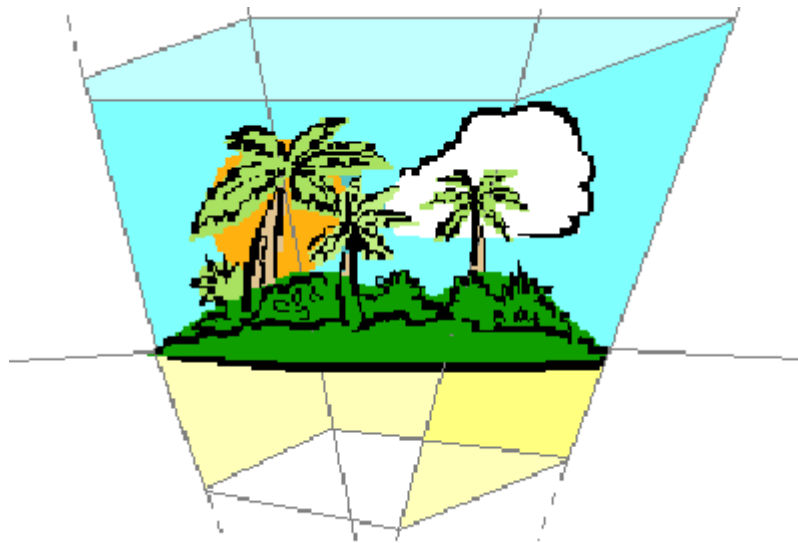
Vimos también que ni siquiera lo es según las propias teorías primitivas.



UN EJEMPLO ILUSTRATIVO

Trataremos de mostrar distintas cifras teóricas, relacionadas con lo antepuesto, para ejemplificar la idea y para darle un soporte matemático.

Supongamos una pachamama con forma de isla, desierta de seres humanos, similar a tantas otras, habitable, aunque podría no serlo. Hace bastante tiempo se enviaron a ella a un grupo de científicos para que estudiaran las posibilidades de su explotación.



La isla fue estudiada con el objeto de analizar su riqueza, la extensión de su espacio vital, y su capacidad de explotación. Se lo hizo en un sentido tridimensional, no solamente superficial. Para ello se midió su superficie, resultando de 10 km², y se consideró que sobre ese territorio se apoya una pirámide invertida de aire, una "columna" atmosférica que se va ensanchando hacia arriba, hasta un límite impreciso, incluso infinito. Se tuvo en cuenta también que en ella se continúa dicha pirámide invertida y regular, pero cambiando sus integrantes, en general, al estado sólido (tierra y minerales), formándose un "cono" material que llega hasta el núcleo del planeta. No se agregaron ex profeso las aguas circundantes, para no complicar su estudio.

Esta representación piramidal tridimensional del diagrama da una idea de ese espacio vital, que contiene y representa una cantidad desconocida de riqueza potencial, que la representaremos con una Y, cuya magnitud es enorme, tanto que se puede decir que tiende al infinito. Esa riqueza Y era en aquel momento, antes de la llegada de los científicos, igual a una cifra que llamaremos riqueza natural Q.

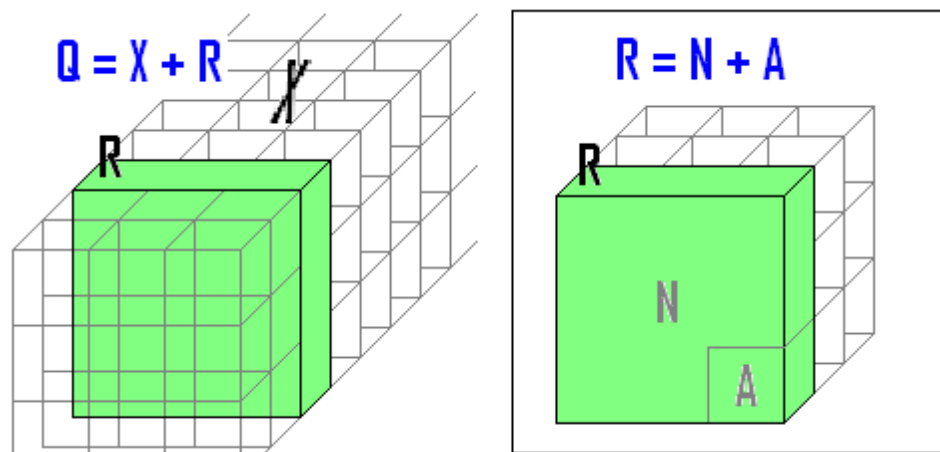
$$Q = X + R$$

Esta cifra Q se conforma a su vez de dos componentes de magnitud también desconocida y diferenciados: una riqueza X, que por razones

históricas, técnicas o tecnológicas, aun es inaccesible al hombre o que todavía no tiene o no se conoce su valor de explotación, y una riqueza propia R que puede ser accedida inmediatamente por la humanidad para ser utilizada en su beneficio.

Vemos así que si la magnitud de Q puede considerarse que tiende al infinito; la magnitud de X también lo será, en tanto que para R (aunque su magnitud no es la de Q), tanto su explotación concreta como la potencial, en manos del hombre ambas, pueden llegar a ser tan grandes como la propia Q .

La riqueza R actualmente accesible para el hombre, se conforma a su vez de dos integrantes: la riqueza N , (los "recursos naturales", de donde el hombre toma sus materias primas) y la riqueza A de origen humano o artificial, conformada por los bienes que han sido o serán producidos por el propio hombre a partir de N . Ambos integrantes de R pueden explotarse, únicamente, mediante la actividad creadora y transformadora fundamental del hombre (la llamaremos T), entendida como conjunción de trabajo y conocimiento, la que está en acción permanente.



Antes de la llegada de esos hombres a la isla, las variables A y T tienen una magnitud nula, esto es, valen cero, porque solamente existen donde está el hombre. Pero el día en que ellos llegan el estado de riqueza de la isla cambia en forma evidente. A la riqueza R (la riqueza natural propia de la isla, de la que el hombre puede hacer uso) se le agregó una riqueza nueva, la riqueza total H , que es el resultado de la capacidad T humana de aumentar esa N en una nueva N (llamémosla Nt) y la de transformar una parte de N en una riqueza A enteramente nueva (llamémosle At), que sólo el hombre puede aportar. Ahora A y T son valores positivos distintos de cero.

$$H \geq \frac{(N.T)}{Nt} + \frac{(A.T)}{At} \Rightarrow H \geq (N + A).T$$

$$R = N + A \implies$$

$$H \geq R.T$$

H es la riqueza total que el hombre puede crear y usar desde la isla

R es la riqueza natural total de la zona que el hombre habita

N representa lo que comúnmente se llaman "recursos naturales"

A es riqueza artificial, todo bien o producto material hecho por el hombre

T es la totalidad del esfuerzo humano, físico e intelectual: el trabajo social

(No olvidemos que por ahora todas son incógnitas.)

A medida que los científicos se van instalando también lo hacen sus componentes A, sus equipos, que se van integrando al suelo de la isla, en forma de viviendas o de puestos de observación, incluso de aparatos de diferente tipo, que fueron "importados" por ellos desde su país de origen. Al pasar un tiempo relativamente corto, estos componentes se integran definitivamente al paisaje de la isla, por lo que ya no son valores potenciales incógnitos sino que integran la riqueza artificial A, definitivamente. Su magnitud, finita, podrá siempre calcularse día a día, hora a hora.

Los descubrimientos que realizan los científicos demuestran que esa isla tiene posibilidades varias de explotación. Su biodiversidad es potencialmente buena, y posee recursos minerales interesantes. Inclusive se puede explotar algunos tipos diferentes de cultivo. Puede y merece ser habitada. Aconsejaron su colonización, debido a que la variable N, componente de R, representa una cifra significativa.

El hombre podrá recurrir a ella como un "capital" inicial muy interesante, casi inagotable. Esta conclusión nos confirma algo de una importancia fundamental: la riqueza (el "capital") existe previamente a cualquier actividad.

Alcanzado el presente, nuestra isla hoy posee 100 habitantes.

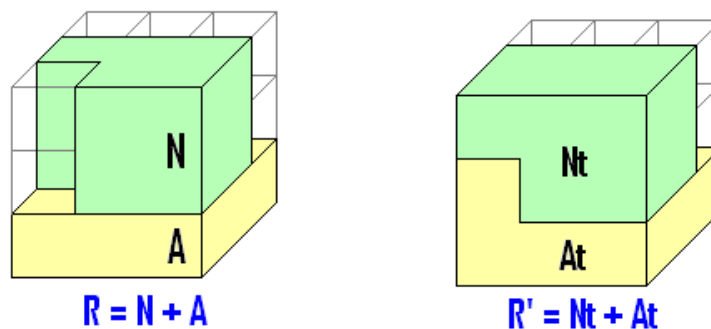
Durante la ocupación y colonización humana, la isla necesariamente sufrió destrucción de parte de su riqueza natural N, conformadora de R. Se eliminó parte de su paisaje, pero fue suplantado por otro, artificial, cuyo valor es fácilmente calculable. Así, parte de N se transformó en A, mediante el trabajo representado en T, aumentando R su magnitud. Se mantuvo así una igualdad relativa del su valor de R, porque a pesar de que se disminuyó el valor de N, se aumentó el valor de A. Es más, posiblemente creció la magnitud de la propia N, al seguir desarrollándose la sociedad isleña.

De la tierra se tomaron piedras, árboles, agua, e incluso vida silvestre. Se le extrajo riqueza que fue utilizada en provecho de sus nuevos habitantes.

Repasemos. Hubo un "capital inicial" natural de valor incógnito que el hombre lo transformó en artificial y medible (viviendas y alimentos, fábricas y comercios, escuelas y hospitales), integrantes del módulo A, de una magnitud o valor precisos. Aquí aparece otro concepto fundamental, puesto que no sólo demuestra la posibilidad potencial del hombre en acceder a la totalidad de la riqueza propia R de la isla (porque $R = N + A$), sino también que es únicamente

ella (la naturaleza) la que permite concretar en bienestar general toda su propia actividad vital (abrigo, alimento, esparcimiento, etc.).

De sus habitantes hubo quienes tomaron una parte de N como "capital" inicial en forma de un pedazo de tierra, transformándolo en granja, en "fábrica" agrícola de producción artificial de vegetales y de animales, mediante la destrucción cierta de riqueza N, con el objeto de crear bienes de tipo A, y la consecuente reposición de la propia N (todo ello realizado mediante su actividad T). De allí concluimos en que una parte de N se destruye, pero mediante su trabajo de reposición, el hombre la restituye y la aumenta, pero que (también y a la vez) crea nueva riqueza, que antes no existía. Este es otro concepto básico: por eso el trabajo T es creador y transformador, es un multiplicativo, es un factor multiplicador de ambas riquezas.



También se construyó una carretera (algo netamente artificial), cuyo costo total fue de una cantidad C (en el que se incluye la extracción de terrenos N). Esa magnitud C pasó a conformar el valor de A en forma directa. Decimos que la riqueza A aumentó una cantidad igual a C; o que R aumentó una magnitud C (porque a través de A esa cifra pasa a integrar la riqueza propia R de la isla). Hemos visto la transformación de un costo social C en un beneficio social C. Pero esa "metamorfosis" sucede solamente al concluirse la obra y al empezar a ser utilizada por quienes la necesitaban, pues ese fue el fin para el que se la construyó. Es en ése momento en que ya no hay un "costo" C, sino que existe un aumento de la riqueza propia R en una magnitud igual a C, pues ha llegado al benefactor y éste la transformó, al usarla, en un bien con valor social. Mirémoslo matemáticamente:

$$R = N + A$$

$$R' = N + A + C$$

Este es otro concepto fundamental, que a su vez explica por qué llamamos benefactor al que se conocía como consumidor: el usufructo o consumo de un bien -que sólo él puede efectivizar- hace que su condición de costo individual sea transformado en beneficio social. Lo que siempre es un costo individual para el benefactor, por intermedio de él, y sólo por él, es transformado en beneficio social, en aumento de la riqueza social, de R a R'.

Este mismo concepto explica por qué el ciclo económico de un bien cualquiera, solamente es beneficioso cuando se completa, cuando se finaliza,

cuando se cierra, y esto sucede, únicamente, cuando ese bien es accedido por el benefactor: ese fue el objeto de construirlo o producirlo.

Basándonos en el conocimiento de que con la riqueza propia R de esa isla se deben satisfacer las necesidades materiales (en forma directa o indirecta), de todos sus habitantes –de otra manera no tendría razón vivir en ella-, y que éstos pueden hacer uso de esa riqueza mediante su actividad T (única forma de generar nuevos valores de A y reponer los valores N consumidos), la actividad humana cumple con el ciclo económico; proceso que en sí mismo representa qué han hecho de bueno los habitantes de la isla. Vemos entonces que sin T , el trabajo social o actividad social o energía social, nada de esto es posible. Por eso tendríamos que definir un valor concreto para esa variable T .

Como el trabajo T del hombre –que implica el uso de su esfuerzo, su habilidad y su conocimiento en una unidad inseparable- no sólo hace la transformación de N en una nueva A (en At), sino que puede y debe reponer lo tomado de la propia N , con lo que el valor cuantitativo de aquella N inicial será igual (aunque es preferible que sea aumentado) al final del ciclo económico, en Nt :

$$At = T \cdot A$$

$$At > A$$

$$Nt \geq T \cdot N$$

$$Nt \geq N$$

Por lo tanto, el valor inicial de R (aquel $N + A$) fue aumentado a un valor $R' = Nt + At$, en una magnitud positiva de $(Nt - N + At - A)$, confirmando que mediante su trabajo T se ha aumentado el ya enorme valor de R , tal que $R' > R$.

$$R' = Nt + At$$

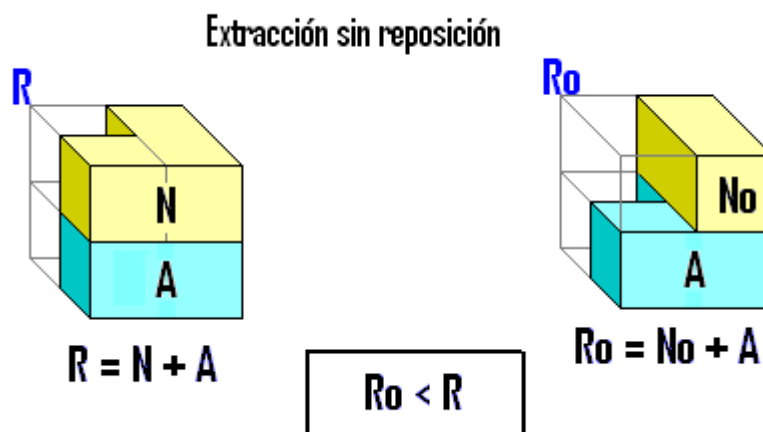
$$R' > R$$

A primera vista pareciera más objetivo decir $R' = N + A + Tt$, dándole el valor de aquella diferencia $(Nt - N + At - A)$ a quien realmente la produjo: el trabajo social. Así, el trabajo del hombre iría tomando un valor mayor cada vez. Pero sabemos que éste está íntimamente relacionado a la cantidad de habitantes y su capacidad productiva, cuyas magnitudes *pueden considerarse constantes dentro de un período preestablecido* (un año por ejemplo), por lo que en realidad es mejor observar ese aumento de valor *en los frutos de dicha capacidad*, que no son otra cosa que los bienes producidos, que se representan en los nuevos valores agregados a A y N (las cifras At y Nt).

Esto significa que el valor del factor T es un valor generalmente positivo no fácil de calcular, pues es variable y variante, ya que modifica el valor numérico de las variables que maneja y a sí mismo. Debemos decir ahora que no es ninguna novedad que el trabajo T del hombre no sólo transforma riqueza, sino que a su vez y conjuntamente genera riqueza nueva, que antes

no existía. No obstante, lo realmente importante es la demostración de que mediante su trabajo social T , el hombre es capaz de aumentar la riqueza de la tierra que habita y de la sociedad que conforma. Entonces, T es lo que algunos llaman "valor del trabajo".

Agreguemos que existe un "trabajo" T negativo. Un multiplicador negativo, por lo tanto perjudicial. Es aquel que disminuye los valores de N y de A , en definitiva de R : la guerra es el más obvio, pero también lo es la extracción sin reposición (la explotación de "recursos no renovables") y la apropiación de riqueza sin su creación o reparación (la especulación, el robo etc.). Cualquiera de ellos daña a alguno o ambos sumandos N o A . Si $T < 0$:



Dijimos que la magnitud total de R es desconocida, en tanto la riqueza N que la conforma, es la riqueza natural directamente accesible por el hombre, los "recursos" naturales. Lo que tomamos de nuestra tierra es una cifra conocida pero no infinita, aunque el hombre puede y debe al menos mantener su valor absoluto para que (cumpliendo el ciclo), no exista un daño o perjuicio a su naturaleza. Vemos también que A es la riqueza artificial, producto humano, que también es finita, aunque crece continuamente. Por lo tanto digamos que sus valores pueden despreciarse (en un momento dado, principalmente al inicio de la colonización), en comparación a la magnitud que puede tener T en ese mismo momento, quedándonos así dos incógnitas que cumplen:

$$H \geq T \quad \text{ó} \quad H / T \geq 1$$

Esto nos asegura que el valor de T , aunque finito, es también un positivo muy grande, pudiendo tomar cualquier valor entre 1 y H , lo nos otorga la posibilidad de atribuirle un valor que consideremos oportuno, en forma arbitraria, pudiendo ser enorme, tan grande casi como el de la propia riqueza total H que el hombre puede disponer. De esa manera le daremos al trabajo social de los habitantes de la isla, representados en T , un valor en cifras concretas lo suficientemente alto como para considerarlo apropiado y justo, tanto sea para reconocer el esfuerzo realizado por la sociedad como para

facilitar la satisfacción de las necesidades de cada uno de sus habitantes. Lo haremos, porque esto último es el objetivo real de la economía.

De esa forma, en dicha sociedad como en otra cualquiera, el valor de T (el trabajo social), es el crecimiento económico necesario y suficiente, la riqueza social a generar para alcanzar un bienestar mínimo que debe pertenecer a todos.

Pero esas variables que manejamos no sólo nos dicen explícitamente lo que representan, sino que también nos dicen lo que no representan. Desde esta perspectiva vemos claramente que no interviene el dinero; que éste sólo es, o puede ser, una manera de medir la riqueza social H, la natural R y por ende, del ingreso I, (que es el ingreso individual mínimo del período que se defina).

El trabajo T (que es pura y únicamente humano, que es el "factor hombre"), y la riqueza total H (que éste utiliza, transforma y genera), han de representarse mediante un patrón de medida. Dicho patrón bien puede ser el dinero, pero también puede ser otro cualquiera. Esto nos demuestra claramente que la riqueza de la isla y el trabajo de su gente no se conforman del dinero; que no lo necesitan para demostrar su existencia: son independientes de él. Reconocemos así otro concepto fundamental: los llamados "factores productivos" no son más que "tierra" y "trabajo", sin "capital" alguno.

Vemos que el dinero en sí mismo no conforma ninguna de las ecuaciones que hemos utilizado; solo es (o puede ser) el patrón con que se mide su resultado. A este patrón de medida (como exige cualquiera de ellos), le daremos una definición precisa y clara (más adelante, en un capítulo exclusivo) que deberá ser considerada como la definición de cualquier otro patrón de medida y comparación.

Al factor T se lo ha denominado como beneficio, renta, producto (dentro de otras nominaciones), pero para el ciclo económico es más correcto y preciso llamarlo *riqueza social o ingreso social general*. Hemos visto que puede ser definido, cuantitativamente, a través de una cifra lo suficientemente grande como para que pueda ser distribuido entre todos los habitantes P que lo generaron, y así cumplir con el objetivo de que ninguno de los hombres que lo crean (y que por lo tanto deben poseerlo), pase ninguna necesidad. En condiciones normales, T y H poseen un valor que siempre va en aumento.

Lo fundamental a tener en cuenta es que lo antedicho demuestra que el crecimiento económico de una población es independiente del "capital" monetario; sólo depende de la población en sí misma (uno de los "recursos" naturales), y de su capacidad de crear, transformar y reponer riqueza. O sea que el crecimiento económico o desarrollo general sólo depende de la riqueza natural propiamente dicha, de la cantidad de habitantes y de la conjunción de su capacidad de trabajo productor-reponedor y de su actividad consumidora-reponedora. En definitiva, depende del cumplimiento estricto del ciclo económico.

El dinero recién aparece cuando decidimos utilizarlo como patrón de medida de la riqueza, cualquiera sea la naturaleza de ésta (individual o social, natural o artificial):

$$I = T / P \quad \text{ó} \quad T = I \cdot P$$

La magnitud del factor T se halla multiplicando el ingreso mínimo I (mínimo, individual y periódico) por la población, P.

Dijimos que ese ingreso I, es un mínimo esencial que cada ser humano puede y debe poseer, individualmente. Hoy está semi definido y se le llama costo de vida o canasta básica, pero no ha tenido una definición convencional precisa, por lo que lo estableceremos (en forma arbitraria y para que sea entendible para todos) en una cifra de, digamos, 1000 dólares estadounidenses mensuales por cada habitante de la isla ($I = 12.000$ anuales), que a partir de ahora le llamaremos *ingreso natural*, quedando establecido que es un "piso" por debajo del cual no puede ubicarse el ingreso o salario de nadie. Todos y cada uno de los salarios están en o sobre aquel I. Como vimos en las definiciones, todo habitante integra esa población, sin importar la edad, "productiva" o no. Esta riqueza mínima, ese ingreso natural anual de toda la población, lo representamos entonces como la variable T, para ese período dado.

$$T = I \cdot P$$

$$T = 12.000 \times 100 = 1,2 \text{ millones}$$

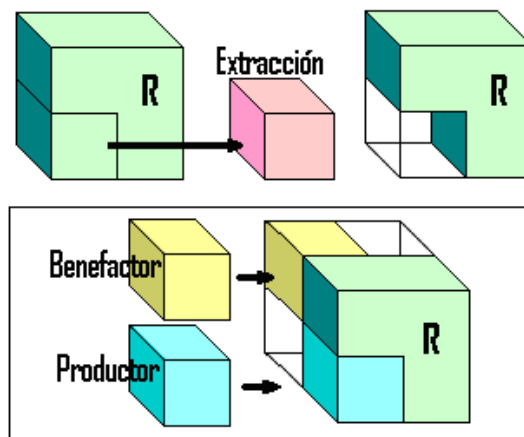
Como el valor del factor T es el producto de multiplicar la cantidad de habitantes ($P = 100$) por el ingreso natural de cada uno ($I = 12$ mil), dicha cifra ha de representar, por definición y como mínimo, todo el trabajo de la sociedad isleña, pero también debe representar, necesariamente, la riqueza mínima anual que ese espacio vital tendrá que generar y poseer (en su naturaleza y en la capacidad de su población) para que todos sus habitantes puedan tener un ingreso natural digno, que les permita ir satisfaciendo todas sus necesidades. Esto es:

$$\text{Si } H \geq R \cdot T$$

$$H \geq R \cdot 1:200.000$$

De aquí se deduce que la riqueza total H, accesible, transformable y aumentable por el hombre, será siempre un valor positivo mayor que el propio trabajo de él y de su ingreso I (por exagerado que éste pueda parecer); será mayor que el ingreso de la población P que la genera y disfruta; será mayor que el producto de ambos (a pesar de que para mantener el rigor matemático hemos incluido el signo de igual). ¿Por qué aseguramos que H es siempre mayor? Porque si T (el ingreso total de la sociedad) es tan alto como para que tienda a igualar el valor de H, su propia condición de creador de nueva riqueza,

(definida y demostrada anteriormente), hace que R aumente a R' , lo que demuestra que T nunca alcanzará a H . Ya hemos dicho, además, que en condiciones normales, T y H poseen un valor que siempre va en aumento. Sólo existe una condición: *si y sólo si se cumple con el ciclo económico*. Esto es, si se cumple con la reposición –en sus dos formas– de la riqueza extraída.



Extracción y reposición de la riqueza

El valor de A (la riqueza artificial integrante de R), también es cuantitativamente representable. Se obtiene su magnitud mediante la suma de los bienes elaborados, construidos, industrializados, que fueron o serán consumidos o usufructuados por los habitantes. Éstos produjeron dos tipos nuevos de bienes artificiales: los bienes duraderos y los bienes perecederos. Los bienes duraderos (carreteras, escuelas, fábricas, casas, puentes, etc.) pasan directamente a formar parte del paisaje; se suman completa y directamente al módulo A (forman parte de A_t) al ser usufructuados por los habitantes (los bienes no perecederos no se consumen). Éste nuevo valor de A pasará a la riqueza propia R de la isla, aumentándola.

Los bienes duraderos son los integrantes obvios de A . Los bienes producidos por el hombre de carácter perecedero pueden o no ser integrados a la riqueza artificial. A pesar de que ellos son artificiales, su condición de perecederos permitiría, a quien lo quisiera, considerarlos como “naturales”, pues dichos bienes son los que se consumen. En realidad ninguna de las dos posiciones modifica el resultado.

Si se quiere, esos bienes de carácter no duradero forman parte, inicialmente, de A . Esa situación se mantiene mientras están a la venta y no son consumidos. Pero cuando son adquiridos y consumidos por los habitantes, pasan de ser A (producto del trabajo del hombre) a ser N (se reintegran a la naturaleza), formando parte de la variable N_t y aumentándola. Se repone así, en parte, la extracción que se le efectuó originalmente a N . Esta situación es más directa si se considera a los bienes perecederos como riqueza N .

Recién al volver a “sembrar” la riqueza natural destruida (los componentes N consumidos en la producción de bienes A), es cuando se cumple con la necesaria doble reposición. De esa manera se mantiene el valor numérico original de N ; éste valor es relativo, pues posiblemente será mayor que el original, pero necesaria y decididamente no es menor que el inicial.

Si no sucede ningún cataclismo natural o artificial, vemos que N (la riqueza natural), está siendo modificada continuamente por el hombre. Éste la destruye y la repone, pero si con su actividad no logra un crecimiento efectivo de ella sino un equilibrio, la actividad social del hombre, en términos generales, siempre tiende a superarlo.

Con la riqueza artificial A sucede que, concluyentemente, siempre va subiendo a medida que se trabaja; toda actividad productiva del hombre genera, incesantemente, bienes artificiales.

Concluimos que (como $R = N + A$) la riqueza propia R de la isla también va aumentando, y (como $H = R \cdot T$) la riqueza social total es también aumentada.

¿Qué pasa con el crecimiento poblacional? Éste es un tema que preocupa a muchos, incluyéndonos. Pero veremos que no es un factor más que relativo.

Si sucede un crecimiento racional de la población P a una población P' , el trabajo de las generaciones anteriores les asegura un ingreso I' suficiente (igual o quizá mayor que el de ellas mismas), al que se les sumará en un futuro inmediato el aumento del propio trabajo social T' generado por ese aumento a P' de la población, que volverá a aumentar el valor de R , con la misma condición de siempre: *si y sólo si se cumple con el ciclo económico*. Esto quiere decir, nada más y nada menos, que si el ciclo es cumplido no existen límites para el desarrollo.

Como corolario de esto podemos aseverar que, con la condición necesaria y suficiente del cumplimiento del ciclo económico:

- 1- se puede lograr el desarrollo ilimitado
- 2- cada sociedad humana puede no sólo alcanzar su objetivo primario de que no haya más necesitados ni necesidades, sino que esto implica la desaparición de la pobreza en un período que podríamos llamar de *inmediato*, en términos sociales.
- 3- que no haya clases poseedoras y desposeídas, sino que el disfrute de la riqueza puede universalizarse ilimitadamente.
- 4- además, considerando a la actividad humana como la conjunción de producción y consumo, los recursos que se tomen de la naturaleza serán en su mayor parte repuestos, evitando el agotamiento de las reservas naturales.
- 5- y que el dinero es la herramienta que se utiliza como patrón de medida de la riqueza y no depende de ella (así como el metro no depende de la distancia ni el litro del volumen); se demuestra que no se necesitan "capitales" monetarios que inicien o mantengan la economía, sino que éstos se derivan directamente del cumplimiento del ciclo, que lo hace independiente de los individuos y las clases, que no es propiedad de nadie sino una medida de la riqueza de todos. Representa y se basa en el valor de H . Es el indev.

$$T = I \cdot P \quad \text{en indevs}$$

$$H \geq (N + A) \cdot T \geq \# \text{ indevs}$$

siendo # una magnitud, un número, una cifra. Más adelante definiremos una macro-unidad relacionada al indev, el granindev, usada para calcular los valores macroeconómicos.

Vemos que el crecimiento de la población no depende de la economía en sí misma, ni tampoco a la inversa: la economía no depende del crecimiento vegetativo. Éste depende de que la economía cumpla o no con el ciclo económico, a igual que ésta depende de que la población lo cumpla o no. Podemos decir que incluso si esa isla fuera un simple peñasco, o un islote de arena (una isla con escasos recursos naturales), su riqueza propia R puede ser utilizada por un número P de habitantes íntimamente relacionado a ella, con las mismas posibilidades que cualquier otra sociedad que se ubique en un lugar de mayor riqueza: vemos así que el número de habitantes de un lugar está más relacionado con la riqueza natural de la zona que eligieron para vivir que con el consumo que realizan de ella; el número de pobladores depende del uso que hagan de su riqueza natural y de la reposición de lo que desde ella extraigan.

Vemos también que, aunque la variable P , la población, es fundamental, de la que depende el ingreso general T y por ende el individual I , su magnitud se torna relativamente despreciable si se cumple siempre con el ciclo económico. Éste nos indica que la riqueza total depende del valor del factor R y del trabajo social T , y si éste hace que N y A siempre aumenten, el valor de P , la cantidad de habitantes, adquiere una importancia relativa, para desgracia de Malthus y sus seguidores.

No es difícil imaginarse una pequeña chacra o una fábrica como si fueran una "isla" similar a la de nuestro ejemplo. El valor de su riqueza R depende de los valores de N y de A , los cuales pueden ser manipulados (explotados y conservados) concientemente por sus responsables. La cantidad y calidad de conciencia que posean puede medirse a través del nivel de cumplimiento del ciclo económico que las involucra.

Es obvio que una tierra árida no genera las mismas posibilidades que una tierra fértil, pues se torna más dependiente del factor T , más dependiente del esfuerzo y el conocimiento de sus habitantes. Pero la realidad nos muestra que un país árido como Kuwait o tropical como Haití, incluso el planeta Marte o la luna, tienen cada uno su propio valor R lo suficientemente alto como para cumplir, mediante un T específico, con el bienestar general I de un grupo P de habitantes íntimamente relacionado a esa riqueza; esto es, *permiten aplicar cada uno su propio ciclo económico*.

¿A cuánto puede llegar el valor de R , la riqueza accesible?

Esa riqueza se halla mediante la fórmula $R = N + A$. Imaginemos cual puede ser el valor de A , por ejemplo, en la manzana donde está nuestra casa.

Sumemos mentalmente los valores de cada uno de los bienes muebles (sillas, camas, mesas, cacerolas, etc.) y de los inmuebles (casas, edificios, aceras, columnas, etc.) que están ubicados en nuestra manzana. A esa cifra la multiplicaremos por el número de manzanas de nuestra ciudad. Al número obtenido lo multiplicaremos por la cantidad de ciudades similares que hay en el país, y así sucesivamente. ¡Es una cifra enorme!. Así, para imaginarnos cuán grande es el valor de R no necesitamos calcular el valor de nuestros recursos naturales N .

¿Cuál puede llegar a ser el valor de H , la riqueza social general?

El valor de esa riqueza se calcula usando la fórmula $H = (N + A) \cdot T$ que también puede representarse como $H = N \cdot T + A \cdot T$. Para continuar con el ejemplo anterior, sólo tomaremos una parte de esa fórmula, la parte $H = A \cdot T$ la que nos habla de la riqueza artificial; descartamos la natural. ¿Qué nos dice ese producto $A \cdot T$? Él nos habla de la riqueza artificial y del trabajo que se utilizó para generarla; el resultado H de ese producto nos muestra cuánta riqueza social se ha generado, magnitud que coincide con la que se necesita para lograr el bienestar de toda nuestra gente. Sabemos también que $T = I \cdot P$. Imaginemos entonces cuán grande puede llegar a ser el valor de la riqueza H , si ese valor se logra al multiplicar el ya demostrado enorme valor de A con la población P y con el ingreso de cada habitante I .

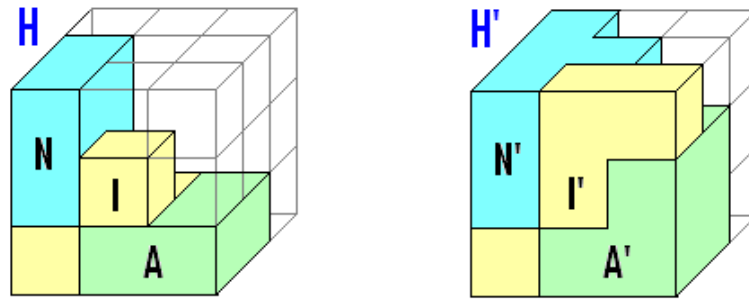
Vemos también que si se cumple con el justo concepto de que el avance del conocimiento (de la ciencia, de la tecnología, etc.), es monopolio de toda la humanidad e inacabable, y que pertenecen e integran el valor de T (el factor que multiplica y aumenta la riqueza propia R), se hará que aumente también el valor de la riqueza total H . Por su intermedio se irán tomando partes de aquella variable X (descrita al comienzo mediante la ecuación que definía la riqueza natural $Q = X + R$ y que englobaba lo aún desconocido), lo que aumentará aún más el ya enorme valor de la riqueza propia R . Si se mantiene en buenos niveles a la enseñanza y a la educación, la riqueza R crecerá de una manera que tiende al infinito, pues se dirige hacia el valor de la variable infinita Q , a medida que se perfeccione el conocimiento humano, el avance y desarrollo de la humanidad, aumentando también la propia riqueza total H , la riqueza de la zona y de todos sus habitantes. Claro que esto necesita que se cumpla con el ciclo y se deje de considerar al conocimiento como integrante del "capital". Y no es difícil hacerlo: el "capital" no forma parte del ciclo económico.

Quizá esté de más, pero digamos que la isla de nuestro ejemplo puede representar a cualquier campo, comarca, provincia, país o continente. Pero que en realidad representa, decisiva y finalmente, al planeta entero que habitamos.

Finalmente, el ciclo económico es lo único absolutamente necesario de cumplir y hacer cumplir. Con su cumplimiento nunca se llega a la disminución crítica de los "recursos" naturales. Por su intermedio se puede alcanzar el tan ansiado desarrollo o crecimiento ilimitado. A través de él se alcanza el crecimiento sustentable, sostenible, conservable, el que, como su propia etimología lo indica, sólo puede darse en forma natural.

El siguiente diagrama nos muestra el aumento de la riqueza, de H a H' , el crecimiento de los módulos N y A y del ingreso natural social por habitante I , en el

período anterior y el actual, que sólo se logra mediante -y como resultado- del trabajo social: el factor **T**.



Aumento de H a H' mediante T



LOS SERVICIOS

Es el único sector de la economía que no genera riqueza, tampoco la destruye y le agrega un valor que se integra totalmente al factor T. No lo hace en N ni en A, por tanto puede considerarse como un sector pseudo-productor, o hipo-productor. Es absolutamente dependiente del poder adquisitivo de la población, por el simple hecho de no ser creador de riqueza, sino distribuidor de ella. Pero, por su propia función, es satisfactor de necesidades. De allí su imprescindibilidad.

Resulta indispensable, también, por su función de distribuidor de bienes materiales e inmateriales (la banca, el transporte, por ejemplo), y por su participación directa en la generalización del conocimiento, de la seguridad, de la salud, de la justicia en general, entre otras muchas tareas. Es el sector que equilibra la economía cuando por razones de previsión o por efectos naturales, alguna actividad en especial logra demasiados o escasos ingresos. Es quien compensa la "mala suerte" de una actividad con la "buena suerte" de otra.

Los servicios no generan riqueza sino que contribuyen al movimiento y a la distribución de ella, por eso es que no pueden ser tomados como parte integrante del cálculo del respaldo del indev, o lo que es lo mismo, de la riqueza social total de la zona. Su papel, para hacerlo más entendible, es el de un gran consumidor, de un gran reponedor: el de un benefactor colectivo.

Para el ciclo económico, por ejemplo, la comercialización de cada producto es una parte integrante de él mismo, por lo que los comercios en general forman parte del proceso productivo y no integran los servicios propiamente dichos.

Otro ejemplo: el sector de la salud, un neto servicio, continuamente repone la mayor riqueza: la vida.



LLAMÉMOSLE INDEV

¿Se puede crear una moneda definida científicamente, respaldada a través de una fórmula matemática, cuyo valor resultante esté definitivamente por fuera de los mezquinos intereses de los hombres? ¿Puede ideársela de tal forma que a su vez cumpla con la condición imprescindible de que el hombre mismo sea su unidad?

Supongamos la existencia de esa moneda extraña, "ideal". Que sea indevaluable. Que no necesite alimentarse de la pobreza, como lo hizo hasta hoy, para continuar existiendo. Que sea realmente útil para evitar todos –o la mayoría- de los problemas materiales de la humanidad relacionados con el dinero; preguntamos, ¿qué no lo está? Para ello debe tener una definición precisa, clara y concluyente, que evite las imprecisiones y las injusticias que éstas generan; imprecisiones que crean la deificación absurda que siempre ha poseído el dinero, en especial el actual. Llamémosle *indev*, por *indevaluable*, sólo por darle un nombre cualquiera que la diferencie y la separe del concepto que hoy se tiene de éste.

Imaginemos esa nueva moneda en acción. Al ser indevaluable, rígida, los precios en todas sus formas (salarios, ingresos, dividendos, etc.) serían reconocidos y recordados como lo es el número de puerta de nuestro domicilio. Esta rigidez tendría que ser suficientemente prolongada como para permitir tal memorización, para que posibilite además que los contrastes entre los precios se basen en la diferencia real que pueda existir entre las distintas calidades o condiciones de cada bien producido, en el trabajo y conocimientos contenidos en cada mercancía existente, y la capacidad de satisfacción que obtengan de ella sus consumidores. Que no tenga como única función la búsqueda del lucro fácil que puedan anhelar los productores, pero que no dificulte el acceso a un beneficio justo; que no prohíba el enriquecimiento. Su indevaluabilidad mantendría el monto y el poder adquisitivo de los salarios conjuntamente con el nivel de los beneficios, en la producción y comercialización de todo bien; haría posible definitivamente la tranquilidad -que nunca se tuvo- de saber cuánto, cómo y qué se cobra o se paga por cualquier bien durante un período significativamente largo, sin subas ni bajas artificiales, sin "atrasos" ni "adelantos" cambiarios, sin devaluaciones ni ajustes. Así, detalle de importancia fundamental, ésa característica de la indevaluabilidad haría innecesaria la existencia del pago de intereses, de todo tipo, que sólo sirven y han servido para darle más a los que más tienen, menos necesitan y menos hacen, al quitarles a los que menos tienen, más precisan y más hacen. En los intereses es dónde se fundamenta la especulación: la apropiación de ganancias generadas por otros. Se la transformaría en una "enfermedad" erradicable.

Un precio disímil entre dos mercancías parecidas haría notar en forma evidente que entre ellas existe una diferencia de calidad real y no publicitaria, pues afirma que no importa tanto un "envase" distinto como importa un "contenido" diferente; confirma que valor y precio no representen ni son la misma cosa. El concepto de tal diferencia entre valor y precio, derivado del estudio del ciclo económico, es primordial en ésta tesis; no sólo se aplica entre mercancías similares sino en el esencial tema del comercio exterior.

Imaginemos que su propio valor, el valor que esa moneda representa y que rige todas las interacciones económicas de nuestra vida, no pueda ser variado por la voluntad de los hombres al ser obtenido a través de un método matemático concreto, no abstracto, real y vivo, que esté por fuera y por encima de la enormidad de los contrapuestos intereses que hoy lo influyen. Su valor debe estar dado a través de un cálculo preciso, una fórmula, de resultado inobjetable. Así transformaría a esa moneda en un patrón de medida tal como cualquiera de los que usamos habitualmente.

Imaginemos que su valor no tenga relación de dependencia o de determinación al compararlo con el de otras monedas. Tendría un valor cierto y objetivo, fácil de reconocer y comunicar, como lo es el grado Celsius o la escala Richter. Esa característica propia de todo patrón de medida la transformaría en un termómetro de la situación diaria de la economía, permitiéndonos un diagnóstico correcto del contexto y la corrección inmediata de posibles malos rumbos; nos permitiría así la previsión de potenciales crisis o catástrofes.

Imaginemos una moneda que realmente sea útil y lógica, esto es, previsible, constante, consecuente. En fin, que sea como nunca lo fue.

Con seguridad, solucionaría muchos –si no todos- los problemas económicos que han existido, derivados desde de la misma falta de definición del dinero, y de la utilización incorrecta –en verdad injusta- que esa “particularidad” permite. Claro que crearía otros problemas nuevos. Eso es tan inevitable como imposible de preverlos en este preciso momento; sólo su aplicación efectiva podrá mostrarlos.

Esta moneda es la que proponemos: es el indev, el nuevo dinero. Es el medio de consumo; es la conjunción de medio de pago y cobro, medio de intercambio, unidad de cuenta de costos y beneficios, sistema de medida y comparación. ¡Y nunca jamás una mercancía!

El indev sería entonces la moneda que realiza la socialización del acceso al hasta hoy único medio de consumo utilizado. Quita la posibilidad despótica de modificar su valor a quienes siempre la han tenido. Quita, en parte, el privilegio de poseerlo a los que siempre lo tuvieron, les quita su posesión en exclusiva, para repartirlo con y entre los que nunca lo tuvieron. Los más infelices serán los más privilegiados. Pero los igualará hacia arriba, sin necesidad de quitárselo a los que hoy lo poseen. Esta particularidad es, a esta altura de la historia, absolutamente necesaria; es imprescindible que todos los hombres tengan la misma posibilidad de acceso a la riqueza. Esta economía que estamos proponiendo, que utiliza y permite la existencia de una moneda con dichas características, lo hace posible. Porque ya se ha dicho repetidas veces, por muchos y muy claramente, que la producción humana es una producción social, pero debe quedar claro que también es social el consumo de esa producción. El consumo se alcanza, principalmente, mediante un buen poder adquisitivo.

Durante este escrito demostramos que esta última aseveración (la importancia esencial del consumo), y que ha estado oculta para muchos observadores, es más importante que la propia producción, pues es la concreción del fin, la conclusión del objetivo para el que aquélla se realiza. Y

también, que para cumplirla se necesita del medio que lo permite –el dinero- en una cantidad justa, suficiente y determinada, que será la unidad de medida de todo acto económico. Veremos que esa unidad es el hombre mismo.

Demostramos que un capitalista es capitalista desde antes de poseer y explotar un medio de producción, porque esa condición se la otorga la propiedad sobre el medio de consumo –el capital como dinero- al que usa mediante su función principal –la de medio de pago-, a través de la cual obtiene en propiedad ése medio de producción, al que utiliza con el único fin de seguir acumulando dinero, su función secundaria, dinero que a su vez, puede volver a usar en su función principal, y así sucesivamente. Es lo que llaman un “círculo virtuoso”, al que sólo acceden unos pocos y cada vez menos. Eso también explica por qué el enriquecimiento se concentra en un grupo minúsculo, permanente y necesariamente más pequeño. Como conclusión: el capitalista es capitalista por poseer el dinero, como principio y fin de su vida, y no solamente por poseer el medio de producción. Éste sólo hace que aquél aumente.

Desde esa conclusión llegamos a otra, de suma importancia: en realidad no importa quién sea el propietario de los diferentes medios de producción, sino cuántos son los que pueden llegar a serlo. El cambio que se necesita no pasa por la expropiación sino por la distribución. No se hace necesario (es más, es inútil) quitarle a quienes poseen; lo importante es el permitir que todos puedan llegar a ser poseedores. Se profundiza el tema en otro capítulo.

Con la implementación del indev mejorarán los ingresos, se venderá y se comprará de una manera y un nivel nuevos, se recaudará más y se preverá el futuro –mediato e inmediato- mucho mejor. Pero también permitirá planificar con seguridad las inversiones; inutilizará definitivamente la acumulación o acaparamiento de mercancías y del propio dinero; y, particularmente, se evitará la anarquía causante de todas las crisis, hija de esa posesión en privado que permitía modificar caprichosamente su valor, al darle uno concreto, evitando el mal mayor: la especulación.

A ésta la definimos como la obtención de beneficios desde el perjuicio de otros; la apropiación de ganancias sin la creación o el aumento de una riqueza que la justifique. La definimos como un delito. Al suprimir su “legalidad” se harán desaparecer los falsos postulados generales de la economía que nos inculcan cotidianamente, eliminando una de la bases más negativas en las que se apoya no sólo la explotación irracional de la naturaleza y el hombre, sino la propia y falsa noción de beneficio, provecho, utilidad, dividendo, en fin, la noción misma de riqueza, concepto básico de la economía. La riqueza no es dinero.

Este es el motivo que nos hace pensar que tal vez puedan aparecer ciertos opositores o detractores de los principios en que se basa esta teoría y en las conclusiones que posibilita. Especialmente de aquellos que creen que el fin del lucro justifica los medios para alcanzarlo. Por este motivo, quizá la dejen pasar de largo, sin opiniones, para que muera por asfixia e inanición. Quizá.

Ya sabemos cuán difícil se nos hace la lucha contra las creencias que se suponen ciertas. Siempre hubo opositores a lo inocultablemente real. Les ha sucedido a muchos hombres a lo largo de la historia.

Por ejemplo, una diferencia entre lo que descubrió Galileo y la suerte que corrió, y lo que aquí se está exponiendo, radica en que Galileo lo vivió antes y no tuvo un antecesor. Él también observó la realidad, hizo cálculos, verificó, y le demostró a todos que lo que decían las Sagradas Escrituras no era verdad. Aunque ése no haya sido su objetivo. Otra diferencia está en que nuestro trabajo se basa, no en un estudio individual, sino en un cúmulo de estudios y análisis anteriores, de muchas personas imposibles de nombrar o enumerar, porque provienen desde el inicio de la historia; serán fácilmente reconocibles en las conclusiones que se describirán.

Mientras el descubrimiento de Galileo contradujo creencias, los nuestros contradicen intereses; al fin y al cabo son conceptos que se unen. Porque no existen creencias sin intereses, ni intereses que no se hayan basado o justificado mediante creencias. Por eso, cuando hablemos de creencias, estaremos hablando de dogmas, de mandamientos, de supersticiones. Hablamos de creencia como sinónimo de ignorancia.

Porque hoy existen otros dogmas, muy similares al que soportó Galileo, cuasi religiosos, que también todo lo quieren dominar, abarcar y apretar. Quieren controlarlo todo; y para eso, todo lo vigilan. No obstante, seguiremos usando el imprescindible empecinamiento de la humanidad, que nos impulsó siempre, por lo que estas palabras que se escriben no se retractarán, aunque ellos lo exijan.

No se amilantarán. Pues conminamos a nuestros lectores a que, quitándose todos los prejuicios o preconceitos que puedan tener sobre la economía, intenten comprender esta tesis a cabalidad. Les solicitamos que prueben ponerse del lado de aquel hombre que creía que la tierra era plana -su sentido común así se lo hacía creer-, pero que en un buen día recibió la noticia -o loca idea- que contradecía esa creencia. Primero la negó, después quiso pruebas, y por último se convenció. Desearíamos que todo lector pueda cumplir con esta última posibilidad, aunque vaya pasando por las anteriores. Le aseguramos desde ya que, si su intención no es la de ellos, no se arrepentirá.

Hay un famoso dicho que algún sabio verdadero dio a luz, que dice: si la ley de gravedad perjudicara ciertos intereses, no sólo no sería aceptada sino que sería prohibida. Esperamos, inicialmente, una actitud similar sobre lo que estamos exponiendo, especialmente de parte de los interesados en que la injusticia prevalezca. Pero ellos son una minoría.

Por eso también diremos, junto al ilustre italiano, “y sin embargo se mueve”.



EL ARTIFICIO MÍSTICO

Estemos dónde estemos, dentro de casa o fuera de ella, miremos a dónde miremos, sólo veremos dos clases de cosas u objetos: los naturales y los artificiales. Los naturales son los creados por la naturaleza, los artificiales son aquellos objetos que, generalmente basándose en otros de origen natural, el hombre los transformó –a través del trabajo- para su mejor uso, provecho o beneficio. Una ventana es artificial, no existe en la naturaleza, pero está hecha de madera y vidrio, ambos derivados de cosas naturales: los árboles y la arena. El hombre, a diferencia de otros animales, puede transformar parte – sólo parte y sólo por ahora, mientras su nivel de conocimientos así se lo permita o prohíba- de la riqueza natural de que dispone para que esta, indirectamente, cumpla con algún cometido específico en pos de su propio bien. Ese acto de transformación y creación es el acto económico por excelencia.

En cambio, las creaciones artificiales puras, no basadas en materias naturales, son de invención exclusiva del hombre. El arte, por ejemplo, en cualquiera de sus ramas, es su acto creativo supremo. La religión, cualquiera de ellas, es otro acto creativo puramente humano, para algunos superior al arte, para otros no tanto. Las creaciones de este tipo cumplen una función, un cometido que no podemos definirlo como exclusivamente económico, sino que tiene fines diferentes, ya demasiado complejos para tratarlos en este escrito. Diremos que no integran la economía, en su sentido más radical.

El dinero, en cambio, es una creación humana totalmente artificial que no ha cumplido con su objetivo, este sí, puramente económico. El hombre lo inventó para facilitar sus relaciones económicas, aunque podemos adelantar que, en última instancia, las ha dificultado. La humanidad lo ha pergeñado, ha sido su madre y él se le ha vuelto en su contra. Algo así como un Frankenstein de níquel, un monstruo de papel. No podemos siquiera imaginarnos una cifra aproximada de las vidas que se perdieron por él, desde que se inventó, aunque podemos asegurar que todas fueron vidas segadas inútilmente.

Es más, ha sido un invento inservible, como la rueda cuadrada. Sin embargo, dicen los propios teóricos *“la importancia del dinero en la economía es evidente para cualquier profano en la materia. El caso es que, si profundizamos en el estudio de nuestra ciencia, llegamos a valorarlo aún más. En efecto, la manipulación de las variables monetarias es el principal instrumento de que se vale nuestra sociedad en la búsqueda de un crecimiento estable”*.

Un instrumento para lograr un crecimiento estable en nuestra sociedad. ¿Crecimiento y además estable? ¿Estamos hablando de lo mismo, del dinero? Si fuera cierto, alcanzaría con imprimirlo en cantidades industriales y dárselo a quienes en verdad les hace falta y todo el mundo contento... No habría mejor forma de valorarlo aún más.

Pero según la definición que ellos mismos le dan, no puede y no debe ser así. El dinero debe ser una mercancía y, además, una mercancía escasa, que sólo puede ser accesible para una selectísima minoría, y si a alguien se le

ocurriera la loca idea de repartirlo equitativamente, *"devaluaría, no alcanzaría más que para generalizar la mediocridad"*. Quienes esto dicen lo aseveran como si fuera verdad demostrada, pero no han podido comprobar, en la realidad, la existencia de esa certeza. El indev da por tierra con ella, y con la idea misma de que la *"escasez es necesaria"*.

El neoliberalismo en sí mismo consiste en una teoría macroeconómica llamada monetarismo que se ocupa de analizar la oferta monetaria. Esto quiere decir que analiza el dinero, o sus representantes, que andan por ahí, boyando. Se identifica con una determinada interpretación parcial (por incompleta y clasista, amén de mitológica), de la forma en que la oferta de dinero afecta a otras variables como los precios, la producción y la ganancia. Tiene, casualmente, especial predilección por esta última.

Pero hasta ahora no nos han explicado el por qué lo valoramos cada vez más. ¿Será porque cada vez nos hace más falta, lo precisamos más? ¿Porque nunca nos alcanza, porque nunca es suficiente? ¿O porque nunca llega a satisfacernos a cabalidad, por más cantidad que poseamos? Todas ellas.

Ninguna moneda del mundo tiene un valor concreto o definido. Sin embargo sus dueños cobran por su uso, y a buen precio. A esto justamente, a lo que comúnmente se le llama interés, es a lo que ellos llaman valor o precio del dinero. Aparentemente entonces, el valor del dinero estaría dado por lo que se cobra por usarlo. Así el valor de una moneda sería del 6% anual, digamos, lo que en realidad no significa nada. No define el valor del dinero. Porque no lo tiene.

Sabemos y aseguramos que ninguna moneda del mundo tiene valor en sí misma. Como ejemplo el dólar, que es la rueda cuadrada de la economía. A través de él se mide toda la economía mundial. Es más, se mide el valor de casi todas las otras monedas del mundo. ¿Pero cuánto vale el dólar, cuál es su valor? Un dólar, dicen, vale casi treinta pesos uruguayos, pero si preguntamos cuánto vale el peso uruguayo nos dirán que vale casi una trigésima parte de un dólar: tautología pura, cacofónica. En fin, lo cierto es que ninguno de los dos tiene valor en sí mismo.

El valor del dólar de hoy es infinitamente menor al del principios del siglo XX. ¿Cómo puede ser, entonces, *"que cada vez lo valoremos más"*? Todas las monedas del mundo se devalúan. Nunca valen más, sino que siempre valen menos. Esa devaluación ocurre de una única manera: pierden valor con relación a sí mismas.

¿Qué diferencia hay, para una persona cualquiera, inocente de toda inocencia, entre un dólar en billete de origen oficial –un *"federal note"*- y un billete falso, no oficial, pero tan bien hecho como para no distinguirlo? La diferencia no está en su definición –no la tiene- está en su condición: uno es verdadero, el otro falso; uno está impreso en la *"maquinita"* oficial, el otro no. Pero ambos son lo mismo: papel entintado. Los dos representan lo mismo: nada.

Para demostrarlo basta con hacer una pregunta: ¿Qué pasaría si Osama Bin Laden –u otro Satán cualquiera, el que esté de moda- imprimiera billetes falsos bien hechos y los repartiera en los países pobres, en cantidad suficiente

como para pagar cada una de sus deudas externas y eternas, como dice Fidel? Sucedería que se caería toda la economía monetarista, se derrumbaría su estructura como las Twin Towers, porque su esqueleto está hecho de ese hueco papel sin valor, porque su maquinaria se apoya y se mueve sobre esas poco prácticas ruedas cuadradas.

Sin llegar al extremo del ejemplo dado, existe una demostración más terrena: tenemos la convicción que la cantidad de dólares distribuidos hoy en el mundo entero sobrepasan en mucho la capacidad de su emisor para soportarla.

Ya que el dinero es creación humana, cabe entonces preguntarse por qué no se nos ha ocurrido adecuarlo a los antiquísimos y a los nuevos problemas - propios o adquiridos- generados en su entorno, con la meta de vencerlos y superarlos, ya que son problemas total y naturalmente artificiales, valga el juego de palabras, y con eso también superar los problemas que genera a los hombres, problemas que son naturalmente naturales. Cabe preguntarse por qué no hacer de una vez que las ruedas sean redondas.

No se nos ha ocurrido porque es sacrilego, va contra el dogma. El dinero es un dios. Posee sus religiones derivadas, sus sectas y mitos. Sus sagradas escrituras, intocables, inmodificables y eternas. Como todas las otras religiones, posee sus sacerdotes y prosélitos, sus santos y sus diablos, sus hijos y entenados, su cielo y su infierno. Desde niños nos catequizan en esa religión; si hacemos algo bueno el premio no es un helado sino el dinero para comprarlo, y ante la infaltable pregunta de por qué no podemos tener "aquello" recibimos siempre la misma respuesta: no se puede, no hay dinero.

Trabajamos mucho o poco para tenerlo en nuestros bolsillos. Pero si lo tomamos con las manos y lo observamos mientras nos preguntamos cuál es la relación entre lo que nos costó obtenerlo y lo que él mismo representa, vemos nítidamente que no valió la pena el esfuerzo.

Todas las particularidades del dinero actual –especialmente las negativas- son demasiado reales, demasiado crudas, como para dejarlas seguir existiendo. El indev las elimina porque con él esa necesaria ocurrencia que se nos debía ocurrir, ahora ha ocurrido. Con el indev hemos redondeado la rueda.

Dice John Kenneth Galbraith, economista canadiense, un capitalista casi arrepentido, en su "El Dinero" de 1975:

Una discusión sobre dinero entraña una gruesa capa de encantamiento sagrado. Esto es, en parte, deliberado. Los que hablan de dinero y enseñan sobre él y se ganan la vida con él, adquieren prestigio, estima y ganancias pecuniarias de una manera parecida a como los adquieren un brujo o un hechicero al cultivar la creencia de que están en relación privilegiada con lo oculto, de que tienen visiones de las cosas que no están al alcance de las personas corrientes. Aunque profesionalmente remunerador y personalmente provechoso, esto es también una forma conocida de fraude. Nada hay en el dinero que no pueda ser comprendido por una persona razonablemente curiosa, activa e inteligente. Nada hay en las páginas que siguen que no pueda comprenderse de este modo. (...) La mayoría de las cosas de la vida —los automóviles, las amantes, el cáncer— sólo son importantes para aquellos que las tienen. En cambio el dinero es tan importante para los que lo tienen como para los que carecen de él. Por consiguiente,

los dos tienen interés por comprenderlo. Y los dos deberían iniciar la lectura plenamente convencidos de que pueden hacerlo.



DINERO, MALDITO DINERO

¿Qué es la moneda, el dinero, según los criterios actuales, los neoliberales especialmente?

Dinero: Cualquier mercancía que sea aceptada ampliamente en una sociedad como medio de pago y medida de valor de los bienes y servicios. Como medio de pago, el dinero es el objeto que se transfiere entre las partes cuando se efectúa un pago. En tal sentido sirve como medio de intercambio, función esencial en la economía de todas las sociedades, salvo las más primitivas, donde las transacciones se efectúan mediante el trueque.

El dinero sirve también como unidad de cuenta, lo que supone la existencia de un sistema abstracto a través del cual se mide el valor de los bienes y servicios. Un sistema de medida del valor es prácticamente una precondition para fijar el valor relativo entre las diversas mercancías y para efectuar las complejas transacciones que se producen en una sociedad moderna. A través del mismo se fijan los precios de cada uno de los bienes y servicios y se pueden realizar los intercambios entre los agentes que concurren a la producción y el consumo.

Buena parte del dinero que existe en las economías modernas está constituido por papel moneda, billetes emitidos por los bancos que tienen amplia aceptación y circulación y que resultan, además de medios de pago, parte de los activos que posee el público

.La aparición del dinero es un hito importante en el desenvolvimiento de las sociedades humanas. En épocas anteriores, cuando los recursos y la división del trabajo estaban poco desarrollados, el intercambio se realizaba mediante el trueque directo de una mercancía por otra. Para que éste pueda funcionar es preciso que exista una coincidencia de necesidades entre las partes que concurren a una transacción: si A deseaba comerciar con B, debía poseer algo que B quisiera y éste debía poseer algo que A también quisiera y, además, en unas cantidades y en el momento en que ambos estuviesen dispuestos a la negociación. La necesidad de que existiesen todas estas condiciones dificultaba notablemente los intercambios. Por consiguiente, surgió históricamente la conveniencia de que existiese una mercancía intermedia, que fuera fácilmente reconocible y aceptable, y que funcionase como un patrón para medir el valor de los bienes a ser transados. El cambio se convirtió así en un proceso indirecto, mediado por la existencia del dinero.

Las primeras formas del dinero abarcaron desde piedras y conchas marinas hasta ganado y productos agrícolas. Pero estos bienes se necesitaban a veces para el uso, poseían escasa uniformidad o se desgastaban rápidamente. De allí que casi todos los pueblos conocidos pasaron a utilizar como dinero ciertos metales, los llamados metales preciosos, que tenían ventajas peculiares: eran atractivos y fácilmente distinguibles, no se alteraban y, además, por su propia escasez y su capacidad de dividirse, servían como útil patrón de medida del valor. El oro y la plata, primero en forma poco elaborada y luego convertidos en piezas de metal trabajadas, pasaron a ser empleados entonces como monedas. Las monedas así acuñadas fueron reemplazadas, ya en tiempos modernos, por los actuales billetes de banco, que son promesas de pago y que ya no tienen siquiera la convertibilidad en oro que poseyeron en otras épocas. Ello expresa su cualidad de ser símbolos del valor, equivalentes abstractos del mismo.

Ésta es una de las tantas definiciones de dinero que andan por ahí. Pero fue elegida porque es bastante clara, concisa y abarcadora, y porque no utiliza definiciones demasiado técnicas o complicadas.

Nos basaremos en esa misma definición para precisar al indev, repitiendo alguno de sus párrafos para evitar su relectura.

Y desde el mismo principio empezamos mal. El indev no es una mercancía más. Ni siquiera es un mercancía, no está a la venta ni es un producto humano con el fin de ser consumido con el objeto de satisfacer un gusto o una necesidad por sí mismo. Una mercancía es un objeto que, al poseerlo, satisface directamente una necesidad humana cualquiera y que, a su vez, es un objeto de venta. La tenencia del dinero, por sí sola, no satisface más que la necesidad fetichista de poseerlo. El dinero no se come, no abriga, no sana, no enseña. Su posesión representa la posibilidad futura de comer, abrigarse, sanarse y aprender, esto es, de adquirir por su intermedio las mercancías o servicios que satisfacen esas necesidades. Pero no más.

Porque si fuera “mercancía” no podría ser utilizado como patrón de medida de otras mercancías. Y eso es lo que debe ser. No podemos saber cuánto hay de leche en una jarra comparándola con un vaso, por más que éste también tenga leche, y de la misma vaca, sino que necesitamos compararla con un patrón útil para ello, como lo es el litro. Las mercancías, por definición, cambian de valor continuamente, casi siempre suben y pocas veces bajan, son requeridas y rechazadas, a veces hay abundancia y otras escasez, y también por definición un patrón de medida y comparación no puede sufrir estas variaciones: debe ser fijo. En mi casa y en mi barrio, al menos, un litro debe ser siempre mil centímetros cúbicos, un metro siempre cien centímetros, sin importar el volumen o el tamaño de lo que estemos midiendo. Por este simple motivo la moneda no puede ser considerada una mercancía. Un patrón de medida y comparación no puede tener más que un valor único, invariable, fijo. Se es patrón o se es mercancía; el indev es un patrón de medida y comparación, no mercancía.

Pensemos en un patrón de medidas muy común, el gramo, o el kilogramo, que es su forma más utilizada. Él no es una mercancía ni es un bien en el sentido económico preciso de la palabra. Si por el contrario imaginamos por un instante que fuera variable, rechazable, escaso, en fin, que tuviera todas las “virtudes” de una mercancía, sería incapaz así de cumplir con su función de patrón. Por lo tanto, sería inútil como la rueda cuadrada, no tendría valor alguno para la humanidad. Queda claro.

¿Realmente queda claro? No estemos tan seguros, porque existieron siempre y siempre existirán, en cualquier parte, sin duda alguna, personajes que digan: “No estaría mal que, cuando yo compre mercancías en kilogramos, mi balanza marque 800 gramos y cuando las venda marque 1200 gramos, sin necesidad de agregarle arena”. No lo dudemos, siempre existieron y existirán especuladores. Pasaría lo mismo con el litro, el metro y con todos los patrones de medida, siempre que fueran elásticos o comprimibles, siempre que sean utilizados en alguna situación que pueda favorecer a alguien. Tal favor sólo se alcanza de una única forma: perjudicando a otro “alguien”. Justamente este ejemplo demuestra el por qué se ha utilizado y definido siempre el dinero

como una mercancía y no como un sistema de medida y comparación. Nos enseña que esa incierta definición, o mejor, esa indefinición cierta del dinero es la que permite la especulación: la toma de ganancias mediante el perjuicio. Para evitar eso el *indev* no es ni debe ser nunca una mercancía y ser realmente un patrón.

Utilizando como forma la definición antes dada de dinero diremos entonces que, *el indev debe representar y poseer un valor especial, rígido, que sea aceptado ampliamente en la sociedad como medio de pago y patrón de medida del valor de los bienes y servicios. Como medio de cobro o pago, el indev es el objeto que se transfiere entre las partes cuando se efectúa un pago o un cobro.*

Se dice por la economía actual que *el dinero sirve como medio de intercambio, función esencial en la economía de todas las sociedades, el indev también, pero lamentablemente agregan, salvo las más primitivas donde las transacciones se efectuaban mediante el trueque.*

Grave contradicción. Por definición, el trueque es la forma de intercambio de mercancías sin la utilización del dinero. Pero si el dinero actual es una mercancía, cualquier transacción con cualquier moneda, sería un trueque. Se deduce así que no es necesario remontarse a las sociedades antiguas para reconocer la existencia viva del trueque y que, además, la sociedad actual forma parte de las sociedades primitivas. En realidad se debiera decir que el dinero no es una mercancía. Así realmente habría una sociedad "moderna" que no utilice el trueque.

¿Y por qué motivo el trueque es "antiguo", despreciable? Para las teorías primitivas (el capitalismo principalmente) el trueque es así porque elimina el dinero, el antiguo dios, y eso va contra su teología. Cuando este es devaluado continuamente, por ejemplo, es cuando la población del país que sufre esa devaluación utiliza el trueque en su lugar, esto es, el trueque ha sido usado cuando el dinero pierde o no tiene valor. Hasta el momento no se ha demostrado que el canje sea un método de intercambio erróneo, injusto o inútil, a pesar de que –hay que reconocerlo– el uso del dinero lo hace más fácil. Es más, el trueque debiera ser alentado, porque es la manera más efectiva de evitar intermediarios y así bajar los costos de toda mercancía, que es una de las dos únicas tareas que comparte cualquier concepto de economía: la idea de "economizar". Pero ocurre que para ellos el evitar intermediarios parece no ser un buen negocio, contrariamente a lo que asegura el *indev*. La intermediación para esta propuesta es una de las formas de la especulación, es la apropiación sin derechos de la riqueza creada por otros: sin generación de ella o de ellos.

La explicación cierta de la "antigüedad" o inutilidad del trueque es la enorme variabilidad, impuesta arbitrariamente, de los precios de todas las cosas, en todas las acepciones de la palabra "precio", lo que complica, si no imposibilita, el trueque directo. El *indev*, por el contrario, lo facilita en el comercio interior, al mantener los precios constantes durante períodos, y lo exige en el comercio exterior.

Nos dicen que *"el dinero sirve también como unidad de cuenta, lo que supone la existencia de un sistema abstracto a través del cual se mide el valor de los bienes y servicios"*. Antes que nada debemos tener en cuenta que en el

sistema actual el dinero no sirve para medir el valor de nada, ni siquiera el de sí mismo. Por lo tanto, ese tecnicismo lo que quiere decir es que el dinero de hoy puede ser modificado a voluntad, en valor y cantidad, según se les antoje a quienes tienen la potestad y el interés de hacerlo; exactamente lo contrario de lo que debe ser una unidad de medida. El dinero actual tiene un valor arbitrario (el patrón fiduciario, que le dicen) dado por un decreto aprobado por el gobierno o dictado por el mercado (¿?). Por lo tanto es una "unidad_no_unidad" o "unidad_sin_unidad", realmente abstracta, irreal, sin ninguna intención de ser un sistema de medida. Nosotros decimos que el indev, por el contrario, cumple la función de unidad de cuenta, basándolo y basándose en un sistema de medida concreto, matemático, universal, a través del cual se miden los valores de los bienes creados por el hombre mediante su trabajo, los valores de ese mismo trabajo y de las riquezas naturales propiamente dichas. Su valor es fijo, obtenido una única vez y para siempre; no se modifica por decreto sino por el resultado económico real del país que lo aplique. Su base es una magnitud derivada de un cálculo sin intervinientes subjetivos.

Y esto es así porque, como contradictoriamente a sus "principios" dicen esos mismos técnicos, *"un sistema de medida del valor es prácticamente una precondición para fijar el valor de relación entre las diversas mercancías y para efectuar las complejas transacciones que se producen en una sociedad moderna. A través de tal sistema se fijan los precios de cada uno de los bienes y servicios, y se pueden realizar los intercambios entre los agentes que concurren a la producción y al consumo. Buena parte del dinero que existe en las economías modernas está constituido por papel moneda, billetes emitidos por el banco central que tienen amplia aceptación y circulación y que resultan, además de medios de pago, parte de los activos que posee el público"*. Sin agregar más, esto es aplicable al indev.

Dicen ellos que *"el dinero es una mercancía intermedia, fácilmente reconocible y aceptable, y que funciona como un patrón para medir el valor de los bienes a ser transados"*. Recordemos que el indev no es una mercancía, ni principal, ni intermedia, ni secundaria, pero todo lo demás es también aplicable.

El párrafo sobre la historia del dinero desnuda muchas cosas. Descubre verdades. Entre las que describe, cuando se habla sobre los metales preciosos, se destaca una especialmente: la escasez.

"El concepto de escasez, en economía, no designa la falta absoluta de un bien, sino la relativa insuficiencia del mismo con respecto a las necesidades, deseos o requerimientos de los consumidores. Un bien escaso, por lo tanto, es aquel cuya abundancia o disponibilidad es limitada", dicen los economistas. ¿Quiénes pueden establecer o definir esa condición de "abundancia o disponibilidad"? No lo dicen. No nos dicen que la posibilidad de que exista escasez o abundancia de un bien depende de quienes lo producen y/o de quienes lo poseen. Cuando hay escasez de una mercancía aparecen los acaparadores; mejor dicho, cuando aparecen los acaparadores hay escasez de mercancías, y así la cantidad de ese bien se concentra en pocas manos,

necesidad primigenia y fundamental del capitalismo: porque así es como "nace" el capitalista.

"La escasez no designa la falta absoluta de un bien", dicen, pues si eso sucediera no habría grupos de personas poseedoras de él mientras que a otros grupos les faltara, necesidad absoluta de la especulación, hija del acaparamiento y la acumulación. Es obvio que no hay posibilidad de negociar (sanamente o no) mercancías que no existen. Por eso ellos dicen que nunca puede haber escasez absoluta sino la relativa insuficiencia de una mercancía, para generar así la imprescindible necesidad de ser alcanzada por quienes les hace falta, sin que los necesitados tengan en cuenta el precio de ellas, que será ahora más alto, seguramente.

Antidogma: un bien no debe ser escaso, necesariamente, para que exista demanda de él. Escasez y abundancia son relativas.

Según los economistas actuales *"la demanda es la cantidad de mercancía que los demandantes desean y pueden comprar, en un momento dado, y cuyo precio pueden alcanzar."* Entonces la demanda no dependería de la cantidad de mercancía disponible, de su escasez o abundancia, sino de lo que los demandantes desean y pueden comprar, según la propia definición de ellos. O sea, la demanda depende del poder adquisitivo de los ingresos de cada uno de los hombres.

Lo cierto es que la escasez permite la especulación, la sobrevaluación, la concentración del bien, a favor de sus propietarios o productores. Por ese 'motivo' ellos la incluyen, arbitrariamente, como necesidad a cumplir en las definiciones de dinero y de demanda. Por lo contrario, la abundancia de un bien hace que pierda sentido el lucro y el acaparamiento, algo impensado para ellos. Porque la abundancia hace que no existan clases poseedoras y clases necesitadas, pasando a ser un bien económico general, no particular. Y esto es lo que ellos no quieren que suceda, bajo ningún concepto. Ellos prefieren y necesitan la escasez pues les reditúa y mantiene en vigencia algo que para ellos es como el aire: la lucha de clases. Con el indev -con la realidad- pasa exactamente lo contrario: se necesita abundancia de bienes para que haya consumo hasta saciar al máximo todas las necesidades, todos los gustos, todos los caprichos, sin distinciones de clase, sexo, creencias, ni de ningún otro tipo.

Dice equivocadamente Oscar Lange: *"El estudio de las formas de administrar los recursos escasos es el objeto de la ciencia económica"*.

Es errónea esa afirmación porque el ciclo económico nos indica algo que ya dijo Frederic Bastiat: *"Puede suceder que en los Estados Unidos todo sea nominalmente más caro que en Polonia, y que sin embargo los hombres estén mejor provistos de todo; por donde se ve que lo que constituye la riqueza no es el precio absoluto de los productos, sino su abundancia"*. Ésta no sólo es una de las metas de la economía del ciclo económico, sino uno de sus postulados fundamentales; no es un deseo voluntarista, sino que es un axioma básico que se deriva de la ley natural descubierta.

Por eso, parafraseando a Lange decimos: el estudio de las formas de aumentar los recursos escasos es el objeto de la ciencia económica.

Nosotros aseguramos que la economía definitiva y terminantemente, no es *"una ciencia que estudia las relaciones entre fines y medios escasos, susceptibles de usos alternativos"*, como dijo lord Lionel C. Robbins. Decimos

que la economía debe estudiar la manera de tener como fin la abundancia de un medio escaso; y si no puede hacerlo, la obligación de encontrar medios alternativos. Esto mismo es lo que el ciclo exige que se cumpla. Para todas las cosas existentes: incluso para el propio indev.

El dinero de hoy, tal como lo conocemos, es y debe ser necesariamente una mercancía en propiedad de unos pocos, esto es, escasa. Nació con forma y contenido de mercancía porque era físicamente una mercancía: el oro o la plata, según el caso. La moneda fue en una época una mercancía, pero desde el tercer tercio del siglo XX ya no lo es. El indev tampoco, puesto que esa característica ha sido un avance en su desarrollo. Que el dinero no sea una mercancía es una virtud, no un vicio; una mejora, no un defecto.

Antiguamente sólo tenían valor las monedas acuñadas por aristócratas y monarcas, siempre tentados a rebajar la acuñación reduciendo el contenido de metales preciosos. Para disfrazar esas particularidades se dio históricamente como excusa traída de los pelos que, por ser escaso el metal, la moneda de oro o plata mantiene su valor relativo: lo que mantenía su valor relativo no era la moneda, sino el metal que la conformaba. Lo que realmente debe ser escaso es el número de sus propietarios, no el metal en sí: ningún tesoro estuvo –ni por su condición exclusivista podría estarlo– en poder de la mayoría, nunca, por eso sus minoritarios poseedores le han dado tanto valor y lo han utilizado como “respaldo” del dinero. Su “valor relativo” se da de narices con la historia, llena de altibajos, del valor del oro o la plata, aunque confirma plenamente el carácter de mercancía del dinero con esas características. La historia de América –de Atahualpa, del Potosí, de Ouro Preto, etc.– nos enseña mucho más sobre el carácter de mercancía de la plata y el oro, sobre quiénes se apropiaron de ella y quiénes fueron sus definitivos “propietarios”. Nos enseña también sobre cómo, de qué manera y gracias a qué, fue posible edificar el capitalismo en Europa, ya que para lograrlo necesitó de ese “capital inicial”, sin necesidad de tener en cuenta la posterior nacionalidad de la acuñación final.

El indev tendrá un respaldo (entre otros), que no sólo no es escaso sino que es abundante y que cada día aumenta más: el hombre. Se respalda en el hombre y su actividad, su trabajo, su conocimiento, en fin, su capacidad transformadora y creadora, en su inagotable energía, y en los frutos de esa actividad.

La indefinición del dinero ha hecho que sea absolutamente necesaria la suba de precios y la disminución de costos. Nadie sabe nunca cuánto va a valer tal o cual cosa. Incluyendo el propio trabajo. Esa obligación, a esta altura autoimpuesta e inacabable de los empresarios por vender mayor cantidad y a mayor precio, la posibilidad de que los metales preciosos perdieran la “necesaria” particularidad de la escasez—entre otras cosas que se detallarán— hizo que, *“en la época actual, el dinero pasara a ser promesa de pago y que ya no tiene siquiera la convertibilidad en oro”*, como dice la definición. Los capitalistas multinacionales representados por el FMI y el BM no podrían manejar a voluntad un bien con un valor concreto, como el oro. La posibilidad, remota pero cierta, de que la mercancía llamada oro perdiera su relativa insuficiencia fue uno de los motivos, en tanto que la imposibilidad de producir a granel ese tipo de dinero basado en el valor de una mercancía con precio

internacional y de producción internacional, perjudicaría la "libertad" y la propia existencia de dichos organismos internacionales de préstamo y sus correspondientes activos: las deudas eternas que con ellos se tienen. El oro no permitía la meta de expoliación que generó y posibilitó la creación de esos organismos.

Hoy se necesitan muchos compradores, pero compradores que no sean más que esto: consumidores que, imposibilitados de poseer en sus manos un billete que verdaderamente tenga un valor real, ni siquiera relativo, cuyo precio no podría ser manejado libremente por esos técnicos, debido al carácter de la cotización internacionalizada del oro y la plata. Los billetes respaldados por una mercancía con cotización dada internacionalmente obstaculizan, aunque no imposibilitan, la especulación en general, especialmente en los valores de las monedas. Por eso es que los billetes de hoy tienen la cualidad de ser símbolos del valor, equivalentes abstractos del mismo. Es decir, no son nada más que papel pintado y la mayoría de ellos sin siquiera valor estético.

En tanto el indev es en sí mismo un valor sin necesidad de equivalentes abstractos; él representa una cantidad concreta de riqueza, obtenida mediante un cálculo matemático.



El ciclo económico nos enseña claramente que ningún país necesita de capitales externos para posibilitar el desarrollo de su economía. No necesita en absoluto de ese tipo de inversión, ni del ahorro con ese objetivo. La propia sociedad que utiliza el sistema económico del ciclo, mide su riqueza mediante una moneda que le es propia. Y abundante. Que exige la no existencia de costos derivados por sus usos, porque es el propio uso de ella el que la aumenta. Cuanto más se usa más se respalda; cuanto más se utiliza más se valoriza.

La falta de capitales que sufre un país se debe, principalmente, por no considerar su propia riqueza como fuente de ellos. Sin embargo, los prestamistas saben bien que obtendrán los beneficios que esperan, mediante la inversión en la explotación de la riqueza de los países pobres. Éstos la tienen (siempre la han tenido) pero no la ven. Nunca la han visto; por propia ceguera o porque se la ocultan quienes tienen la intención de que no sea vista.

El ciclo económico no prohíbe ese tipo de inversión. Simplemente la hace inútil. ¿Para qué necesitan arena los saharauis, para qué nieve los esquimales? El ciclo nos indica que los llamados por la economía primitiva países pobres son los más ricos.

No obstante lo expuesto, podríamos repasar un poco de la historia vergonzante de la deuda externa.

Sobre ella no hay mucho más para decir. La contraen los gobiernos principalmente para beneficio de no se sabe quién –ellos no nos permiten saberlo- y para que la paguemos todos los demás, puesto que nos ponen a nosotros como garantía de ella.

Dice Hugo Chávez, presidente de la República Bolivariana de Venezuela: *“cuando asumimos la presidencia, el pueblo de Venezuela debía 26.000 millones de dólares. Hasta el momento hemos pagado 20.000 millones y nuestra deuda continúa en los mismos 26.000 millones de cuando asumimos”*. Más claro imposible.

Nuestros teóricos primitivos nos han hecho creer que nada es posible sin dinero, que nada es posible comenzar sin una inversión inicial, sin capital. No importa ni se tiene en cuenta cuán rico pueda ser un país, rico de esa riqueza que le es propia. Lo importante son las divisas con las que debe contar, que nunca son nuestras, que siempre son ajenas. Por eso es que nos hacen creer que la deuda es necesaria. En cambio los teóricos primitivos de los países ricos bien saben del valor de nuestras riquezas. Tanto como para aconsejar las inversiones en ellos.

En realidad, la deuda es una “exportación” de dineros (de los pobres) producida por la exportación de dineros (de los ricos), en ambos sentidos, y dónde sólo gana siempre una de las dos partes intervinientes. Las poblaciones de los países deudores les *devuelven* en forma de obsequio –por ello no es una exportación propiamente dicha- a los prestamistas de los países acreedores una cantidad mucho mayor de dinero que la que éstos les “cedieron” como “ayuda”.

Y nos han hecho creer que eso es necesario. ¿Tiene sentido importar melones con la condición de pagarlos con más melones? Esa incoherencia que tan claramente nos muestran los melones no la vemos con el dinero. Sin embargo es más fácil producir melones que divisas.

Antidogma: La deuda externa la contraen para aumentar la deuda externa, no para posibilitar el desarrollo.

Los beneficios que genera cualquier emprendimiento son su propia razón de ser. Si se lo comienza con los beneficios comprometidos no se hace más que iniciar ésa empresa con su futuro (y su presente) expuestos. Porque no sólo debe generar sus beneficios “naturales” sino también los “artificiales” que se derivan de los préstamos y sus servicios. Y si no existe forma de iniciarlos por sufrir de esa falta, dichos emprendimientos son, pragmáticamente, inviables. Lo demuestra el hecho de que haya gente con hambre: si no se tiene dinero suficiente, no se podrá comer lo necesario, por mejores intenciones que se tenga para hacerlo, y por “mejores proyecciones que tenga dicho emprendimiento”.

Y se sabe que no es posible saldar una deuda con otra, como no es posible tapar un pozo haciendo otro. Las inversiones extranjeras no tienen por fin el permitir la cancelación de las deudas, sino el aumentarlas; son en sí mismas un incremento de ellas. Su objetivo no es tapar pozos, sino, al menos, mantenerlos.

Unos países se empobrecen más siguiéndoles el cuento –a sus propios economistas- de que pueden mejorar sola y únicamente mediante el endeudamiento; otros se enriquecen más enseñándoles a esos economistas tales dogmas, y haciéndoles el cuento a los pobladores de que los ayudan. Unos “exportan” capital malbaratado por haberlo importado muy caro, los otros pueden exportarlo con grandes beneficios gracias a que pueden

“producirlo” a voluntad o porque han podido “importarlo” antes, muy barato. Salir de este círculo diabólico es imposible mientras no se reconozca que no se necesita de ése dinero para iniciar cualquier actividad. Mucho menos si esos dineros son divisas que no pueden ser “producidas” por todos.

Para sus sostenedores, la deuda se explica por la relativa insuficiencia del capital que sufren nuestros países. No nos dicen, sin embargo, que esa insuficiencia es una condición imprescindible de la conformación del propio capital, definida por ellos mismos. No podemos tener capital porque nos imposibilitan producirlo, y nos dicen que no podemos producir si no tenemos capital.

Si el capital fuera un bien accesible para todos, contradiría totalmente uno de los mandamientos más sagrados: *“un bien de oferta ilimitada no pasa a formar parte de los intercambios entre seres humanos; se considera entonces un bien libre o no económico”*. Estas características son sólo propias del indev, la moneda del ciclo económico.

Imaginémonos por un instante que Uruguay y Argentina, países productores de carne, fueran dos de esos países que hacen creer a otros países que los “ayudan” mediante la entrega de una cantidad de esa mercancía realmente necesaria, aunque exigiéndoles como pago la devolución de más carne, en mayor cantidad de la que originalmente “cedieron como préstamo”. ¿Cuál sería la “ayuda”? Primero: si los países “deudores” fueran capaces de pagar esa “deuda” nunca hubieran necesitado de ella, más que para suplir una deficiencia momentánea, por lo que se suplantaría la “deuda” con una sencilla importación. O (mucho peor aún, redondamente) en un mal negocio, si se siguiera creyendo en la “necesidad” de endeudarse. Segundo: si son incapaces de devolverla, es de hipócritas exigirles el pago mediante la mercancía de que adolecen. Tanto los economistas de los países acreedores como los de los países deudores poseen esa virtuosa “imaginación”: a los países pobres (esos que ellos mismo dicen que tienen una relativa insuficiencia), les prestan dólares exigiéndoles más dólares a cambio, como si la “producción” de dólares fuera tan fácil en unos como lo es en los otros.

El dinero exportado por los países ricos no les representa para ellos ninguna pérdida o disminución de riqueza real. Para ellos no tiene costo, pues lo tienen en cantidad suficiente como para prestarlo. A lo sumo, si es que no lo tienen, su costo no es mayor que el del papel y la tinta con que se lo imprime (que generalmente es tinta negra sobre papel blanco, o una larga cadena electrónica de unos y ceros, es decir, no es dinero). En cambio, el dinero “reexportado” por los países pobres es de un costo inimaginable, inmedible, insufrible. Mientras unos países lo obtienen a partir de una simple orden de impresión, o la presión de una tecla, los demás países lo obtienen a partir del agotamiento de su tierra, del hambre y la sangre de su gente.

En la vida real, común y corriente, se crean tres tipos de deudas. Las representaremos para simplificarlas como una deuda entre dos personas cualesquiera, y sin que se mida ningún tipo de consideración extra, más que el valor monetario. Por ejemplo una deuda de 100 unidades o menos, es el tipo más común y que ambas partes, deudor y acreedor, saben que será pagada. El monto de ella hace que no tenga sentido no pagarla y que se permita el no

cobrarla. La preocupación no existe para ninguno. Queda en manos de la responsabilidad moral del deudor el cancelarla o no.

El segundo tipo es aquella que, siendo su monto de una cantidad intermedia, digamos 1000 o 10.000 unidades, obliga siempre al deudor a pagarla, puesto que la garantía de su pago siempre es más alta que su valor nominal total. Si no se paga, el ganancioso, en última instancia, será el acreedor. La preocupación por saldarla se hace carne en el deudor.

El tercer tipo es aquella que su monto es tal, digamos un millón o más, que obliga al acreedor a aceptar cualquier solución que el deudor plantee para cancelarla. Si no se paga, o no se cobra, el deudor no es quien pierde. La preocupación por su cancelación la sufre únicamente el acreedor.

Este tipo de deuda, la tercera, es lo que ha llegado a ser la deuda externa. Ha crecido tanto que es imposible pagarla o cobrarla. Los gobernantes de los países deudores embargan lo que no poseen –lo que no es de ellos sino de propiedad social- con tal de aparentar su cancelación, y no hacen valer la situación ideal en la que se encuentran. ¿A cuál de las partes representan?

Con el indev nunca hay deuda de ningún tipo entre distintos países ni con particulares extranjeros. Una razón es porque ningún país que lo utilice necesita de inversionistas para que sus dineros les generen nuevos dividendos, que siempre son utilizados para reinvertir, invariablemente, en su único beneficio; dos, porque no existe la especulación, que es el motivo de ellas, y tres, no se necesita un capital inicial cuando éste ya existe en una cantidad tan abrumadora que vuelve inocua la inversión extranjera.



INDEVALUABLE, PREVISIBLE, CONSTANTE, CONSECUENTE

El indev cumple la misma función que el dinero, por lo que también es dinero. Mantiene la misma forma (billetes, monedas, tarjetas, cheques, etc.) pero diferente contenido. Esa palabra, "dinero", tiene hoy tal grado de fetichismo que da cierto escozor el utilizarla para nombrar algo tan diferente: el indev es "otro" dinero, es en sustancia un nuevo dinero. Por eso le hemos dado este nombre que, ojalá, no sea el definitivo.

Tal como cuando se utiliza una balanza como instrumento para equilibrar pesos conocidos con el peso desconocido de otro objeto, de esa misma manera es como se usa el indev. Una pesa es un cuerpo con una magnitud de masa conocida y ella misma es una representante de lo que mide: es un cuerpo con peso en sí mismo. El indev es una moneda que "pesa" una magnitud de riqueza conocida y él mismo representa una porción de la riqueza que mide. A su vez, cada pesa siempre tiene el mismo peso, sin importar la masa del objeto a comparar, ni cuántas de ellas sean necesarias para equilibrarlo; el indev siempre "pesa" lo mismo, sin importar la cantidad de ellos que existan o se usen. Una pesa no pierde masa (no se "devalúa") por más cantidad que haya en el cajón o se usen en la balanza. El indev tampoco. Es más, una pesa puede ir perdiendo una poco significativa masa con el correr del tiempo; el indev, sin embargo, va aumentando su valor intrínseco día a día.

Es la unidad con la que se mide la riqueza de una sociedad. Para clarificar esa función de patrón de medida, compararemos su entidad con la definición del metro, que en 1983 se definió como la longitud del espacio recorrido por la luz en el vacío durante un intervalo de tiempo de $1/299.792.458$ de segundo; el indev se define como un submúltiplo del ingreso natural mínimo anual por habitante (el que hemos estado nombrando como patrón I); se representa como una gran unidad, una unidad macroeconómica que denominamos granindev; definimos también otra unidad de uso más común, de uso cotidiano o microeconómica, que se representa $1/3650$ de un granindev; como la décima parte de lo que un hombre debe obtener por día para alcanzar un bienestar mínimo. Otra forma de establecer el indev es diciendo: un habitante debe recibir 10 indevs por día para alcanzar una vida digna, que le permita ir satisfaciendo sus necesidades primarias; esa cifra, a lo largo del año representa un granindev. Hemos utilizado y seguiremos usando la palabra indev indistintamente para referirnos a una u otra de dichas unidades.

El metro mide distancias, el indev mide riquezas. Mientras que para la definición del metro se utilizó la distancia que recorre la luz en el vacío durante un período definido, para el indev se usa la magnitud de la riqueza que una sociedad debe generar y poseer para permitir el bienestar mínimo indispensable de un habitante durante un período definido. La unidad cotidiana establece ese período en un día; la gran unidad lo establece en un año.

Quizá puede parecer inapropiado el uso de la palabra *bienestar* en la definición dada. No se debe a imprecisiones atribuibles a esta teoría, sino a

inexactitudes de las habidas. Nunca hasta ahora se había llegado a una definición precisa de cuánto es el ingreso que necesita una persona para, sin que su magnitud sea exageradamente alta o baja, pueda darle la posibilidad o la seguridad *de no pasar las necesidades más elementales*. Y, justamente, a esto mismo es lo que llamamos bienestar: a la posibilidad y seguridad de no pasar necesidades. Éstas ya fueron y están definidas: son aquellas faltas materiales que sufre un grupo de personas mientras que otro grupo las posee o disfruta.

Un granindex es el ingreso mínimo anual por habitante.

$$1 \text{ granindex} = 3650 \text{ i}$$

Un index es la décima parte del ingreso mínimo diario por habitante.

$$1 \text{ index} = 1/3650 \text{ gi}$$

$$1i = \text{U\$\$ } 3,40$$

$$10i = \text{U\$\$ } 34$$

$$300i = \text{U\$\$ } 1020$$

$$1I = 3650i = \text{U\$\$ } 12.410$$

(cotización de enero del año 2003)

No obstante, aún no definimos la magnitud de ese mínimo. Y en esta última palabra es donde pesa la precisión de tal definición. No dudamos que definir este mínimo puede llegar a parecer arbitrario, tanto como lo puede ser el intervalo de tiempo de $1/299.792.458$ de segundo utilizado en la definición del metro. Pero los científicos no le llaman arbitrario, sino convencional. Por eso diremos que, convencionalmente, hemos definido a un index diario con un valor igual a 3,40 dólares estadounidenses actuales, de inicios del año 2003, que para algunos puede parecer exageradamente alto, mientras que será escaso para otros. Lo mismo exactamente sucedería si ese mínimo se estableciera en 1,40 dólares o cualquier otro monto. Nosotros hemos llegado a la conclusión –no arbitraria– de que el valor más apropiado de equivalencia debiera ser de 34 dólares estadounidenses del año 2003, diarios por habitante, y que estos han de representar 10 indexs. Así, cada habitante recibirá un ingreso natural de 3650 indexs anuales; ése es el valor del patrón I. Esta cifra le da valor a la unidad macroeconómica, que se representa por una *i* mayúscula o como *gi*, por su nombre de granindex.

Así, decimos que cada habitante, sin importar diferencias de ninguna índole, debe recibir 10 indexs diarios, como mínimo, para garantizarle el bienestar. Esa cantidad diaria, de carácter individual se transforma en anual al multiplicarla por 365, generando así aquella otra unidad (ya de carácter social), que es la utilizada para el cálculo general de la economía. El granindex queda establecido de esa forma como una cifra fija, rígida, inmodificable, que no acusa ni recibe los posibles aumentos de la otra unidad, la común. Si la

sociedad que aplica este sistema decide hacer una variación del ingreso natural por habitante (por ejemplo, una aumento de 10i a doce indevs o una disminución a 7i diarios) este hecho no modifica en absoluto el valor que 1I o 1gi representa: *siempre seguirá representando 3650i por cada habitante*. A través del granindev es como se calculan y comparan todas las cifras de la economía en términos macroeconómicos, regionales o nacionales.

Un granindev es, entonces, el valor anual del bienestar de un ser humano. El valor del dinero se concreta en el hombre. Si un bien cualquiera tiene un precio de venta (costo de compra) de 2I, al aprehender esa cifra estamos concretando el concepto de que ese bien tiene el mismo valor que el bienestar anual de dos habitantes de carne y hueso. O de otra manera, si una mercancía tiene un costo social de producción (precio) de 10i, su valor es el mismo que el bienestar diario de una persona.

En cuanto a los montos precisos que se quieran distribuir entre la gente, la última palabra la tiene cada sociedad. Quizá una de ellas considere que al principio sea necesario estipular ese ingreso diario en 5 indevs, para irlo aumentando a medida que la economía se consolida. Quizá otra considere que al principio sea necesario entregar a cada benefactor la cantidad de 12 indevs, porque tal vez esa cifra se ajusta más al nivel de vida ya alcanzado por su población. Ambas posturas pueden después reacomodar ese ingreso mínimo. Pero para nosotros, lo importante es darle al indev una definición convencional: *un indev es la décima parte de lo que un habitante debe ganar por día para alcanzar un bienestar mínimo; un granindev es equivalente a 3650i, siempre, sin importar la magnitud del ingreso natural diario establecido*.

Ingreso inicial por habitante

Un día ----- 10 i

Un mes ----- 300 i

Un año ----- 3650 i

Unidad macroeconómica:

3650 i = 1I

3650 i = 1gi

Hoy en el mundo existe una enorme variedad de "bienestares mínimos", pues estos están relacionados al nivel de los precios y al poder adquisitivo de cada país; al costo de vida o nivel de vida de cada uno de ellos. Aquí mismo vemos una de las nuevas posibilidades que nos brinda el indev: la capacidad de comparar entre esos diferentes "bienestares mínimos", al utilizarlo como patrón de medida y comparación, su función principal.

El ingreso natural individual diario (el que se mide en indevs) puede ser variado: aumentado o disminuido; no puede variarse, sin embargo, el valor del factor I, el ingreso natural social anual (el que se mide en granindevs) bajo ningún concepto. Así, cada sociedad le dará una definición precisa y determinante –la oficial- a ese ingreso mínimo individual, según el resultado de sus cálculos o a la conclusión económico-política a la que se llegue mediante el uso de las variables de su propia riqueza natural, según las de su capacidad de trabajo social, el número de habitantes que la integren, y demás factores que

quieran considerarse. El indev (la unidad común) permite que, una vez definido, exista la posibilidad de variarlo, de adaptarlo a las nuevas condiciones económicas. Pero no es necesario variar el monto del granindev (la unidad macroeconómica), pues es tan inútil como variar la masa del kilogramo, o la longitud del metro mientras están en uso. Digamos claramente que no tiene sentido hacerlo, puesto que si se necesita variar el ingreso natural individual, su monto podrá disminuirse a 8 o cinco indevs diarios, o aumentarlos a 13 o quince, o la cifra que sea. Nada de eso modifica el valor de la unidad macroeconómica: el bienestar anual de una persona.

El indev es así un patrón de medida, fijo, como debe ser. A través de él se calculan los valores de todos los módulos que componen la fórmula del ciclo económico por período: $H = (N + A) \cdot T$. Esa cifra H es la que nos indica cuánta riqueza posee el país o la zona en cuestión *en un período* dado. Y ése es el respaldo concreto, determinado y específico de la nueva moneda; la magnitud de H representa el “capital” con que empezaremos a mover toda la economía, el que nos permite asegurar que los sueños del hombre ya no son imposibles.

Ese respaldo confirma su indevaluabilidad, la que asegura su estabilidad y la posibilidad de acrecentar cada ingreso natural período tras período, puesto que los módulos que componen la fórmula siempre van aumentando.

En tanto que utilizaremos la fórmula en la forma más sencilla $R = N + A$ (uno de los factores de la fórmula anterior) para calcular el estado de la economía en una forma más frecuente.

$R = N + A$ <p>R indica el estado de riqueza</p>	$H = R \cdot T$ <p>H es el respaldo del indev</p>
--------------------------------------------------	---------------------------------------------------

R es la riqueza natural más la producida por el hombre.
H es la riqueza total: riqueza y trabajo

Cuando se suma o adiciona la cantidad de habitantes de una zona a la de su tierra cultivable, de sus minerales extraíbles, de pesca explotable, de aire respirable, de agua bebible, a los seres que hoy la habitan y a los nacimientos de todo tipo de ser –humano, animal, vegetal- que existen en un momento dado en una zona dada, se obtiene la riqueza natural, el módulo N, el “combustible” del motor de la economía. “Combustible” que se consume y que debe reponerse. Ésa es una cifra perfectamente cuantificable, medible, comprobable. Ésa cifra es la riqueza original, el respaldo inicial, el basamento esencial de la riqueza. Y del indev, que en ella se apoya y descansa. Representa el “capital” primario de toda la economía humana, verificado y verificable sin la necesidad de usar artificios o ardides de ningún tipo.

Conjuntamente, a esa cifra primaria se le suman las cantidades que representan la parte artificial de la riqueza (el módulo A); ella se conforma de toda la riqueza que creó anteriormente el hombre y la que está creando ahora mediante su actividad permanente, que no descansa. Toda mercancía o producto o materia prima, integra en el presente éste módulo A, sin necesidad de distinguirlas entre duraderas o perecederas, hasta que llegue el momento mismo de su adquisición por parte del benefactor. Cuando él las adquiere y las consume o usufructúa, es cuando toman la forma final de integrantes de N o de A, respectiva y concretamente. El consumo o el usufructo de un bien es un acto de una importancia radical para la economía: *no sólo les otorga esa forma definitiva* que no poseían y que es fundamental para el cálculo del valor de la riqueza propia R, sino que por sí misma fundamenta y le da la razón de ser a todo el trabajo social, representado en cada ciclo económico. Así, hace que la magnitud de H, la riqueza de todos, sea aumentada. Veamos.

La destrucción de riqueza natural N que se realiza a través de la extracción y que el trabajo del productor-extractor transforma en *materia prima* (árboles en leña o madera, animales en carne o piel); que a su vez el trabajo del productor-industrial transforma en *productos* (trigo en harina, piel en vestimenta) y éstos en *mercancías* al alcanzar la etapa de la comercialización, cada una de estas formas terminan siendo, todas y cada una, el componente de la cadena productiva de la sociedad, que posee una forma cíclica.

Pero falta todavía una muy importante parte, pues aún dichas etapas no logran generar los beneficios calculados y merecidos de ninguno de los integrantes de esa cadena. Las ganancias (los beneficios) solamente se generarán cuando esas mercancías sean adquiridas por el benefactor, quien es el que cumple con el cierre de cada ciclo involucrado en cada una de ellas; hasta ese preciso momento no serán transformadas en beneficio alguno. El benefactor, con su acto de pagar el costo social de producción de cualquier mercancía (costo que cada una de ellas representa en su precio), es cuando *permite la generación de beneficios* para cada uno de los integrantes de la cadena productiva antes mencionada.

Y no sólo eso, sino que, además, ese costo social es transformado por el benefactor, en su acto de consumir o usufructuar la mercancía adquirida, *en un beneficio general*, ya no sólo para los integrantes de la cadena productiva, sino para todo el conjunto de la sociedad y para la naturaleza que ella integra, pues tal acto define los nuevos valores verdaderos, aumentados, mayores, de N y de A, (aquellos N_t y A_t), que sólo él puede hacer: *logra que aumente la riqueza total (la riqueza H)*. El benefactor en dicho acto hace que el costo individual suyo se transforme en el beneficio individual de cada productor; hace que el costo social de producción se transforme en un beneficio social y general.

Así es como se cierra una parte del ciclo, y se obtiene la magnitud de la riqueza total H de la zona, que es el respaldo del indev. Aunque pueda aún faltar la restitución efectiva a la naturaleza de la extracción original, esta imagen incompleta del cierre del ciclo nos alcanza para redondear el cálculo de H, puesto que esa reposición se hará, más tarde o más temprano, cuando lo disponga la naturaleza, la producción y el consumo, según el caso. Se

repondrá cuando se ejecute la actividad fundamental del hombre: el trabajo restituyente.

Supongamos que en un país existe un agricultor que se dedica exclusivamente a producir arvejas para ser enlatadas. Por ello ese agricultor es quien debe reponer esas arvejas extraídas a N. La última cosecha la cedió totalmente a una agroindustria dedicada a envasar diferentes productos. Según el ciclo propio de las arvejas, el industrial las envasa y las cede a diferentes comercios.

Hasta aquí, el valor del módulo N de tal país ha sido disminuido en una cierta cantidad (llamémosle B) en el momento de la cosecha realizada por el agricultor. El industrial recibe las arvejas y adquiere una deuda de una magnitud F, que se conforma de dos partes: un monto desconocido que representa el valor agregado por el agricultor, más la cifra ya dada B. Pero el industrial ha creado a partir de esas arvejas una nueva riqueza artificial A, cuyo precio al por mayor es de una cifra M, mayor que la cifra F que contiene la original B. En la siguiente etapa del ciclo, la comercial, se alcanzará el precio de venta final al menudeo, que será de una cifra D, mayor que M y mayor que F, y que las contiene. Tal cifra D es la que pagará el conjunto de benefactores por la totalidad de las latas de arvejas producidas, en un futuro incierto.

Si nos ubicamos en el momento en que ninguna lata ha sido adquirida aún por benefactor alguno, veremos que el valor de la riqueza artificial A del país fue realmente aumentado, pues esa cifra D contiene los valores agregados por todos los productores del ciclo productivo de las arvejas. La riqueza del país ya fue acrecentada en esa cifra D, que es mayor que la cifra F, que contiene los beneficios del agricultor más lo que aún se adeuda al módulo N, que lo representamos por B: la riqueza del país ya ha aumentado entonces una magnitud positiva $D - B$.

Así se muestra que (aunque aún no se cerró el ciclo de las arvejas enlatadas y que todavía se adeuda la cifra B de riqueza natural extraída), la riqueza propia R del país en realidad no ha sido disminuida sino que probablemente ha sido aumentada en una cantidad igual a $(D \cdot T) - B$: esto quiere decir que el respaldo del indev ya ha tenido un aumento igual a esa cifra. No obstante, por no haberse cerrado el ciclo es posible que el agricultor no haya recibido materialmente su propio beneficio, ni tampoco el industrial, ni el comerciante. Además, aunque el agricultor haya vuelto a sembrar la misma cantidad de arvejas, todavía el benefactor no ha transformado aquel costo inicial B que se le adeuda a la naturaleza, en un beneficio B, que sólo él puede hacer en el instante de consumirlas. Pasado el tiempo que tenga que pasar para considerar que todas las arvejas enlatadas hayan sido adquiridas y consumidas por el benefactor, es cuando esa cifra $D \cdot T$ ya no pertenece más a la riqueza artificial A sino que, conjuntamente con B, ha pasado a formar parte del módulo N, la riqueza natural; mediante ella, volverá a aumentarse el valor de la riqueza social general.

En cada período se calculará la nueva cifra representativa del mínimo social de riqueza a generar –el conocido como ingreso o producto social general, el factor T- que será calculado según vayan variando sus dos componentes: cada ingreso natural individual estipulado, multiplicado por el total de la población, mediante el uso de la ecuación $T = I \cdot P$. Por intermedio de éste valor T se hallará el nuevo respaldo de la moneda para el período actual. Generalmente, ambos factores que lo integran (I y P) aumentan período tras período. El patrón I, el ingreso natural individual, se lo aumenta para permitir que se vayan satisfaciendo las necesidades de todos los habitantes (necesidades que serán cada vez más superfluas hasta alcanzar las más caprichosas), en tanto que P contendrá el crecimiento vegetativo de esa

población. Esto indica que el factor T, además de aumentar el respaldo del indev, aumenta los derechos de los habitantes a una vida digna y las obligaciones para ellos de cumplir y hacer cumplir el ciclo económico.

Se dijo en su momento que, a medida que aumenta la riqueza de la zona en una cifra conocida, ese patrón I se podrá aumentar correspondientemente, empujando los ingresos de todo benefactor hacia arriba. Si, por ejemplo, el indicador utilizado marcó un incremento del 2% en el período anterior (esto es, $R' = R \times 2\%$), los ingresos podrán aumentarse ese mismo 2%, como máximo, en el período actual. Vemos que esto en absoluto implica una devaluación del indev; lo que indica es un aumento de la capacidad de compra, un crecimiento del poder adquisitivo de los habitantes. Si antes del aumento se compraba cierta cantidad de una mercancía, ahora podrá comprarse un 2% más de esa misma mercancía, u optar por otra que satisfaga mejor la necesidad de cada habitante, o su gusto o su capricho. Lo "peor" que puede pasar es que los productores decidieran mejorar esa mercancía hasta ese máximo del 2%, por lo que sólo se podría comprar la misma cantidad de ella. Pero de esa forma será una mercancía mejor, superior de lo que era. De ambas maneras se aumenta el nivel de vida de la población.

	N	A	T	H	R = (N + A)	Cto. de H	Cto. de R
1er Año	16,00:	12,00:	5,00:	140,00:	28,00:	0,00%	0,00%
2do Año	16,00:	12,06:	5,15:	144,51:	28,06:	3,12%	0,21%
3er año	16,16:	12,30:	5,30:	150,97:	28,46:	4,28%	1,41%
4to Año	15,91:	11,95:	5,46:	147,80:	27,86:	-2,10%	-2,15%

Esta tabla muestra el caso hipotético de que un país de 5 millones de habitantes inicia el uso del indev. Los 5 millones de habitantes nos dicen que se debe generar anualmente un ingreso social o trabajo T de cinco millones de granindevs (representados en la columna T); su riqueza N en ese primer año es de 16 millones y su riqueza A es de doce, medidas también en granindevs. Vemos que tanto el crecimiento de la riqueza total H, así como la riqueza propia R, es nulo, por no existir datos de los años anteriores en que no se utilizó este sistema económico. La tabla nos muestra que ese país tiene una riqueza propia R de 28 millones de granindevs, es decir, es 5,6 veces mayor que el ingreso mínimo anual que es necesario para distribuir entre sus habitantes. En tanto que H, la riqueza total en que se respalda el indev, es de 140 millones, como resultado de la multiplicación de la riqueza propia R por la capacidad productiva de sus habitantes, T. Ese valor de T, esos 5 millones de I, es el monto que la sociedad debe generar todos los años para mantener el bienestar mínimo de su gente, y para no disminuir la riqueza total H, la que mantiene el respaldo del indev. Estos datos pueden leerse también así: ese país es suficientemente rico de su propia riqueza natural R como para soportar 5,6 períodos sin generar riqueza nueva alguna y aún mantener el mismo bienestar a toda su población; o también desde otro punto de vista: podría darle el mismo bienestar a casi seis veces su población actual dentro de un sólo y mismo período. Ese país es capaz de eso.

Suponemos un crecimiento anual constante de la población de un 3%. Quizá sea exagerado, puesto que toda América no llega a esa tasa. Se indica en la columna T, que mide el trabajo necesario que esa sociedad debe generar.

La segunda fila nos dice que el año siguiente ha sido un año malo, en el que N no creció en absoluto y A lo hizo solamente un medio por ciento. Como la riqueza N no creció esta mantiene su valor de 16 millones de I del año anterior; en tanto A ha aumentado 60.000 I; ahora es de 12,06 millones de granidevs, lo que nos indica que hubo un exiguo aumento de la riqueza R del 0,21 % con relación al primer año. Sólo puede dársele a cada habitante un aumento del ingreso natural en esa proporción; de 3650i a 3657,65i anuales. A pesar de ser un mal año, la riqueza total H se vio aumentada en más de 4 millones de granidevs, puesto que el aumento del factor T (debido al crecimiento vegetativo de su población) la impulsó a un crecimiento del 3,12% ,que representa no sólo que esa sociedad tiene la obligación de aumentar su capacidad productiva en esa tasa, sino también, que el indev aumentó su respaldo ese mismo porcentaje. Pero principalmente nos dice de la posibilidad de darle el mismo bienestar a 10.690 habitantes más de los que realmente tuvo en forma vegetativa. Eso lo permite la riqueza natural del país, el trabajo de su población y la riqueza generada por ella.

En el tercer año en tanto, N ha aumentado un 1% y A un 2%, lo que indica que ha existido un crecimiento general de la riqueza propia del país R del 1,41% en relación al período anterior. Ese aumento se puede expresar en que este país ahora es capaz de otorgarle el mismo bienestar a más de 72 mil habitantes nuevos no incluidos en su crecimiento vegetativo, o aumentar en 51 indevs el ingreso natural anual de cada uno de los 5 ,30 millones de habitantes que ahora viven en él.

La cuarta fila nos responde la pregunta que todos nos hacemos. ¿qué sucede si hubiera una catástrofe natural u otra situación que impidiera la generación de nueva riqueza? Para responder, supongamos que hubo un terremoto devastador que destruyó tanto riqueza natural N como riqueza artificial A, llevándolas a un nivel menor aún que el del primer año; y que resultó en un decrecimiento de la riqueza propia R del país de un 2,15% en relación al año anterior, decrecimiento aún mayor que el crecimiento del 1,62% creado y obtenido en los tres años anteriores. Para hacerla más negativa, suponemos que su población ha mantenido el ritmo normal de crecimiento del 3%. Se perdieron casi 600 mil granidevs de riqueza en comparación con el año anterior. Aún así, esta economía exige que, en lo posible, se mantenga la misma cantidad de ingreso natural por habitante, sin tener que disminuir sus beneficios, a pesar de que su población ha aumentado de 5,30 a 5,46 millones. Esos 600 mil de pérdida se descuentan en su totalidad del factor R, nunca del factor trabajo, porque lo que perjudica cualquier catástrofe, como el terremoto de marras, es a los bienes materiales producidos por el hombre y a la riqueza natural del país (recuperables mediante ese trabajo social), pero que nunca incide en esa capacidad transformadora y creadora que el hombre posee: así nos lo muestra la enorme cantidad de catástrofes sufridas por la humanidad a lo largo de su historia. Así aseguramos, garantizamos, que durante el quinto año y subsiguientes, puedan ser recuperados los daños sufridos de la única forma que se puede lograr: mediante ese mismo trabajo, realizando nuevamente las obras que las había creado, sin que sus habitantes soporten dentro de sus estómagos el vacío derivado, o sobre sus hombros el peso de esa recuperación.

El respaldo del indev que se toma del valor de H ha caído en una cantidad de 3,17 millones de granidevs en relación al período anterior, pero aún se mantiene en 7,80 millones por encima del respaldo del primer año, aquel en el que se estableció la posibilidad de mantener el bienestar de su gente durante 5,6 períodos. El hecho descrito en el párrafo anterior lo confirma. Y más aún, en ese primer año su población era de 5 millones, y hoy es de 5,46 millones, esto es, 460 mil habitantes más, que ni se acerca a la posibilidad que tenía el país en aquel primer año de darle el mismo bienestar a 5,6 veces su población de ese primer año.

Lo más importante que nos dicen estos ejemplos no es solamente la enorme capacidad de creación de riqueza que hace posible generar el trabajo del hombre y el bienestar que ella misma crea, ni tampoco la importancia de la riqueza natural

de ese país. Lo fundamental que queremos demostrar con esto es que cualquier cálculo económico debe entenderse desde el punto de vista humano: el hombre es el valor de la unidad económica de esta propuesta, aunque para ello se utilicen unos fríos números que aparentan ser independientes de lo humano. Porque un graníndex no sólo es un número, es el bienestar anual de un habitante. Con Bertold Brecht hacemos decir al índex, “nada de lo humano me es ajeno”.

El índex, la unidad de medición y cálculo cotidiana, también cumple como un medio de intercambio; pero no es, definitivamente, un fin en sí mismo. La cantidad que se posea de él no hará la diferencia entre personas que asumen el mismo papel de consumidor, sino que marcará la diferencia entre personas en su rol de productor; hará notar las distintas capacidades o aptitudes individuales como productores, como trabajadores. Entre ellos habrá algunos más aptos o capaces que otros y deberán ser equánimamente reconocidas y retribuidas esas diferencias. Pero como benefactores, todos, absolutamente todos cumplimos el mismo rol. No existe diferencia individual entre benefactores, por lo que tampoco debe existir diferencia de merecimientos económicos entre ellos.

Ejemplo para Uruguay

No es fácil dar un ejemplo concreto puesto que no accedimos a los valores reales de cada uno de los módulos que integran las ecuaciones, por intermedio de las cuales se alcanzan los resultados que se necesitan para una completa demostración. No obstante ello, trataremos de dar una idea aproximada con el siguiente ejemplo. Supongamos el caso de Uruguay, con tres millones de habitantes, y con la propuesta de otorgarles a cada uno de ellos, como benefactores, la cantidad de 500 dólares estadounidenses mensuales, es decir, 6.000 anuales.

Como $I \cdot P = T$ nos queda $6.000 \cdot 3 = 18.000$. Esto quiere decir que Uruguay, para empezar a utilizar y respaldar al índex debe generar mediante el trabajo esos 18 mil millones de dólares anuales (que también es el “valor del trabajo” de los uruguayos), cifra con la que solamente se alcanza a cubrir el pago del ingreso individual mínimo anual. Parece ser una cifra demasiado grande.

Pero falta aún calcular el valor de la riqueza total H , la riqueza accesible que existe en el país y desde la cual el índex toma su respaldo y mide su valor, esto es, $H \geq (N + A) \cdot T$. Debe quedar claro que el valor de esa cifra que representamos con la letra H , es la cantidad máxima posible de índexes, la cantidad máxima de riqueza factible de distribuir.

El valor de T ya lo calculamos, ¿pero cuánto puede llegar a ser N ? Para ello tendríamos que sumar el valor de cada hectárea de tierra sin cultivar más cada hectárea cultivada y según el cultivo, más cada cabeza de ganado vacuno, ovino, porcino, etc. Deberíamos agregar la riqueza pesquera, la minera y la forestal; en fin, toda la riqueza natural del país, y es muy fácil imaginar que también es una cifra enorme.

A su vez si calculáramos todo lo que conforma el módulo A , que comprende toda la riqueza artificial producida por las generaciones anteriores, todo aquello que el hombre construyó y que está integrado a la fisonomía del país, también llegaríamos a una magnitud que es gigantesca. ¡Imaginemos entonces cuánto podría llegar a ser la suma de N más A y esta multiplicada por

esos 18 mil millones! Esa cifra estrepitosamente grande, H, es el respaldo del indev, y el "capital" con que cuenta la sociedad uruguaya para utilizar en lo que crea conveniente, en lo que necesita. O en lo que le venga en gana...

Esto demuestra que quizá se puedan distribuir, para mover toda la economía, no ya 500, sino 800, o quizá 1000 dólares estadounidenses por habitante y por mes, durante toda la vida. Damos como ejemplo simple de comparación que Uruguay, en el año 2000, tuvo un PBI de 20.053 millones de dólares, mayor que esos 18.000: que exigiría el ejemplo como valor del factor T.

Imaginemos ahora el movimiento que se generará en ese primer año. Imaginemos la producción, la magnitud de las compras, la satisfacción de necesidades que se alcanzará en ese primer año. Pero principalmente, imaginemos cuánto aumentarán N y A durante esos doce meses, y en qué cantidad esos nuevos valores aumentarán el respaldo del indev y la nueva cifra R' para los siguientes. Podríamos seguir imaginando todas y cada una de las cifras que se manejan en la economía. No hay que ser muy imaginativo para darse cuenta que el país sería otro. Definitivamente otro mucho mejor.

El indev no es una mercancía pues ni se compra ni se vende; no tiene propietarios, ni se transforma mágicamente –como las otras monedas- en ninguna de la enorme cantidad de mercancías que existen. Así como un metro no se transforma en la tela que mide, o una pesa no se transforma en el azúcar con que se la compara, el indev no se "transforma" en ninguna mercancía. No lo es ni nunca llega a serlo.

El indev es un patrón de medida fijo. Supongamos que utilizáramos el metro para medir la riqueza de un país. Diríamos entonces que la riqueza del período anterior medía R metros y que ahora aumentó a R' metros. Lo que estaríamos diciendo es que la "distancia" aumentó, pero nunca diríamos, sensatamente, que el metro pasó a ser más largo; es irrefutable que un aumento de riqueza no modificaría la longitud del metro. El indev, como el metro, no se devalúa ni se revalúa; lo que cambia o puede cambiar es la "distancia" que mide. Es más, esa "distancia" debe variar continua y positivamente para que la economía mejore.

Con él en su forma macroeconómica, se representa el valor en concreto de la riqueza social general, de H, obtenida desde el trabajo de las generaciones anteriores más las actuales y dirigida a las futuras. Él, en cualquiera de sus formas, no "representa" ni "hace las veces" de la mercancía que se adquiere por su intermedio, sino que *mide su costo social de producción*: su precio. Así, el indev representa numéricamente a todas y cada una de las mercancías; y a su vez, representa mucho más que todas ellas. *Los factores que integran la fórmula del ciclo económico ($H = (N + A).T$) identifican por sí mismos lo que él es.* Su respaldo total, la magnitud H, además de la riqueza propia R de la zona, contiene el trabajo social, el factor T (que tampoco es mercancía). Así, el indev no sólo se respalda en él sino que también mide ese trabajo; lo representa numéricamente. El respaldo del indev es la suma de todas las mercancías creadas por el trabajo del hombre ($R = N + A$) más el factor T que las produjo, la actividad transformadora de la riqueza natural original y la actividad creadora-reponedora de riqueza nueva.

Cuando se reponga la deuda que tenemos con la pachamama es cuando se genera nueva riqueza propiamente dicha; riqueza otra vez natural, que aumenta el "capital inicial", aumentando el saldo a nuestro favor. Con el indev -o con el granindev-, se mide el aumento del valor de esa riqueza. Así se obtiene la cifra que representa qué hicimos los hombres de bueno, en esa zona, durante ese período; con nosotros mismos y con la naturaleza. Y el balance de estas cifras nos devuelve la nueva riqueza producida, el nuevo valor del factor R: el valor R'. Esa riqueza, ese número, es un aumento preciso de la riqueza total H, y del respaldo que la moneda ya tenía. El indev es la moneda de ese tipo de economía, que representa esa riqueza total H y está respaldado por ella. Es una cifra enorme, suficiente.

Cuando ella aumenta, es posible -y al principio necesario- aumentar la cantidad de indevs para representarla. No obstante, ella siempre será mayor, pues cumple con un círculo virtuoso inacabable. En tanto que la población de un país es una cantidad limitada; sus necesidades más urgentes se sacian muy prontamente; en tanto que las otras -los gustos o caprichos-, también se irán satisfaciendo: todas ellas están y son acotadas a un período histórico. Así, la cantidad de billetes que se necesitan también están delimitados en cada uno de esos lapsos de tiempo. La cantidad de indevs alcanza periódicamente un punto diferente de saturación.

El ciclo económico nos indica otra cosa importante: además de eliminar definitivamente los intereses, modifica el concepto de préstamo o empréstito. Lo que antes se englobaba en una única palabra, ahora se divide en préstamo propiamente dicho y en adelanto. Cada hombre, en su papel de benefactor, auto garantiza su capacidad de pago.

Interés = 0%

Con el indev se confirma algo que siempre existió y que nunca se reconoció. Quien necesita un préstamo y lo solicita, lo utiliza para invertirlo en sí mismo, en su familia o en la sociedad: *lo usa en consumo o en producción*; coincidentemente, éstas son las dos maneras que se tienen de aumentar la riqueza total. Por lo tanto, esa persona lo solicita para darle a ese dinero un uso real y efectivo, cosa que no permite su acumulación. Ése uso hace que aumente directamente la riqueza de la zona de que se trate. Esto motiva que el "deudor" merezca el apoyo de la sociedad y de la economía, pues con su inversión (tenga ésta un fin productivo o de consumo, indiferentemente) la propia riqueza de ambas aumenta automáticamente. Si no fuera porque aún no se conoce el resultado final que generará la inversión de ese préstamo, la sociedad debería pagar un beneficio, un "interés", a quien lo pide, puesto que el objetivo final de esa persona (consciente o no), es mejorarla; aumentar la magnitud de la riqueza. Y por el contrario, se debería impedir el ahorro, porque el ciclo económico nos muestra que el dinero ocioso es perjudicial; no cumple

su real función. El dinero quieto no cierra el ciclo económico: ni produce ni consume. Se confirma así que es innecesario agregarle un costo, un precio, un "interés" a los préstamos. Cualquier préstamo será devuelto con "interés" incluido cuando llegue el momento en el que se conoce cuál ha sido el resultado económico del período; cuando se cierre el ciclo económico inmiscuido en su solicitud. No obstante, se pagará un honorario fijo (conocido y reconocido previa y ampliamente), como costo administrativo o de servicio, por necesidad de pago del servicio que lo atienda.

La economía del ciclo económico dice que toda necesidad ha de ser satisfecha. Si un benefactor adolece de alguna de ellas, podrá solicitar un préstamo –en este caso podría ser un adelanto a cuenta de lo que recibirá como ingreso social- para satisfacerla plenamente o para iniciar un proceso que lo permita. No sólo es un derecho inalienable de él, sino una obligación de la sociedad para con él, derivada de esa obligación de satisfacer todas las necesidades.

Si la sociedad necesita de una fábrica (cualquier otro medio de producción es igual) que produzca una mercancía que no existe, o de una que compita con un producto ya existente pero que tiene poca o ninguna competencia, un individuo o un grupo podrán obtener el dinero suficiente para comprarla o fundarla y echarla a andar. Su misma existencia como medio de producción hará que el "capital" (la riqueza) que la posibilidad aumente de por sí, y lo irá aumentando día a día, a medida que vaya produciendo. Por eso es que sus fundadores no pagarán interés por aquel préstamo que obtuvieron para crearla; los "intereses" son pagados con su existencia y su funcionamiento.

El indev representa un valor tangible, cierto, verificable: una proporción directa del fruto de todo el trabajo realizado en un período dado y de la riqueza acumulada en la zona en cuestión, desde épocas anteriores hasta las actuales. Por lo tanto su valor no es deformable; es concreto, preciso; mantiene un valor constante dentro de un período dado. Elimina así la posibilidad de especular con él; excluye la apropiación indebida de riqueza.

Sin embargo, su valor intrínseco, el que representa, aumenta durante el período que se considere, a medida que avanza la producción en general, que debe ir siempre creciendo, irreversiblemente, si las cosas se hacen bien. *Cuanto más se usa, más riqueza genera.* Elimina así el lucro improductivo y el ansia de acaparamiento y acumulación; pues aunque siempre se está obteniendo un beneficio idéntico por lo que se vende dentro de un mismo período, no necesita ni obliga a subas de precio o de disminución de costos. Los costos de reposición de cualquier mercancía se conocen previamente a su producción, lo que evita la inseguridad en la inversión o la reinversión. Ésta puede realizarse una vez atesorada la venta efectuada, lo que no se logra hasta que no sea adquirida por el benefactor; tal característica traba (si es que no lo hace imposible) el acaparamiento especulativo.

Si un comerciante (u otro integrante del ciclo económico de cualquier bien) decide acaparar o acumular cierta mercancía, deberá, previo a todo, pagarle su precio al productor ubicado antes que él en la cadena productiva; pues si no lo hiciera, generaría una reacción inmediata de él o ellos. Además correrá el riesgo de que los demás comerciantes no sigan su mal ejemplo, manteniendo la distribución normal de ese bien, arruinándole el "negocio". Si de todos modos el comerciante decide continuar con su actitud, cualquier integrante de la sociedad –incluido el Estado- puede utilizar las herramientas financieras que el ciclo permite para evitarle el

“negocio”, o utilizar los instrumentos legales que existan o se creen para castigarlo por tal comportamiento. Es el sistema económico por sí mismo el que, sin necesidad de una acción coercitiva, le cierra las puertas a ese tipo de “negocio”. Sin menoscabo de que es el Estado el que debe prever y dar una solución jurídica a esa cierta posibilidad delictiva.

El poder adquisitivo de cada habitante, su salario común y corriente o su ingreso natural, o ambos, está dado por el valor del indev, que es conocido, concreto, inmodificable dentro de tal período. Ése poder de los ingresos es lo suficientemente alto como para que el precio de toda mercancía pueda ser de un nivel alto, quizá el internacional, o tal vez –seguramente- mayor que éste.

La sociedad que utiliza esta moneda no necesita de capitales extraños ni de inversores ni inversionistas para alcanzar sus objetivos; *su uso no genera deuda externa*. La inversión se realiza a través del “capital” con que se cuenta desde y en la riqueza total H, representada por el indev y lo respalda. Su propietaria es la sociedad en su conjunto. Hace que sea mucho más redituable *cv* vinvertir cualquier dinero (que es mucho) en la producción que en la acumulación, pues los propios índices de crecimiento que el indev mide aumentan con los de aquélla, y de una forma más rápida.

Definida de esa manera y dentro del período establecido, la moneda -en forma de billete o en otra cualquiera- que se tenga en la mano, tendrá un valor específico, firme, conciso, que no puede ser modificado arbitrariamente por nadie; porque están ahí, verificables, las cifras que se relacionaron entre la actividad del hombre y la riqueza de esa zona en ese período.

Nota: Es cierto que existe la posibilidad de que algún gobernante pueda torcer esas cifras en su interés, pero para ello existe la información y las herramientas sociales (la justicia por ejemplo), que se encargarán de colocarle las trabas que sean necesarias. Además, de esa posibilidad no se escapa ningún sistema, por “perfecto” que parezca. Al menos hasta ahora.

La cantidad de unidades a imprimir de indevs ha de estar relacionada directamente con tal riqueza y necesariamente con la cantidad de habitantes de la zona en cuestión, en ese período, en cantidad suficiente para que permita racionalmente el cumplimiento efectivo de la principal de todas las metas: el pago del ingreso natural, el patrón I, Para que por su intermedio se vayan satisfaciendo todas las necesidades de la gente.

$$R' = R . 2\%$$

Otro ejemplo. Supongamos que este año la riqueza total aumentó un 2% con relación al anterior. Si existe una persona que durante el año pasado había depositado en un banco una cantidad de indevs, éstos no aumentaron su valor, no recibieron intereses. Es más, seguramente esa suma se vio reducida en una cantidad previamente conocida, por el pago del cargo fijo de gastos administrativos. Pero esa persona también recibirá, como benefactor, un aumento del 2% en su ingreso natural, debido a la distribución de la nueva riqueza generada, con el que

podrá, si así lo desea, aumentar la cantidad de indevs que tiene depositada. Su capacidad de ahorro ha aumentado un 2%.

También podrán mantenerse el ingreso natural exactamente al mismo nivel que el año anterior (sin distribuirse la nueva riqueza), y utilizarse ese incremento del 2% para generar una reserva implícita o explícita de indevs a nivel social para ser utilizado en una nueva inversión (de obra pública, por ejemplo), con el fin de aumentar el bienestar general. Si la economía maduró como para que se considere que ya se ha alcanzado un nivel de vida suficiente para toda la población (ya no hay necesidades que satisfacer, sino solamente gustos y caprichos), ese incremento, en su totalidad o no, puede ser acumulado en reserva para invertirlo en lo que se considere necesario.

Corrientemente se establece en un año el período económico. Dentro del período actual de un año cada indev irá aumentando su valor intrínseco continuamente tras el correr de los meses (porque R pasa a ser R' todos los días), y, sin la necesidad de imprimir más billetes, cada uno de los existentes representará un mayor valor, lo que lo "revalúa" diariamente. *Pero atención: esto sucede solamente en comparación con las demás monedas; nunca sucede en relación consigo mismo; el indev es un patrón de medida, no se "estira" ni se "encoge".* Llegados al fin del período, donde ya conocemos cuál ha sido el aumento de riqueza total (por ejemplo aquel 2%), esta podrá distribuirse entre todos los benefactores en forma de aumento del ingreso natural de cada uno; materialmente, a través de mayor cantidad de indevs. Cada indev "anterior" mantendrá su valor. Cada indev "nuevo" valdrá lo mismo que el anterior, y cada ingreso natural de este período podrá ser desde cero hasta un 2% mayor que el del año pasado.

Cada bien producido por el hombre le otorga a sus productores un beneficio que es definido libremente por cada uno de ellos, según su real saber y entender; y hasta según su ambición, que puede llegar a ser desmedida. Por ese motivo, también libremente, podrá –y si quiere seguir vendiendo, deberá– disminuirlo. Los productores podrán este año mejorar sus mercancías o productos (y por ende sus precios de venta) hasta ese máximo de un 2%.

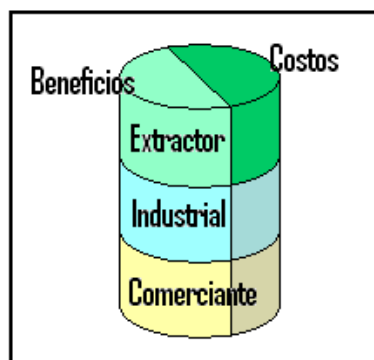
Por lo tanto, ningún bien que mantenga las mismas características que tenía en el período anterior, necesitará ningún aumento de precio. Por el contrario, mantendrá el mismo, pues no ha mejorado su componente esencial: *la satisfacción de una necesidad, un gusto o un capricho, ya que el nivel de satisfacción que daría esa mercancía (el valor de la necesidad que satisface), es el mismo.* En tanto que cualquier modificación a las características propias de cada mercancía que conlleve un valor nuevo, un valor agregado al original que implique una mejora evidente del producto final, podrá aumentar hasta un máximo insuperable igual a ese 2%. Quizá esté demás decir que lo mismo sucede con los insumos que se utilizan para producir una mercancía; ellos no son más que mercancías, como cualquiera de ellas.

Esta situación nos obliga a subrayar, otra vez, la importancia del concepto. De esa manera se logra que toda iniciativa por mejorar los productos sea reconocida; que el avance del conocimiento y su aplicación en la realidad económica se vea continuamente empujado desde la propia economía. La actualización, la renovación, el mejoramiento de cualquier bien, la inversión en inventiva, así como el estudio y la investigación en general, serán de esa

manera recompensados. Nadie ni ningún sector queda excluido de la justicia y la libertad.

La suba de precios tiene un tope máximo establecido (ése 2% dado en el ejemplo), dentro de un período; pueden volver a aumentarse, dadas las condiciones antedichas, en el período siguiente. Pero no tiene límite la baja de precios, que puede ser aplicada en cualquier momento y sin otros topes más que los que los productores dispongan.

El precio de un bien está dado por la suma de los costos inherentes a su producción y las ganancias planificadas por los distintos productores que participan en su ciclo particular. Los costos propios de cada productor son perfectamente conocidos porque sólo contienen: a) el valor de la riqueza natural utilizada -en forma de materia prima u otra cualquiera- y b) los valores agregados por los propios productores -costos y beneficios- de todas las etapas productivas del ciclo económico. El precio final de venta (el costo social de producción), contiene todos los costos agregados y las diferentes ganancias que ocurren durante dicho ciclo, en el sentido del trayecto del bien: el sentido de los costos. El beneficio de cada uno es, para el siguiente, otro costo más, y ese beneficio no lo obtendrá hasta que esa mercancía no sea adquirida por el benefactor, momento en el cuál el ciclo cambia de dirección, tomando el sentido de los beneficios.



COSTO SOCIAL o Precio de una mercancía

Cada productor considera, en justa manera, su propia ganancia como resultado y fruto de su actividad. El ciclo económico nos dice lo mismo; pero también nos dice que así es para todo hombre productor, sea patrono o asalariado, y que cada productor (sin importar cuál de esos roles personifique), debe considerar a los ingresos de sus compañeros de tarea de la misma manera; no como un costo a rebatir. Desde ese beneficio general es de dónde se obtendrán los diferentes salarios a retribuir para cada uno de los hombres dedicados a esa precisa actividad.

Cuando un productor a nivel industrial recibe una materia prima para su elaboración, su costo contiene -además de los insumos propios de su explotación- el beneficio del productor-extractor; para el industrial éste no es más que otro costo. A su vez, la industrialización de producto le agregará costos nuevos inherentes a esa labor, más los beneficios propios que sin trabas se calculen por el industrial, todo lo cual representará otros costos que abonará el siguiente productor del ciclo, y así sucesivamente, hasta llegar al benefactor.

Para éste, el precio que pagará por la mercancía producida, obviamente, es sólo costo. Se deduce que los conceptos de costo y beneficio son relativos: *dependen del punto de vista de donde se miren*. Para poder afirmar sin relativismos esos diferentes conceptos, el punto de vista de esta economía toma para sí el punto de vista del benefactor: es el punto de vista del ciclo económico.

Como cada productor es un habitante, también es un benefactor; así tendrá su propio ingreso natural más los beneficios de su actividad específica. El salario que cada productor recibe por su propio trabajo, más el ingreso natural que recibe como benefactor, será utilizado con absoluta libertad en lo que quiera. Podrá usarlo en consumo o podrá usarlo en reinversión, según su necesidad, su gusto o su capricho.

Estamos obligados a decir que llamamos salario a todas las ganancias, incluyendo los dividendos o beneficios, rentas o seguros etc. en fin, *a toda retribución extra al ingreso natural del hombre trabajador*. El ingreso total hace que (por intermedio suyo y del trabajo que lo generó), todo ser humano al cumplir su rol de benefactor cuente con un ingreso doble para utilizar en consumo, solución del ciclo de la producción y de la economía. La actividad que logra un aumento de las ganancias logra, directa y simultáneamente, un aumento de salarios, y todo aumento individual de salarios implica un aumento del beneficio social, y con ello, logra un aumento del consumo y del consecuente aumento de riqueza, trasladándose así a toda la economía. Repetimos, esta economía es lo que llaman un círculo virtuoso.

Cada mercancía proviene de un número impreciso de componentes. La definición de los precios de cada mercancía está relacionada en forma directa a la definición del producto primordial que la origina, y el de éste con el de la materia prima principal que se utiliza para su fabricación. Por lo tanto, al iniciarse el proceso, se debe determinar el precio de cada materia prima que el país explote o importe, para poder reconocer con suficiente exactitud la certeza de los precios de los productos o mercancías que de ellas se derivan.

El precio de venta de toda mercancía –en verdad es *costo de compra*– se convierte en un costo general, en el costo social de producción, que lo paga el benefactor en su totalidad, y que representa una cifra equivalente a la deuda original asumida con la naturaleza por parte de toda la cadena productiva, conjuntamente con los beneficios agregados por sus productores durante las diferentes etapas del ciclo económico que le atañe. En el momento exacto en que su consumo transforma el trabajo de toda la sociedad en vida digna para el benefactor, es que se alcanza el objeto de la economía: satisfacer las necesidades de la población. Aquí es cuando se genera un balance de saldo perfecto, puesto que se finaliza el ciclo en forma correcta.

Supongamos que el costo de compra de un pan es de 0,10i; ésa es la cifra que paga el benefactor por él. El productor, que en este caso se le llama panadero y que generalmente asume dos papeles diferentes de productor (industrial y comerciante), conoce el costo de la harina, del agua, de la sal, en fin, de todos sus insumos, y también conoce su propio salario o beneficio. Ese décimo de indev que pagó el benefactor “pierde” la parte que corresponde al beneficio del panadero (y de sus ayudantes) que queda en su caja, en tanto que el resto continúa hacia atrás por el recorrido del ciclo, en el sentido de los beneficios. Pasa por otros

productores, el molinero, por los transportistas, y por quien más corresponda, hasta llegar al agricultor, por ejemplo, quien cosechó el trigo con el que se fabricó ese pan. Cuando el panadero paga al molinero por la harina consumida, salda su parte de la deuda que se tiene con la naturaleza, y así todos y cada uno. La "parte" que quedó de aquella moneda en las manos del agricultor, es el costo de la riqueza N arrancada a la naturaleza de la que él se apropió y que mediante su trabajo la ha transformado en su salario, y que únicamente la repondrá volviendo a sembrar trigo, o cualquier otro tipo de explotación que haya elegido. Todas esas partes que la moneda va "perdiendo" en su recorrido son totalmente conocidas, hasta esta última en la que esa moneda se "transforma" en un cero. No obstante, cada uno de los productores participantes en el ciclo obtuvo un beneficio, una ganancia que la reinvertirán, como productores o como benefactores, en otro ciclo distinto y a la vez similar a este.

El estudio del ciclo económico de cada mercancía nos indica que todo productor, en cualquier etapa del proceso, cumple un rol o función similar a la de un consignatario del bien principal de su actividad, recibéndolo en forma de préstamo (como si fuera una deuda con pago a crédito), adquiriendo una especie de compromiso con el productor anterior (o con la naturaleza si el que se considera como productor es el extractor), mientras le va agregando sus propios costos de producción y sus beneficios al monto de dicha deuda, mediante el uso de recursos propios o sociales. Solamente al adquirir el benefactor ese bien, el productor comerciante (como último productor de la cadena) podrá retribuir el pago a los productores antecesores y mantener en su poder el beneficio propio calculado. Así sucede con cada uno de ellos. Esta situación puede describirse de otra manera: el productor extractor toma en préstamo de la naturaleza una riqueza original que él transforma en materia prima, y que posteriormente cede en un tipo de consignación al productor industrial. Éste la transforma en un producto elaborado, y a su vez lo consigna al comerciante, quien lo transforma en mercancía definitivamente, y es quien lo vende al consumidor, o sea, quien realmente cambia su precio por dinero. Todos los productores basan su accionar en aquel "capital inicial" que, en forma no gratuita, la naturaleza cedió a la sociedad.

Este análisis nos muestra que todos los productores del ciclo, al ser también benefactores, han recibido el ingreso natural que les corresponde. Pero también nos enseña que, mientras tanto, anterior o simultáneamente, la forma en que *pierde todo sentido la acumulación o el acaparamiento de mercancías*, una de las maneras más burdas de la especulación.

Si no suceden catástrofes, el valor de una cantidad constante de una misma materia prima (que es el acceso al "capital inicial" del ciclo que la involucra, primera transformación a la naturaleza que el hombre realiza mediante su trabajo) se mantiene igual período tras período. Ése valor es el que fue definido en la propia creación del ingreso natural, establecido en forma oficial, en términos económicos sociales o nacionales. Así, el valor del producto (o mercancía) creado a partir de esa materia prima se mantiene constante; sin olvidar que esto sucede si es que aún es el mismo producto, sin que haya tenido cambios en su calidad que lo hagan más caro, o que su productor haya decidido bajar su precio. Toda mercancía mantiene o cambia su valor de igual manera.

Para bien del benefactor (que somos todos) es necesario que la sociedad tenga que dar forma al necesario control de los costos de cada etapa y asegurar los precios finales correspondientes, estableciendo un máximo. Para ello se fijan valores máximos de cada insumo básico, con un margen suficiente (el precio internacional, por ejemplo). En cuanto a los beneficios, éstos son fijados por los productores a su libre albedrío.

Supongamos el mismo caso anterior del panadero. El precio de venta de un pan era en el ejemplo de 0,10i. Esta cifra contiene el beneficio por él libremente calculado (por ejemplo 0,02i), lo que nos indica que sus costos son de 0,08i por pan. Este señor sabe perfectamente (es más, tiene la plena seguridad) que esos ocho céntimos no será variados dentro del período actual. Sabe exactamente cuál es el costo (el costo máximo) de cada uno de sus insumos.

Pongámosle el caso de la harina. El precio del trigo tiene un precio máximo fijado por la sociedad. El agricultor podrá (al igual que cada uno de los demás productores) venderlo al molinero a ese máximo, o a un precio menor, según los muchos parámetros que maneje él con su labor y con su propia ambición. Si esa cifra es acorde a las circunstancias, el molinero le pagará el precio que el agricultor le exige, al que le agregará sus costos propios más su beneficios, llegando a una cifra que representará el precio de la harina que vende al panadero.

El panadero sabe cuál es el precio máximo del trigo, por lo que también puede deducir cuál es el beneficio que obtiene el molinero, por lo que podrá comprarle a él o a otro molino la harina que precisa, según los factores que maneje.

Cada productor decide soberana y libremente cada uno de sus beneficios, teniendo además la plena seguridad de que serán alcanzados. Pero tendrán que decidir dichos montos conociendo de antemano que los demás productores y cada benefactor sabe (al igual que ellos) cuales son los límites máximos del precio del trigo, la harina y el pan.

Cada productor es libre de comprar o no al anterior, sabiendo que no será burlado en sus costos; cada benefactor también es libre de elegir dónde, cuánto y cómo comprar lo que necesita. Por ello la sociedad debe controlar, mediante la fijación de esos límites máximos: ése control es el que asegura la libertad de todos y la justicia para todos.

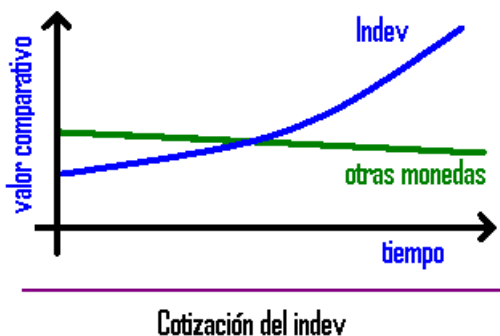
Así como la materia prima es para un producto, el trabajo lo es para la economía: parte integrante original, fundamental e imprescindible. No lo es tanto porque transforme la naturaleza en materia prima o en producto o en mercancía (cosa que hace pero que en realidad no es su fin primordial), sino porque transforma a esa mercancía en un integrante más de la riqueza artificial o natural de la zona, aumentándola. Hace que todo productor sea un benefactor, en real sentido económico, quien es el que devuelve a la naturaleza una parte de la riqueza extraída de ella, al consumirla. El trabajo produce, transforma y repone, y también genera beneficios; es quien permite que un productor sea un benefactor con mayor poder de compra, con mayor poder adquisitivo (cuyo monto es decidido por él mismo) que los demás pobladores.

El beneficio de todo productor aumenta su ingreso natural como benefactor, y lo utilizará en consumo. El ingreso de todo benefactor termina siendo la ganancia de todo productor, tanto cuando son distintas personas como cuando es la misma que cumple ambos roles. Toda la sociedad es la generadora de ganancias, toda la sociedad es quien disfruta de los bienes que produce. Toda la sociedad es responsable de completar el ciclo económico y de

cerrarlo con balance positivo. Así, toda la sociedad es la que disfruta de sus logros.

Por otro lado, la relación del indev con las monedas de otros países que no integran esta forma de economía es extrañamente nueva. Por ejemplo, mientras este siempre tiende al alza, aquellas tienden a la baja, siempre. Por lo que la posesión de monedas extranjeras se torna en un "negocio" negativo, siempre. Se pierde así la posibilidad de otra forma de especulación. Ya no tiene sentido, tampoco, marcar una mercancía en moneda extranjera.

El objetivo de esta economía es devolver a la naturaleza lo que esta nos ha prestado, y esto se logra, en parte, mediante el consumo que realiza el benefactor. Por lo tanto, el ahorro no es una virtud del ahorrista sino que es una mezquindad o avaricia de su parte, porque se opone al fin de la economía al interrumpir la concreción del ciclo económico inherente a ese beneficio. El indev no admite la ociosidad, ni la individual ni la social. Incluso no admite que él mismo esté en reposo.



No obstante, se debe reconocer que existe la posibilidad de que haya gente que no invierta todo su poder adquisitivo en consumo. Por esa razón, el ahorro será admitido, aunque quedó demostrado que no es esencial para la economía y que no se lo necesita para mantenerla en funcionamiento. Pero el ahorro no generará "intereses" de ningún tipo sino los que intrínsecamente lleva consigo el indev; los dividendos generados mediante el uso de ése ahorro por terceros como inversión, sea productiva o sea de consumo. Como se ve, tampoco podrán llamarse "intereses", sino que se llamarán, sencilla y llanamente, aumento de riqueza.

Llegará un momento en que se alcance el punto de saturación del ingreso, esto es, el momento en que los ingresos ya no admitirán más aumentos. No obstante ello, la riqueza seguirá aumentando. ¿Qué hacer con esa riqueza "sobrante"? Antes que responder esta pregunta debemos imaginar cuál es su verdadero significado: la sociedad ya no tendrá necesidades ni gustos ni caprichos por satisfacer. Significa que hemos alcanzado el objetivo primario. Pero la vida es movimiento, y estamos seguros que habrán cosas nuevas por hacer, que aún no imaginamos, y habrá nuevas necesidades a satisfacer, por lo que dicha saturación sólo será momentánea, se dará dentro de un período o un grupo de ellos, pasados los cuales se necesitará satisfacer nuevas necesidades.

Habrán problemas nuevos por resolver, pero ya no serán problemas económicos, es decir, problemas que debamos resolver, teniendo los pies en la tierra, a través de una teoría económica. Y ésta los tiene.



Otro ejemplo para Uruguay

Aplicaremos para este país la definición dada del ingreso natural diario de 10i (diez indevs) por habitante. Dicho de otra manera, son 300i por mes, 3650i anuales. Digamos que esos 300i mensuales tienen una equivalencia establecida en 1020 dólares estadounidenses, lo que significa que cada indev se cotiza a U\$S 3.40 cada uno, o \$u 100,00, suponiendo que cada dólar cotice a 29,41 pesos uruguayos.

Pasado el período de un año, la riqueza de la zona aumentó en una tasa oficial de un 2%, por lo que el ingreso natural anual de 3650i podría ahora establecerse en 3723i, esto es 73i más de ingreso directo, o dicho de otra manera, cada indev se cotizará un 2% más, a U\$S 3.33, suponiendo el caso poco probable de que el dólar haya mantenido su cotización internacional durante ese año.

Se podría decir también que, con los mismos 300i mensuales ahora se adquirirían no ya los U\$S 1.020 del ejemplo, sino U\$S 1.040,40. Esto podría significar que cada habitante del país pasaría a recibir un ingreso natural comparativo de 1040.40 dólares estadounidenses por mes, en lugar de aquellos mil veinte originales, a pesar de no recibir un aumento directo.

También podría establecerse que del aumento de riqueza del 2% , tan solo una parte de esos 73i anuales por habitante se destinara al aumento directo del ingreso mínimo, digamos una tercera parte, 24,30i para cada uno, y el resto, 48,70i por habitante, ser acumulado por la sociedad para otras inversiones. Esos 24,30i representarían un aumento comparativo de casi 81 dólares anuales para cada habitante. Su poder de compra real en indevs habría aumentado un 0,67%.

La sociedad podrá establecer también que esos 73i se acumulen en su totalidad, o cualquiera de las variantes que se puedan o quieran aplicar.

La idea de establecer esa cifra de 10 indevs por día tiene sus fundamentos. Uno de ellos es que de esa manera los habitantes recibirán lo que merecen sin importar cuántos días tenga el mes, si 28, 29, 30 o 31. Una vez recibirán 280, otra 290, otra 300 y otra 310 indevs, según el caso. El otro fundamento es que permitirá una mayor y mejor relación de intercambio cuando haya más países que utilicen este mismo sistema, pues así se define una manera universal, fácil de entender y de aplicar para el ingreso natural: diez indevs representarían la cantidad de 34 dólares estadounidenses diarios, a la fecha de hoy, enero de 2003.



EL "CAPITAL" ES LA RIQUEZA

Dice Hernando de Soto en su "El misterio del capital", queriendo responder a la pregunta de por qué no usamos aquellos "activos [que] llevan además una vida paralela, como capital externo al mundo físico. [Ya que] Pueden ser usados para aumentar la producción, atendiendo a los intereses de otras partes como "garantía" de una hipoteca, por ejemplo, o asegurando el suministro de otras formas de crédito, así como de servicios públicos". Quizá la pregunta sea más clara diciendo: ¿por qué no usamos la riqueza que poseemos (la que de Soto llama activos o capital muerto) como fuente de financiación?

"Mi respuesta es que el capital muerto existe porque hemos olvidado (o tal vez nunca hemos advertido) que convertir un activo físico en un generador de capital, valerse de la casa para obtener dinero en préstamo y financiar una empresa, por ejemplo, supone un proceso muy complejo. Este proceso no se diferencia mucho del que Albert Einstein nos enseñó, mediante el cual un solo ladrillo puede liberar una inmensa cantidad de energía mediante una explosión atómica. Por analogía, el capital es el resultado de descubrir y desencadenar la energía potencial de los millones de millones de ladrillos que los pobres han acumulado en sus edificaciones.

(..)En "La riqueza de las naciones", Adam Smith hizo énfasis en lo que constituye el meollo del misterio que intentamos desentrañar: si queremos que los activos acumulados se vuelvan capital activo y pongan en marcha una producción adicional, deben ser fijados y realizados en un objeto o actividad productiva en concreto "que perdure por lo menos un tiempo luego de realizado el trabajo. Es, como si dijéramos, una cierta cantidad de trabajo acumulada y almacenada para ser empleada, si fuera preciso, en alguna otra ocasión". La conclusión que yo extraigo de Smith es que el capital no es el stock de activos acumulados sino su potencial para dar lugar a una nueva producción. Ese potencial es, por supuesto, abstracto. Debe ser procesado y fijado en una forma tangible antes de poder liberarlo, exactamente como el potencial de energía nuclear del ladrillo de Einstein.

Este significado esencial del capital se ha perdido para la historia. Hoy el capital se confunde con el dinero, que es solo una de sus muchas formas. Siempre resulta más fácil recordar un concepto difícil a partir de una de sus manifestaciones tangibles que a partir de su esencia. La mente capta más fácilmente el concepto de "dinero" que el de "capital". Pero es un error suponer que el dinero es lo que finalmente fija el capital. El dinero facilita las transacciones, permitiéndonos comprar y vender cosas, pero no es en sí el progenitor de la producción adicional."

En este párrafo de Soto está hablando de lo que nosotros hemos llamado *indev*, o riqueza, o riqueza artificial, según el caso. Quizá esta forma que él usa sirva para comprender más lo que nosotros hemos venido exponiendo. Nuestra diferencia con él está en que la riqueza artificial A (no el capital) es el stock de riqueza acumulada (no de "activos"), pero para nosotros también existe una riqueza en general (R, esto es, A más N) que también es "su potencial para dar lugar a una nueva producción" . A lo que nosotros le agregamos: para dar

lugar a una nueva forma de consumo. Y esa riqueza, en forma de indev, que él mismo mide y representa, debemos socializarla efectivamente.

Lo que no entiende de Soto y muchos economistas es que, en el capitalismo actual, el "capital" no sólo se confunde con el dinero, sino que definitivamente es el dinero, que "aquel" significado esencial del capital se ha perdido para la historia y que hoy por hoy el dinero es su única forma; el dinero es el capital y también es, en sí, el progenitor de la especulación, en vez de serlo de la producción adicional y el consumo. Lo que ellos no entienden es que el igualar el concepto de dinero al de capital ha sido *un mea culpa* del capitalismo, un reconocimiento explícito de su función esencial, una confesión clara de cuál es su objetivo: le importa muy poco la producción y el consumo; le importa la especulación. El capitalismo de hoy debería llamarse "dinerismo".

Lo que de Soto llama como "aquel" significado de capital, nosotros lo llamamos riqueza social; lo que él llama capital como sinónimo de dinero, nosotros lo llamamos indev, que es dinero, aunque categóricamente es "otro" dinero. La palabra capital implica una propiedad individual, privada, en tanto que la riqueza de un país (como conjunción de bienes naturales y artificiales más el trabajo) es social; "capital" la descartamos de nuestro vocabulario, desde ahora y por siempre, puesto que una ciencia no admite términos fundamentales inexactos. De allí el título de este capítulo.

En nuestra propuesta el dinero deja de ser anfibológico, pierde todas sus ambigüedades. Deja, por fin, de existir como algo indefinido y pasa a ser simplemente dinero. Dinero en una nueva forma, por cierto: en la forma de indev. Ya que su respaldo es (se repite, es) la riqueza total de la zona, la natural más la artificial, sin tener que llamarla como "activo". No existe más como integrante de la producción, sino que uno de sus usos es medir los frutos de ella, puesto que su valor contiene (y supera) al de la propia producción; y la representa. Es el patrón de medida de la riqueza producida por las generaciones anteriores, más la nueva riqueza creada por la actual, más la de la propia naturaleza del lugar en que se vive. Es el patrón que mide el trabajo social y los frutos de éste. Mide esa producción, pero no forma parte de ella; mide la riqueza que a sí mismo lo respalda.

No se necesitan capitales para la inicialización ni para el mantenimiento de cualquier actividad porque la riqueza allí está, visible, como el ladrillo de Einstein; *se necesita trabajo* para usarla y acrecentarla, *se necesita consumo* para disfrutarla y afirmarla. La riqueza de la zona –su único "capital" real y verdadero, sin anfibologías- está ahí, a la vista, y la sociedad lo representa en el indev y lo mide con el indev.

Debemos considerar siempre que el ciclo económico empieza con la extracción, no con la reposición, por lo que ya se cuenta con el "capital inicial" que todo lo mueve; que no tiene nada de "muerto". Sin trabajo no hay dinero, sin trabajo no hay producción, sin trabajo no hay beneficios, por más "capitales" que existan. Es más, sin trabajo no existe "aquel" capital ni en el capitalismo. Y sin consumo, ni el trabajo tiene sentido.

Para la propuesta que estamos exponiendo, la riqueza de una zona está formada, a grandes rasgos, por dos integrantes: la riqueza natural de la zona (N), externa a la creada por el hombre aunque él la integra; la actividad

transformadora y creadora de este (T), que se ejecuta sobre aquella; y la creada y repuesta por él (A). Podríamos sintetizarlas a cada una de ellas como *tierra y trabajo*, haciendo un paralelismo con las viejas definiciones de los economistas.

Los propios economistas primitivos, cuando hablan de “factores productivos” (es decir, generadores de riqueza) nombran tres cosas, tal como si fueran independientes: hablan de *la tierra, el trabajo y el capital*. Los conceptos de tierra y trabajo no los tocamos ni discutimos; es más, los compartimos. Pero cuando hablan del capital como factor productivo dicen: “*por capital se entiende el conjunto de recursos producidos por la mano del hombre que se necesitan para fabricar bienes y servicios: la maquinaria o las instalaciones industriales, por ejemplo. Conviene que esto quede claro ya que la palabra 'capital' se usa muchas veces de forma incorrecta para designar cualquier cantidad grande de dinero.*” Aquí están dándole un nuevo nombre a lo que en realidad son *instrumentos o herramientas de uso*. ¿Cómo pueden ser tan ciegos –por ignorantes o por arrogantes– para no ver que lo que llaman “capital” lo definen ellos mismos, a su vez, como el fruto de la actividad humana, es decir, del trabajo? ¿Qué son, si no, “recursos producidos por la mano del hombre”? ¿Cómo no entienden que esos recursos (herramientas o instrumentos) se los usa para “fabricar bienes” de la única forma que puede hacerse: *mediante el trabajo*? Si no, ¿quiénes usan y para qué usan esos recursos, esas herramientas? Lo que ellos llaman capital y que nosotros llamamos riqueza, es lo creado, transformado y repuesto por el trabajo humano.

$$H = (N+A).T$$

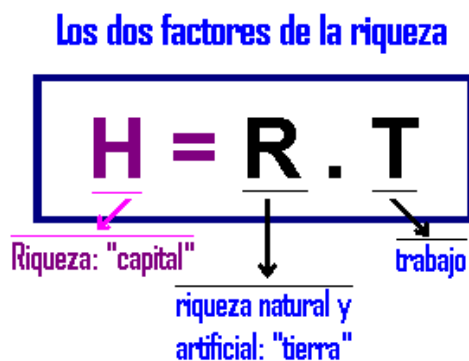
↓

R

Así se obtiene el valor de H que es el valor máximo que puede alcanzar el indev.

Esos economistas nos dicen que “podríamos añadir a los tres (¡ son dos!) factores productivos dos más (¡ !): los conocimientos humanos que están incorporados al factor trabajo, (el “know-how”) y la tecnología, o simplemente técnica, que está incorporada al capital”. Con relación al primero, reconocen directamente que forma parte del trabajo, por lo que no se comprende la razón de separarlo de él. No advierten, sin embargo, que la tecnología, la técnica, la aplicación del “know-how”, formen parte del conocimiento humano: ¿de dónde creen que proviene y en qué cosa se aplica tal conocimiento? ¿De dónde lo hacen provenir y hacia dónde lo derivan? ¿Quiénes lo utilizan? ¿En qué lo usan? En verdad, lo que están diciendo (sin siquiera darse cuenta) es que estos dos “nuevos” factores productivos forman parte de uno sólo y el mismo: **del trabajo**. Por lo tanto, esos “seis” factores no son más que dos: *riqueza y trabajo*.

Si miramos la fórmula por el lado derecho de la igualdad $-(N+A) \cdot T$. Vemos los únicos dos factores productivos que en realidad existen con vidas separadas; pueden representarse también como la suma del producto de $N \cdot T$ (la actividad humana relacionada a la "tierra") con la del producto de $A \cdot T$ (los frutos de la actividad humana relacionada con la producción, los servicios, la educación y todo lo demás): así se demuestra que *la riqueza no es más que "tierra y trabajo"*.



En su acepción de "activo", el "capital" no existe, puesto que los bienes materiales son patrimonio de la naturaleza y son devolución a ella, en tanto que como otra forma sólo representa los distintos momentos en que se encuentra el propio dinero, el indev (como medida de la riqueza H), según el lugar del ciclo económico que en ese instante esté ocupando.

Para verlo mejor, el "capital" –la riqueza total H- ya existe en cada zona que tenga alguna riqueza natural –todas la tienen en diferentes grados- y algún habitante que la transforme, la reponga y cree con ella una nueva riqueza. No se necesita más que medirlo en indevs y darle la forma de dinero, de indevs; además deben olvidarse necesaria y definitivamente aquellos primitivos "conceptos" místicos sobre la riqueza, por equivocados.

Lo que antes era llamado "capital fijo" es en realidad la riqueza artificial A, que sólo es una parte integrante de la riqueza total H, el respaldo del indev. Un edificio, desde el punto de vista que nos da el ciclo económico, no es más que la devolución a la naturaleza de las materias primas que de ésta se tomaron, con el objeto de construirlo, como vivienda o como fábrica, un hospital o una universidad. La magnitud de su valor (que es social y que no debe ser confundido con su costo de compra, es decir, con su precio), forma parte de la pachamama, de R; su valor no es un bien privado, su valor no está privado de nada, ahora está privado de toda privación, incluso de aquella que puedan darle sus usufructuantes.

Si suponemos que la construcción de un puente tuvo un costo de una magnitud F, y que la construcción de una escuela tuvo su propio costo E, ambos montos sumados $M = E + F$ pasaron a integrar en forma directa el módulo A (por lo que indirectamente integran R), uno de los factores de la riqueza total H, aumentándola en esa misma cantidad M, como mínimo, y así acrecentando el respaldo del indev. Si se piensa en la construcción de un edificio para viviendas o en otra construcción cualquiera, en lugar del puente o la escuela, el resultado desde el punto de vista del ciclo económico es exactamente el mismo. Una vivienda tiene un valor social de una magnitud

definida, que puede corresponderse o no con el precio que ha pagado por ella su propietario. Dependerá de éste el mantenimiento o el aumento de ese valor.

Lo que se llamaba "capital circulante" no es más que riqueza en sus diferentes formas, según su ubicación en el ciclo económico, que, incluso en forma de moneda, representa a la riqueza total, es la riqueza de la pachamama medida en indevs, es el propio dinero.

Repetimos, aquel significado esencial del capital que se ha perdido para la historia, hoy lo llamamos riqueza, y el concepto de dinero, es el de indev. La riqueza tiene un significado independiente y diferente al sentido de dinero: la riqueza respalda -y no es- la moneda, la moneda mide -y no es- la riqueza.

Así, el indev es equilibrio, es certeza. Tiene un valor concreto que sólo depende del trabajo y el conocimiento humanos aplicados a la riqueza natural de la zona en que habitan. Depende de la actividad del hombre en términos sociales. Pero lo que el indev hace, lo que mide, es solamente el fruto del cumplimiento del ciclo económico. No es un fin, es un medio, no es una mercancía sino un instrumento de medición. *Mide la riqueza, la representa y no es ella.*

Con él no podrá haber precios artificialmente bajos o altos, porque estos se mantendrán iguales dentro de un mismo período y mantendrán un valor relativo análogo entre diferentes períodos. Si en algún momento los hubiera -por errores humanos o desastres naturales-, es obligación de la economía el solucionarlo -es más, es su obligación el evitarlo-, utilizando la ciencia, las herramientas concretas que ésta brinda, y sobre todo, el trabajo. No queda en manos de un ente abstracto o ser supremo su solución, como tampoco queda en poder de un grupo social la posibilidad de variar los precios a voluntad, para aumentarlos o disminuirlos.

El indev no se vende ni se compra, sencillamente porque no existen sus dueños. Además, ¿qué sentido tiene querer comprar o vender un patrón de medida, pongámosle un metro o una pesa, más que para su uso original? La posesión de ese dinero es transitoria, momentánea, porque no existe la acumulación individual "útil", sino sólo la acumulación social en forma de reserva para la inversión. El dinero se utiliza solamente para ser lo que siempre debió ser: para no andar cargando vacas al hombro o llevar vino en el bolsillo. Por eso es que debe representar la riqueza de un país y su gente, puesto que en cierto sentido -o en sentido cierto, que no es lo mismo pero es igual, dijera Silvio Rodríguez- el indev representa, según sea el caso esa vaca o ese vino.

De nada sirve su acumulación -que sería sinónimo de inutilización-, en la forma individual, puesto que nunca genera "interés": *no se paga por su uso sino que su uso es el que paga.* ¿Acaso un metro aumenta su tamaño por estar guardado en la bóveda de un banco? La acumulación es útil en un sentido social. Pero no solamente a través del dinero en sí, sino en las formas productivo-reponedora y consumidora- reponedora de riqueza, en su relación con el ciclo económico que, con su aplicación, otorga un continuo aumento de ella. Pagar dinero por el dinero no tiene sentido cuando este está ahí, como el aire, valiendo lo mismo para todos y al alcance de todos, en cantidad más que suficiente.

Todo habitante, en cualquiera de sus dos roles, puede obtener el crédito que solicite, sin más que explicitar su fin; esto último para evitar la competencia exagerada en lo productivo o en el consumo. Todo crédito individual para un hombre en su papel de benefactor, se otorgará según su ingreso natural. Lo mismo para cada uno en su papel de productor, porque al fin y al cabo los dos son papeles que cumple un mismo hombre. Ambos pueden utilizar diferentes tipos de garantías para aumentar el monto de los préstamos. De allí se desprende, también, que ese monto estará en proporción directa del número de solicitantes. Si un benefactor no tiene suficiente ingreso para respaldar el préstamo, puede solicitar una garantía solidaria de otra persona; o, como productor, puede asociarse con otra u otras personas.

Este hecho es el que confirma la posibilidad cierta y la capacidad indiscutible de que ahora se puede satisfacer toda necesidad individual o social; incluso la factibilidad de financiar proyectos o ideas que permitan producir las mercancías faltantes o insuficientes. Por ese servicio no habrá de pagarse más que un honorario fijo y único por gastos administrativos, sin importar los montos inmiscuidos. Como ejemplo, puede darse la posibilidad de adelantar seis o doce meses –o lo que se resuelva- de ingreso natural a un solicitante, quien los utilizará en lo que crea conveniente, y que durante el cumplimiento de ese plazo, no reciba la totalidad del ingreso o una parte de él, sea cual sea, según lo defina la sociedad.

Las empresas o sociedades ya establecidas que soliciten préstamos para la inversión o reinversión serán atendidas como lo han sido hasta ahora, mediante el otorgamiento de préstamos respaldados por las diferentes formas de garantía que hoy se utilizan y por las nuevas que ya se han descrito y las que necesariamente aparecerán.

A pesar de que el ahorro no otorga ganancias directas, quien deposite su dinero en un banco tendrá la certeza de cuánto será el “interés” que recibirá, mejor dicho y mejor llamado, su parte o porción correspondiente del aumento de riqueza. Ese depositante es también un habitante de la zona, como cualquier otro, por lo que recibirá todos los beneficios que se definan para el benefactor. Ese beneficio será definido por la sociedad, en la forma que esta haya elegido, según el porcentaje que se haya decidido trasladar como aumento real de la reserva social o como aumento directo del ingreso natural. No obstante, el dinero, el indev, depositado o no, siempre valdrá lo mismo, en cambio cada ingreso podrá aumentarse y así también lo hará la capacidad de ahorro de cada uno.

Pongamos un ejemplo. Aquí en la mesa hay un comprobante de depósito de 20 indevs, cuyo valor nunca disminuirá. Es más, a medida que la riqueza de la zona en cuestión va aumentando en su valor, también aumenta su respaldo, él se “revalúa”, aún estando dentro de un mismo período. Con esa suma hoy se puede comprar cierta cantidad de cierta mercancía. El transcurrir del tiempo marcará cierta cantidad de producción nueva, cierta cantidad de trabajo, cierta cantidad de riqueza que se irá agregando, proporcionalmente, al valor intrínseco que esa suma representa. No existe un riesgo mayor de que esto no suceda. Cuando llegue el momento de retirarlo del banco se podrá comprar la misma cantidad de la misma mercancía, a pesar de que ambos, el dinero y la

mercancía, han aumentado su valor intrínseco. Esto queda patentizado al comparar la cotización anterior y la actual del indev con el de otras monedas. En cambio, comparándolo consigo mismo, el indev ha mantenido la misma capacidad de compra.

Esto nos indica que sucede lo mismo con el precio de las mercancías. Por lo tanto, al no existir devaluaciones, ni especulación, ni tasas de interés, todos vamos aumentando nuestro beneficio, individual y social. Con dicha suma de 20 indevs se podrá adquirir la misma cantidad de una mercancía cualquiera -si es que esta se mantuvo sin mejoras, sin nuevos valores agregados- y a pesar de tener un precio mayor para un extranjero, será exactamente el mismo para el ahorrista. O, en todo caso, podrá optar por otra mercancía que satisfaga mejor su gusto como benefactor, pero no ya su necesidad.

Esa es la explicación de por qué no existen los aumentos de precio. Una mercancía que se ofrece a 2 indevs tendrá ese precio de por vida, sin variantes explícitas, (aunque en términos de comparación con la cotización de otras monedas ella siempre aumentará su precio de venta). Su valor (no su precio) tiene un alza implícito permanente, continuo, incesante. Si aumenta su precio en una cifra real y concreta es porque ya es otra mercancía, con nuevas características que la hacen diferente y mejor que aquella; y si lo baja es porque así lo definió, a su propio criterio, su productor. El valor relativo, implícito, del billete con que se la compra siempre va en alza, en tanto que su valor neto, explícito, siempre es el mismo. De esa manera, llegará un momento en que se memoricen los precios de muchas mercancías: será el momento de posibilitar el trueque directo, la eliminación de intermediarios, la disminución de costos innecesarios, el aumento de beneficios.

El poder de compra interno dentro de un período es siempre el mismo, pero en su comparación internacional siempre va en aumento. El indev, que es la moneda que acepta el ciclo económico natural, no tiene comparación con ninguna otra moneda. Si definimos su relación con las otras divisas según los principios de la teoría capitalista debemos decir que el indev no es una mercancía más, como "lo son" ellas. Veremos que la importación de mercancías que no colman alguna necesidad es un mal negocio, y cualquier moneda extranjera es una importación que cumple ambas condiciones: es una "mercancía" y, además, es una "mercancía" totalmente inútil para favorecer el ciclo económico. La tenencia de alguna de ellas no aumenta la riqueza de la zona; es más, es probable que su misma adquisición haya sido un perjuicio.

Pero si utilizamos los principios del ciclo económico natural para estudiar tal relación, veremos que la acumulación de ninguna moneda, ni siquiera la de indevs, cumple con los requisitos acostumbrados del ahorro: ninguna genera beneficios por sí misma. Debemos decir que, objetiva y materialmente hablando, las monedas extranjeras de hoy no son mercancías, sino representaciones abstractas de un algo intangible, esto es, no son más que papel entintado y no encarnan nada; además, se devalúan continuamente. El indev en tanto es un patrón de medida, fijo, indevaluable, que representa un valor concreto de riqueza y que, por tanto, no puede medir un "algo" que no sea riqueza propiamente dicha, así como un metro no puede usarse para medir otra cosa que no sea una distancia.

Ilustrémonos con un ejemplo: don Carlos quiere ir el próximo año a dar un paseo por Europa, en tanto que don Pedro quiere simplemente guardar a buen resguardo el dinero que no usa en consumo. Don Carlos podría simplemente solicitar un préstamo un poco antes de la fecha elegida y no necesitaría ahorrar su dinero, pero supongamos que a él no le gusta "pedir prestado". Ninguno de ellos dos recibirá beneficios directos por sus depósitos y ambos pagarán al banco un cargo fijo preestablecido por gastos administrativos del servicio bancario. Mientras tanto el banco utilizará sus dineros para prestarlo a otras personas, que lo invertirán en producción o consumo, con lo que aumentarán la riqueza total general. Ese aumento de riqueza también aumentará el propio ingreso natural de don Carlos y don Pedro, que lo usarán, seguramente, en aumentar sus propios depósitos. Nadie de los nombrados fue perjudicado, sin embargo todos han ganado algo.

Una curiosidad: sinceramente Ud., ¿confiaría de una institución íntimamente relacionada a la economía y a las finanzas, que sin embargo confunda continuamente los valores de las columnas del "Debe" y el "Haber"? Los bancos de hoy, asombrosamente, llaman "clientes" a sus acreedores y llaman "deudores" a sus clientes.

La necesidad de moneda extranjera puede existir, por ejemplo, para visitar otros países o para complementar una importación; esto último es algo que no es deseable hacer: las diferencias en las "balanzas de pago" deben ser eliminadas mediante mercancías reales, materiales, tangibles, fruto del trabajo individual o social de la zona, es decir, mediante bienes con valor agregado. Pero definitivamente no puede tener un tipo de cambio fijo, sin importar el fin para el que se las usará; el tipo de cambio es invariable para un fin determinado, pero será diferente para otro fin. Según para lo que la moneda extranjera sea utilizada, según en qué medida beneficie o perjudique al ciclo económico, habrá de dársele una cotización específica.

Daremos dos ejemplos. Los ingresos que se generan por intermedio del turismo siempre son muy importantes. La llegada de turistas aumenta el consumo, esto es, aumenta la cantidad de benefactores, por lo que ellos favorecen el ciclo económico. Así, la cotización de su moneda ha de estar definida de manera muy conveniente. Por el contrario, la importación de artículos terminados que no colman una necesidad es opuesta al ciclo; ese tipo de importaciones siempre es económicamente perjudicial. Así, el tipo de cambio para esos fines ha de ser lo suficientemente alto a favor del indev, como para intentar equilibrar el daño económico que producen. Lo que en realidad, las desalentará.

De allí que, inicialmente, la venta de monedas podrá estar en manos de comerciantes privados, aunque el manejo de las cotizaciones será estrictamente controlada por los instrumentos que se dé la sociedad, mientras no se logre que una buena cantidad de países formen parte de esta economía. El banco central u otra institución que cumpla un rol similar, podrá ser el encargado de ese control. En vista de las particularidades del indev y su relación con las monedas extranjeras, es muy difícil –sino imposible– que exista un mercado negro de divisas.

Hoy, todos los días y por varios medios nos informan del índice Nasdaq o el Dow Jones, que para la absoluta mayoría de las personas no tienen ningún significado. Algo similar –en el sentido informativo solamente–, sucederá con el valor de la riqueza que mide el indev: todos, además de conocer su significado concreto, absolutamente todos conocerán su valor actual, día a día, mes a

mes, que se mantiene en alza durante todo el período convenido, si es que hacemos las cosas bien. Pero no admite la comparación con el "valor" de otra moneda que no sea otro indev.

Mientras haya trabajo, producción y reposición de riqueza, habrá enriquecimiento. Mientras hay enriquecimiento hay aumento del valor intrínseco del indev, mientras hay aumento de valor de lo que la moneda representa es porque hay beneficios. Esto suprime la existencia del pago intereses: no se pagará nada por el uso del dinero, por el contrario, se cobrará por ese uso en una forma indirecta. Eso no implica, naturalmente, que no se abone un honorario por el trabajo administrativo de un banco, por ejemplo, pero que ya no depende de los volúmenes de dinero que se involucren en el servicio que sea sino que pasa a ser un costo fijo. Todo trabajo ha de ser remunerado.

Hemos visto que no se descarta el uso de bancos. Ellos seguirán cumpliendo la función principal que hoy cumplen: captación de ahorro, el servicio de administración de diferentes tipos de cuentas y los préstamos, a las que, seguramente, se le agregarán otras funciones nuevas. Pero realizarán un papel mucho menos proxeneta que el actual, pues no podrán cobrar por sus servicios más que una cantidad prefijada, y de esa manera, seguramente, no querrán o no podrán pagar dividendos o intereses a sus ahorristas, lo que elimina la existencia de una de las formas más directas de especulación. La posibilidad del pago de dividendos por depósitos (quizá esté demás decirlo) no está prohibida; queda en ellos realizarlo o no. Pero...

Si suponemos el caso extremo en que un banco mantiene en su bóveda la misma cantidad absoluta de indevs, a medida que se aumente la riqueza natural de la zona habrá un proceso de revalorización continua de esa cantidad, en comparación con las otras monedas. Esa suma de dinero representará el mismo valor frente a sí mismo, pero tendrá un valor cada vez más alto frente a otras monedas. Así, concomitantemente, si se mantiene en la bóveda una suma de moneda extranjera, ese monto se irá devaluando conjuntamente en que ellas mismas se devalúan, y además, en la que se revalúa el indev con respecto a ellas. No es conveniente ni fructífera la acumulación de moneda extranjera.

No debemos perder de vista que el objetivo final es la satisfacción de necesidades; y que estas continuamente cambian. Una forma más de alcanzar esa meta es distribuyendo la riqueza a través de préstamos o adelantos. La otra es la distribución directa de ella a través del aumento del ingreso mínimo. Llegará un momento en que no se necesitará distribuir más riqueza, se podría utilizar la misma cantidad, si así se conviniera. No obstante, en un período dado, una zona tiene un crecimiento cuantificado (el producto social o medida del trabajo), medido en indevs o granindevs, y el crecimiento vegetativo de la población, por lo que seguramente habrá que seguir emitiendo, aunque a diferentes niveles o cantidades. Debemos reiterar que siempre aparecen nuevas necesidades, a medida que aparecen nuevos bienes. Y ellos, de por sí, aumentan la riqueza. Es lo que llaman un "círculo virtuoso".

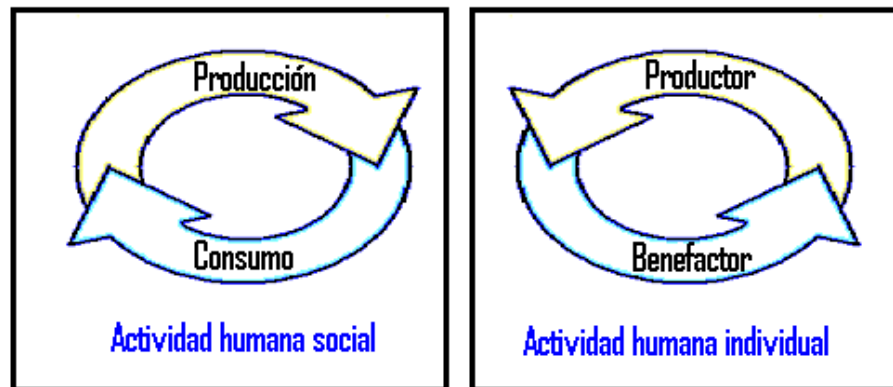
El cálculo de la riqueza total generada en una zona por el trabajo de sus habitantes, se realiza a través de una fórmula matemática: $H = (N + A) \cdot T$,

donde no intervienen intereses particulares ni grupales, ni donde interviene el dinero. Y si se cumple responsablemente con el orden y las etapas que nos obliga a cumplir el ciclo económico –única condición indispensable para lograr el desarrollo- los beneficios pueden ser alcanzados por todos, sin excepción, de una manera objetiva y científicamente probada y comprobada. Eso nos permite el ciclo económico y su representante, el indev.



EL TRABAJO Y EL SALARIO

En el capitalismo y los demás sistemas económicos habidos (que hemos estado llamando primitivos), el trabajo no es una actividad que de por sí misma satisfaga una necesidad, sino que es el único medio legal por el cual la mayoría absoluta de las personas pueden obtener su sustento: *"se trabaja para vivir"*. Así, para la mayoría, el trabajo es una actividad intermedia: no es una meta vital, es un medio de vida; no es un fin, es un camino. Sucede de esa manera porque son muy pocos los hombres que obtienen su sustento de un trabajo vocacional: la mayoría lo obtiene del trabajo que encuentra y no del que busca o anhela. Mediante nuestra propuesta, el sustento imprescindible ya está garantizado. Así se logra que cada ser humano trabaje en lo que guste o aspira. El trabajo que se busca se encontrará; o se posibilitará su creación más fácilmente, y será, para quienes lo ejerzan como para la sociedad toda, mucho más provechoso, mucho más ameno.



Daremos por sobreentendido que mediante esta propuesta el trabajo por sí mismo satisface esa necesidad vocacional *individual*, y que el fruto de ese mismo trabajo está dirigido a satisfacer necesidades *sociales*. Así, la palabra trabajo pasa a tener otra categoría: da un salto cualitativo.

La actividad humana más visible es la que llamamos trabajo: es consumidora de horas de vida y es también productora de vidas. Pero cada hombre integra no solamente la cadena de producción social sino también y conjuntamente la cadena del consumo social. El consumo es un generador espontáneo de vida y es quien financia todo el proceso productivo que posibilita tal generación. Como se ve en los diagramas, la actividad humana tanto social como individual, se conforma de esa doble acción.

A ello debemos agregar que cada uno de los hombres integra la etapa del ciclo económico de reposición de lo extraído, actuando en ambos roles antedichos, conjuntamente. Como productor la cumple en forma directa y no automática, mediante el trabajo; como benefactor la cumple en forma indirecta y automática, al consumir o usufructuar el fruto de ese trabajo, el bien producido.

Hemos dicho que la humanidad tiene una doble manera social y laboral, de cumplir con el ciclo económico; tiene una doble forma de reponer la riqueza natural que destruye con sus actividades. La primera, mediante la creación de nueva riqueza que no existía previamente, y la segunda, mediante la reposición de lo que ha destruido. Esta doble reposición únicamente puede efectivizarla mediante el trabajo, y esa actividad duplicada que realiza como productor (la combinación de la acción productivo-creadora con la productivo-reponedora), en parte y sólo en parte, cierra el ciclo natural que concierne al producto de ese trabajo, el ciclo que atañe y depende de esa actividad. Además, dijimos que por intermedio del trabajo y su conclusión (por los resultados económicos que a través de él obtiene un productor), es que recibe un salario, un beneficio económico, que lo usará indiferentemente en el consumo o como reinversión productiva en la misma u otra actividad. Ambos usos lo transforman en benefactor. Un mismo hombre mientras trabaja es un productor, pero mientras consume o usufructúa un bien (el resultado del trabajo propio o social), es un benefactor, y este es quien, de esa manera, completa la parte faltante del proceso productivo o ciclo que aquél inició.

Toda la humanidad, sin exclusiones, es y debe ser creadora, productora y benefactora (esto es productora-reponedora, consumidora-reponedora), alternativa y simultáneamente. Es decir, todo hombre será a la vez productor y benefactor, todo hombre es un trabajador-consumidor. Por lo tanto nos queda, como principio manifiesto, que no puede haber personas desocupadas ni con imposibilidades de consumo, pues no puede existir la contingencia de que no se produzca y reponga lo que se destruye y consume; y a la inversa no puede consumirse y reponerse lo que no se produzca y destruye. El proceso cíclico de producción-reposición y consumo-reposición así lo obliga. Además, lo facilita sobremanera el ahora posible trabajo opcional, elegido, preferido; el trabajo vocacional.

Antidogma: el consumo de mercancías tiene por objeto el cumplimiento del ciclo económico, y éste, el logro de una vida digna. No se consume para producir, sino que se produce para consumir.

Para las teorías primitivas, la capacidad de trabajar se mide según el consumo que realiza el trabajador para mantener dicha capacidad. El hombre asalariado es algo muy parecido a una máquina que consume energía para producir el bien mediante el cual se beneficia el capitalista, por ejemplo. Por ello los teóricos explican que el salario –el precio del trabajo– es “el precio de una mercancía más”, como cualquier otra. Y llegan a la conclusión de que ese precio está dado por la cantidad de mercancías que se necesitan para mantener con vida al trabajador, con el fin de que éste continúe produciendo.

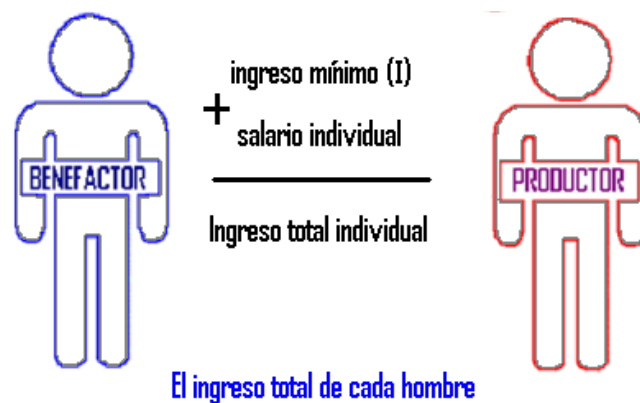
El ciclo económico natural nos enseña que sucede exactamente al revés: lo primero es mantener la vida; lo segundo, hacerla lo más digna posible; y lo tercero y último, que eso se logra a través del consumo de lo que se produzca. La producción está al servicio del hombre y no a la inversa.

Por lo tanto, mientras un hombre desempeña el rol de productor, con él ha de cumplirse la máxima que dice: *de cada quien según su capacidad, a cada quien según sus merecimientos* (no equivalencia). Pero mientras ese mismo hombre esta cumpliendo el rol de benefactor –algo que siempre está

haciendo, sin importar edades ni merecimientos- tendrá necesariamente que recibir un ingreso mínimo, el ingreso natural individual I , que le permita saciar todas sus necesidades. En otras palabras: para todo benefactor se le exige *de cada uno según su capacidad*, y obtiene el derecho de *a cada cual según su necesidad* (equivalencia).

Si su ingreso natural ya definido no alcanza a cubrir una necesidad, la sociedad deberá aumentar ese mínimo u otorgarle facilidades que le permitan alcanzarlo: la satisfacción de toda necesidad es el fin de la economía. La sociedad no sólo está ahora habilitada para ello (tendrá de dónde recurrir), sino la factibilidad cierta de su posterior reintegro. Se garantizan ambas posibilidades.

Si la capacidad laboral de un habitante, su inteligencia, su disposición para el trabajo, su imaginación, o cualquier otra virtud individual que lo haga merecedor de un salario mayor que el de los demás, lo alcanzará sin ninguna traba o prohibición: *lo recibirá según su merecimiento*. Cada uno tendrá la posibilidad de enriquecimiento individual, mediante el uso o la explotación de sus propias virtudes, pero ya nunca las obtendrá de las ajenas. La libertad es una sola, únicamente exige que todos empecemos desde la misma línea de partida y que cumplamos con las mismas reglas. Después, cada uno recibirá según su capacidad individual.



Cada ser humano, por el simple hecho de vivir, de existir en sociedad, conforma el módulo N . Y mediante su actividad individual, conforma su parte correspondiente del factor social T . Su fuerza de trabajo, su fuerza física para el trabajo, su laboriosidad, conforman ese N ; en tanto que su "fuerza" de conocimiento, su capacidad de creación e invención, su inteligencia, el factor T . Esto es: lo que cada hombre posee en común y en igualdad con los demás, conforma N , sumando de la riqueza total. Lo que cada hombre tiene de diferencia individual con los demás –su inteligencia, su creatividad, su imaginación, etc.- conforma T , multiplicador de esa misma riqueza total. Esta diferencia individual entre los hombres es una diferencia de grados de infinita variabilidad y que nunca es total, por eso es que ella forma parte de la riqueza social general, no personal, aunque será reconocida a través de su actividad e ingreso individuales.

Un hombre puede tener una aptitud sobresaliente para una tarea específica, pero será de un nivel medio, o menor, para otra cualquiera, en tanto que otro hombre hará de ésta su tarea principal, la que desempeñará de

excelente manera. Por eso, en términos sociales generales, promediales, la sociedad contará para cada tarea con sus mejores hombres; y cada uno recibirá según esos merecimientos. En cambio como benefactores todos tenemos la misma capacidad; tanto si somos el Presidente de la República como un niño en edad preescolar; y cada uno recibirá según sus necesidades.

No obstante esas sutiles diferencias, el trabajo del hombre (su actividad productivo-reponedora y su creatividad), se concentra totalmente en el factor T -matemáticamente hablando-, y este es el factor multiplicativo de la riqueza total de una zona dada, de la que se toma el respaldo del indev. Su magnitud se relaciona directamente con el crecimiento vegetativo de la población, esto es, crece con ella, y también, necesariamente, se relaciona con el nivel educativo que esa población reciba y ostente. Su creatividad, su inteligencia, su cultura, su conocimiento forman parte del factor T; si el nivel educativo de los pobladores se eleva continuamente, también se eleva la riqueza total del país en que residen. Este crecimiento educativo, así como el crecimiento vegetativo, pueden considerarse constantes dentro de un mismo período, lo que confirma que la magnitud del factor T que ellos conforman es una constante periódica.

La definición que importa es que cada productor recibirá el ingreso mínimo más los beneficios que su propia actividad le genere, esto es, recibirá el ingreso natural más el salario individual derivado del provecho que le genera su actividad. Cuando definimos el ingreso mínimo, quedó establecido que es un "piso" por debajo del cual no puede ubicarse el ingreso de nadie. Los ingresos de todos están en o sobre él.

$$R = N + A$$

Fórmula de la riqueza

$$H = R.T$$

Fórmula del Ciclo económico

Hemos dicho que la capacidad productiva de una zona debe estar relacionada directamente con las necesidades de sus habitantes, porque si una población es incapaz de generar la riqueza necesaria para lograr el bienestar de cada uno de ellos, no tiene razón de ser como sociedad. Esa capacidad está definida y la representamos en una cifra que llamamos el factor T.

Como T es una constante, nos otorga una pauta de carácter funcional. Dentro de un mismo período (usualmente se establece en un año), el valor de H lo podemos considerar también como constante, por lo que la fórmula del ciclo económico general, social, sólo la aplicaremos una vez por período. El pulso diario de la economía cambia según el factor R, hallable a través de la fórmula de la riqueza propia de la zona, $R = N + A$.

Por lo tanto, los cálculos más cotidianos para conocer el rumbo que va tomando la economía (el cálculo diario del indev, que equivale al estado actual de la riqueza), no obliga ni necesita del uso del factor T. No es necesario

utilizar la fórmula del ciclo económico para hacer los frecuentes cálculos que habrán de hacerse todas las horas o todos los días o todas las semanas, sino que simplemente necesita de la suma de los módulos N y A, esto es R, el otro factor del producto. Los cálculos efectuados mediante el uso de la fórmula de la riqueza propia alcanzan para conocer el estado de la economía dentro de un período en una frecuencia más cotidiana.

	Nt	At	Ra = Nt + At	R' = R + Ra	%	% Acum.
1er MES	0,08:	0,18:	0,26:	62,260:	0,04%	0,04%
2do Mes	0,11:	0,83:	0,94:	63,200:	1,51%	1,93%
3er Mes	0,09:	0,39:	0,48:	63,680:	0,76%	2,71%

Aquí se ven los primeros tres meses del período actual de un país hipotético. Las columnas muestran cuánto ha aumentado cada una de las riquezas que se establecen en el encabezado: Nt, At y Ra representan los aumentos del período en curso, en tanto que R' es el aumento general de la riqueza propia del país, suponiendo que la riqueza acumulada hasta el período anterior haya sido de 62 millones. Todas las cifras dadas en este ejemplo se representan en millones de granidevs; son absolutamente arbitrarias, y sólo se muestran para explicar el cálculo cotidiano del estado en que marcha la economía. No obstante nos dicen que el primer mes la economía solamente aumentó un 0,04% en relación al año pasado; el segundo mes la riqueza subió un 1,51% con relación al primero, por lo que no fue un mes malo, lo que representa un 1,93% de riqueza acumulada en esos dos meses; la tercera nos dice que fue un mes de baja productividad, subió sólo un 0,76% en relación al segundo, haciendo que la riqueza acumulada ascendiera al 2,71%. Han sido regulares, uno bueno y dos malos, pero se ha aumentado la riqueza total, y con ella, el respaldo de la moneda.

El ciclo económico nos señala claramente que el monto del salario individual (el común y corriente, el que se recibe según los merecimientos individuales), sólo se obtiene desde el reparto de utilidades que genere la actividad que desempeñe cada habitante, puesto que el "costo" de ese salario siempre está agregado al precio final del producto, que siempre es pagado por el benefactor y nunca por el productor que hace el papel de patrón. Por ese motivo es que los salarios de los trabajadores no son "costos" para los propietarios de los medios de producción, sino que efectivamente son costos para quien realmente los paga: el consumidor. El ciclo nos indica que los ingresos (el salario es uno de ellos) viene dado en el sentido de los beneficios, opuesto al sentido de los costos.

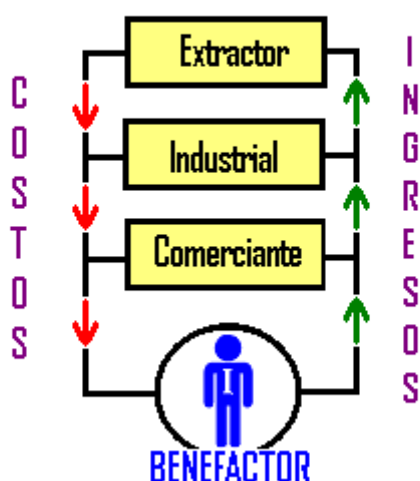
Existe un ingreso mínimo social, pero no existe un salario individual mínimo. Éste depende del merecimiento de cada trabajador, el que, a su vez, posee la total y verdadera libertad de decidir si lo acepta o no: cada trabajador ya tiene garantizado su ingreso natural que le permitirá no sufrir necesidades apremiantes, con tiempo suficiente para encontrar (o crear por sí mismo) el trabajo que anhela.

Se desprende que los gremios en general, los diferentes sindicatos, ya no tendrán como objetivo de lucha la conservación del empleo (es decir, del ingreso), ya que ahora está asegurado por el sistema económico. Por supuesto que mantendrán como objetivo el cumplimiento de todo contrato o convenio,

pero se le unirá la posibilidad de conocer cada uno de los parámetros que le atañerán directamente (como también lo puede hacer la sociedad toda), a través de los cuales podrán realizar la fundamental tarea de defender sus derechos, que directa o indirectamente son los derechos de todos.

Cada sociedad debe fijar el máximo de horas de trabajo, y ese máximo debe tender a ser cada vez menor, como una de las formas -sólo una más de ellas- de evitar el desempleo. Pero esa no es su función principal, sino que es la de permitir que cada trabajador, cada productor, en libertad, pueda disfrutar de sus derechos adquiridos como benefactor, su otro rol fundamental. Ambos roles deben equilibrarse: *trabajar para vivir y no vivir para trabajar*. El disfrute de las horas libres, el esparcimiento, que es la forma más común de disfrutar un ingreso mayor que el mínimo, hace que la economía humana funcione. El ciclo económico indica que (para que una economía funcione correctamente) debe permitir al benefactor el acceso a todo lo producido, tanto a través de un poder adquisitivo suficiente como mediante la disponibilidad del tiempo necesario para poder alcanzarlo.

Los sentidos opuestos de costos y beneficios



Mientras el ingreso natural le pertenece al hombre por formar parte de la producción y el consumo sociales, el ingreso extra que recibe como productor (el salario), le pertenece por formar parte de una producción particular, sea como empleado o como patrono. Hemos dicho que ni el ingreso mínimo, ni el ingreso total –esto es, el patrón I más el salario- forman parte –desde el punto de vista del productor- de los costos de la mercancía que él produce; el salario forma parte de los beneficios que ésta genera a través de su venta, durante el recorrido por el ciclo económico y su conclusión. Desde el punto de vista del benefactor -punto de vista que debe tener la economía y su contabilidad-, toda mercancía adquirida por él es puro costo. Puesto que el precio de una mercancía *es el costo social de producción de ella*.

El ciclo económico señala que los costos van en el sentido de la producción, en tanto que los ingresos vienen en el sentido opuesto, en el sentido dado por el consumo, el de los beneficios. De allí que los salarios –que son beneficios- no pueden considerarse como costos, y no los integran.

El derecho a recibir el ingreso natural consiste en el simple hecho de haber nacido, porque el hombre nace siendo un benefactor. La aparición de una nueva vida es, por sí misma, un aumento de la riqueza social; mientras vaya viviendo irá produciendo y consumiendo, lo que también irá aumentando tal riqueza. La obligación que conlleva ese derecho es la de reponer y hacer reponer la magnitud de riqueza que ha sido utilizada para darle posibilidad a esa vida y al valor de ese ingreso natural. Como se ve, esa riqueza utilizada tiene un valor y un sentido social, por lo que no se tiene la necesidad de que sea, exactamente, de la misma especie que aquella.

Si un habitante, por ejemplo, decide viajar a otro país que no maneje la economía de esta misma manera, mientras resida en el extranjero no podrá recibir ese ingreso social. Esto se debe a que, entretanto no esté en el país, no puede cumplir con su obligación social de reposición, lo que lo inhabilita de acceder a tal derecho de la obtención del ingreso mínimo; no produce ni consume en su sociedad.

Cada habitante nace con ese derecho y con la obligación de ejercer una actividad que reponga riqueza de algún tipo, tangible o intangible, a través de cualquiera de los módulos A o N o mediante el factor T. Esto cumple con uno de los objetivos de la humanidad, y por lo tanto de esta economía: la liquidación definitiva del desempleo. A su vez, el arribo de un extranjero lo convierte en un habitante más, en un benefactor más, mientras esté residiendo en el país del ciclo económico. Pero no lo transforma automáticamente en un productor. Para ello (y para cumplir con las dos fases de la reposición) debe establecerse y trabajar. Allí se convierte en otro habitante con el mismo derecho que cualquier otro a recibir el ingreso natural. Un turista es un turista, no un habitante.

Nota: El sistema aquí propuesto da soluciones económicas. Soluciona muchos –sino una enormidad- de los problemas individuales, familiares o de cualquier otro tipo, con su simple aplicación. Pero debemos dejar claro, explícitamente, que no es una poción mágica que hace desaparecer las “enfermedades” de carácter social. No soluciona todos los problemas relacionados con la sicología, ni la social, ni la individual. Tampoco puede solucionar todos los problemas relacionados con la delincuencia ni el mal comportamiento de aquellos hombres que forman parte del grupo social conocido como “lumpen proletariado” o desclasados o marginados. No obstante, nos permite el uso de nuevas herramientas para solucionarlos, como es el caso de la educación o la atención personalizada de aquellos que sufran de esos desajustes sociales. La sociedad en su conjunto –conformada en su mayoría por personas comunes y corrientes, es decir, personas con un comportamiento correcto- podrá darse cualquiera de la enormidad de opciones de que se dispondrán para la solución de esos problemas, incluso el monto o la frecuencia de entrega de ese ingreso natural. Lo que aseveramos rotundamente es que no pueden utilizarse como excusa para la inaplicabilidad de este sistema la existencia cierta de esas minorías, y que, objetivamente, lo negativo que pueda provenir de ellas no merece perjudicar, ni siquiera disminuir, el ahora posible bienestar general de la mayoría de la población. Queremos que quede claro.

El ingreso social general, el valor representado en el factor T, es una cantidad concreta, específica, una cifra que representa por definición todo el trabajo de la sociedad, pero que también debe representar, necesariamente, *la riqueza social mínima anual* que los habitantes de ese espacio vital tendrán que generar para mantener el valor de H, la riqueza total: esa cantidad T es la medida macroeconómica del ciclo, y tiene la particularidad de que, cuando se

mide en granindevs, es igual al número de habitantes. Está relacionada al ingreso mínimo, al patrón I, el que recibe cada uno de ellos en forma individual y el que les permite ir satisfaciendo todas sus necesidades. Esas dos cantidades están predefinidas, mientras que el ingreso extra o salario es una cantidad que se mide en proporción a los merecimientos y según pacten las partes intervinientes, con total libertad para ambas.

Vimos que ese ingreso mínimo I (un hombre por año), a la inversa de todo lo aceptado hasta ahora, debe representar la cifra fundamental de la economía, la unidad de ella, pues a través de esa cifra se realiza todo cálculo económico, financiero, laboral, social, etc. Es más, como unidad de cálculo integra directamente el valor de T (porque $T = P \cdot I$), que es parte fundamental del propio respaldo de la moneda, del indev, (porque $H = R \cdot T$). El valor del patrón I es la unidad macroeconómica del sistema de medida usado, 1I o 1gi, granindev; equivale a 3650 indevs, el ingreso natural anual por habitante.

Podemos dar un ejemplo. Uruguay tiene, en términos aproximados, 3 millones de habitantes, por lo que este país tiene un valor del factor T cercano a 3 millones de I o gi. Esto significa que la riqueza total H del país, incluidos ambos factores R y T, es siempre mucho mayor que 3 millones de granindevs anuales; es la multiplicación de esa cifra por la suma de su riqueza natural, más la creada por la propia sociedad a lo largo de su historia.

El estudio del ciclo económico nos dice que la producción de bienes tiene el objetivo de satisfacer las necesidades de consumo, las necesidades del hombre en su papel de benefactor, por lo que no es un fin en sí misma. No es la única tarea a realizar. Esa producción tampoco tiene como fin un beneficio directo y único a través de las ganancias derivadas de su venta, sino que conjuntamente lo tiene a través del propio hecho de su consumo: *única actividad que genera los beneficios individuales de cada productor, los beneficios sociales generales y los beneficios a la naturaleza, derivados del benefactor mediante el pago de su precio.*

El productor de un bien, como siempre, obtiene los beneficios desde su venta, desde el consumo de ese bien, desde la compra de ese bien por parte del benefactor –compra que cierra la parte del ciclo que está directamente involucrada con esa actividad- y no desde su intención de venderla (lo que no es un hecho económico), y que además se ubica en un punto intermedio del ciclo, por lo que tampoco lo concluye. El mismo productor, a su vez, como benefactor, como integrante de la sociedad, está obteniendo siempre el ingreso natural que corresponde a todos.

La pregunta que debe hacerse un productor en el momento de un intercambio cualquiera no es la que han planteado hasta ahora todas las teorías económicas, aquella de *¿qué obtendré por lo que vendo?*. No es la fórmula general del capital D-M-D (dinero, mercancía, dinero) sino la pregunta *¿qué compraré con lo que vendo?*, esto es, M-D-M (la fórmula general del consumo). Esto se debe a que el papel de benefactor, que también siempre está cumpliendo un productor, es el fundamental, es el imprescindible, ya que con su simple acción de comprar lo que consumirá, concreta la parte que le corresponde del cierre del ciclo, *transformando un costo individual en un beneficio social.* El cierre del ciclo no lo cumple el productor mediante su actividad vendedora; ésta, aunque lo compone, nunca lo cierra, pues forma

parte de las etapas intermedias. *Toda riqueza o beneficio proviene del cierre del ciclo económico, de su conclusión; nunca se obtiene en ninguna de sus diferentes etapas que lo conforman (como materia prima, producto o mercancía), sino hasta que no sea accedido por el benefactor. Por lo tanto, según la capacidad de compra del benefactor, según el poder adquisitivo de su ingreso y la posibilidad de utilizarlo, es que se puede cumplir con el fin último de toda la actividad social e individual; alcanzar el derecho natural que dice que no existan necesidades ni gustos ni caprichos, en ese orden, por satisfacer.*

La generación de riqueza es un logro social. Es social la obtención de sus frutos. Y la distribución de ella también debe serlo. Por ello es que todos, absolutamente todos los habitantes, tomados individualmente, tienen derecho a alcanzarla, y la sociedad en su conjunto el deber de garantizarlo, organizarlo y realizarlo.

La sociedad debe dar la forma legal al pago de ese ingreso mínimo a cada habitante. Para eso, ella debe utilizar el valor estipulado de ese patrón I (el ingreso natural, el poder adquisitivo de carácter individual, la unidad macroeconómica del indev), a través del cual, junto con la cantidad de habitantes P , se calcula el valor de T (el trabajo social o riqueza mínima social, el factor trabajo), y mediante éste se le da un valor concreto a la riqueza H , la riqueza total de la zona, desde la cuál se toma el valor y el respaldo del dinero –el indev- que será utilizado para iniciar el arranque del motor de la economía, si se cumple con la condición del cierre del ciclo.

Esa riqueza total H es el respaldo del indev, mientras que la riqueza propia R , en forma de indevs y en su totalidad o no, es la que será distribuida en la sociedad como ingreso natural de cada habitante, lo que permitirá que ese motor comience a empujar la máquina de la economía. Una vez puesta en movimiento, el trabajo T del hombre y su capacidad creadora y transformadora la irá acelerando hasta alcanzar la velocidad que la propia sociedad considere necesaria, y que, una vez alcanzada, ya no habrá fuerza que la detenga. A través del factor T se transforma N en A , creándose una nueva A , A_t , y se repone la riqueza N consumida, quizá aumentada, N_t . Una vez puesta a andar, si y sólo si se cumple con el ciclo económico, todos los integrantes de este ciclo la irán ajustando a sus respectivas necesidades y gustos, incluso caprichos, sin necesidad de “manos negras” o impedimentos de clases sociales.

Cada niño que nace aumenta la riqueza de la zona, aumenta N y por ende R , y por pertenecer a la especie humana, desde ese comienzo es un benefactor y un productor de bienes intangibles, y un día será un trabajador y aumentará el valor del factor T . Con todo esto, aumenta la riqueza total H . Cada niño cumple su consecuente deber estudiando y creciendo sano. Cada niño merece y tiene el derecho de recibir el ingreso natural I , porque cada uno es un nuevo benefactor y lo será durante toda su vida. Cada niño que nace debe tener asegurada su existencia, no ya como niño, sino que debe tener toda su vida asegurada, como niño, adulto y anciano. No hay mejor forma –ni más humana, ni más sublime- de proteger y hacer eficiente la economía.

La sociedad deberá y podrá darle a cada habitante, desde el nacido más reciente al anciano de mayor edad, un ingreso de monto único o un ingreso variable o escalonado, según lo determine ella misma.

También, por ejemplo, el reparto del ingreso natural podrá hacerse una vez por período, o en el caso que un período haya sido establecido en un año, podrá hacerse en doce cuotas mensuales consecutivas, bimestrales, semestrales, etc. Queda en cada sociedad establecer dicho período, soberanamente.

Cada trabajador tendrá asegurado su ingreso natural que le permitirá moverse con toda libertad para buscar y conseguir el trabajo que para él sea el mejor o el más conveniente, y a través del cual aumentará sus ingresos. Cada empleador tendrá la posibilidad de acordar con sus empleados el monto del salario que percibirán por esa actividad, también en libertad. Podrá pagarlo por adelantado –desde su propio peculio- o como reparto de las utilidades obtenidas al cierre del ciclo, indiferentemente. No obstante debemos reiterar que todo salario integra los beneficios de la actividad que se refiera, nunca se pueden considerar como costos. Si el empleador paga el salario desde su propio dinero, no quita en absoluto la idea de que ese salario se deriva de las utilidades generadas por la actividad que él y su empleados realizan. Damos por seguro que eso no desequilibra ninguna contabilidad, puesto que simplemente, aunque se agrega una “disminución” de beneficios, también se elimina un “costo”.

Cada ser humano tendrá, en algún momento de su vida, la posibilidad de dedicarse a su vocación, su gusto o su capricho, y dedicarse a la tarea que más le agrade o le colme, con la posibilidad de elegir libremente entre todas las habidas y por haber: esa libertad se la permite el indev. No existen jubilados ni “pasivos” –palabra fea si las hay-, porque cada hombre recibe ese ingreso de por vida y cada ser humano será útil mientras así lo quiera; esa seguridad se la brinda el indev. Cada sociedad le dará la forma que crea más conveniente a todas esas tareas: esa libertad se la da el indev. Cada sociedad determinará libremente el valor y el poder de su riqueza: esa emancipación se la permite el indev, y el sistema económico que lo posibilita.

Así, cada hombre tomado individualmente podrá dedicarse a la actividad que más quiera o que más guste, y la sociedad en su conjunto podrá dedicarse a la construcción de una civilización única, de una potencialidad hasta ahora nunca alcanzada, aunque imaginada e imaginable. Compartible.



LA COMPETENCIA Y EL MERCADO, LA OFERTA Y LA DEMANDA

Se ofrecerán mercancías mientras haya necesidad de ellas, y esto no será establecido más que por quien llamamos benefactor, esto es, la sociedad entera, que es una realidad mucho más abarcadora que el indefinido (hasta hoy) concepto de "mercado". El benefactor deberá exigir a los demás y a sí mismo (ahora podrá hacerlo) que se satisfagan sus necesidades, sus gustos y sus caprichos, en ese orden: y el benefactor somos todos. Tendrá las herramientas apropiadas para ello, la información, la educación y, sobre todo, un real poder de compra, el suficiente poder adquisitivo.

Como él es el objeto de la nueva economía, haciéndose así justicia con su real valer, y además por tener ahora un poder de compra necesario y suficiente, su exigencia se transforma en orden, no en falsas leyes. El productor de un bien cualquiera, como benefactor que también es, asumirá ahora una responsabilidad nueva, que antes no tenía, no sólo sobre la calidad de ese bien que produce sino también sobre su precio o costo social de producción, ya que él mismo disfrutará de este derecho como benefactor de otras mercancías.

Repetimos que una necesidad es aquello que a alguien le falta y que, conjuntamente, otros tienen. Es obvio que no puede haber necesidad –en su acepción económica normal- de algo que aún no existe. Por lo tanto ya hay una "oferta" de la mercancía que suple esa necesidad y una "demanda" suficiente como para hacerla "rentable". Si así no fuera, habría entonces un "mercado apetecible" a disposición. La producción de alimentos, de medicamentos, de viviendas, su abundancia, su súper producción, es la tarea prioritaria, hasta que se alcance a todos, sin excepción, tratando siempre de evitar los perjuicios que pueda generar su posible explotación irracional o exagerada. Para esta economía, no obstante, es mejor pecar de súper producción que de escasez: la abundancia, en todo sentido, es una de sus metas. Así ha de suceder con toda actividad humana.

La necesidad de algo que aún no existe es para esta economía y su sociedad un reto, un desafío a vencer.

La "competencia" entre productores cabrá cuando ya no existan necesidades que saciar, sino solamente gustos y caprichos. Esa posibilidad se alcanza más pronto de lo que se piensa, más rápido de lo que se cree y más fácilmente de lo que se sueña. Pero el primer logro y el principal es que el benefactor no es más el rehén de esa competencia.

El desempleo no puede existir, por lo que no habrá "competencia" entre desempleados, terminándose así con otra manera de usurpación del poder adquisitivo, que no fue nunca otra cosa que la apropiación de beneficios sin devolución ni generación de riqueza.

Para el ciclo económico el concepto de mercado es muy diferente que para la llamada "economía de mercado". No posee el sentido religioso de un ente supra social. Y es muy fácil explicar por qué: el ciclo demuestra que no

existe la "ley" de la oferta y la demanda, base teológica de la "existencia" de ese ser todopoderoso.

Para el ciclo económico el mercado (en sentido general) es un sinónimo de comercio o de comercialización. Entonces, el "mercado" queda definido a priori como la porción de la sociedad, integrante de un Estado nacional, que en un momento cualquiera está intercambiando mercancías y servicios. El mercado no posee características propias distintas a la de la sociedad que lo conforma; sólo es (o podría ser) una parte de ella. Esa fracción de la sociedad no tiene límites definidos, porque ella misma y sus integrantes varían continuamente. El mercado sólo puede ser tomado en un sentido general, puesto que esa condición de intercambio que lo define, siempre se está realizando.

Para esta economía lo que se llama "demanda" no es más que las necesidades, gustos o caprichos que tiene el benefactor y que aún no se han satisfecho. En tanto que la "oferta" son los diferentes bienes que el productor ha puesto en venta. Generalmente están directamente relacionados con las necesidades actuales del benefactor. La significación de ambas palabras, demanda y oferta, sólo tiene sentido si el benefactor tiene un poder adquisitivo tal que haga que estas realmente existan.

Mientras haya actividad económica habrá "oferta", habrá "demanda", y habrá "mercado". Pero estos no serán libres mientras el hombre no sea libre, mientras no se libere de la necesidad, mientras no sea digno... Mientras no sea hombre.

En definitiva, la aplicación de este sistema asegura la existencia de un mercado libre, pero en un nivel de desarrollo mayor, mucho más alto del que dicen haber alcanzado los neoliberales. Porque no solo permite la libertad del oferente sino la verdadera libertad del demandante al darle a este la única herramienta que le permite alcanzarla: la seguridad absoluta de que ya no tendrá necesidades pues contará con un nivel adecuado de ingresos, avalado por un poder adquisitivo certificado.

Antidogma: Podemos aseverar que hay una tendenciosa falsa oposición entre mercado y Estado.

Oposición empujada desde atrás por ese concepto enano del individualismo metodológico y por quienes lo inventaron. Los economistas "independientes" dicen: *en nuestros días continúa la vieja polémica, unos pidiendo "más mercado" y otros pidiendo "más estado". En una sociedad humana viva, en continua evolución, no hay forma teórica de resolver la cuestión. No puede haber una demostración "científica" de qué proporción entre mercado y Estado es la más conveniente, o la más justa. Diversas personas y grupos, con diversas ideologías e intereses, son partidarios de una u otra proporción. Podemos dar por seguro que no es un tema sobre proporciones, sino sobre posiciones o ubicaciones. Debemos decir que, por motivos puramente jurídicos del propio sistema político que se soporta por el económico, el Estado, incluso el capitalista, está jerárquicamente por encima del mercado. Este no es más que una manera especial de llamar –que incluso está indefinida- a otro tipo de conformación social, de interrelación humana, como hay tantas otras dentro de cualquier estado. Según esa indefinición de mercado podríamos llamar al Parlamento como el "mercado de las leyes" donde hay diferentes individuos que intercambian posiciones y donde*

terminan "cerrando el trato", o a la Justicia como el "mercado de la abogacía" donde unos acusan y otros defienden hasta que se llega a un "acuerdo", y así a todas y cada una de las agrupaciones sociales donde existe un "comercio" entre distintos intereses. Y es ridículo pensar que cualquiera de estos "mercados" pueda estar por fuera o por encima del Estado, que tengan un fin contrapuesto con él, sino que lo conforman. Ni siquiera el "mercado", en su concepción más abstracta, puede considerársele externo al propio Estado.



IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN

Dentro de este tema es donde comete mayor cantidad de errores la economía primitiva, donde más se nota su origen místico. De allí que el ciclo económico se vuelve muy delicado de comprender, quizá frágil, para aquellos que conciben lo económico, por ejemplo, según la visión neoliberal. El ciclo necesita que se deje a un lado la liturgia primitiva en el tema del comercio exterior, para percibir en su debida forma varios de sus principios.

Viene al caso hacer notar la diferencia de conceptos entre valor y precio. Mientras que el ciclo nos dice que *el precio es el costo social de producción de una mercancía, su valor está dado por el nivel de necesidad social que de ella exista y la forma en que la satisface. Sus magnitudes pueden coincidir o no, y su relación está basada en una función no proporcional; el valor relativiza al precio.* Para los neoliberales son la misma cosa.

En verdad, en el capitalismo, el valor de la riqueza está determinado por la cantidad de trabajo socialmente necesario para producirla. Para el ciclo económico también; pero agregando que el trabajo social es una necesidad colectiva, cuyos frutos han de satisfacer las necesidades del benefactor. Así, el valor de la riqueza está determinado por la necesidad social, productora-reponedora y consumidora-reponedora.

Debe tenerse en cuenta, a su vez, que el comercio exterior es intrínsecamente diferente entre dos países con igual sistema económico que entre dos países con sistemas diferentes, uno de ellos con el sistema que estamos proponiendo. En la mayoría de los casos tomaremos "nuestro" país como el que está aplicando el sistema que aquí desarrollamos.

<p>Antidogma: Ningún país aumenta su riqueza o se desarrolla mediante la exportación, bajo ningún sistema económico</p>

<p>Nada puede exportarse sin haberse producido anteriormente: esa producción es lo enriquece o desarrolla económicamente a un país, no la exportación por sí misma: no puede exportarse lo que no se produce. De aquí es muy fácil comprobar que la riqueza existe previamente a cualquier comercio (exterior o interior) que se realice con ella. Hasta ahora, el espejismo de la exportación como método esencial para el enriquecimiento se ha basado en dos misticismos: en la "necesaria" obtención de divisas y en que los "beneficios" que por su intermedio se alcancen favorecen a todos.</p>

Siempre se ha sabido que ningún país puede progresar si necesita *importar* lo que consume, por la sencilla razón de que, si requiere hacerlo, es necesariamente un país que no genera riqueza; pero tampoco se desarrolla si la riqueza que genera la exporta; o mejor dicho, si tiene como fin primordial el *exportar* su producción. El ciclo económico confirma que ningún país se desarrolla vendiendo la riqueza propia (llámese carne, café, o petróleo) y que él mismo puede estar necesitando. Aun menos si lo hace a cambio de una moneda que no es la suya, que no es un indev (dólares por ejemplo); este tipo de moneda nunca suple lo extraído, ni aumenta el valor de la riqueza social H.

Sólo puede exportarse el excedente, lo que no se necesite. Si es que lo hay. La producción excedentaria puede planificarse; puede utilizarse para importar, a cambio de ella, lo que se esté necesitando. La necesidad de bienes o mercancías, como se ve, es lo que promueve todo el comercio, y en particular el exterior. No lo hace su precio.

Se ha dicho ya que la exportación no es una meta de esta economía. Y aún más, es totalmente prescindible para el país que la utiliza. La riqueza existe en su interior (mídase en la moneda que se mida): esa riqueza es la conjunción de la que existe en su naturaleza y en la generada y transformada por la actividad de su gente; si por alguna razón estas dos variables aún no han podido colmar alguna necesidad puntual, los habitantes del país deben (y con ésta propuesta pueden, ésa es la diferencia) promover la forma para crearlas por sí mismos, sin tener que endeudarse externamente.

Para el cumplimiento del ciclo no se necesitan "divisas" que "aumenten las reservas" (como nos han dicho los primitivos), ya que aquellas no aumentan el respaldo del indev; no mejoran la riqueza del país, no integran N ni A ni, por tanto, R. Así se confirma la pérdida del sentido de poseerlas: para el ciclo son inocuas, anodinas, inútiles. En tanto, "nuestras" reservas aumentan única y solamente con la extracción de riqueza, su elaboración, su consumo y su reposición, en una unidad compacta que se obtiene y representa con el cumplimiento efectivo del ciclo económico; eso es lo único que implica un aumento verdadero de riqueza.

Ninguna moneda con las características de las que existen (excepto la "nuestra") tiene valor para este tipo de economía: ninguna cumple el ciclo económico. Es más, ninguna suple una necesidad del benefactor. En definitiva, ninguna de ellas aumenta H, la riqueza social, el respaldo del indev.

Recordemos que el ciclo económico tiene sólo una "puerta" de entrada y una de salida. Por eso la importación de cualquier tipo de *materia prima* (aunque puede no beneficiarlo) definitivamente no lo perjudica; ellas inician su propio ciclo y presuponen una "extracción". Quedan por cumplir las demás etapas del ciclo involucrado, generadoras de riqueza, en especial la etapa de reposición.

En cambio lo perjudica en grado sumo la exportación de ellas, pues son éstas las que abren los diferentes ciclos que las involucran por ese único lugar posible y no perjudicial. Las materias primas abren un ciclo; si se las exporta no lo cierran. Y si no se cierra un ciclo abierto, podrá haber alguna transformación, pero no hay *creación* de nueva riqueza (lo que ordinariamente se le llama "valor agregado") ni *reposición* de la riqueza extraída en cantidad suficiente para equilibrar la extracción (faltará, por lo menos, la reposición indirecta y automática del benefactor). No se alcanza a "saldar aquella deuda" adquirida previamente con la naturaleza. Es evidente que éste perjuicio sucede si la exportación se realiza a un país con otra economía, donde no es necesario el cumplimiento del ciclo económico, y donde su población no desempeña el papel de benefactor. Si va dirigida a un país igual al "nuestro" el ciclo se cumple cómo si fuera un consumo interno. Esta diferencia tan radical se debe a que todo depende de lo que se obtiene a cambio de una exportación: entre

países con indevs no existe un comercio exterior regulado por otros dineros. Intentaremos aclararlo.

Por ejemplo, la importación de cualquier materia prima suple la posible e inevitable extracción de ellas desde el territorio nacional: ingresa e inicia normalmente el ciclo económico correspondiente. Por ser materia prima, puede tener dos características propias: es directamente una mercancía para consumo (frutos, pesca, etc.) o por el contrario es un insumo para la elaboración industrial de otro bien, que será consumido o usufructuado una vez realizada su transformación. Ambas formas cumplen, por concluirlo, con su respectivo ciclo; aumentan R, aumentan T, y así, aumentan H.

Pero su exportación implica una extracción real de riqueza al módulo N, (por lo tanto al factor R), una disminución innegable de ella –sino destrucción definitiva-, restándole valor a la riqueza social H, al respaldo del indev, sin que sea posible suplir o reponer esa quita. Al no tener valor agregado, tampoco mejora al factor T, el multiplicador de la riqueza. Ya de por sí, esto demuestra cuán perjudicial es la exportación de riqueza, pero es mucho más pernicioso aún por lo que generalmente se obtiene a través de una exportación: moneda extranjera.

La única solución posible a este dilema de la exportación de materia prima (a un país capitalista, por ejemplo) es el trueque por otras materias primas, o por mercancías ya elaboradas que suplan una falta propia. De aquellas ya hablamos, y éstas porque suplen una necesidad cierta, una verdadera necesidad de consumo, objeto de la economía. Para el ciclo, la exportación sin trueque no es un comercio justo, porque se reciben monedas sin ningún valor –que no suplen necesidades sociales- a cambio de riqueza social verdadera

Si una mercancía de origen nacional es muy solicitada desde el extranjero, podremos intercambiarla por materias primas u otros insumos que hagan falta. O, en todo caso, por mercancías elaboradas que no puedan producirse aquí. La otra posibilidad es que el otro país utilice también el mismo sistema económico que el “nuestro”, caso en el cual el trueque es la única forma posible (además de ser la natural y justa), de comercio entre ambos; debemos considerar que el uso de ambos indevs como “medio de pago o intercambio” no es más que otra forma de trueque, pues ellos mismos no son más que el uso de un patrón de medida (como pueden ser las toneladas, por ejemplo): el uso del indev es en sí mismo un trueque de mercancías, no intermediadas por él sino medidas por él.

El sistema que estamos proponiendo, tal como se ve, no promueve la autarquía, esto es, aislar económicamente al país que la utiliza de los demás países. Lo que busca es el cumplimiento efectivo del ciclo, de que no haya un perjuicio directo a la economía del país, ni que ningún país sea más favorecido que otro. En definitiva lo que busca es que bajo sus principios se realice todo comercio internacional, libre y beneficioso, es decir, justo.

Los neoliberales van a poner el grito en el cielo, pero debemos decir que no hay mayor libertad de comercio nacional e internacional que dentro de la tesis que estamos proponiendo. Simplemente porque no existe ningún país o

habitante que se beneficie más que el otro. La libertad se disfruta, se siente y se vive cuando se cumple con justicia.

Mostraremos ahora una visión ortodoxa sobre el comercio exterior, basándonos en un escrito realizado por un economista mexicano llamado Martín C. Ramales Osorio, de neto cuño neoliberal.

“He enseñado la teoría del comercio internacional como parte de los cursos de economía internacional y de teoría económica en la Universidad Tecnológica de la Mixteca y en la Facultad de Economía de la UNAM. Y he encontrado que a la mayoría de los estudiantes les resulta demasiado difícil comprender los diversos aspectos de la teoría económica, que si bien no es sencilla tampoco resulta demasiado compleja”.

“En una primera aproximación, el comercio entre países surge por las distintas productividades del trabajo, la tierra y el capital. Además ninguna nación, ni ningún individuo, es completamente capaz de producir todos los bienes y servicios que requiere para sobrevivir. Si los norteamericanos requieren de 8 unidades de trabajo para producir una unidad de alimento mientras que los mexicanos requerimos 10, entonces a los mexicanos nos resulta más barato (en términos de unidades de trabajo) importar el alimento de Estados Unidos que producirlo internamente; pero si, por el contrario, los mexicanos requerimos dos unidades de trabajo para producir una unidad de tela mientras que los norteamericanos requieren 4, entonces a los norteamericanos les resulta más barato (en términos de trabajo) importar la tela de México que producirla ellos mismos”.

El mismo Ramales nos está diciendo el motivo de por qué a los estudiantes les *“resulta demasiado difícil comprender los diversos aspectos de la teoría económica”*. ¿Quién, en su sano juicio, puede pretender que se comprenda -y menos aún que se comparta- una teoría que dice que el país que produce alimentos más baratos es aquel que genera la menor cantidad de trabajo? ¿El propio Ramales no nos está enseñando que el trabajo es un “factor productivo”? Pero además, y especialmente: ¿Para quiénes se producen esos alimentos o esas telas? ¿Para los que no trabajan? ¿Para los que no tienen ingresos? ¿A qué mexicanos les vendería el alimento más barato que aconseja comprarle a los norteamericanos? En fin, ¿quién se beneficia con los “diversos aspectos de su teoría económica”?

¿Quién puede entender a un profesor que dice que se debe tomar al trabajo como un costo a rebatir y no como lo que realmente es? En su sentido más sencillo, el trabajo es la fuente de ingresos individual y colectiva más importante, si no la única; es lo que transforma a un hombre en benefactor. ¿Qué está haciendo Ramales mientras enseña sino trabajar? ¿Acaso el fin para el que estudian esos mismos estudiantes no es aplicar los conocimientos, es decir, trabajar y vivir de su trabajo? ¿Acaso les está diciendo que acepten sin chistar que aquello que les paguen después de graduarse será un costo, necesariamente disminuíble, obligatoriamente rebajable? En verdad los “diversos aspectos de su teoría económica” no les enseña lo cierto: que el trabajo no es nunca un costo; es un generador de beneficios: *es un factor multiplicativo de la riqueza*.

Él nos dice que “en una primera aproximación, el comercio entre países surge por las distintas *productividades* del trabajo, la tierra y el capital”. De allí podríamos preguntarle: ¿Qué es más productivo para su teoría, trabajar mucho, trabajar poco o no trabajar? Siempre “en términos de trabajo”, como

él dice. ¿Qué es más productivo, tener buenos ingresos, menguados ingresos o nulos? Seguramente, sus conocimientos sobre economía no son suficientes para hacer congruentes las respuestas a estas dos preguntas con las afirmaciones tan eruditas que de él hemos citado.

Esta acotación es necesaria para explicar por qué el ciclo económico necesita de conceptos claros para entender el comercio internacional. Esa claridad es lo que le ha faltado a esa otra teoría, que el pobre Ramales tiene el deber de enseñar. Nunca será una tarea fácil, ni para él ni para sus estudiantes.

El precio de una mercancía de origen extranjero (desde un país con una economía diferente a la que se propone, capitalista por ejemplo), nunca es más barato o más caro que una mercancía igual o similar de origen "nacional" (el alimento que cita Ramales, por ejemplo). En primer lugar porque no existe forma irrefutable, clara y justa, de comparar sus precios; por lo tanto no puede existir una verdadera "competencia". Pero mucho menos aún de comparar sus valores: el valor de lo "nuestro" siempre es mucho mayor. Es así, de manera fundamental, porque ya no tiene sentido comprar más barato o más caro, sino cumplir con el ciclo económico: el reponer y aumentar riqueza, de satisfacer necesidades de los consumidores. Y para que se alcance un ingreso razonable. "Nuestro" país no se beneficia comprando fuera una mercancía competitiva de precio menor; se beneficia produciéndola, *sin considerar su costo social de producción*, pues éste se transforma, siempre, en un beneficio general al ser adquirido por el benefactor: el valor de un bien sólo existe (es y está) a través de quien lo consume o usufructúa.

El beneficio sólo puede lograrse mediante la compra de la producción nacional, o importándola desde un país que también utiliza la economía cíclica. Si éstas dos maneras no son posibles, hay que disminuir los inevitables perjuicios que provoca la importación desde una economía diferente, por intermedio de convenios bilaterales o multilaterales que permitan la imprescindible concreción de ese ciclo económico unívoco para cada tipo de mercancía. Para esta economía no importa en absoluto lo caro o lo barato de un artículo sino la necesidad que intenta satisfacer: *no importa su precio ni su origen, sino su valor*.

El costo social de producción de un bien (lo que se llama su precio de venta o, mejor dicho, su costo de compra), al ser pagado por el benefactor se transforma en un beneficio social, en un aumento de la riqueza de todos. Pero sólo si ese artículo integra el ciclo económico, esto es, si tiene un precio de venta que realmente representa su valor social. *El valor de un bien relativiza su precio*. Es el benefactor quien modifica el signo, de negativo a positivo, de la cifra que representa el precio: de costo individual lo transforma en beneficio social. Lo indica claramente el ciclo y los dos sentidos que éste posee.

Daremos un ejemplo (que no tiene que ver con el comercio exterior) para mostrar estos conceptos, utilizando para ello la compra de viviendas. Un benefactor llamado José ha adquirido una casa nueva pagando un precio de 10.000. A partir de dicho pago, todos los productores involucrados en su construcción recibirán sus ganancias correspondientes, cerrándose el ciclo económico propio de tal vivienda. El precio pagado es su costo social de producción, y también es su valor social, por lo que el factor A del país ha sido aumentado (gracias a Juan y no a los

productores), un monto de 10.000. El respaldo del indev ha sido aumentado, exactamente, en esa cifra: su costo social fue transformado, por José, en nueva riqueza social.

En tanto María ha comprado una casa idéntica, pero usada, cuyo precio fue de 8.000. El ciclo económico de la casa de María había sido cerrado por su propietario anterior, quien había pagado por ella un precio cualquiera, igual o diferente: ése señor fue el verdadero benefactor. Esta compra de María la transforma en propietaria de una casa, pero no en benefactora, pues no ha aumentado el factor A. El valor social de su nueva casa ya había sido agregado a ése factor cuando lo pagó su primer dueño, quien en realidad concluyó el ciclo económico de ésa vivienda.

Seguramente, para José y María individualmente, el valor de cada casa sea idéntico al precio que pagaron, pues la necesidad que han satisfecho es exactamente la misma. Pero sus montos son diferentes: esto demuestra que no siempre son iguales el valor y el precio de un bien.

El precio de cada casa (10.000 la de José, 8.000 la de María) son entre sí diferentes. Y no sólo en el monto. Los 10.000 que pagó José equivalen al costo social de producción de esa vivienda (característica que le da a José su carácter de benefactor) y ésa cifra es la que le da derecho a su posesión y disfrute; el valor (tomado en forma individual o social, indiferentemente) de su casa es exactamente igual a esos 10.000.

En cambio, los 8.000 de María son el precio que ella paga para obtener el derecho a usufruirla (ella es sólo una nueva propietaria y no benefactora); ella no paga el costo social de producción de su casa; no paga su valor social. Éste ya fue pagado y agregado al factor A por un dueño anterior. Él fue realmente un benefactor, transfirió en el pasado ese monto (para nosotros desconocido pero fácil de averiguar), a la riqueza total H del país; el costo individual lo transformó en beneficio social, que sólo se ingresa una vez al factor A.

El valor individual que cada uno le da a su casa puede ser considerado igual al precio que pagaron por ellas. O no; queda en cada quien definirlo. Pero el valor social de cada una es de una magnitud exactamente igual al costo social de producción (o precio) de una y otra, que sólo se da una vez en cada ciclo económico propio.

La importación es un comercio necesario porque *"ninguna nación, ni ningún individuo, es completamente capaz de producir todos los bienes que requiere para sobrevivir"*, pero el ciclo nos dice que debe realizarse para suplir una falta cierta, falta que puede ser considerada como necesaria o muy necesaria para el benefactor al que está dirigida, o para el productor que la utilizará como insumo. Nunca porque tenga la característica de ser más "barata". Porque si no suple una falta real, el ciclo indica que es puro gasto, pura especulación, puro perjuicio, por más asequible que pueda parecer su precio. Si no satisface necesidades existentes su valor es nulo, por lo que su precio siempre será exageradamente alto. Importar bienes no necesarios es tan mal negocio como comprar ceniceros para motocicletas; por baratos que sean no tienen valor.

Para los países que no practiquen la economía de ciclo económico no existirá un perjuicio o un beneficio distinto por comerciar con uno que sí la utilice. La importación y la exportación se unifican en el criterio de "comercio exterior", cuyo resultado no debe ni puede perjudicar a ninguna de las dos partes que lo integran. Esa es la primera regla que debe aceptarse. Y como la forma más directa y efectiva de perjudicar esta economía es no cumplir el ciclo económico, nada que no lo cumpla puede beneficiarlo.

El comercio exterior a alcanzar es aquel que aún no existe: puro comercio interior, en un sentido continental o mundial, que es el único comercio definitivamente justo. Y definitivamente libre. Se transforma en un comercio de contenido y forma similar al interno o nacional, pero a otro nivel. De esa manera, debe preferirse la realización del comercio entre naciones con este mismo sistema económico, porque se asegura el cumplimiento del ciclo económico de ambas; son las únicas que lo deben cumplir necesariamente.

Si así no fuera, debe promoverse el trueque, para que el ciclo económico del país con esta economía no sufra de un perjuicio, que de otra manera sería inevitable. No debemos olvidar nunca cuál es el significado de la palabra valor que se tiene en el sistema que estamos proponiendo: vale aquello que satisface necesidades del benefactor o del productor, o que aumenta efectivamente, en forma directa o indirecta, la riqueza del país y con ella el respaldo del indev. Así, ninguna de las monedas actuales tiene valor como para que toneladas de ella puedan ser cambiadas por cualquier producto natural o artificial, excepto por el papel que contienen, y sólo con el objeto de reciclarlo. Un huevo de codorniz vale más que el contenido de la caja fuerte del City Bank, el hambre de un niño tucumano o del barrio Conciliación vale mucho más que el contenido total de la Federal Reserve, sin exageraciones ni eufemismos. Ninguna moneda de tipo distinto al indev es útil para aumentar su respaldo, esto es, la riqueza de la sociedad que lo utiliza, y si se quiere, su "capital".

Resumiendo, la exportación de materias primas –casi todo está integrado por ellas- es perjuicio puro, si no son intercambiadas por valores similares y equitativos. La importación de ellas es aumento de riqueza, cuando cumpla con las condiciones de suplir una falta o una necesidad y si su adquisición cumple efectivamente con el ciclo económico propio de ella. Toda materia prima útil importada ingresa al ciclo económico por la única "puerta de ingreso" válida, esto es, por el inicio, porque suple una extracción.

En cuanto a la importación o exportación en general, de cualquier tipo de mercancía, por ser estas tan variadas, deberá definirse en forma particular su carácter de beneficio o perjuicio, mediante la revisión de los respectivos ciclos que les atañen y la necesidad que cubren o intentan cubrir ellas mismas, esto es, si cumplen o no con el sentido original del ciclo económico: si lo ingresan y/o lo culminan sin generar un perjuicio. De allí que el control de estas condiciones debe ser muy estricto: debe verificarse plenamente ese cumplimiento.

Existe la libertad de que ambas actividades relacionadas al comercio exterior (importación y exportación), pueden ser promovidas por cualquier productor, pero han de ser realizadas a través de dichos controles, puesto que, además, quien cobra una exportación o paga una importación es la sociedad en su conjunto. Una exportación implica la venta de una mercancía que se produjo socialmente, y una importación está dirigida al benefactor, que somos todos, o al productor para que, por su intermedio, produzca socialmente una mercancía que la sociedad necesita. Esta es la que tiene el derecho y la obligación de dar forma y contenido a dichos controles, a través de los cuales es necesario realizar los trámites necesarios. Por ejemplo, según nos lo dice el

ciclo económico, ninguna importación, aunque cumpla todas las condiciones impuestas, otorga beneficios al productor involucrado hasta que ella, o su derivada, no sea adquirida por el benefactor al que está dirigida, o sea, hasta que se cierre el ciclo involucrado en ella.

Para esta economía no existe diferencia entre exportar diamantes, por ejemplo, o pagar importaciones con ellos; trocar con ellos. Aunque no pueden reponerse, esos diamantes son riqueza natural, tal como lo son las cabras o las papas o las arvejas enlatadas; son riqueza propia y se miden en indevs. Por ese motivo es que, al fin y al cabo, siempre representan un intercambio internacional efectivo y verdadero, intercambio en el sentido real de la palabra. Los neoliberales desprecian el uso del trueque porque consideran que es una "desventaja" el que las dos partes que intervienen en la transacción deben desear poseer los bienes que ofrece la otra parte. Es lo opuesto a lo que nos dice el ciclo, que es una enorme ventaja: les compramos a quienes les vendemos, les vendemos a quienes nos compran, que podrán siempre ofrecernos algo que estemos necesitando, hecho por ellos mismos o por terceros. No olvidemos la obviedad de que esto no es una regla absoluta sino una tendencia, una inclinación, una prioridad no incondicional. Pero tampoco olvidemos, especialmente, que la exportación no es necesaria para el aumento de la riqueza, ni es promovida por esta economía.

A nivel del comercio exterior el indev no cumple el papel de medio de intercambio. Si pensamos en él como lo que en sí es, un sistema de medida y comparación (tal como lo son las toneladas por ejemplo), podemos decir que el pago de una importación de medicamentos se realiza con una cantidad determinada de toneladas de carne. Internamente, cada país mide esas cantidades como quiere: el país que usa el ciclo puede traducir ese número de toneladas en un número que identifica el valor de la carne mediante un monto en indevs, pero esta moneda no interviene en esa transacción. Así queda claro que el comercio realizado entre dos países siempre es un trueque.

Para los productores nacionales es mucho más redituable el "mercado interno" que la venta al exterior, puesto que la población tiene suficiente poder adquisitivo como para pagar un buen precio por sus productos; quizá el precio internacional, quizá más que ese precio, por poseer ahora un verdadero poder adquisitivo, un poder de compra disfrutado, conocido y garantizado por los mismos productores. Si el precio internacional de la mercancía que venden, por un motivo cualquiera, es más alto que el "nacional", la sociedad debe acomodar su precio límite máximo a esta nueva realidad: porque ése hecho nos indicaría que tal límite no ha sido bien calculado, o que se estaría cometiendo una injusticia con "nuestros" productores. A su vez, si el motivo de tal desfasaje es que el poder de compra de la población no llega a ser el suficiente para pagar un precio justo, existe no ya la posibilidad sino la obligación de elevarlo al nivel necesario. No olvidemos que no importa el precio de una mercancía, sino su valor.

De esta manera, si se necesitan realizar compras o ventas internacionales, habrá un comercio externo realmente libre e igualitario –esto es, justo- puesto que la comercialización se hará según sus valores (no por sus

precios), por pura economía –por extraer, generar y reponer riquezas-, para satisfacer necesidades reales o gustos o caprichos.

Nada menos que el principal sacerdote de la religión neoliberal, Milton Friedman, nos dice sobre este tema, en su obra catequista “La tiranía de los controles”

“Al examinar los aranceles y otras restricciones al comercio internacional en su obra “La riqueza de las naciones”, Adam Smith escribió:

Lo que en el gobierno de toda familia particular constituye prudencia, difícilmente puede ser insensatez en el gobierno de un gran reino. Si un país extranjero puede suministrarnos un artículo más barato de lo que nosotros mismos lo podemos fabricar, nos conviene más comprarlo con una parte del producto de nuestra propia actividad empleada de la manera en que llevamos alguna ventaja [...]. En cualquier país, el interés del gran conjunto de la población estriba siempre en comprar cuanto necesita a quienes más baratos se lo venden. Esta afirmación es tan patente que parece ridículo tomarse el trabajo de demostrarla; y tampoco habría sido puesta jamás en tela de juicio si la retórica interesada de comerciantes y de industriales no hubiese enturbiado el buen sentido de la humanidad. En este punto, el interés de esos comerciantes e industriales se halla en oposición directa con el del gran cuerpo social.

Estas palabras son tan válidas hoy como eran entonces. Tanto en el comercio interior como en el exterior, es de interés para el “gran conjunto de la población” comprar al que vende más barato y vender al que compre más caro. Con todo, la “retórica interesada” ha dado lugar a una asombrosa proliferación de restricciones sobre lo que podemos comprar y vender, a quiénes podemos comprar y a quiénes podemos vender y en qué condiciones, a quiénes podemos dar empleo y para quiénes podemos trabajar, dónde podemos residir, y qué podemos comer y beber.

Adam Smith culpó a la “retórica interesada de comerciantes y de industriales” Quizá fueran ellos sin duda los principales culpables en su época. En la actualidad tienen mucha compañía. En realidad, difícilmente alguno de nosotros escapa a la “retórica interesada”. Según la inmortal frase de Pogo, el personaje de Tebeo, “hemos descubierto al enemigo y ése somos nosotros”. Luchamos contra los “intereses especiales”, salvo cuando resulta que el “interés especial” somos nosotros mismos. Cualquiera de nosotros sabe (que) lo que es bueno para él lo es para el país, por lo que nuestro “interés especial” es diferente. El resultado final es un laberinto de restricciones y más restricciones que hacen que la mayoría de nosotros seamos más pobres de lo que seríamos si se eliminasen todas. Perdemos mucho más a consecuencia de las medidas que benefician a otros “intereses especiales” de lo que ganamos gracias a las medidas que benefician nuestro “interés especial”.

El ejemplo más claro se halla en el comercio internacional. Las ganancias que obtienen algunos productores gracias a los aranceles y otras restricciones quedan compensadas con creces por las pérdidas que sufren otros productores y especialmente los consumidores en su conjunto. La libertad de comercio no sólo procuraría nuestro bienestar general, sino que también promovería la paz y la armonía entre las naciones y estimularía la competencia interna.”

Para el ciclo económico sus palabras son “tan falsas hoy como entonces”, y es pura “retórica interesada”, porque como ya lo hemos dicho, una cosa es el valor y otra el precio de una mercancía, y nunca están conjuntamente

relacionados –no pueden estarlo- ni para con el beneficio individual del vendedor ni para con el costo que representa para el consumidor.

La neo-libertad de comercio es, para los países no industrializados, una enorme restricción en sí misma; prohíbe la existencia del precio justo, tanto para los productores de dichos países como para sus consumidores. Coarta la posibilidad del beneficio necesario para el productor y el de la satisfacción de una necesidad para el consumidor. Los productores no pueden competir con precios (y beneficios) justos; los consumidores no pueden pagarlos. Parafraseándolo: “Las ganancias que obtienen algunos productores (de los países ricos) gracias a la falta de equivalencia en los costos y otras restricciones (acceso a un financiamiento razonable, acceso a la tecnología, etc.) quedan compensadas con creces por las pérdidas que sufren otros productores (los de los países pobres) y especialmente los consumidores (de éstos países) en su conjunto, quienes en definitiva pagan todos los costos.”

La importación de un automóvil producido en un país con distinto sistema económico y armado en origen (sin ningún “valor” a agregar) es, para el ciclo económico, puro gasto, puro perjuicio. Su precio no tiene ninguna correspondencia con su costo social de producción: éste, simplemente, no existe. Su importación no abre ni cierra ningún ciclo económico, por lo que el comprador que pague su precio no puede transformarlo en beneficio social: su valor social es nulo. Su precio existe (y puede llegar a ser muy alto) pero su valor es cero. Ése comprador nunca llega a ser un benefactor.

Si en cambio se importa un automóvil para armar, su precio final contendrá sólo una porción de costo social de producción, que, por ejemplo, puede ser del 25% de aquél. Al ser adquirido, sólo una cuarta parte de lo que paga el comprador se transforma en valor social, cifra que pasa a integrar la riqueza H del país. El resto es toda pérdida. Aunque puede suplir satisfactoriamente la necesidad del comprador (él es quien le da un valor individual y subjetivo, por ello inmedible), su valor social (éste sí mensurable) es muy bajo. Su importación no sólo se saltea la etapa extractiva, sino que “inicia” un ciclo económico en la etapa industrial y sólo en forma parcial (las piezas vienen prefabricadas), por lo tanto es un ciclo que “nace” incompleto: al ser su costo social de producción de sólo un 25% de su precio, éste será su valor social. El comprador es sólo la cuarta parte de un benefactor. O dicho de otro modo, cada cuatro compradores se alcanza un benefactor.

La importación de materias primas para la fabricación de automóviles abre un ciclo completo, con un costo social de producción perfectamente conocido, que será transformado por el benefactor en un valor social, en una riqueza total, en un respaldo del indev del 100%.

Éste ejemplo explica, por sí solo, por qué los países industrializados se enriquecen con el comercio exterior (ellos cumplen con algo similar, sin alcanzarlo, a lo que propone el ciclo económico; importan materia prima, venden productos terminados). Además promueven la “libertad” de comercio mediante la colocación de trabas arancelarias y la subvención de sus productos.

Como derivación, mientras que los exportadores de materias primas nunca podrán desarrollarse, sí lo harán los importadores de ellas. Los países del tercer mundo nunca avanzarán si continúan creyendo en las teorías económicas de origen religioso que los beneficiados por ellas tanto se esfuerzan en promover, a pesar de no cumplirlas totalmente. Nos dicen: “haz lo que yo digo pero no lo que yo hago”

La noción equivocada de equivalencia entre valor y precio -es decir, considerarlos como “iguales”- ha sido una regla en el estudio la economía

primitiva (la capitalista por ejemplo), que siempre vio a toda la actividad humana (incluso al trabajo) como un costo. Es así porque siempre ha tomado para sí el punto de vista del vendedor, del mercader, del capitalista. Pero para el ciclo económico natural (que mira desde los ojos del consumidor), el valor es clara y totalmente diferente al precio.

Mientras que el costo de producción social de un bien cualquiera es perfectamente conocido (que se representa en lo que llamamos comúnmente "precio", el que coincide numéricamente con su valor social), debemos decir que *el precio no siempre representa el valor individual del bien* (aunque pueden coincidir en algún caso específico). Un bien tiene un único precio, pero la necesidad de su producción, y el nivel de satisfacción que logra en el benefactor que lo utiliza o consume, tiene dos valores: uno social y otro individual. El benefactor individual, al que está dirigido el bien, es el que le da su valor personal, objetivo o subjetivo; por lo que éste no puede cuantificarse económicamente. El valor social de una mercancía (el nivel de satisfacción que logra) no es el valor individual que por ella se tiene; son valores cualitativamente diferentes. Este es un precepto fundamental: *el valor individual y el precio de cualquier bien son conceptos económicos muy distintos y, según el caso, opuestos.*

Para el vendedor la palabra precio contiene dentro de sí el beneficio que de él se deriva. Para el comprador la palabra precio es un sinónimo exacto de costo. Por lo tanto "precio" es una palabra que, según quien la mire, tiene significados opuestos. El vendedor no necesita de otra palabra para saber que lo que vende le genera un beneficio concreto: esa venta por sí sola le satisface su necesidad. ¿Pero qué pasa con el comprador? El beneficio que él consigue es el disfrute del bien que adquiere, es decir, el beneficio que recibe depende del grado de satisfacción que le genera el uso o el consumo de esa mercancía. Él, inicialmente, paga un precio, el costo de esa compra, que es lo contrario a beneficio, puesto que éste no existe dentro de lo que la palabra precio le representa. Sólo él conoce el valor de satisfacción de la necesidad de esa compra. Y quizá no lo concrete ni lo conozca en ese preciso momento, sino cuando ya no pueda rectificarse; no existe forma de medir socialmente la magnitud de ese valor. Reiteramos, para el ciclo como para el comprador, valor y precio no son la misma cosa.

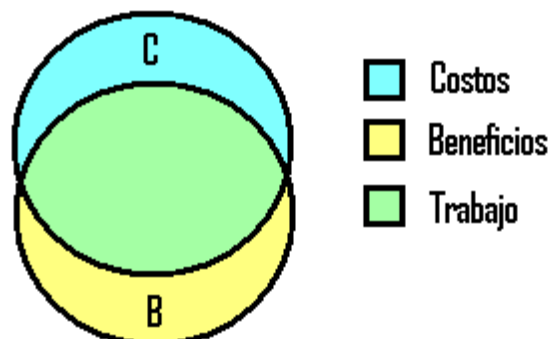
Para las teorías primitivas, el precio es la cantidad de dinero que se cambia por una mercancía y, dicen sus teóricos, ese es su *valor de cambio* o *valor* directamente. Utilizan una regla (no del todo equivocada) que dice que los beneficios se obtienen por la venta de lo producido, y los costos por lo consumido en ese proceso, pero (y aquí está la falla) siempre lo hacen mirando los procesos desde la óptica de cada uno de los vendedores, que son varios a lo largo de la cadena productiva de una simple mercancía, mezclándolos, entrecruzándolos, entreverándolos; no es un punto de vista único ni riguroso. Nunca lo hacen desde el punto de vista del consumidor (que es rigurosamente un punto de vista único), quien es el que en definitiva asume el pago de todos los costos y de todos los beneficios. El ciclo económico que hemos descubierto, y su hijo dilecto el indev, descartan totalmente aquella noción nunca concisamente definida, por tomar un punto de vista claro, fijo y preciso.

Dentro de esas teorías (en especial la escuela neoliberal), el único que fija el precio –para ellas su “valor”- es el vendedor, pues no existe manera de que el comprador tenga la oportunidad de calcular que un precio sea justo o no, sea exagerado o no; ni tiene la manera de medir la codicia del que lo produce y vende. No conoce –ni se le permite conocer- sus verdaderos costos y los beneficios que genera: los neoliberales restringen la libertad de información. Lo único que puede hacer el consumidor es pararse frente a la vidriera y sopesar la necesidad que tiene por tal objeto –*valor* que sólo él conoce-, y su precio, incapaz de modificarlo individualmente. El ciclo elimina esa imposibilidad del consumidor pues permite una continua información sobre los precios de los artículos; allí puede compararlo con el valor que para él representa. El valor lo marca el propio benefactor, es decir, todos y cada uno, según nuestra necesidad y nuestro poder adquisitivo.

El ciclo económico, su economía, se entiende, se razona y se mira siempre desde el lado del consumidor o comprador: en una palabra, del benefactor. Repasemos ahora en qué manera se conforma el precio de una mercancía, definido dentro del ciclo como el costo social de producción.

El precio se conforma para todos y cada uno de los productores integrantes del ciclo económico de dos partes, representadas cada uno en los dos círculos del diagrama siguiente: uno representa los *costos* y el otro los *beneficios*; ambos son generados, formados, concebidos, durante y por intermedio de su proceso productivo, es decir, del trabajo que lo crea: *nunca en el momento de su venta*; en ella ya se encuentran todos definidos. Lo que produce el bien es *el trabajo*, y este se mide y se paga mediante los diferentes beneficios contenidos en ese precio: la intersección de esos dos círculos es la parte que representa ese trabajo, puesto que esa misma producción es la que genera los costos necesarios y la que agrega los beneficios esperados.

El diagrama también nos indica que el costo social de producción de una mercancía (es decir, su precio), está compuesto principalmente (en un sentido cualitativo, no cuantitativo) por el trabajo social que se necesitó para producirla. No nos confirma mucho: sólo el hecho de que nada puede crearse si no es mediante el trabajo.



Precio de una mercancía para los PRODUCTORES

Ahora bien, hemos dicho que los salarios (a través de los cuales se mide esa cantidad de trabajo contenido en el bien) se obtienen desde los *beneficios*

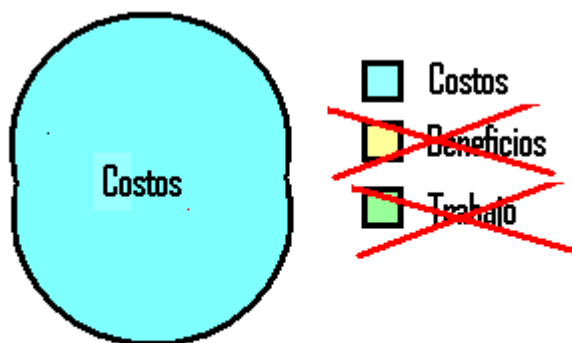
generados por su venta, representados en su totalidad por el círculo B, completo, incluyendo la intersección con C. El círculo C nos muestra los *costos* totales de la mercancía. Pero ¿la intersección de C con B no nos indicaría que esa parte de los beneficios también son costos, contradiciendo lo antedicho? No existe contradicción, puesto que para cada uno de los productores de la cadena productiva de esa mercancía, los beneficios del productor anterior no son más, para él, que otros costos. El comprador de un insumo (una mercancía intermedia del ciclo) es una especie de consumidor, que recibe un bien cuyo precio es todo costo.

En cambio, para el consumidor final (el benefactor), los dos círculos son uno solo: es un único círculo C; para él, el precio de la mercancía *es todo costo*. Lo que nos ayuda a entender este diagrama es que los conceptos de *costo* y *beneficio* siempre se han caracterizado por ser relativos: dependen del punto de vista de dónde se los mire, y si los miramos desde la óptica de cada uno de los productores tendremos una manera de verlos por cada uno de ellos. Por lo tanto, es una observación oscura y sin precisión, contraria a la rigurosidad científica. Debemos mirar desde un punto de vista fijo y claro.

Decimos entonces: primero, que hemos fijado un punto de vista, el del benefactor, porque este es uno e indivisible. Segundo, que el *precio* de una mercancía es el costo social necesario para su producción, que comprende no sólo costos propiamente dichos, sino también los beneficios de sus productores.

Así, *no están contenidos en su valor* (como contrariamente lo afirman distintos teóricos), y que éste es otra cosa totalmente diferente al precio. La necesidad que por una mercancía tiene cada benefactor es lo que le da su valor individual. El precio es general, el valor es singular. Precio y valor son conceptos diferentes que definen cosas diferentes.

Para el consumidor, desde su punto de vista individual, el precio de un bien es lo que a él le *cuesta* comprarlo; es costo. Su valor es el *beneficio* que le brinda o brindará ese mismo bien, a veces al adquirirlo o poseerlo, otras al consumirlo o usufructuarlo. Son conceptos separados, casi opuestos, casi antónimos. Él es incapaz de modificar el precio; en cambio el valor del bien sólo puede ser dado por él, ya sea comparando el costo del bien con su propio ingreso o con la necesidad que tenga de ese bien, o con una combinación de ambos.



Precio de una mercancía para el BENEFACTOR

En el aspecto social, cuando un país importa una mercancía el precio que paga por ella es todo costo; el país asume el rol de un benefactor colectivo. Si la necesidad de ella es alta, su valor (en este caso, valor social) será alto, independientemente del precio que se pague por ella. El Uruguay, país que no posee petróleo, tiene una necesidad imprescindible de él, lo que le da un valor alto, mayor de lo caro, o más caro, que pueda estar su precio. No sucede lo mismo con Venezuela; quizá para este país la necesidad de carne (su valor) sea mayor que en Uruguay, indiferentemente de sus precios.

De esa manera, como la necesidad del producto lo torna imprescindible (valor elevado), el ciclo indica que se asumirá su precio, aunque este sea alto. En cambio, si no existe necesidad de ella, su valor será bajo o nulo, independientemente de su precio. El costo de importación de una mercancía innecesaria, aunque sea bajo, es una pérdida absoluta: si en Uruguay no existe la necesidad de importar carne, ¿para qué se importaría? ¿Porque es más barata? La riqueza con forma de precio que se pagaría por ella se iría a otro país, para nunca más volver. En tanto que la carne que se posea (riqueza real) la desperdiciaría, ¡ y con precio alto!.

El precepto es, entonces, que el valor de importación de una mercancía – su necesidad- es lo que mide el motivo de efectuarla: *no lo hace su precio*. Este sólo puede incidir cuando se comparan dos mercancías que satisfacen la misma necesidad objetiva y que, evidentemente, tengan diferente precio.

Pero en especial que no compitan con la producción nacional. Porque la necesidad no sólo existe para comprar un bien que nos hace falta, sino que también existe para vender el bien que hemos producido, para transformar su costo social en beneficio social.

Lo que se debe tener en cuenta con todo lo dicho, básicamente, es que la diferencia entre las naciones o entre las personas, al fin y al cabo, sólo está en el poder adquisitivo de cada una; está en la *capacidad social de compra*. Ésta es una variable que se torna en definitiva. Si todos los habitantes de un país tienen un buen poder adquisitivo, queda a su criterio el qué, el cuánto y el dónde comprar. Queda entonces en una decisión individual y subjetiva de cada uno de sus integrantes la resolución de su necesidad; es decir, de su valor. Si su capacidad adquisitiva es baja, pierden totalmente la posibilidad de elección: compran lo que pueden, cuanto pueden y donde pueden.

Como conclusión, el sentido económico social del valor de un bien está condicionado por el peso del poder adquisitivo de la población, más que por la necesidad que por él pueda tenerse. El orden del valor queda establecido así: *poder adquisitivo mayor que la necesidad de un bien, su necesidad mayor que su precio*.

El dato que asegura un buen funcionamiento de la economía es que la población en general tenga, para decidir la compra de un bien, nada más que un valor subjetivo de la necesidad que de él se tiene. Para una sociedad, éste valor subjetivo puede asegurarse de dos maneras: si está integrada por individuos que reciben un ingreso alto, o porque esa sociedad permite ir disminuyendo las necesidades, hasta transformarlas en simples gustos o caprichos. El ciclo indica que lo mejor es que se den ambas posibilidades, conjunta y definitivamente.

Los neoliberales, cuando intentan ponerse del lado del consumidor, dicen que el valor de la necesidad es algo únicamente subjetivo y que, por lo tanto, no merece ser analizado. Sin embargo, para el ciclo el valor de un bien (que está dado por su necesidad) es el que empuja al benefactor a adquirirlo, sin importar la calidad de subjetivo u objetivo que posea ese valor.

La calidad propia de un producto o la calidad en que satisface una necesidad (el nivel de satisfacción que logra), también pesa en esa decisión e integra el valor, objetivo o subjetivo, de esa necesidad. Los capitalistas y el concepto deformado de calidad que ellos tienen lo incluyen en el precio. Es más, generalmente lo derivan de él: *“algo más caro es algo mejor”*. Desde las últimas décadas la calidad de una mercancía se atribuye en forma publicitaria, arbitraria, generalmente ficticia o no comprobada, y los costos de esa misma publicidad son incluidos en su precio de venta, aumentándolo. El propio consumidor paga el costo de la ilusión de calidad que le hacen tragar. El concepto de calidad se ató a una marca o grifa, y ella, generalmente, se la usa para dar un precio mayor que el justo.

Ellos dicen que el valor que tiene una mercancía para un consumidor es subjetivo. Es que no han podido rebatir la demostración ya antigua de que, en el capitalismo, el valor está dado por el costo social de producción: la *cantidad de trabajo social* –esfuerzo físico, esfuerzo mental, trabajo y conocimiento– contenida en él (más la característica que agregamos nosotros, de que esa cantidad de trabajo social se expresa en su costo de reposición) y *el nivel de necesidad* (social o individual) que existe por ese bien. Todas ellas no tienen nada de subjetivas. De esta manera oficializan y generalizan la falsa versión del vendedor, la que dice que valor y precio son lo mismo. Para el vendedor pueden ser sinónimos, para el comprador son ciertamente antónimos.

Otra incoherencia: mientras promueven que la necesidad de un bien es siempre subjetiva, los capitalistas saben que la posesión, o propiedad, de ese mismo bien no lo es. La noción de propiedad es una de sus banderas históricas (de la que bien se sirven); pero es una noción que (aparentemente y según su propia idea) no posee conjuntamente un sentido objetivo de necesidad. ¿Cuál es el motivo para mantener a toda costa esta incompatibilidad? Porque la única posibilidad que permite que sólo existan necesidades subjetivas, es la existencia de un alto poder adquisitivo a nivel social, masivo, general. O en todo caso (y que Dios no lo permita, dirían ellos) precios excesivamente bajos.

Si, como el ciclo económico promueve, el valor de la necesidad de una mercancía fuera dado únicamente por una decisión subjetiva (la necesidad de poseer un automóvil nuevo, por ejemplo, pero no un techo o un plato de comida, que serían necesidades objetivas), alcanzable especialmente mediante un buen poder adquisitivo general, necesariamente se produciría una venta masiva y su correspondiente alta producción, puesto que su precio sería alcanzable por el poder adquisitivo social. Y allí se les cumple uno de los sueños: el de poder manipular el precio a su antojo, acaparando unidades, bajando la producción, y otras trampas que tanto han utilizado.

Pero si ese automóvil tuviera un precio demasiado alto, la necesidad de él sería suplantada, en general, por otra. Quizá la de mandar a reparar el viejo automóvil: pero ésa es ya una decisión objetiva. Lo que le da el carácter de

objetiva a la necesidad de compra de un automóvil nuevo deja de ser exclusivamente su precio, sino esa misma necesidad: ésta prevalece sobre aquél. Y esta posibilidad va en contra de los preceptos fundamentales del neoliberalismo, puesto que ella no permite a los empresarios la libertad de manipular el precio a su antojo. Decidieron entonces crear una “regla” que dice que la necesidad siempre es subjetiva: de que no existen las necesidades objetivas.

En cambio, para el ciclo económico esta particularidad es intrínseca a él, cuanto más valor tiene un bien es porque más necesidad de él hay, por lo que su producción tendrá que ser prioritaria. El valor, así como todo lo relacionado a la economía, se mira a través de los ojos del benefactor, y para él, el valor no sólo es algo separado y distinto al precio, sino que, en términos generales, es opuesto a él. Todo artículo o mercancía de mucho valor (cosa que comprende una necesidad real), tendrá un precio o una producción tal que pueda hacerlo accesible a todos. Esto es lo que exige el ciclo. Además y para posibilitarlo, también exige la existencia de un buen poder adquisitivo general. Y éste, ya de por sí, relativiza los precios.

Repetimos, Su orden queda establecido así: *poder adquisitivo mayor que la necesidad de un bien, su necesidad mayor que su precio.*

Antidogma: El interés general es que el poder adquisitivo de la totalidad de la humanidad permita que todo tipo de comercio, interior o exterior, pueda realizarse sin trabas, libremente.

El único impedimento que existe para que todo lo relacionado con la economía funcione libre y correctamente es el nivel del poder adquisitivo de los ingresos de la población. Si la población de un país posee la libertad real y absoluta de decidir qué, cuánto y dónde comprar, es porque su poder de compra –su nivel de ingresos- se lo permite. Eso la hace independiente de los precios e independiente de todas las falsedades que se tejen para ocultar su verdadera importancia. Y lo que no beneficia al “reino” no beneficia a su “familia”. El indev lo demuestra.

Estas aclaraciones se hacen necesarias para demostrar cuán equivocada es esa visión del comercio en general y del comercio exterior en particular, que tienen los economistas. El comercio exterior en el que interviene el indev -en el comercio del ciclo económico-, no se cumple aquello de que es más conveniente comprar más barato y vender más caro, como ley absoluta; para el indev es una situación relativa y no es ley. No importa para nada el precio de una mercancía que se necesita importar, sino su valor, que está dado por esa misma necesidad, esto es, si suple la falta de una materia prima o es una mercancía que no se puede producir “aquí”, de la que la población carece.

En la economía primitiva, los conceptos de caro o barato están atados al precio de venta, pues se los mira exclusivamente del lado del vendedor. El ciclo los liga no sólo al precio de una mercancía (su costo de compra) sino a la necesidad que de ella tiene el hombre y al poder adquisitivo que éste posea. No se puede incidir directamente en el valor de la necesidad (sólo el benefactor

puede hacerlo y dárselo), pero sí podemos incidir en el precio de la mercancía que la satisface y en el propio poder de compra de la población.

Si en los preceptos básicos del neoliberalismo hubiera lugar para el reconocimiento de la existencia de la necesidad objetiva de una mercancía (por ejemplo la necesidad de un medicamento, un techo o un plato de comida), la única forma de aceptarlo sería, en sí mismo, un pecado capital al capital: se necesitarían controlar sus precios.

Como método para el análisis, siempre tomamos el punto de vista del benefactor, pues es el punto de vista de toda la sociedad, incluidos todos los productores. Naturalmente, ese método no nos inhibe de estudiar las relaciones económicas de los demás integrantes del ciclo. Por ejemplo, nuestra propuesta libera al productor de todo control para fijar los precios; cada productor resuelve por sí cuál ha de ser el beneficio que obtendrá por lo que produce. Y aún más, puesto que puede aumentar el precio de venta del bien que produce cuando lo mejora. Ahora bien, este aumento tiene un límite: es totalmente libre dentro de ciertos límites, tal como lo es el hombre mismo.

En el comercio exterior ya no es aplicable aquel concepto de carestía o baratura de una mercancía. No existe la forma de calcular su calidad de "caro" si lo que se vende (o lo que se da como pago de una importación) es riqueza, y si lo que se obtiene a cambio no lo es.

Lo que realmente importa es si se podrá o no reponer la riqueza extraída para la producción y la venta, o si la mercancía comprada suple o no una necesidad. Lo valadero es si ambas permiten o no el cierre del ciclo que en que interfieren directa o indirectamente. Esa definición de la conveniencia de vender más caro, sólo es cierta cuando se exporta una mercancía ya terminada, pronta para el consumo o el usufructo, y si lo que se obtiene a cambio de ella es otra mercancía que se necesita (más atrás, en otro apartado, dimos la relación de la moneda del ciclo, el indev, con las monedas extranjeras), además de que se cumpla que su materia prima principal sea fácilmente reponible. Esa definición de conveniencia de comprar más barato solamente es cierta cuando se importa materia prima o insumos o mercancías que suplen una falta real y efectiva, una necesidad, que es lo que la hace *valiosa* para esta economía. Para el ciclo económico no hay nada más caro que una mercancía importada que compite con una nacional, y que por tanto, no suple ninguna necesidad. Para el ciclo económico no hay peor negocio que la exportación de aquella materia prima que hace falta en el propio país, de la que hay necesidad.

La fastidiosamente repetida idea de la competitividad tiene sentido solamente a nivel interno. Y aún así, la economía del indev hace accesibles al benefactor los préstamos para la adquisición de esas mercancías "caras" y, a su vez, facilita préstamos a los productores interesados para que creen nuevas producciones que compitan con ellas. Esto es, aquella mercancía que tiene un alto costo social de producción no sufrirá bajas artificiales de precios, recibiendo sus productores un precio justo por ellas. En tanto que aquellas mercancías que tienen un precio artificialmente alto por falta de competencia, disfrutarán de esa posibilidad durante un tiempo muy limitado, pues será

posible, sin dilaciones, la incentivación de la creación de mercancías competidoras.

En cuanto a la “competitividad” internacional, ya vimos que no existe. Porque si mi ahijado vende huevos caseros, y yo sé cómo alimenta a sus gallinas, indudablemente se los compraré a él, aunque salgan más caros. Por muchas razones. ¿Por qué correr con el riesgo y con el gasto de transportarlos desde el mercado hasta mi casa, si los tengo al lado? No agreguemos la inmoralidad para con mi familia –eso no pesa para el homo economicus del neoliberalismo- que significaría comprarlos en otro lado por el simple hecho de que son más baratos. Por supuesto que depende de mi propio poder adquisitivo, de mi propio poder de consumo. Y *“lo que en el gobierno de toda familia particular constituye prudencia, difícilmente puede ser insensatez en el gobierno de un gran reino”*. Al menos para la mía.

Es obvio que es más conveniente comprar más barato un mismo bien. Si en el kiosco de mi esquina los cigarrillos de mi marca salen más caros que en el kiosco de la otra esquina, no lo dudo, los compro allí, donde es más barato. Pero estamos hablando de un producto de un mismo origen, fabricado por la misma fábrica, por los mismos trabajadores, con las mismas características y que satisface la misma necesidad, gusto o capricho. Hablamos de una misma mercancía, que incluso hasta podría ser importada.

Aún en el capitalismo neoliberal, donde no importan las necesidades, lo que es “bueno” para el importador nacional de un bien cualquiera no lo es para el fabricante nacional de ese bien: contrariando a Friedman, podemos decir que cualquiera de nosotros sabe que lo que es bueno para alguien no lo es siempre para el país. Vemos también que los intereses del fabricante y del importador son intereses contrapuestos, a no ser que ellos sean la misma persona. Siempre estamos hablando sobre dos mercancías diferentes y nada de lo que es “bueno” para uno lo es para el otro. Entonces, ¿cuál de estos dos intereses contrapuestos es “bueno” para el país?

Cada país extrae materia prima de su riqueza natural y esa riqueza se aumenta y se repone mediante la actividad de sus trabajadores, que viven y consumen en él: es un producto nacional. Si el fin de esa producción es obtener ganancias, la obtención de lucros sin importar las necesidades (como lo es en el capitalismo), es mucho mejor que esas ganancias permanezcan, se queden y muevan dentro del “reino”. ¿Por qué insisten entonces en las “virtudes” de la importación competitiva? Porque, ya lo vimos, la obtención de beneficios por intermedio de la actividad legalmente reconocida, la que se alcanza a través de la producción, ha dejado de ser la fuente de beneficios más importante para el capitalista neoliberal: ahora es más importante la “actividad” que genera beneficios a través de la especulación.

Antidogma: Estado no es igual a gobierno

El Estado es la unidad de un territorio, su gente, sus símbolos, sus instituciones... Entre estas últimas se encuentran los poderes políticos a los que, el Estado en su conjunto y en forma soberana, les da la potestad de administrarlo temporalmente, bajo ciertas condiciones y responsabilidades. El Estado nacional en su conjunto es quien elige o nombra sus administradores, llamados gobernantes. Por lo tanto hay una relación jerárquica entre ellos, con uno por encima del otro. El Estado es permanente, el gobierno transitorio. Los acólitos del neoliberalismo intentan confundir estos dos conceptos. Para ellos se hace necesario limitar la acción del Estado, con el objeto de disminuir el poder, la influencia, que ejercen las instituciones nacionales sobre la actividad económica individual que ellos practican, que siempre busca el lucro sin importar los medios. No obstante, mientras las pérdidas económicas que esa actividad genera deben ser públicas, los beneficios que logre deben ser privados. Para ocultar esta inmoralidad –sino delito- se hace necesario que el gobierno, cómplice real de ese atentado, quede oculto tras la mampara del Estado. Así, como responsables quedamos todos, no el gobierno. A esa mampara protectora de los capitalistas se le suma otra: las políticas económico-financieras (especialmente la monetaria) que son dictadas por intermedio y a través de ciertos organismos internacionales, como el FMI o el BM, y no directamente por ellos. Pero estos son otros gallos.

Pongamos un ejemplo actual y capitalista, no de “nuestra” economía. El costo de importación de un par de zapatos chinos es de 300, al que, al agregársele los demás costos, tiene un costo de compra final de 600. Un par de zapatos nacionales tiene un costo de producción de 500, con un precio de venta final de 800 o mayor. Según Friedman y sus seguidores no hay que dudar en comprar los zapatos chinos, porque 600 es menor que 800. Pero esto es falso. Es maliciosamente falso o es una conclusión que borra la seriedad de quien la afirma.

El dinero con que se compran los zapatos nacionales, esos 800, en su totalidad, quedarán en este “reino”, en tanto que los 300 que se pagaron por la importación de los zapatos chinos nunca más volverán. Con la fabricación nacional de mercado, por más costosa que esta sea, nada se pierde y siempre se ahorra algo. Con la importación, por más barata que sea, todo su costo de importación se pierde, definitivamente. No puede ser que haya gente que crea, razonablemente, que perder dinero sea mejor que no perderlo. Y menos aún si esa persona es un capitalista.

Sabemos que Friedman y sus seguidores gritarán: ¡se beneficia el consumidor! Ni siquiera en el capitalismo eso es cierto, porque toda especulación siempre perjudica al consumidor, pues este es un habitante que obtiene su salario trabajando en su país, no en el país que le vendió esa mercancía. Para el ciclo esa frase es definitivamente falsa: el benefactor pierde poder adquisitivo mediante una importación que compita con la nacional, puesto que su moneda no es beneficiada por esa importación: quizá no pierda, pero definitivamente no gana.

No es lo mismo para el conjunto de la población, para la economía, el ahorro verdadero que los gastos irrecuperables. No es lo mismo la pérdida definitiva que los precios altos.

El dogma de los beneficios individuales inmediatos –de dudoso balance final- no puede ser más fuerte que la realidad de los ahorros y beneficios sociales a un plazo más largo, fácilmente demostrables. La economía

únicamente depende del poder adquisitivo de la población. Los precios altos son secundarios cuando el poder adquisitivo es bueno.

La enorme cantidad de fábricas cerradas (y otros muchos medios de producción) en nuestros países se deben a que sus propietarios se pasaron de la producción a la especulación, incentivada por las ganancias fáciles, y sustentada por las políticas neoliberales. Y esto no se debe a que obtuvieran más beneficios importando que produciendo –aunque para algunos fue así– sino porque el lucro especulativo es más directo, más manejable y no paga impuestos. Mientras es fácilmente calculable el dinero definitivamente perdido por el pago de las importaciones realizadas, es imposible calcular el costo social que ha tenido este cambio de “actividad”. Lo que favoreció a las “familias” de ellos no favoreció al “reino”, concluyentemente.

Uruguay importó en el año 2000 más de 530,1 millones de dólares en petróleo crudo y derivados. Gasto que puede considerarse indispensable, imprescindible, ineludible para el funcionamiento de toda la economía del país. Pero todo ese dinero se “quemó”; se hizo humo en todo sentido, a pesar de la necesidad imperiosa que obliga a esa importación. Se fue del país para nunca más volver. Si se hubiera invertido una parte de esa suma en la producción de biocombustibles –derivados de oleaginosas, por ejemplo– no sólo no hubiera desaparecido, sino que se hubiera distribuido entre toda la población del país, dentro del “mercado” interno. Es más, si en vez de esa, la cifra invertida fuera el triple, el cuádruple, incluso diez veces mayor, el Uruguay no sólo no hubiera perdido un centavo, sino que hubiera ahorrado esos mismos 530,1 millones de dólares que “quemó” definitivamente.

Antidogma: El capitalista actual obtiene sus ganancias principales por intermedio de la especulación, no por su actividad normal, regulada y visible.

La ganancia no es solamente “el objetivo básico de toda empresa o firma, [tampoco lo] es la reducción de sus costos lo más posible, atrayendo a la vez a los demandantes de los bienes o servicios que produce para vender éstos al mayor precio obtenible”. Ni siquiera es ya la apropiación de la plusvalía, aunque no la abandona. El fin principal de una empresa capitalista dejó de ser el beneficio por lucro. Ahora lo es el agio y la usura, a través de la indefinición del dinero, de su valor elástico y su posesión en exclusiva.

La propuesta que estamos describiendo dice por sí sola de la importancia fundamental que en la definición de la riqueza nacional tienen las materias primas. Pero en el capitalismo los exportadores de ellas no controlan ni manejan su precio. Los países ricos no tiene la capacidad material de producir materias primas en la cantidad, la calidad y el precio que exigen su producción y su comercialización. Para equiparar esas características con la producida en los países pobres, ellos deben bajar artificialmente los precios de sus propias materias primas, y de las de todos. Lo hacen a través de las subvenciones. Así matan dos pájaros de un solo tiro: bajan artificial y definitivamente los precios de las producidas en los países pobres y bajan artificial y momentáneamente las propias, posponiendo el pago de su costo real. En definitiva, sus materias primas tienen, para los gobiernos de esos países y para los habitantes de los países pobres, un costo altísimo, puesto que estos no pueden “competir”

igualmente con productos subvencionados. Los únicos favorecidos son los productores de materias primas de los países ricos. Estos países, a diferencia de los pobres, le dan un valor a las materias primas mucho más aproximado al real (esto es, al valor que les damos en esta misma propuesta), pues han sabido siempre que ellas de por sí solas son y representan riqueza y que sólo desde ellas es posible generar una nueva.

Además, lo reafirmamos, la exportación de materias primas no es más que una exportación de extracción, con poca o ninguna mano de obra, no son productos creados por el trabajo, no tienen lo que se llama valor agregado, sino que son la venta lisa y llana de la riqueza, a precios muy por debajo de su valor, esto es, más bajos que la satisfacción incumplida de una necesidad cierta de su propia población. Ese valor es mucho más alto que el que se obtiene a cambio de la exportación de tal materia prima. Estaba dicho.

¿Entonces, cuál es el objeto de exportar? Aún en el capitalismo, es el obtener a cambio del trabajo y de la riqueza nacional un montón de papeles impresos en el extranjero. Es dar oro por baratijas, es dar carne por buzones. ¿Para qué precisamos ese montón de papeles, esas baratijas, esos buzones? Para pagar con ellos la importación de los productos manufacturados que se derivaron de esa misma riqueza que nosotros exportamos y que ellos transformaron en productos con valor agregado. Y, su peor uso, para pagar la deuda externa que fue generada por ese mismo motivo de obtener un montón de papeles, baratijas y buzones, que sus dueños nos hacen creer que son "imprescindibles" para mover la economía.

Si nos preocupáramos por mirar un poco la realidad y no los equivocados intereses de esos extranjeros o de los compatriotas que nos venden –en todo sentido- nuestras riquezas, si pensáramos en la implantación de lo que se está proponiendo en estas páginas, no tendríamos *"las restricciones sobre lo que podemos comprar y vender, a quiénes podemos comprar y a quiénes podemos vender y en qué condiciones, a quiénes podemos dar empleo y para quiénes podemos trabajar, dónde podemos residir, y qué podemos comer y beber"*, puesto que tendríamos el dinero verdadero en cantidad suficiente como para decidir hacerlo por nosotros mismos, sin andar "quemándolo" en baratijas y buzones. Estamos hablando del indev.

Es indudablemente cierto que *el enemigo "está en nosotros mismos"*, puesto que no miramos lo que nuestros propios ojos ven, sino el espejismo que ellos –los neoliberales- quieren que "veamos". La lógica de los vendedores es la ilógica de los compradores, son intereses contrapuestos. La lógica de los neoliberales es la lógica contraria al ciclo económico.

Ningún país se enriquece exportando. Un país se enriquece produciendo riqueza, no dinero, y distribuyéndola entre los que en verdad la generaron. Un país se enriquece produciendo, no cambiando la producción por dinero, que no representa ni vale nada, y aún menos si ese dinero es una moneda que el propio país no puede manejar, dirigir, conducir.

Esta propuesta nos enseña que todo país es poseedor de una riqueza incalculable por el sólo hecho de existir, y que así puede contar con todo el dinero que representa y mide esa, su riqueza, para disfrute de la totalidad de su población.

Antidogma: En un momento y lugar dados, sólo existe un número finito de riqueza derivada del capital.

Si existe alguien que posea demasiada, habrá muchos que les faltará, también en demasía, porque es condición indispensable la una de la otra. Y además, esa relación nunca es de uno a uno, sino que la existencia de un rico se mantiene por la existencia de cientos, quizá miles, de pobres.



LA PROPIEDAD y OTROS VALORES

Sobre el origen de la propiedad dicen los economistas actuales: *"Por ejemplo, la defensa de los derechos de propiedad sobre la tierra parece ser la forma en que se manifiesta en la especie humana la territorialidad tan común entre los restantes mamíferos y muchas otras especies. Uno de los atributos necesarios de la propiedad es la publicidad, el que "los otros" puedan reconocer que se encuentran ante una propiedad ajena. Como sabemos, los animales territoriales etiquetan su territorio mediante marcas olfativas, visuales y sonoras al igual que nosotros lo hacemos mediante letreros. Además no sólo saben interpretar las etiquetas dejadas por otros, sino que su comportamiento varía totalmente si están en un territorio propio o en uno ajeno."*

Desde la óptica que nosotros debemos tomar, la económica, todo animal, incluso el hombre, es un cuerpo que necesita ocupar un lugar en el espacio. De ese lugar y su entorno es de donde obtiene su sustento, que en definitiva es lo que defiende. Un perro domesticado con su comida en el plato la defenderá hasta de la mano que se la brinda, pero no es serio pensar que ese animal considere al plato como su propiedad o su territorio: *no defiende al plato sino su contenido*. Una vez el plato quede vacío, ya no tendrá para él valor alguno.

Lo mismo sucede con todos los animales, incluso el hombre primitivo. Aquellos que son territoriales y marcan una zona, no lo hacen en el sentido capitalista de propiedad, sino que la marcan para evitar que otros animales de su misma especie le quiten su sustento –en su forma de obtención de alimento, de la posibilidad de procreación que este le brinda y las demás seguridades-, formas de sustento que se ubican dentro de un territorio, el que comparten con otras especies y a las que no se lo "expropián", como pretende hacer el ser humano con sus congéneres y las demás especies. Ellos no marcan el "plato" sino que marcan su "contenido". Si de esa zona no pueden ya obtener su sustento, la abandonarán sin dudar, corriendo el riesgo de ingresar en territorios con su "contenido" ya marcado por otros. Y lucharán por él, invasores e invadidos, ¿esto es lo que los defensores de esa idea esperan que el hombre racional haga? No es razonable ni de hombres racionales pensar de esa manera: el hombre tiene más capacidad para entender y hacer entender de dónde en realidad proviene su sustento.

Ni siquiera los animales son tan elementales como para creer que la posesión del "plato" les brindará sustento por siempre, y que el simple hecho de su "apropiación" se los asegura; es más, seguramente ni siquiera "consideran" –instintos de por medio- que su sustento "proviene" de él, sino de donde realmente lo hace. El único animal lo suficientemente primitivo como para considerar –desde el punto de vista económico- que eso podría ser cierto es el hombre "racional". La relación de los animales con la naturaleza que les rodea es menos compleja que la humana, ya que sólo consiste en la extracción de recursos sin daño extremo, esto es, sin la necesidad de reposición. El ciclo económico que el hombre racional y razonable debe cumplir consigo mismo y con la naturaleza necesita de un concepto más apropiado de propiedad, valga el juego de palabras.

Por lo tanto la explicación del derecho humano de propiedad sobre la tierra no puede darse a través de la similitud con los mamíferos y otras especies, sino consigo mismo y con la pachamama. Ya sabemos que todos los seres humanos, al igual que todos los animales y vegetales, de una manera u otra obtiene su sustento principal desde la naturaleza en general, y no sólo de ese insignificante "plato" marcado. Los hombres modernos ya no viven de la caza y la recolección sin destrucción, sino que dependen de lo que producen otros hombres, quienes destruyen y reponen lo destruido. Que compartan ese único territorio –mucho más grande que "mi plato"- que llamamos pachamama. Todo ese espacio es un *medio de producción*, natural. Todo él es el factor R.

Para el hombre actual, esa ley (la llamada "ley de la selva"), sólo tiene sentido con el fin de mantener la diferencia entre clases: la poseedora y la desposeída, la expropiadora y la expropiada, la invasora y la invadida. Quienes utilizan ese concepto (o el de que sólo sobrevive el más fuerte, la más equivocada versión de la evolución), es un promotor de la lucha de clases. Y ésta sólo la promueven quienes se benefician de ella: los defensores y promotores de los sistemas de explotación irracional del hombre y la naturaleza, los primitivos, los "propietarios" del "plato" que se llama mundo. Los hombres racionales, especialmente los "invadidos" (específicamente, los trabajadores), que tienen conciencia de la existencia de la lucha de clases no son sus promotores, sino exactamente lo contrario: son sus opositores, sus adversarios.

Las definiciones de cualquier concepto empleado por la economía capitalista –como el de propiedad dado más arriba- dejan mucho que desear desde la óptica económico científica. El propio concepto "oficial" de capital es un ejemplo más de esa mediocridad.

Dentro de los sistemas económicos de clases antagónicas que han existido, el derecho de propiedad sobre cualquier bien tiene por base fundamental la propiedad sobre el dinero; el derivado de aquel "sobrante" original. Esta es la propiedad que sus poseedores utilizan como base explicativa de sus privilegios; es más, basan todo ese "derecho de propiedad" en la adquisición, directa o heredada, que realizan por su intermedio. Aunque los tecnócratas no gusten de esto, debemos decir que el concepto popular de capital es un neto sinónimo de dinero, y es también la definición exacta de él en el capitalismo. El dinero es el capital, y tiene sus escasos dueños. Dice el mayor estudioso del capitalismo, Carlos Marx: *"El dinero en cuanto dinero y el dinero en cuanto capital sólo se distinguen, en un principio, por su distinta forma de circulación"*. El indev no es "capital" ni tiene dueños, mucho menos "escasez" de ellos.

Nuestro sistema, que se basa en el ciclo de la riqueza, reconoce totalmente el derecho de propiedad sobre los diferentes medios de producción para toda persona física o jurídica que cumpla con los requisitos indispensables que él exige.

En el sistema que se propone, el derecho a la posesión de un campo –o cualquier otro medio de producción- está totalmente permitido a todo ser humano en su rol de productor, pero conlleva en sí mismo, contiene dentro de

sí, simultáneamente, la exigencia de cumplir con la obligación de reponer la riqueza extraída por su explotación: eso es lo que demanda. Mientras se cumpla con esa obligación, se mantiene el derecho de usufructo de ese medio de producción, *como medio de producción y medio de reposición, que es ambas cosas*. La propiedad de uno de ellos hace que su titular, individual o colectivo, sea definido como productor y no como benefactor: no tiene sentido económico poseer un medio de producción para contemplarlo. Lo que otorga el derecho de propiedad sobre cualquier medio de producción no es el hecho de adquirirlo, sino el cumplimiento estricto de la obligación de usarlo como medio de producción de bienes y como medio de reposición de la destrucción que inevitablemente se genera por su explotación. Ha de cerrarse todo ciclo que se inicie.

De aquí se desprende que la explotación de riquezas no reponibles, o de muy difícil reposición, hacen que su explotación y el derecho a ella sólo pueda cumplirlo y aceptarlo la sociedad en su conjunto.

La forma de propiedad -privada o no- de lo que se conoce como medios de producción es indiferente para esta economía, mientras su explotación ejecute el único requisito indispensable del cumplimiento del ciclo, esto es, mientras el propietario concrete continuamente el factor T, la creación de riqueza artificial A que le corresponde y la reposición de la natural N en la que esta se basa. El ciclo económico obliga a toda la sociedad, por intermedio de sus directos responsables que son los usufructuantes de esos medios, a cumplir necesariamente con la reposición de la riqueza extraída. De allí que si un medio de producción no es explotado como tal, es un perjuicio absoluto para esa economía y por ende para esa sociedad. Un medio de producción ha de ser un medio de producción, no un paisaje telúrico.

No existirán más campos inexplorados o fábricas cerradas por sus dueños, sino el abandono de esos medios de producción por parte de sus usufructuantes; esto parece una sutileza, aunque en realidad es fundamental. Porque una fábrica abandonada no es una fábrica cerrada: podrá volver a producir mientras haya interesados en reactivarla. Un medio de producción debe producir, si no deja de ser lo que es. Y lo que no es lo que debe ser, no tiene sentido económico, ni ningún otro.

El rol de productor existe cuando un hombre realiza un trabajo, mediante el uso de un medio de producción, que produce y reponer riqueza, la que implica un esfuerzo especial para lograr la necesaria reposición, y ese rol lo hace de una manera directa pero nunca automática. En cambio, en el papel de benefactor lo logra automática e indirectamente: no necesita de un esfuerzo especial más que el de adquirirla.

Todo benefactor –todo ser humano en ese papel- logra el derecho total e irrestricto de posesión y de usufructo de todo bien integrante del módulo A al adquirirlo para su consumo o uso, *pues siempre cumple con su parte del cierre del ciclo económico, automáticamente, y esta particularidad es lo que le asegura ese derecho*. Por eso es indispensable que todo benefactor merezca un buen poder adquisitivo por el simple hecho de que éste es el que le permite concluir el ciclo de cualquier bien, al adquirirlo y consumirlo o usarlo. Todo bien que cumpla con la condición de no ser un medio de producción social –único

medio que no puede ser accedido por el hombre en su rol de benefactor sino únicamente en su rol de productor- pasa a ser posesión privada sin restricciones del benefactor que lo adquiere. Cualquier objeto (que no sea un medio de producción) cumple con esas condiciones, puesto que plasma su parte correspondiente del cierre del ciclo que le atañe.

En tanto que todo aquello que sea un medio de producción de cualquier bien que necesite ser consumido socialmente, pasa a ser posesión en usufructo del productor (que por lo tanto no es un benefactor) que lo adquirió, a condición de que, con su uso, éste cumpla con el cierre del ciclo económico, pues en ese cumplimiento se basan sus derechos y sus obligaciones. Para el ciclo ha de ser así, puesto que el manejo de un medio de este tipo genera responsabilidades que pueden hacer correr el riesgo de irreparabilidad económica, anteriormente definido. Todo medio de producción es también un medio de reposición y ninguno de los dos completa el ciclo que le concierne en forma automática.

Que todos los hombres y cada uno tengan, disfruten y posean lo producido por el hombre mismo es el objetivo de la economía: que se haya satisfecho la necesidad de poseerlo. El hombre no posee ni tiene derecho alguno sobre aquellos bienes no producidos por su propia mano. Solamente puede tomarlo prestado y reponerlo, debe cumplir con el ciclo económico que se realiza con ellos y a través de ellos. Ningún derecho, ni el de propiedad ni el de comercio, está por encima del derecho humano natural a una vida digna, que se alcanza, entre otras cosas, teniendo, disfrutando y poseyendo lo socialmente producido.

Todo invento realizable, toda creación artística o técnica, toda novedad científica ha de ser reconocida, obviamente, por la sociedad a su creador o creadores, mediante la forma que esta quiera darle, sea en dinero, en fama, en su combinación o en otra u otras cualquiera. Seguirán existiendo las patentes o los derechos de autor, por ejemplo. Pero no existe el derecho de propiedad individual u otro sobre ellas, sino el merecido reconocimiento a su autor. Toda la humanidad es su propietaria, pasa a formar parte de la riqueza, es T. Todo invento técnico o creación artística tiene un fin: el de su uso por el hombre como benefactor, quien es el que posee todos los derechos sobre ese bien al adquirirlo o usarlo. Y todos somos uno, incluso el propio creador.

Sobre la ecología, citaremos las palabras iniciales del Capítulo 9 *"Como si fuéramos los últimos"* del libro *"Al margen de la globalización"* de Ricardo A. Lomoro:

"causas 'silenciadas'

Dice Lester Brown que "nos comportamos en cuanto al medio ambiente como si fuéramos los últimos. Asistimos al mayor proceso de extinción desde los dinosaurios".

Segun la World Conservation Union: 48.000 especies vegetales, 9.600 tipos de aves, 4.400 mamíferos, están amenazados de extinción.

Los límites clave XXI serán: el agua dulce, los bosques, los pastizales, los bancos de pesca, la biodiversidad, y la atmósfera del planeta. Pero, ¿seremos capaces de reconocer los límites naturales de nuestro planeta y ajustar nuestro desarrollo en función de ello o procederemos a expandir nuestra impronta ecológica hasta el punto de no retorno? ¿Nos encaminamos hacia un mundo donde la aceleración del

cambio desbanca nuestra capacidad de gestión y nos lleva a un declive a gran escala de los sistemas ecológicos?

el curso insostenible

En el Informe Global de la ONU -Geo-2000- sobre la situación medioambiental en que vamos a recibir al próximo milenio, la conclusión es clara:

“El actual curso de las actividades humanas es insostenible. Es imposible posponer los remedios por más tiempo”.

La creciente pérdida de biodiversidad es un problema urgente por irreversible. Una vez producido no es posible resolverlo, solo podemos actuar con prevención. La disminución de la capa de ozono y el cambio climático han planteado un nuevo reto: la necesidad de afrontar de modo urgente problemas globales inducidos por el hombre capaces de destruir toda la vida del planeta, no solo la humana”.

Nosotros no sólo lo compartimos sino que lo afirmamos porque hablamos que la naturaleza da la riqueza, o de la riqueza de la naturaleza, y su ciclo económico, que nos ha mostrado que si no reponemos lo extraído, si no reparamos lo dañado, si no restituimos lo destruido, no hay riqueza ni futuro posibles. Dijimos que la vida es riqueza, incluyéndolas a todas, si fuera correcto usar es palabra en plural. Nuestra propuesta no separa al ser humano de la ecología, tanto por afirmar que él es el principal responsable de su daño como de su cura, así como para confirmar que él es también otra y una más de las vidas que la integran. Mediante esta propuesta no seguirá dañándola ni destruyéndola.

En cuanto a los cambios que promueve en aquellos “valores” de muy reñida definición científica que demasiado reiteradamente utilizan los economistas -porque son muy abstractos o porque no están siquiera definidos-, nos atrevemos a conjeturar que serán totalmente renovados, actualizados y, lo más importante, traídos a tierra nuevamente. Dejarán de andar volando por los aires.

No hay ni hubo teoría económica más contraria a la libertad que la neoliberal. Es la economía del pensamiento único.

Decimos junto a Ricardo A. Lomoro que en su libro ya citado, **Capítulo 10, titulado “Las otras formas de totalitarismo. El pensamiento único (o peor aun, pensamiento “cero”)**”, él dice: *“Para el éxito de la globalización el totalitarismo de mercado es condición necesaria, pero no suficiente. Necesita además que el individuo no piense (pensamiento “cero), no dude, no discuta sobre las reglas del mercado, sobre el imperio del mercado; acepte el libre cambio como un hecho (¿afortunado?) de la naturaleza. [Que el individuo] Se entregue a las verdades absolutas que los profetas del capitalismo global le sirven por los medios de comunicación día a día (pensamiento “único”).*

Lo que ciertos periodistas y políticos llaman “democracia”, es en realidad una oligarquía liberal”.

El concepto de libertad que nos ingresaron por los poros los liberales, los neoclásicos, los clásicos suyos y los neoliberales –estos falsos paladines de ella-, será barrido por la realidad, esa empecinada realidad, única ley de leyes, indiscutible.

Esa libertad por ellos monótonamente repetida y nunca definida, al fin adquirirá un sentido cierto. Perderá el sentido, primeramente, de ser un "algo" que sólo llegan a conocer aquellos pocos que la alcanzaban, para ser algo cierto y accesible para todos. En segundo lugar, perderá el sentido de muro tras el cual se esconden todas las injusticias, para adquirir el de horizonte abierto al mundo con las responsabilidades que ello trae consigo. En tercer lugar dejará de estar compartimentada, divorciada, quebrada en partes para convertirse en una única libertad: ya no habrá necesidad de distinguir entre libertad económica, política o de pensamiento, por ejemplo. Será lo que siempre debimos hacer que fuera, simplemente, libertad. Se concretiza lo abstracto.

Miremos esta propuesta desde su punto de vista, y veremos que en el benefactor se personaliza la libertad, se incorpora en él, se hace parte de él. También veremos que el hombre como trabajador, como productor, no ha tenido nunca mayor libertad de acción, de elección, de perfección. Lo hemos dicho muchas veces pero lo repetiremos: cada uno de nosotros, cada ser humano es un benefactor y cada benefactor es un productor. Por eso la libertad se hace concreta en el hombre mismo y se generaliza en la humanidad. Nunca se habrá disfrutado de mayor libertad.

La libertad, esa libertad, esa única libertad, hace que sea posible la independencia económica completa, tanto en un sentido social como individual. Cada hombre tomado por separado podrá ser él mismo, cada sociedad tomada por separado podrá ser lo que ella quiera ser. Esa libertad hace que sea posible la emancipación de todos, sea tomada en sentido nacional como internacional. Sabemos que la independencia económica es la que permite las demás. Nunca se habrá disfrutado de una independencia similar.

La libertad, esa libertad, esa única libertad, hace que la democracia exista por vez primera en la absoluta mayoría de países del mundo que hoy creen vivir en ella. No hay democracia cuando una ínfima minoría es la que disfruta de los bienes que da la vida. Porque no son muchos los pueblos que hoy pueden decir que en su país no hay sectores con intereses encontrados, opuestos, enfrentados, condición indispensable para que exista democracia. Todos esos países solamente están viviendo una democracia renga, tuerta, incompleta. Les falta dar el salto de sufrirla e imaginarla a vivirla y disfrutarla. Con esta propuesta se satisface así otra necesidad.



EL ESTADO

“La aplicación práctica de estos principios dependerá siempre y en todas partes de las circunstancias históricas existentes...”, decimos junto a Marx y Engels, pero agregando que cada sociedad se dará a sí misma las herramientas que considere oportunas, sabiendo que, aunque existe lo racional y momentáneamente imprescindible, nada es eterno. Especialmente en la forma de Estado que cada sociedad quiera darse.

Para el indev el Estado tiene que cumplir un rol que es exactamente el opuesto al que proponen los neoliberales: su papel fundamental consiste en el control, tanto de los precios como de los índices de crecimiento en los que se basa el valor de esa moneda, para evitar la posibilidad de que exista la apropiación indebida de riqueza, la irreparabilidad y la especulación, en fin, para eliminar la indignidad. Mientras los neoliberales propugnan debilitar en lo máximo la posibilidad del control estatal, con el objeto de beneficiar a una minoría, esta economía exige el control del Estado para beneficio de todos, incluso de esa misma minoría. El Estado debe controlar que se cumpla fehacientemente el proceso, el orden y las etapas del ciclo económico. Pero, si la sociedad así lo quiere, no mucho más.

El ciudadano en su papel de benefactor es el privilegiado de esta economía, y su obligación con ella es la denuncia ante los organismos estatales correspondientes de cualquiera de estas violaciones. Cualquier productor es también un benefactor, por lo que toda la sociedad tiene ese derecho y esa obligación, que en definitiva definen y defienden, ambos, a la riqueza social.

Cada sociedad, soberanamente -y sería lo deseable que democráticamente-, podrá dar otras posibilidades a su forma de Estado elegida. Este podrá, o no, seguir cumpliendo las tareas que hoy mantiene en los diferentes sistemas económicos que hoy existen, y los electorales o políticos que de ellos se derivan. Cada sociedad es, por fin, realmente libre.

Como dijimos al comienzo, hoy en el mundo hay sólo dos sistemas económicos. No obstante ello, dentro de cada uno existen innumerables formas diferentes de Estados. Si analizamos el capitalismo, podemos decir sin temor a cometer errores gruesos, que existe una forma de Estado por cada país. Si llegáramos a analizar las formas electorales que estos tienen y que conforman la definición más utilizada –aunque no es la mejor ni mucho menos- del nivel de democracia de cada país, aseguramos que hay una por cada Estado. Es más, hay estados capitalistas con diferentes sistemas políticos: hay republicanos y monárquicos, presidentes designados y dictaduras, presidentes electos que ejercen durante distinta cantidad de años, con reelección y sin ella, etc. Nadie, hasta ahora, puede asegurar que cualquiera de esas diferencias, tomándolas por separado, sea mejor que la otra, sin olvidarnos de la obviedad de que sí existen algunas que no son las mejores. Nosotros, al agregar una nueva forma económica, no podemos más que confirmarlo.

Así, de esa misma manera, cada sociedad se dará la forma de Estado, y sus funciones, más apropiada a sus propios requerimientos. Definirá, por ejemplo, cuál es el monto de indevs que se distribuirá entre sus habitantes

como ingreso mínimo, como patrón I, y su forma de hacerlo. Podrá hacerlo con diferentes montos según diferentes criterios, o podrá hacer que todos obtengan la misma cantidad sin diferencias. Esa distribución es aconsejable que se haga a través de organismos estatales, al menos hasta que la economía se auto sostenga. Debemos asegurar que todavía no se ha inventado una forma capaz y justa de suplir al Estado.

La recaudación para el mantenimiento del Estado se realiza, vaya novedad, a través del cobro de impuestos. Pero no puede existir, bajo ningún concepto, un impuesto al consumo, esto es, un impuesto al benefactor, cuyo ingreso es definido socialmente y distribuido en forma estatal. El ingreso principal del Estado ha de ser obtenido a través del impuesto a las ganancias, a las rentas, en fin, a los beneficios que todo productor define para sí mismo, según su criterio individual, y otra u otras formas fiscales que se consideren oportunas, siempre sin afectar al benefactor.

Está muy de moda hablar sobre la reducción del Estado. No existe ninguna solución mayor a ese problema que la aplicación del ciclo económico. Una enorme cantidad de tareas que realizan los Estados modernos serán obsoletas o inocuas con su simple puesta en práctica. Sólo nombremos una e imaginemos qué hacer con las organizaciones oficiales relacionadas con ella: la eliminación de la pobreza.

Más atrás escribimos una nota aparte, donde dijimos que cada sociedad debe procurarse las herramientas necesarias para no sufrir abusos desde el gobierno. Esa posibilidad se hace muy necesaria en función de la "fragilidad" o dependencia que adquiere toda la ciudadanía mediante el ingreso natural. Debemos poner en claro que esa fragilidad puede ser manejada por gobernantes inescrupulosos para usarla a favor de sus propios intereses o en contra de los intereses del benefactor. Avisada de la existencia de esa posibilidad, repetimos que la sociedad debe darse las herramientas preventivas que estime pertinentes.

El Estado para esta economía es un mal necesario. Debe tender a desaparecer, cuando el avance de la humanidad sea tal que permita lograrlo sin menoscabo de la igualdad, la libertad, la independencia y la seguridad de todos los hombres. Pensamos, mejor dicho aventuramos, que la aplicación de esta propuesta, por sí misma, permite acelerar ese avance y aumentar enormemente la amplitud de horizontes, incluida la posibilidad antedicha de hacer del mantenimiento del Estado un costo social menor.



A MODO DE EPÍLOGO

Aquí damos una lista de las conclusiones fundamentales a las que permite llegar la aplicación de esta teoría:

Decimos que toda actividad económica humana cumple y debe cumplir un ciclo regido y dado por la naturaleza, en un orden preestablecido y estricto de: producción, comercialización y reposición.

Decimos que toda riqueza proviene, siempre y únicamente, de la naturaleza, como resultado de concretar el cierre de cada ciclo económico iniciado.

Decimos que la tarea fundamental de la sociedad es el cumplimiento estricto del ciclo, por encima de la búsqueda de rentas o ganancias, porque estas se derivan directamente de la finalización de cada ciclo.

Decimos que hemos dejado de considerar los hechos sociales como hechos diferentes de los naturales. Ya no se ven como diferentes.

Decimos que toda actividad humana –el trabajo como producción, la actividad consumidora-reponedora y el trabajo de reposición, relacionándolos al ciclo- definitivamente no es mercancía sino una forma diferente de uso de una especie ya definida de energía natural propia del ser humano, que se mide mediante el indev, en su uso como patrón, y la que, en forma individual, le da a éste su unidad.

Decimos que el dinero no es una mercancía sino dicho patrón de medida del valor de esa actividad y de la riqueza que de ella se deriva.

Decimos que basta con socializar la propiedad sobre el dinero –el medio de consumo- para que dejen de existir clases poseedoras y desposeídas, y conjuntamente con ello, que la condición de esa propiedad es la que hace que estas existan o no.

Decimos que cada ser humano cumple un doble rol en la vida económica de una sociedad, el de productor de bienes y el de benefactor de esa sociedad y su economía, su rol económico clave, de importancia fundamental.

Decimos que cada ser humano, desde el recién nacido al más anciano, sin importar ningún tipo de diferenciación –todas son irracionales, antinaturales, injustas-, es merecedor de un ingreso mínimo, natural, derecho que lo obtiene por el simple hecho de haber nacido, de ser un benefactor más, con la obligación de cumplir y hacer cumplir el ciclo económico.

Decimos que mientras que a todo hombre, sin importar roles, se le exigirá según su capacidad, a cada productor se le retribuirá según sus merecimientos y a cada benefactor se lo hará según sus necesidades.

Decimos que la unidad de esa moneda estará en proporción directa con ese ingreso natural, de carácter individual, derivado de la riqueza general social, cuyo monto será definido y aceptado soberanamente por la propia sociedad.

Decimos que nos otorga la posibilidad cierta de partir todos desde un mismo punto de partida, en libertad, igualdad y solidaridad.

Decimos que el tipo de propiedad sobre los medios de producción es indiferente para la tarea fundamental de la economía.

Decimos que no hay actividad productiva que no sea favorecida por ella; decimos que no hay tarea creativa que no sea impulsada por ella.

Decimos que esa tarea fundamental y posible de la economía se debe realizar mediante la satisfacción de todas las necesidades, los gustos y los caprichos de los hombres, en ese orden.

Decimos que el Estado ha de cumplir con una función reguladora y controladora del medio de consumo, la propiedad social, sin necesidad de intervenir directamente en ninguna de las etapas del ciclo económico.

Decimos que, definitivamente, el cumplimiento del ciclo permite y hace posible el crecimiento económico ilimitado, el desarrollo infinito.

Decimos que de esta manera eliminamos definitivamente la pobreza, la miseria, la escasez y todo lo que ellas implican.

Decimos que esa socialización nos otorga las verdaderas y definitivas independencia y democracia.

Decimos que de esa manera se alcanza y se hace posible, sin cortapisas, el logro de una nueva civilización.

Porque la generación de tantos cambios cuantitativos generará un gran salto cualitativo.

Este escrito ha presentado un lenguaje coloquial, exotérico dirán. Esa ha sido su intención, por ello la repetición continua de sus pasajes claves, para que queden más claros. Sus reiteraciones son adrede. Porque entre otras cosas, una de las maneras que tienen los sacerdotes del neoliberalismo de ocultar tras una nube todos sus dogmas es la utilización de un lenguaje denso, impenetrable, oculto. En cambio para nosotros, la mayoría de los lectores deben entender lo que se dice, evitando así que hayan unos pocos "ungidos", que se elegirían a sí mismos como intérpretes y traductores de la economía.

Hemos denominado de varias maneras a algunos "personajes" de esta historia. Por ejemplo benefactor al consumidor, o productor al hombre que trabaja, con el objeto de dejar claro su nuevo rol económico. No obstante, estamos hablando, neta y puramente del hombre trabajador, debido a la insuficiencia de definiciones que ha tenido la economía, a pesar de ser tratada como ciencia. Los ideólogos del capitalismo han deformado los conceptos de trabajo y trabajador, generalizándolos, distribuyéndolos, diluyéndolos entre clases sociales antagónicas, como si fueran la misma cosa; intentan mezclar agua con aceite. Por ese motivo nosotros no utilizamos la palabra trabajador, aunque en realidad de él hablemos.

Hemos nombrado casi siempre de forma directa a los que se conocen como economistas, hombres cuyas concepciones y lenguaje los elevan a una altura inalcanzable para la gente común. Ellos son los que utilizan ese "idioma" esotérico del que hablamos. Ellos son los que "aprendieron" economía leyendo

los libros de la religión del capital. Claro, son sus sirvientes. Ya en 1891 Engels, comparándolos con los obreros sobre temas económicos, decía: *"... para que se convenzan cuán por encima están los incultos obreros, a quienes se pueden explicar con facilidad las cuestiones económicas más difíciles, de nuestros petulantes hombres "cultos", que jamás, mientras vivan, llegarán a comprender estos intrincados problemas"*. Ellos son los que nos prometen todo para después, para el futuro (como cualquier chamán), a pesar de que saben que el futuro, como el horizonte, nunca se alcanza, porque si no dejaría de serlo. Esas promesas son lo único que "aprendieron" a hacer. Ellos son los que no ven que la realidad, la vida real, les muestra y demuestra todos los días y en todos los lugares que la aplicación de sus "conocimientos" ha llevado al mundo a la situación en la que está. Su fanatismo místico es tal que no ven lo cierto por ver visiones y esperar milagros: por todo eso son primitivos. Conocen de esa teología, pero si ellos hubieran estudiado economía no la hubieran aprobado.

Aseveramos que es el capitalismo (con todas sus escuelas y con todas sus secuelas), el culpable de la destrucción de la vida, riqueza fundamental de la naturaleza; y la ruina de ésta misma. En su eterna búsqueda del lucro fácil, abrió la caja de Pandora creyendo que tenía tesoros y, como no los encontró no se le ocurrió mejor idea que inventarlos. Todos los días leemos, vemos y escuchamos las "duras acusaciones" que se entrecruzan los integrantes de los partidos políticos que lo han aplicado, culpándolos a los otros del desastre. Los blancos acusan a los colorados y viceversa, los peronistas a los radicales, los republicanos a los demócratas. Y tienen razón, porque todos ellos son culpables, todos aplicaron siempre la misma política económica. ¿Cómo puede ser que esperaran otro resultado?

Hay que decirlo de una vez por todas. La culminación de la guerra fría permitió al capitalismo acapararlo todo. Así ha tenido la oportunidad de demostrar todas sus "virtudes", sin la excusa de aquellos "gastos especiales" que usaban para explicar la imposibilidad de combatir la pobreza. Terminada la guerra, cuando no tenían ya enemigos a quienes endilgarle sus propias faltas, tampoco la han abatido. Ni siquiera lo han intentado. Y no sólo no lo han hecho, sino que tuvieron que inventar otro enemigo: el terrorismo, al que tampoco le dan una definición precisa. Parece que el único enemigo cierto del capitalismo y sus ideólogos es la claridad de ideas y conceptos.

En tanto, los llamados socialdemócratas y los propulsores de la inexistente tercera vía, prometen volver al keynesianismo o sus deformaciones, como si pudieran manejar la "máquina del tiempo" y hacer que la historia vaya marcha atrás. Claro, fue por su intermedio que alguna vez tuvieron la posibilidad de gobernar, y por su intermedio fue que mejoraron poco y no solucionaron nada. Son gente de "izquierda" que cree en el capitalismo; y creen en él en un sentido religioso, en el sentido de "no saber si", ciegamente. Creen que la vida aún tiene un margen, un espacio, un "excedente" para seguir destruyéndola. Son los que se disfrazan de trabajadores y que votan para los neoliberales, entre gallos y medianoche, las "cambios" que estos proponen. Privatizaciones, desnacionalizaciones, globalizaciones, inversiones e intervenciones extranjeras, e ainda mais. Suscriben todos los cuentos de los que ni siquiera son autores.

Ellos y los neo-capitalistas, nos dicen: *"La desaparición de los regímenes comunistas parece haber eliminado de nuestras mentes la posibilidad de elegir entre diferentes caminos y con ello la esperanza de encontrar atajos. Sólo queda un camino (económico) y es precisamente por el que estamos avanzando todos los países (¡ oh!). En este camino hay algunos viajeros que están muy avanzados y otros muy atrasados. Si la distancia entre los ricos y los pobres es cada vez mayor es comprensible que cunda el pesimismo y el desaliento."* No para los países ricos, ricos en dinero por cierto. Pero nos ocultan –porque ésta es la real verdad- que los países que van delante lo hacen porque los países "atrasados" los empujan desde atrás. Nosotros, con este escrito, estamos proponiendo tal atajo.

Hemos leído y compartimos plenamente estas palabras: *"...es más conveniente y funcional a los intereses imperiales y sus socios locales dominar sembrando una carga ideológica individualista por toda la sociedad, adobada con un espíritu de escepticismo y resignación. Y, paralelamente, haciéndonos creer, para que aguantemos más, que no existe otro camino posible que el neoliberal. Y que él nos conducirá a una situación mejor a pesar de los males y sacrificios de hoy. De ahí toda una serie de objetivos no declarados o explícitos con los que maceran nuestros cerebros una y otra vez por intermedio de los medios de difusión, propiedad de los promotores y beneficiarios de la ideología neoliberal."*

Y esto no sólo va dirigido a grandes sectores de opinión, sino incluso a ciertos círculos de analistas, críticos del modelo. Se pretende que se tome como realidad lo aparente, de manera que permanezca oculta la esencia del fenómeno social en curso. O, desde otro ángulo, buscan que nuestra visión de la metamorfosis del mundo contemporáneo esté influida por presupuestos "científicos" sobre los que se sustentan los dogmas neoclásicos en su versión ultraliberal.

Ninguna teoría económica es neutral o apolítica. Todas ellas son esencialmente políticas y tienen efectos sociales precisos.(...)"

Las publicó el semanario "Carta Popular" en Montevideo el 23 de agosto de 2002 en su separata Brújula bajo el título "La lucha ideológica junto a la lucha económica y la lucha política".

La actual división internacional del trabajo sólo preserva el statu quo, conservando las injusticias y las diferencias que lo hacen posible. Aún más, las profundiza. La nueva "eficacia" radica en que estas han pasado a un nivel "superior" de "calidad". La eficacia que ellos dicen lograr es contraria al efecto deseado por los necesitados.

Los neoliberales dicen sobre su FMI: *"Cincuenta años después [de su creación], podemos evaluar muy positivamente aquel proceso de institucionalización de la economía internacional. No sólo se ha reducido de forma notable la intensidad y amplitud de los conflictos armados, sino que se ha conseguido construir un sistema de colaboración internacional sin precedentes en la historia de la humanidad."*

Esto demuestra dos cosas. La primera que no saben contar, la segunda que saben mentir. No saben contar –grave falta para economistas- los muertos

de la guerras que hubo, más los muertos por la desnutrición, por la falta de medicamentos, de agua potable, etc. todos estos males evitables sólo con tener la voluntad de hacerlo. Nunca hubo mayor amplitud de frentes en estado permanente de guerra, en estado permanente de conflicto. Nunca las guerras fueron tan costosas –especialmente para los perdedores-, ni tan redituables. Ni tan desperejas. Nunca hubo mayor intensidad de agresiones, debido justamente a la necesidad que tienen de imponer y mantener por la fuerza esas políticas económicas. Nunca, al menos en los países que realmente la necesitan, hubo “colaboración” por parte de esos organismos, sino inversión con el lucro y las garantías que ellos mismos dictan e imponen. El propio J. Stiglitz, premio Nóbel en Economía, ha dicho: *“el FMI empeora las cosas y las transforma en recesiones y estas en depresiones.”* Mientras George Soros, otro de sus elegidos: *“el sistema financiero internacional se beneficia a costa de los países de la periferia.”* Como nuevos “dartagnanes” aquellos esos organismos dicen: *“Todos para uno, uno para sí mismo.”*

Dice el investigador uruguayo Roberto Bissio, Director del Instituto del Tercer Mundo: *“La transferencia neta de recursos financieros hacia los países en desarrollo ha sido negativa cada uno de los años a partir de 1997, según informara Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas, a la Asamblea General en 2002. En otras palabras, se está quitando dinero de los pobres para dárselo a los ricos. La economía mundial está funcionando como un Robin Hood al revés”.*

Si por la intervención divina de un ser supremo –única vía que ellos aceptan- los países acreedores condonaran la deuda, los países deudores saldrían a superficie a respirar una buena bocanada de aire puro, que mal no les vendría. Pero aseguramos que si se continúa con el uso de este mismo sistema económico, indefectiblemente, volverían a hundirse. Porque no es la deuda en sí misma la explicación de todos los males, puesto que ella no es la causa, sino el efecto. Los males de los países “no desarrollados” están en el no saber nadar para respirar por sí mismos, en no haber aprendido nunca a hacerlo. Deben reconocer que el capitalismo es el verdadero culpable, la causa, de todos sus males.

El ciclo económicos nos muestra, objetivamente, que los países verdaderamente ricos son los países pobres del capitalismo. Que los ricos en él, es nuestro deseo más sincero, sigan siéndolo por toda la eternidad. Pero no podemos contener la tentación de decir, fríamente, que Argentina sería una potencia económica como nunca hubo otra si aplicara el ciclo: no hay nación que tenga tanto valor de **N**, la riqueza natural. ¡ No imaginemos lo que puede llegar a ser toda América!

Hablando de ella, la intención de imponer el ALCA, por sí sola, demuestra que ninguno de los organismos internacionales de crédito actuales tiene la oportunidad de sobrevivir, aquí en América. En ella la sigla FMI es sinónimo del más abyecto de los insultos. El imperio está así reconociendo que para continuar la explotación se necesitan cambios. Cambios al estilo de él. Como lo que dicen los neo dartagnanes.

Se deben olvidar definitivamente estos organismos internacionales dedicados a mantener el paradigma capitalista y que favorecen a los países

que no necesitan de su "ayuda": los países ricos. Que tienen la intención de hundir más profundo aún a países que están, han estado y estarán como el "Titanic". Ellos actúan como lo hacen sus dirigentes, sus propietarios, los bancos comerciales, que sólo le otorgan préstamos a aquellos que demuestran fehacientemente que no los necesitan. Estos organismos se dedican a ser intermediarios entre los países ricos y los países pobres, para eternizarlos a unos en su abundancia, a otros en su escasez, haciéndoles creer a los pobres que reciben "ayuda" cuando en realidad reciben enormes deudas, impagables material y moralmente e incobrables moral y materialmente. Estos organismos, contrariamente a lo que dicen y quieren que creamos, exportan la riqueza de los países del sur a los agotados países del norte, haciendo que esa transacción la pague el que vende, y con intereses.

Se valen de los capitalistas autóctonos para seguir existiendo. En Uruguay los parlamentarios de ese grupo votaron y aprobaron una ley, a carpeta cerrada, enviada por el FMI ¡ sin leer lo que proponía!. Los que serían los soportes del Estado, los que tendrían que solucionar los problemas de la gente, electos para legislar, votaron sin discutir una ley que fue enviada por personas extranjeras y no electas para legislar. Aceptaron ser suplidos por extranjeros. Reconocieron así tres cosas: su incapacidad para solucionar los problemas por sí mismos, su desvergüenza para obtener dinero a cambio de aceptar esa incapacidad, su falta total del sentido de dignidad, de patria. Y se llaman a sí mismos demócratas, incorruptos y patriotas. Tienen la frente muy "alta", la lengua muy larga y la falda muy corta, dijera el Paco Sabina.

Se indica que los pensamientos de internacionalismo son tan antiguos como aquel grito de ¡ Proletarios del mundo, uníos! No existe ninguna oposición a reconocer que las nacionalidades son un hecho fortuito, pero un hecho al fin, prescindibles en un futuro que vamos a alcanzar, pero no alcanzado aún. Internacionalismo no es -ni cerca- globalización. Se subraya además que la globalización que los imperios quieren imponer no tiene nada que ver con la búsqueda de un mundo mejor. A todos los países –incluso a los que hoy se creen favorecidos por ella- los convertirá en "aldea" después que se los destruya en forma "global", puesto que la destrucción de la naturaleza y de la vida es inexorable. Por ese motivo no habrá ninguna nacionalidad más, algo que, claro está, en el momento histórico que vivimos y en la manera que lo logra, no es bueno. No han podido, aún, ocultar tras la palabra "globalización" la terrible explotación de unos países por otros. Son muchísimas las banderas de EE.UU. que han sido y serán quemadas en todos los continentes del mundo por ese cúmulo de motivos, y por otros no agregados pero conocidos. Debe entenderse, especialmente por los propios estadounidenses, cuál es el significado de esa quemazón.



El autor no oculta en ningún momento su simpatía por el socialismo, su filosofía materialista dialéctica e histórica y su correspondiente aversión por el capitalismo. No obstante ello, esta teoría puede aplicarse a -y en- cualquier sistema económico, incluso dentro del capitalismo, lo que le permitiría a este

alcanzar un imposible: el de humanizarse, naturalizarse, aunque sea un poco. Pero la humanización de éste es su destrucción, y su naturalización es imposible, pues implica que abandone su origen místico. Difícil, por lo tanto, que la minoría beneficiada por ese sistema acepte que, en sí mismo, el capitalismo nos lleva a la ruina a todos, incluyéndola. En la mayoría de los hombres está la posibilidad del cambio.

Desearía – y le encantaría- que la aplicación práctica de esta tesis fuera posible y que, además, fuera un paso previo a la sociedad socialista dentro de la cual es realmente posible, sin cortapisas, la humanización, la ubicación del interés general sobre el particular y el cuidado dedicado del equilibrio ecológico. Decimos junto a Albert Einstein: *“Estoy convencido de que hay solamente un camino para eliminar estos graves males: el establecimiento de una economía socialista, acompañado por un sistema educativo orientado hacia metas sociales.”*

Porque el interés general debe estar sobre el particular: si la producción es una necesidad social, sus beneficios también han de serlo.

La pachamama está condenadamente enferma. Su desaparición definitiva o su lento mejoramiento depende de nosotros, los hombres, de nada más. Esta propuesta alcanzaría su objetivo mínimo si llegara a promover la discusión del tema que propone de una manera más científica y menos “religiosa” de lo que se ha hecho hasta hoy. Eso facilitaría el urgente cambio de mentalidad –de ideología- que el mundo necesita para que pueda sobrevivir. En verdad, si se alcanzara a tocar esa posibilidad, se asemejaría a tocar el cielo. Pero desde la tierra, en la pachamama.



AGRADECIMIENTOS

Se agradece a todos los que enviaron su opinión que siempre fue bien recibida y de las que en su totalidad hemos sacado profundas reflexiones y correcciones. Este libro ha llevado más tiempo aceptarlo que ponerlo a andar.

Una ayuda invaluable ha sido la del Senador Eleuterio Fernández Huidobro, quien fue la única persona que hizo una crítica completa, sobre todo imparcial, del libro; era lo que yo necesitaba. A raíz de ella se corrigieron errores que de otra forma no hubieran sido salvados. A él muchas gracias.

Se deja constancia de un agradecimiento especial al Dr. D. Juan Carlos Martínez Coll de la Universidad de Málaga, España, quien sin saberlo nos ha ofrecido muchísimo material de consulta y nos ha facilitado el trabajo de una manera que mucho agradecemos. Casi todas las definiciones dadas desde el punto de vista del neoliberalismo fueron tomadas de sus páginas. Los invitamos a visitar su página web:

<http://www.eumed.net/cursecon/index.htm>

Un agradecimiento especial a mi familia.

A mi padre con quien discutí todo, absolutamente todo, el contenido de estas páginas. Su ayuda fue y es invaluable. Sin él, todo era nada.

A mi mujer que tuvo que soportar en este tiempo no sólo llevar las tareas en soledad, sino en sentirse sola, que quizá fue lo peor. Fui un compañero que no acompañó. Pero sobre todo el aguantar los repentinos cambios de ánimo que me poseyeron, los olvidos y las desoídas. Por eso, perdón Jacqueline.

A mi hermana Estela que muchas veces estuvo a mi lado.

A mi madre que me inculcó el amor a la naturaleza. A ella ha vuelto.

Y junto a ellos, a mis hijas, que son el motivo y la razón de todo lo mío: a Anaclara, que aún no entiende lo que seguramente entenderá, y a Lucía, que encierra en ella todos estos agradecimientos y que ella misma es para mí un inmenso agradecimiento.